16

13916
6665

GLORIAS DEL CLERO

TOMO I

Se declararán furtivos los ejemplares, que no ostenten la firma y contraseñas particulares del autor; quien hará respetar la propiedad de esta obra, que esclusivamente le concierne, tratando con todo rigor de justicia ante los tribunales competentes, a cualquiera que, sin su prévio permiso, osára traducirla, adulterarla, ó reimprimirla total ó parcialmente: á cuyo efecto, queda hecho el depósito y llenados todos los requisitos, que previenen las leyes vigentes de propiedad literaria.

Firma del autor:

Dr. Blas Causera, Pbro.

GLORIAS DEL CLERO

POR

D. BLAS CAUSERA Y CARRION,

PRESBÍTERO:
DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA:
COLEGIAL QUE FUÉ DE SANTO TOMÁS
DE VILLANUEVA, Y CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA
EN EL REAL COLEGIO DE SAN PABLO EN VALENCIA:
SÓCIO DE MÉRITO Ó CATEDRÁTICO EN EL ATENEO
CIENTÍFICO-LITERARIO EN LA MISMA: EXAMINADOR
SINODAL DE VÁRIOS OBISPADOS,
ETCÉTERA.

TOMO I

MADRID
TIPOGRAFÍA POLÍGLOTA, CABEZA, 10
1861

AL SR. D. VICENTE ORTIZ, PRESBÍTERO, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA, EXAMINADOR SINODAL DE LA DIÓCESIS DE SEGORBE Y BENEFICIADO DE LA PARROQUIAL IGLESIA DE SAN PEDRO MÁRTIR Y DE SAN NICOLÁS DE VALENCIA.

DEDICATORIA

Mi inolvidable protector: Mucho tiempo hà, que debo à V. una deuda de gratitud, y el no haberla satisfecho todavia, es debido à no haberse presentado hasta la fecha una ocasion propicia de pagarla cumplidamente: conste, pues, que no he dado al olvido el grande beneficio que V. me hizo, arrancándome de la vida del campo, à la que me lanzára mi humilde cuna, y destinándome à la carrera noble de las letras que, gracias à la Divina Providencia, me abrieron paso al sacerdocio y à la escasa ilustracion, que poseo.

Al escribir mi nueva obra, titulada: GLORIAS DEL CLERO, *creí que debia aprovechar la ocasion solemne, que me brindaba, de hacer pública mi gratitud, dedicándosela à V., y uniendo así, para siempre, nuestros nombres con el doble lazo de la caridad y de la gratitud que V., inspirado acaso por Dios, preparara*

en lontananza. En efecto, la presente obra tiene por objeto, el domostrar por la historia los grandes beneficios, que el Clero ha prestado en todos tiempos á la humanidad y á las letras: por consiguiente, al dedicársela á V., á la par que cumplo con un sagrado deber, corroboro el argumento, que entraña, con una nueva prueba de evidencia: dignese, pues, aceptarla, como un testimonio público de profundo reconocimiento, que tiene el honor de rendirle su atento y considerado compañero de ministerio Q. B. S. M.,

DR. BLAS CAUSERA.

DICTÁMEN DEL CENSOR.

VICARÍA ECLESIÁSTICA DE MADRID Y SU PARTIDO.

Excmo. é Ilmo. Sr.—En cumplimiento de lo prevenido por V. E. I., he leido y examinado la obra que, con el título de *Glorias del Clero*, ha escrito el Presbítero Doctor D. Blas Causera, y sobre la que ya ha recaido favorable censura del Obispado de Almería.—Su autor, cual laboriosa é industriosa abeja, ha recorrido el vasto y ameno campo de la Historia, siglo por siglo, escogiendo en él bellas y saludables flores, de las que ha esprimido el jugo necesario, para llevar á cabo el fin que se habia propuesto, que era el dar un solemne mentís á los que tachan de ignorancia, obscurantismo y egoismo al Clero católico.—La demostracion palpable de la ilustracion de éste, ora secular, ora regular, no sólo en las ciencias eclesiásticas, sinó que tambien en los demás ramos del saber humano, por agenos que parezcan del estado eclesiástico; las virtudes que daban vida á sus conocimientos, animados por la primera y más hermosa de todas ellas, la caridad; los bienes que, con su ciencia y virtud, atrajo sobre la humanidad, especialmente con la

obra regeneradora de las misiones católicas; y por último, la razon y orígen de su ilustracion y de sus glorias, el celibato eclesiástico, venero fecundo de tanta ciencia, de tanta abnegacion, y de tanto heroismo, hé hay, Excmo. Sr., la síntesis de la obra del Doctor Causera, en la que no sólo no hé encontrado nada que se oponga al dogma y á la moral, sinó motivos de recomendacion, muy particularmente, en una época en que, el Clero necesita de una apología constante contra los infundados ataques de que sin razon alguna, es víctima por parte de hombres ingratos y malévolos.—Juzgo, pues, salvo el superior y siempre más acertado juicio de V. E. I., que no hay inconveniente, sino más bien mucho provecho, en que pueda imprimirse y publicarse la obra del Sr. Causera titulada *Glorias del Clero*.—Dios guarde á V. E. I. muchos años. Madrid 25 de Setiembre de 1880.—Doctor Wenceslao Sangüeza y Guio.—Hay una rúbrica.—Excmo. é Ilmo. Sr. Vicario Eclesiástico de esta muy heróica villa y su partido.

Al anterior dictámen del Sr. Censor, ha recaido el siguiente decreto.—Madrid 27 de Setiembre de 1880.—Expídase la licencia con copia de la censura, si se pudiese.—Doctor Pando.—Hay una rúbrica.—Es copia conforme.—Licenciado, Juan Moreno Gonzalez.

NOS EL DOCTOR D. JULIAN DE PANDO Y LOPEZ,

PRESBÍTERO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, VISITADOR Y VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA MUY HERÓICA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á nos toca, concedemos nuestra licencia, para que pueda imprimirse, y publicarse la obra, titulada: *Glorias del Clero*, escrita por el Presbítero Doctor D. Blas Causera, mediante que de nuestra órden ha sido examinada, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.—Madrid y Setiembre veinte y ocho de mil ochocientos ochenta.—Doctor Pando.—Por mandado de S. E. I.—Licenciado Juan Moreno Gonzalez.

PROLOGO

Existen vários autores, que se han ocupado accidentalmente del Clero; pero son muy contados los que, exhumando del polvo del olvido sus gloriosos timbres, han escrito exprofeso en su defensa: por manera que muchos individuos, seculares como eclesiásticos, á quienes por su piedad y estado interesa vivamente conocer toda la verdad sobre este punto tan culminante, ignoran lastimosamente el merito importante de esta veneranda clase social, careciendo, por consiguiente, de medios para vindicarla victoriosamente de los furibundos ataques que, con las armas de la injuria y de la calumnia, le dirigen sin tregua ni descanso la impiedad y falsa política del siglo; y desconociendo la importancia moral de su sagrado carácter, procedente de sus heróicas virtudes y de los brillantes servicios que, desde la remota época de su divina institucion, viene prestando de generacion en generacion á la sociedad.

Desde luego, los autores de Historia, así profana como eclesiástica, unos con latitud y con restriccion otros, han tratado ocasionalmente este asunto en las secciones de

sus respectivas obras, tituladas «Negocios eclesiásticos,» marcando aisladamente aquellos actos honrosos del Clero, que hacen relacion al fin primordial, que los guiaba en sus escritos, y haciendo caso omiso de todos los demas, que no conducian al desenvolvimiento del expresado fin.

Otros se conocen, de reputacion nada comun, que, á pesar de no ser las glorias del Clero el objeto principal de sus tareas científico-históricas, se han ceñido más á este punto eclesiástico, como *Chateaubriand*, *Augusto Nicolás*, *Balmes*, *el abad Henrion*: entre estos, el primero ha descrito compendiosamente los servicios dispensados á la sociedad por aquella respetable clase, en su famosa obra: *El Genio del Cristianismo:* el último nos ha trasmitido tambien un concepto muy alto del Clero en su *Historia general de las Misiones;* obra voluminosa, dividida en dos tomos en fólio, la cual describe minuciosamente los heróicos esfuerzos empleados por aquél, para regenerar política y moralmente los pueblos anticatólicos.

Los escritores intermedios, entre los citados, hablan con más profusion sobre la Religion que sobre el Clero, en las obras á que aludimos: sin embargo, hacen pomposos elogios de sus virtudes y talentos, en cuyo número incluimos tambien al autor contemporáneo de la *Historia descriptiva y filosófica de las Religiones del mundo;* obra recientemente escrita y publicada, y cuya magna mision no puede llevar á efecto el autor, prescindiendo un momento del sacerdocio, tan correlativo á la Religion, de que se ocupa preferentemente, que no se concibe separado de ella; por cuyo motivo, habla más extensamente de los ministros, facilitándonos copiosos y útiles detalles acerca de las grandes simpatías y respetos que han merecido siempre á todos

los países del mundo, así católicos como idólatras y sectarios.

Hay autores, como llevamos dicho, muy modernos, que se han ocupado directamente de la defensa del Clero; y que, por consiguiente, nos han precedido con mejor éxito en la noble empresa de hacer la apología de la clase sacerdotal: empresa gloriosa que, á más de poner un fuerte dique á la sátira mordaz y maldiciente de los sacrílegos difamadores, pone de relieve los penosos sacrificios que ha llevado á cabo, para salvar de las guerras y disturbios políticos los más caros intereses de la sociedad, custodiándolos religiosamente, de generacion en generacion, hasta nuestros dias. Entre éstos, se distingue por su novedad, *Atilano Melquizo*; el cual consagra al mismo objeto que damos á nuestra obra, un tratado titulado: *Honra y gloria del clero español*, y otro conocido con el nombre de *El sacerdocio y la civilizacion*.

El primero traza á rasgos generales la conducta ejemplar é inimitable del Clero español, y el segundo bosqueja el cuadro de los beneficios, de que la sociedad es deudora al Clero católico en general. A parte de la historia profana como eclesiástica, hemos acudido á las fuentes de los autores mencionados á beber las doctrinas de nuestra obra, y los hemos indicado, no tanto por hacer pública nuestra insuficiencia, dando á significar que no todo es de nuestra propia cosecha, cuanto para que sepa el lector á donde debe ir á consultar los casos dudosos, que se le ofrezcan.

Puesto que hemos mentado los autores que han defendido, exprofeso unos y accidentalmente otros, el honor y las glorias del Clero, se preguntará quizá: «¿Por qué destinamos una obra nueva al propio objeto?» Ya hemos con-

signado que, sobre ser muy escasos los escritores que han esgrimido sus plumas en defensa del Clero, se han ocupado éstos muy aceleradamente sobre este asunto tan capital; siendo sin duda esta la causa, por la que no han cundido en todas partes: de modo que, como hemos apuntado ya, muchos de los interesados se hallan privados de las armas que deben emplearse en la refutacion de las calumnias, que esparcen contra esta clase la falsa política y ateismo moderno; se hallan completamente desorientados en las glorias y laureles de que se ha cubierto el Clero, en cuya clase están incorporados.

A llenar, pues este vacío, tan perjudicial al sacerdocio católico, acudimos nosotros: escritores pigmeos apénas nos atribuiremos una pequeña parte en el colosal baluarte que han levantado con esperta mano los gigantes, que nos han precedido: ignorados arroyos del desierto presentaremos apénas un módico contingente de agua en el vasto mar de conocimientos, que han formado los caudalosos rios, que se nos han anticipado.

No nos sonrojamos de haber seguido el derrotero, que nos trazáran los apologistas del Clero precitados; pero con la misma franqueza, con que hemos descubierto las consultas hechas á los autores mencionados, debemos confesar que de nadie hemos plagiado cosa alguna: todo es hijo de nuestras íntimas convicciones; todo parto de nuestro propio y esclusivo trabajo.

Además de la razon que acabamos de exponer, que por su insignificancia es la que más remotamente ha influido en la realizacion de la empresa que hemos acometido, hay otras de mayor cuantía, que nos han impulsado á plantear el proyecto de la defensa del Clero. Los dicterios

injuriosos, las sátiras mordaces, los motes calumniosos, que el ateísmo y racionalismo modernos se permiten dirigir cínica é impunemente contra una clase tan respetable y benéfica como el Clero; contra una clase promovedora de la vida moral y científica del mundo; contra una clase de tanta abnegacion, humanidad y patriotismo, que se sacrifica en aras de los verdugos que la atormentan, de los enemigos que la crucifican, de la pátria que la destierra, son los móviles poderosos á que hemos obedecido, al trabajar con ahinco en el terreno que ocupamos.

Porque, ¿quién presencia con glacial indiferencia un espectáculo de tanto cinismo y desvergüenza? ¿Quién no clama contra tamañas injusticias? ¿Quién no acude presuroso á defender la verdad perseguida, la justicia agraviada, la inocencia oprimida, la Religion ultrajada y la virtud escarnecida? ¡Ah! Todos los que, como nosotros, sientan arder en sus pechos la llama de la fé cristiana, que encendieran nuestros gloriosos antepasados, y conserven en sus corazones amor á la gratitud, y en sus semblantes un resto de pudor caballeresco, no podrán ménos de formar coro con nosotros protestando públicamente, que todas las mejoras, progresos y adelantos que se notan en la sociedad, se deben casi exclusivamente al Clero.

Hé aquí la causa principal, en la que se refunden todas las demás, que puedan haber influido en la confeccion de esta obra; la cual aunque parezca de escasa importancia, comparativamente á las que la han precedido, sin embargo, dando un nuevo giro á las ideas, que hay vertidas sobre esta materia, demuestra los servicios, que el Clero ha prestado á las ciencias, comercio, industria, y en fin, á los más caros intereses de la sociedad.

Aunque en cada uno de los múltiples y diversos tratados, que abarca la obra que por vez primera ofrecemos al público, el lector hallará un preámbulo parcial, en el que se dá cuenta anticipada de los puntos que se tratan, y del órden que se sigue en el curso de las materias; sin embargo, estimamos oportuno epilogar, en el prólogo general que estamos trazando, cuanto consignamos allí, á fin de hacer resaltar la claridad y el método, que deben presidir al todo de la obra, cuyo argumento el lector penetrará fácilmente por estos medios, al primer golpe de vista.

Dividimos, pues, en cuatro partes la obra: la primera contiene los argumentos demostrativos de la ilustracion del Clero. Nunca podríamos haber tocado este punto con más oportunidad y mejor éxito, que en los tiempos presentes; porque, si bien es cierto, que en todas épocas ha encontrado el impío vanos pretextos, para infamar la clase sacerdotal, hoy se contemplan, con indignacion, estampadas, en las banderas negras de sus adversarios, los injustos calificativos de ignorante, descortés, grosero, oscurantista, retrógrado y fanático; lemas injuriosos, conque justifican la guerra encarnizada, que sin trégua le declaran.

Con el nombre de ilustracion del Clero, abarcamos las ciencias, artes, industria y comercio: en fin, todos los ramos del saber humano, que el Clero poseyó en grado eminente, y desarrolló en todas direcciones, de cuya inconcusa verdad se convencerá plenamente el lector, á medida que vaya estudiando detenidamente las pruebas, que hallará consignadas en este lugar, al paso que descubrirá la calumnia y la falsédad de los gratuitos motes, que le achacan sus sacrílegos detractores, para santificarse en la opinion pública de la incesante persecucion, que, como que-

da consignado, le declaran en todas las esferas, en que vive.

La segunda parte atañe á la caridad, practicada en todas sus fases por el Clero Católico; registra todos los beneficios de humanidad, dispensados por esta clase á la sociedad en el trascurso de los siglos: por consiguiente, sin abandonar la Historia, probamos que el Clero ha ejercitado sin interrupcion todas las obras de misericordia, consignadas en el santo Evangelio; no parando mientes en las condiciones y circunstancias políticas y religiosas de las personas indigentes: el ser un prójimo el necesitado, ha sido siempre un título bastante para tener opcion á sus libertades. Tan atendido era en la participacion de los beneficios clericales el judío, el gentil y el herege, como el cristiano: con igual derecho se creían al pan de la caridad cristiana y consuelos del sacerdote católico sus amigos, como sus enemigos; sus verdugos y perseguidores, como sus confidentes y bien hechores: solo en los Templos y edificios, consagrados al culto, á los que sólo concurrian las familias cristianas, se notaba diferencia; siendo escluidos de la participacion de los Divinos oficios los anticatólicos. Pero en los hospitales, en las enfermerías, en las epidemias, en los calabozos, en las penurias y plagas, con la misma puntualidad era asistido el rico que el pobre; con la misma actividad se socorria la miseria y males del verdugo, que la de la familia Cristiana: el mismo interes se desplegaba en cicatrizar las llagas del amigo que del enemigo: en fin, la consigna de la caridad sacerdotal ha sido siempre combatir la desgracia agena, do quiera se presentaba, haciendo completa abstraccion del desgraciado.

De gran variedad y fuerza son los muchos argumentos

que presentamos al palenque de la discusion, para vindicar al Clero en el terreno de la beneficencia y caridad cristiana.

Consagramos la tercera parte al estudio de las misiones que el Clero, regular como secular, llevó á los paises más remotos del globo, apestados de infidelidad, salvajismo y degradacion social. Las misiones católicas son un comprobante general de todas las glorias, que hemos adjudicado al Clero. En efecto, ¿Qué vienen á ser las misiones católicas, sinó la predicacion de la Ley Evangélica á los diversos pueblos *anticatólicos* del globo? Y ¿quién responde del buen-éxito, que alcanzaron por doquier las predicaciones apostólicas en el extranjero, despojando á los sagrados espedicionarios de los atributos científico-morales, que les usurpan los injustos opresores del Clero? ¿Acaso no serían un *mito* las memorables victorias de conversion religiosa, de civilizacion y cultura, reportadas sobre las remotas zonas de la idolatría y de la infidelidad por los heraldos de la Cruz, si éstos fueran tan imperitos, tan groseros, y tan indolentes, como los proclaman calumniosamente sus apasionados antagonistas? La enseñanza católica es completamente estéril sin el abono del buen ejemplo, humanamente hablando: luego era indispensable, que los misioneros practicasen las virtudes cristianas, que predicaban, si querian que su mision produjese fruto. Por otra parte, habian de entender, y de hecho entendian, á las personas, á quienes se dirijian: habian de habérselas con los sábios indígenas: luego debian ser virtuosos y laboriosos, para hacer fructificar su predicacion; habian de ser sábios, para recibir la lengua indígena. y triunfar de los sábios con las armas de la ciencia; habian de ser humanos, caritativos, corteses y

todo lo que enseña á ser el Evangelio, que anunciaban. Hé aquí el porqué las misiones compendian, ycorroboran los argumentos de las glorias cientifico-humanitarias del Clero.

El celibato eclesiástico será el último tratado que pondrá término á nuestros trabajos. Este punto de la doctrina eclesiástica, tan combatido en nuestros dias, aparecerá entre los comprobantes de nuestros asertos, completamente acorde con el ejemplo de Cristo y de los Apóstoles, con la mas remota antigüedad y con la pureza y decoro del ministerio sacerdotal. Además, se demuestra, que esta laudable institucion no fué producto de la especulacion y cálculo del Clero, como gratuitamente sostienen los incontinentistas, sinó parto legítimo de los reglamentos y leyes disciplinarias, confeccionadas por la Iglesia Universal. Las razones, en que se apoyaron los Concilios y los Romanos Pontífices para establecer y sancionar las leyes del Celibato eclesiástico, fueron por una parte la pureza y santidad, que reclama el ministerio de las almas; y por otra, los obstáculos, que hubieran embarazado el curso de su ejercicio espiritual; y finalmente, abrir paso á los múltiples bienes, que hoy goza la sociedad, y que en otro caso no existirían. En efecto, además del carácter de pureza y santidad, que imprime en los sagrados ministros, y del impulso, actividad y decoro, que comunica á las funciones todas de su sagrado ministerio, verán nuestros lectores al celibato eclesiástico produciendo todos los servicios, todas las gracias y beneficios á la sociedado de que hemos hecho mérito.

A fin de generalizar más la doctrina, que desentrañamos, hemos prescindido de artículos, y hemos dividido la obra en capítulos, que son otros tantos comprobantes de las verdades, que encierran los tratados mencionados.

Finalmente, el estilo se resiente de difuso; pero no se crea que esta difusion es un defecto connatural á nosotros, no: pues hemos removido el fondo de las verdades, para hacerlas salir á flor de agua: por consiguiente, es una cualidad aclaratoria usada á sabiendas, y con la marcada intencion de poner al alcance de todos la doctrina, que envuelven las pruebas difusas de nuestra obra. Por lo demás, el lector la juzgará como guste; pero, si la reputa achaque literario, abrigamos la conviccion de que, refluyendo en beneficio suyo, sabrá disimularlo, como esperamos disimulará otros muchos, que encontrará; pues nosotros, lejos de sonrojarnos de semejantes reproches, le daremos las gracias, con tal que hayamos logrado su instruccion y la glória de Dios, única recompensa á que aspiramos, en todas nuestras empresas, fatigas y desvelos.

PRIMERA PARTE

GLORIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS DEL CLERO

CAPÍTULO PRIMERO

Nociones generales sobre la ilustracion del Clero

La Iglesia en todas épocas ha alimentado en su seno innumerables hombres de todas categorías, que han sido los canales por donde hemos venido recibiendo las aguas cristalinas de la ciencia. Desde el nacimiento del Cristianismo han figurado en el Clero astros refulgentes de ciencia, á cuya claridad se disipó la noche de la ignorancia, que envolvia á las generaciones. La escuela de Alejandría produjo á CLEMENTE, quien, en los escritos que legó á la posteridad, dió pruebas evidentes de poseer en grado eminente todos los ramos del saber humano. HERMAS refutó la filosofía griega; SAN IRENEO pulverizó los errores de su época; SAN DIONISIO AREOPAGITA, personifica la filosofía oriental del Cristianismo. El Obispo HIPÓLITO; el Presbítero CAYO, ORÍGENES, TERTULIANO y tantos otros, fueron talentos admirables y escritores famosos, que enriquecieron el mundo lite-

rario con las sábias producciones de sus plumas. A mediados del siglo IV, la Religion Católica ya se revistió de un carácter legal, gracias á la omnímoda proteccion que mereció á CONTANTINO, uno de los primeros emperadores, que cayeron bajo el dulce y suave dominio de la Cruz. El sacerdote católico empezó á alternar con los Próceres y Magnates del imperio, haciéndose digno desde esta época de las distinciones y favores del Trono, y aprovechando su influencia y valimiento en favor de la Religion y de las Letras. Cuando el Clero subió á la privanza de los emperadores, fué la instruccion pública el ramo, que principalmente se le confió. Y, ¿Cómo no se habia de desvelar por la santa causa de las Letras, cuando por medio de la ciencia se habia conciliado la voluntad de los príncipes, que dirigia? CONTANTINO, GRACIANO, TEODOSIO, CARLO-MAGNO y tantos otros, se hacen acompañar de obispos y sacerdotes católicos, en cuyas cátedras aprendieron el modo de conciliar la justicia con la caridad.

Habiendo el Oriente sobrevivido al imperio de Occidente, continuó el Clero, bajo la influencia de los emperadores de Constantinopla, su mision de propagar las luces y la civilizacion. A la invasion de los turcos, Constantinopla dejó de existir, en cuya suerte hubiera sido envuelta la santa causa de las Letras, si el Clero no se hubiera apresurado á salvar de la comun catástrofe las preciosidades científicas de Grecia y Roma.

El Clero cooperó al fomento y propagacion de las ciencias, dando reglas por escrito á los cristianos perseguidos, para que aprendieran á conducirse con el enemigo, durante el período anormal de las persecuciones; naciendo de estas instrucciones sacerdota-

les la literatura cristiana. De los libros canónicos se extractaron algunos compendios de Religion y Moral, para instruir á los cristianos en sus deberes para con Dios; y para confirmar á los fieles, en las creencias de la ley santa que seguian, se compusieron devocionarios sobre los pasages piadosos de la *Pasion y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*; viniendo á ser los Libros Santos la materia original de la literatura cristiana. Para facilitar á los fieles la inteligencia de los opúsculos, folletos y hojas, que circulaban, á la piadosa mira de confirmarlos en los deberes de la Religion, se tradujeron en diversas lenguas, haciendo lo propio con las Santas Escrituras. De la defensa del Cristianismo, nació la Apología; de la refutacion de la heregía, la controversia; esclareciéndose sobre manera por estos medios el dogma católico, en atencion á que se discutia en el palenque de la oposicion, haciendo resaltar la verdad las Santas Escrituras, la Tradicion, los Padres, los Concilios, la Historia y la Filosofía, en cuyas fuentes de luz bebian los argumentos que aducian, y las sólidas razones que alegaban, dando orígen á la sagrada ciencia de la Teología.

El púlpito abrió un nuevo campo á la literatura cristiana. San Juan Crisóstomo fué tan superior en la Elocuencia á los oradores de su siglo, que, admirado de sus talentos el Filósofo Libiano, exclamó: *A él hubiera yo encomendado mi escuela, si no nos le hubiera arrebatado el Cristianismo.* Basilio fué un portento en Gramática, Filosofía, Retórica, Astronomía, Geometría, Aritmética y Medicina. San Jerónimo instituyó una biblioteca de las obras escritas por su propia mano, enriqueciéndola con las adquisiciones importantes de sus viajes. Su pasion por los

clásicos, le atormentaba incesantemente la conciencia, porque la creia agena á su carácter y profesion sagrada. Las Letras hubieran sucumbido sin la mano protectora del Clero; quien, aprovechando su mision de enseñar sobre la tierra, las hizo marchar por los senderos de la propaganda católica, sustrayéndolas de las ruinas y escombros, á que fué reducido el imperio romano. En los dias de JULIANO, se descargó un golpe de muerte á las ciencias, cerrando las escuelas y suprimiendo las asignaciones á los maestros. El Clero tenia necesidad de protegerlas en la guerra que hacía á la Filosofía pagana y á la heregía; y acogió benévolamente á los literatos proscritos, reponiéndolos en las cátedras que por todas partes levantára, á distincion de los antiguos que encerraban la enseñanza en las ciudades, y particularmente, en Roma. Los conventos, las catedrales, las parroquias, eran otros tantos centros de instruccion, dó se formaban las eminencias más grandes en literatura, las notabilidades más clásicas de la Iglesia, que, vestidos con el trage de misioneros, difundian por donde quiera la sabiduría divina y humana, importando á los pueblos de su residencia los ritos, usos, costumbres, ciencias é idioma de los indígenas.

Cuando los literatos del imperio dejaron de percibir su asignacion, la enseñanza se refugió en la Iglesia, y el Clero la ejerció en los cláustros, en los templos y en las escuelas, que abria al efecto por el itinerario, que seguia la propaganda cristiana. Apénas se encuentra una Universidad en Europa, una escuela, un colegio, un ateneo, un instituto, una academia, que no deba su fundacion á un sacerdote, á un monge, á un obispo, ó que su fundador no haya sido inspirado en la Iglesia, ó en alguno de

sus indivíduos. No habia imprenta, y los monges süplieron con su asíduo trabajo tan prodigioso elemento de propaganda científica, copiando en las horas de ócio preciosos manuscritos, que se habian procurado á costa de penosos sacrificios. Sus copias, sacadas con admirable exactitud, sirvieron á las escuelas, abiertas á la pública instruccion, de libros de texto para todas las materias, que enseñaban; libros sin los cuales no hubieran llegado á nosotros los Clàsicos, ni las preciosidades literarias de la antigüedad.

Prescindiendo de la mision de enseñar, que pesa sobre la Iglesia, demuestran concluyentemente sus tendencias al saber y su influencia en las ciencias, las providencias adoptadas en los concilios, para que los eclesiásticos sean sugetos ilustrados y capaces de instruir moral y religiosamente á los fieles, que se les confiáran. En el concilio de Aquisgran, se confeccionaron algunos cánones, ordenando que los canónigos posean las ciencias divinas y humanas, á fin de que velen por los adelantos morales y científicos de los alumnos, que frecuenten las escuelas catedrales. En la Capitular de Teodulfo, obispo de Orleans, se previene «que los sacerdotes sostengan á todo coste las escuelas hasta en las aldeas, y que no rehusen admitir los hijos, que los fieles les confiaren; sino que los instruyan en las letras humanas con perfecta caridad, sin exigir cosa alguna», fuera de aquello que los padres les ofrezcan voluntariamente. Eugenio II, encarga encarecidamente á los obispos y curas, que instituyan escuelas, y eduquen á la juventud científica y religiosamente.

Consecuente con su mision, y obedeciendo á la imperiosa voz de los concilios y de los pontífices, se

ve marchar al Clero de todos los tiempos al frente de los establecimientos literarios. El sacerdote PEDRO DE PISA, se encargó, á invitacion de CARLO-MAGNO, de la escuela de Palacio, que más tarde fué confiada al monge ALCUINO. La escuela de York, en Inglaterra, poseia una famosa biblioteca, en cuyos espaciosos estantes figuraban, entre otras obras de mérito, las obras de ARISTÓTELES: allí, bajo los auspicios del sacerdote católico, se enseñaba á los alumnos, que la frecuentaban, *Gramática, Retórica, Poesía, Jurisprudencia, Historia, Matemáticas, Astronomía, Cronología y Ciencias Sagradas.*

La brillante escuela de SAN AGUSTIN en Pavía, estaba á cargo del monge JUAN MAILLON; en el convento de Tudela, los monges enseñaban Humanidades y Filosofía; los conventos de Reicheran, Hircange, Osma y Bruch, tenian escuelas abiertas á la instruccion pública; GREGORIO, discípulo de SAN BONIFACIO, explicaba en Utrech; el monge ALBERTO, fundó la escuela de Córbia, para civilizar la Sajonia; los hijos de TEÓFILO son instruidos en Tesalónica por el Arzobispo; el monge HERICO, dirige la escuela de SAN GERMAN de Auxerre; el cirlandés, JUAN ESCOTO, se puso al frente de la escuela Palatina á instancias de CÁRLOS EL CALVO; SAN FRANCISCO DE PAVÍA, mereció por su vasta ilustracion el cargo elevado de Ministro de GUILLERMO EL CONQUISTADOR, cuyo destino le dió pié para instalar una Universidad, plantel de excelentes sábios. Las escuelas del monte Casino y Salerno gozan de tan ruidosa celebridad, que sus nombres son las más brillantes apologías de la ciencia monacal, que pueda hacer la elocuencia más arrebatadora y la pluma más elocuente. ENRIQUE II y FELIPE AUGUSTO, se proveyeron de médicos de estos

emporios de ciencia y focos de medicina, en cuyo ramo sobresalieron tanto, que ningun facultativo podía ejercer públicamente la profesion de GALENO sin el *exequatur* de los profesores de estas escuelas. El monge CONSTANTINO, atrajo á la cátedra de Medicina, que desempeñaba, tan grande concurrencia de alumnos, que convirtió la escuela de Salerno en la célebre Universidad de este nombre.

Aunque no poseyéramos otros datos, demostrativos de la influencia del Clero en la Medicina, mas que el establecimiento de Salerno, sería éste suficiente, para proclamarle autor y propagador de la ciencia de HIPÓCRATES y GALENO. De este plantel de ilustres médicos, dirigido sábiamente por los monges, se proveyeron todas las universidades de hábiles profesores en Medicina, se llenaron todas las vacantes de los pueblos, y se surtieron de médicos los principales reyes de Europa; porque, segun hemos demostrado, nadie podia ejercer la facultad en cuestion teórica ó prácticamente, sin exhibir en sus respectivas credenciales el *exequatur* de esta famosísima escuela. Pero presentaremos nuevas pruebas, extractadas de los autores eclesiásticos, que ilustraron la materia médica con sus voluminosas y eruditas obras. El clérigo JUAN DE MILAN, dió algunos preceptos higiénicos en verso; el *Pasionarius* GALENI, extracto aclaratorio de los remedios físicos publicados por TEODORO PRISCIANO, nació de la pluma del clérigo GERIO-PONTO. El monge GOJÓN, escribió una Terapéutica general, ajustada al sistema de los más célebres facultativos. ROMUALDO, obispo de Salerno, escribió reglas recetadas para el trato de las enfermedades secretas, en obsequio de las muchas personas distinguidas, que acostumbraban consultarle. JUAN

DE SAN AMANDO, canónigo de Tournay, dió á luz una Terapéutica, superior á cuantas se habian divulgado. TEODORICO, obispo de Bitonto, sustituyó las ligaduras con vendas de seda á los grandes aparatos de madera en los casos de fracturas de huesos.

La Universidad de Bolonia no hubiera existido sin la celebridad que le diera el clérigo INERCIO, el cual fué un oráculo en la ciencia del Derecho, al que acudian á consultar los más distinguidos jurisconsultos de aquellos tiempos.

El primer diccionario de Derecho fué obra del Clero, á quien se debe tambien la introduccion de la dialéctica en la Jurisprudencia civil; siendo quizá RAIMUNDO LULIO, sacerdote ilustrado y virtuoso, el primero que hizo aplicacion de ella en su famosa obra, titulada: *Ars Magna*. En el siglo V, FOCIO, patriarca de Constantinopla, compiló, en una obra llamada *Nomocanon*, todas las leyes redactadas en los concilios, formando el *primer cuerpo del Derecho oriental*. TEODORETO comentó en el siglo XIII los cánones de los concilios, marcando los que estaban vigentes y los que se habian abolido; naciendo de ámbas fuentes el derecho canónico oriental. Por este tiempo, vió la luz pública el Occidental; siendo el primero que lo coleccionó REGINON, abad de Phrum, á instancia de RATHOLDO, arzobispo de Tréveris, IVON DE CHARTRES, fundió las obras de Derecho Canónico mencionadas en una nueva coleccion, que publicó más tarde. GRACIANO completó el sistema de legislacion canónica en una obra ilustrada, que dió á luz, extractada con exquisita habilidad de lo más selecto, que se habia publicado hasta entónces en esta materia; obra cuya claridad, método y erudicion eclipsaron el mérito de cuantas le habian precedido, mere-

ciendo, por lo mismo, los aplausos y plácemes de los jurisconsultos más acreditados de su época. La Universidad de Paris debe su nombre y bien merecida fama á los sábios de todos los matices científicos, que produjera á la sombra de reputaciones eclesiásticas, que desempeñaban sus principales cátedras. Un clérigo fué tambien, quien abrió los cimientos de la Universidad de Salamanca; el Cardenal Cisneros fundó la de Alcalá de Henares; el Clero fundó las de Oxford y Coimbra.

En España, los monasterios fueron los únicos asilos de las letras, y los monges los profesores natos de todas las ciencias, que se cultivaron con tantas ventajas, que los extranjeros la contemplaban cual la Aténas de Europa. El clérigo Ufilas proveyó á los godos de un alfabeto, que les facilitó el estudio de la lengua española y la inteligencia de las santas verdades de nuestra Religion. Regístrense los archivos de las universidades, y nos convenceremos de que el Clero dió impulso y vida á las ciencias, ya fundando establecimientos literarios, ya pensionando á los sábios, ya ejerciendo la enseñanza.

Convertidos los bárbaros á la Religion, se dejaron arrastrar de los consejos del Clero, merced á los sentimientos de caridad, temor y respeto, que habia encarnado en sus corazones. En cada uno de los almenados castillos, se estableció un sacerdote con el encargo especial de dirigir las conciencias de los señores castellanos y de los esclavos, que se ocupaban en el cultivo de las tierras. Recuperada la libertad, los colonos adquirian propiedad, gozaban derechos individuales, contraian matrimonio, y las familias coloniales fueron acrecentándose hasta formar aldeas y poblaciones rurales: entónces, el sacerdote del cam-

po se revistió del carácter de párroco, y velaba por los intereses materiales y morales de aquellas agrupaciones rurales, enseñando los deberes de Religion á señores y criados. Los propietarios sustituyeron el nombre de esclavos, que daban á los colonos, con el humilde dictado de vasallos; y los dependientes se instruyeron en el respeto y subordinacion, que debian á los amos; naciendo de este equilibrio moral, que la Religion estableció entre ellos, el progreso de las ciencias y artes, puesto que unos y otros, satisfechos de su recíproco trato, exentos de temores, alejados del campo de las venganzas, dirigian sus cuidados á labrar su propia felicidad: los ricos instruyéndose en las ciencias, y los pobres ocupando los talleres de las artes é industria. Aquí y allá descollaban poblaciones campestres, cuyos habitantes, dirigidos por el Clero, trabajaban las tierras, haciéndolas producir abundantes cosechas; de modo que no tardaron las espesas selvas, los incultos eriales y los terrenos pantanosos á transformarse en bosques de olivos, en alamedas de árboles frutales, en risueñas campiñas matizadas de flores, en hermosos valles cubiertos de verdor, en extensas planicies cubiertas de viñedo y en dilatadas vegas, decoradas de miés. Los misioneros recorrian vários países, y, á la par que sembraban en los campos de la infidelidad la fecunda semilla del Evangelio, estudiaban los adelantos materiales de los indígenas; y al regresar á los puntos de su residencia, importaban del extranjero conocimientos nuevos de Agricultura, que amenizaban y decoraban los panoramas de nuestros campos. Cosmas, clérigo egipcio, fué el primero, que nos habla de Geografía en su obra: *Descripcion científica del mundo*, fruto de sus largos viajes. La Geografía,

pues, es hija del Clero. En efecto, si alguien aspira á saber las maravillas geográficas, que encierra el mundo, le remitimos á los conventos de los padres misionistas, y satisfará sus deseos. Existe una descripcion geográfica del globo por un clérigo de Rávena, fuente de las muchas obras que pululan de este género.

Descollaron en el ramo de la Historia, Eusebio, obispo, Varonio, cardenal, San Isidoro, arzobispo, y todos los autores eclesiásticos; porque si nos propusiéramos citarlos uno por uno, formaríamos un catálogo numeroso de historiadores sagrados: baste, pues, saber que era ésta la ciencia favorita y hasta obligatoria de los sacerdotes, como se echa de ver por los libros de texto, que circulaban en las aulas de esta asignatura en todos los establecimientos literarios, cuyos autores pertenecen, en cuasi su totalidad, al Clero; y por las crónicas é historias parciales de los pueblos, entre las que apénas figura una, que no haya sido redactada por algun ministro de la Religion ó individuo de las corporaciones monásticas.

La mision del Clero era muy propicia á las artes, á la industria y al comercio, porque, predicando la paz y la armonía, se suspendian las hostilidades, se extinguian los ódios, se cortaban los pleitos, se sofocaban las discordias domésticas, rémoras de la civilizacion y del progreso. Entónces, á la calma que respiraba la sociedad, los guerreros abandonaban la lanza y empuñaban los útiles de labranza, de las artes, del comercio y de la industria; desistian de los negros planes de venganza, de las asechanzas, y se consagraban al estudio de sus deberes religiosos, á la instruccion y fomento de la riqueza pública y privada. Por todos los medios imaginables procuraba la

Iglesia fomentar la riqueza agrícola, artística, comercial é industrial de los pueblos: ora ofrecia gratuitamente los productos de las tierras al que las trabajaba, ora administraba con creces los fondos del colono, ora premiaba á los célebres artistas, y pensionaba á los que se esmeraban en los trabajos que se les confiaban, impulsando con tales alicientes la perfeccion en las profesiones ú oficios, que cada cual, con arreglo á su vocacion y facultades, ejercia. Los bárbaros, incitados por el ódio que profesaban al comercio, impedian su desarrollo, decretando penas contra los traficantes. El Clero burló las providencias de los bárbaros, instalando los mercados y ferias en los pórticos de las iglesias; y atrincherados con la égida salvadora de los templos, los comerciantes traficaban libremente, y ejercian su profesion, evitando las rapiñas y atropellos de un público grosero.

Como la riqueza estaba concentrada en las clases principales, los pobres de dia en dia vivian con más estrechez, porque destinaban los mezquinos ahorros de su trabajo á satisfacer el crédito de los préstamos ilegales, que recibian de los ricos. La Iglesia destruyó el monopolio pecuniario de los usureros, abriendo sus arcas, y dando capitales á las clases bajas con el módico interés de uno, dos ó tres por ciento. Así cortaba la avaricia de los grandes, hacia circular la moneda, aliviaba la suerte de los desgraciados y detenia la industria y el comercio en su carrera de decadencia y ruina. Ejerciendo el Clero por sí, ó por mediacion de los seglares, el comercio, hubiera quizá monopolizado esta fuente de riqueza pública, ya por sus abundantes recursos, ya tambien por la superioridad de sus luces; la Iglesia, pues, con el fin de no irrogar perjuicios á la sociedad en este ramo, y

evitar á los ministros de la Religion la infame nota de avaros, prohibió con censuras que se dedicáran á ocupaciones mercantiles, abandonando á los particulares esta ruidosa ocupacion, que desdecía de su carácter y sagrado ministerio.

En cuanto á las artes, reconocen por padre al Cristianismo. ¿Qué son, en efecto, los símbolos, geroglíficos, templos y ornamentos sagrados del Catolicismo, sinó fecundos veneros de industria y arte? JESUCRISTO, crucificado en el monte Calvario, dió orígen á la cruz: la Santísima Trinidad prestó al artífice la causa ideal de la mano en la primera persona, del cordero en la segunda, y de la paloma en la tercera: la serpiente recuerda la forma ingeniosa que adoptó el demonio, para perder la primera pareja humana del Paraiso: los racimos simbolizan la abundancia: los pasages del Antiguo Testamento se hallan historiados en la pintura y escultura: apénas se encuentra un hecho, un dogma, una creencia, una verdad en las Santas Escrituras, que no haya trasladado al lienzo el pincel del pintor. Los santos mártires, las vírgenes y todo cuanto obsequia con culto público la Iglesia, ha servido de materia, de tipo y causa ejemplar á los artistas, para levantar esas obras, que han inmortalizado sus nombres. La prodigiosa fecundidad del arte, que encierra en su seno nuestra santa Religion, ha enriquecido de preciosidades y primores la idolatría y las demás religiones falsas, puesto que los artistas profanos han bebido en las fuentes del Cristianismo las maravillosas obras de sus manos. ¿Hay acaso escena, pasage ó figura en la historia de nuestra Religion, que no se registre disfrazada con el ropage falaz en los anales religiosos de la idolatría y de los pueblos modernos, que se di-

vorciaron del gremio de la Iglesia? Los rayos de la tempestad bárbara, en la Edad-Media, derribaron muchos monumentos religiosos y profanos de la antigüedad, y hubieran desolado todas las maravillas del arte, si el Clero no hubiera acudido en su defensa, poniendo un fuerte dique al torrente devastador de sus criminosas conquistas. El sacerdote y el monge, parapetados en el respeto y temor religioso, que inspiraron à las hordas salvages del Norte, contuvieron su brazo exterminador, cortaron el curso de sus abominaciones, salvando de los rudos golpes de su demoledora piqueta magníficos templos, soberbios palacios, encantadores edificios; y reedificando los monumentos ruinosos y depurando los edificios profanos y religiosos de la antigüedad, los habilitaron al culto católico, prestando un servicio importante á las artes. El monumento de Gala-Plácida fué trasformado en un templo de San Nazario y Celso, su discípulo; el templo de Marte, en Mérida, fué sustituido con la iglesia de Santa Olalla; los palacios senatoriales se abrieron al culto católico y vida monástica. Ocioso es citar autores eclesiásticos, que se ocupáran en Arquitectura, toda vez que los templos son obra suya, y arrojan el mejor comprobante, de cuantos pudieran citarse, de los conocimientos especiales, que poseyó el Clero en esta parte. Sin embargo, traeremos á la memoria del lector algunos monumentos erigidos por su experta mano, obras maestras de arquitectura que son la admiracion de los siglos. Tres hijos de Santo Domingo fueron los arquitectos de Santa María la Nueva; la media naranja de San Francisco el Grande, en Madrid, es obra de un fraile; un hijo de Santo Domingo dirigió el magnífico puente de Almaraz, sobre el Tajo: los puentes

del Cardenal y del Arzobispo, levantados sobre el mismo rio, tomaron los nombres de sus autores; el famoso edificio de San Juan de los Reyes, en Toledo, fué ideado por el *presbítero Sagrado*. En el siglo XV, sobresalieron en el concepto de arquitectos, CÉSPEDES, canónigo de Córdoba, Fray JUAN DE SEVILLA y Fray JUAN DE TOLEDO, ámbos monges Gerónimos; los dominicos Fray MARTIN DE SANTIAGO y Fray JUAN DE EZGUERRA, en el siglo XVI, se distinguieron en este ramo; en el siglo XVII, brillaron los frailes PEDRO SANCHEZ, BARTOLOMÉ CALZADILLA, FELIPE MORON, ALBERTO DE LA MADRE DE DIOS y otros muchos, que consigna en sus páginas la Historia. Brillaron por sus escritos, en el siglo XVIII, el sacerdote RAMOS, PORTUGUÉS; VICENTE TOSCA, presbítero de San Felipe Neri en Valencia; el Jesuita REGIER, cosmógrafo de S. M., del Supremo Consejo de las Indias, maestro de Matemáticas en el colegio imperial, autor de un tratado en latin de Arquitectura, que tradujo al castellano el padre BENAVENTE, tambien jesuita y maestro de Matemáticas. En el siglo XIX, figuran Fray HILARION, arquitecto de Corias; el monge ECHANO, que trazó el plano del gran puente de Villarente y restauró la catedral de Leon; Fray MANUEL PORTO, autor de la escalera del monasterio de Lobrado. Por consejo del Clero, CARLO-MAGNO edificó el templo de los Santos Apóstoles, en Florencia, el de San Miguel, en Roma, un puente en Maguncia, los palacios de Noruega, Francfort, Ratisbona, obras todas del Arquitecto AUSEQUISO, abad del monasterio de Fontanelle, que los decoró con los mosáicos y columnas, importadas de Roma y Rávena. El Clero no cesó en los siglos posteriores de impulsar las artes, como se echa de ver por los trabajos de ALBERTO EL

Grande, Raimundo Lulio, Bacon, y sobre todo, por sus profundos conocimientos en Matemáticas, que tanto influyeron en la arquitectura y artes liberales. ¡Cuántos eclesiásticos no registra la Historia, que han hecho prodigios en la ciencia de Arquímedes! Pedro Lombardo, Bacon, Lulio y otros, sondearon el piélago inmenso de las Matemáticas, descubriendo los escolios formularios del problema, en los que se habian estrellado impotentes los ingénios más aventajados de la República literaria. Santo Tomás dió pruebas inequívocas del dominio que ejercia sobre las ciencias exactas, en los tratados que compuso sobre acueductos y máquinas hidráulicas: el fraile Hildeberto, escribió poemas con el título de *Matemáticas*; Silvestre II, hizo tantos prodigios en este ramo, que el vulgo le apellidaba el Mago, el Hechicero, preocupacion funesta que se apoderó tambien de la ignorancia de su siglo.

En tiempo de Leon III, se hicieron en Roma infinitas construcciones, obras maestras de arquitectura, que fueron imitadas por los Pontífices sucesores. En prueba de la proteccion que el Clero dispensó a la arquitectura, retamos á nuestros enemigos á que tiendan una mirada á los famosos templos, iglesias y conventos, que se contemplan en el suelo del Catolicismo; á que se detengan unos instantes en los santuarios cristianos, á contemplar las estátuas, los lienzos con admirables pinturas y los grandes mosáicos; la platería, grabado, tegidos y bordados, que ostentan los ornamentos del culto. Por consiguiente, el comprobante de los templos católicos abraza todos los ramos del arte: allí se reconcentran la arquitectura, escultura, pintura, mosáicos, platería, doradura, fundicion, bordados, grabados,

tejidos, industrias, comercio, órgano y música.

El ya citado Céspedes fué el pintor y el escultor más reputado del siglo XV. En el siglo XVI, se distinguieron en el arte de Rafael y Miguel Angel, los hermanos Vicente de Santo Domingo y Pedro de Montoya. En el siglo XVII, se encuentran á D. Martin Galindez, cartujo; Fray Julian, á quien se deben las pinturas iluminadas, que se conservan en el Escorial. En el siglo XVIII, florecieron los padres Diez, Junco, Morales, Bartolomé, y otros muchos. En siglo XIX, tambien se hizo célebre el Clero en las pinturas.

En el siglo XI, el abad Didiero hizo venir de Lombardía, de Amalfi y de Constantinopla, artistas para trabajar el mármol, el oro, la plata, el hierro, la madera, el yeso, el marfil y otros trabajos de escultura. Fray Juan de Segobia, jerónimo, enseñó á labrar la plata á los plateros de su época. En el siglo XVI, figuraron los benedictinos de Cerdeña y los religiosos Beltran y Ruiz. En el siglo XVIII, brillaron Galindez Cartujo, Gaspar de San Martin, Ribot y Fray Eugenio de la Cruz; quien se distinguió de los demás en el dibujo, y á quien se debe tambien el dorado y la fundicion de la mayor parte de los bronces, que hay en el panteon del Escorial; es obra suya la urna de plata depositaria de un niño inocente, que hay en el templo de la Vírgen del Patrocinio. En el siglo XIX, se distinguieron en este ramo muchos cartujos. Inmortalizaron sus nombres en las artes de grabado y música Fray Manuel Illescas, Felipe, Diego y Palencia; Salamanca, Avila, Sevilla y Francisco de Colonio. Los monges del Monte Casino perfeccionaron la escritura.

Cuando el Clero agotaba sus tesoros en las cons-

trucciones y bellezas de las iglesias, animaba á los fieles con los alicientes de las indulgencias á contribuir con su óbolo á la edificacion y reparacion de los monumentos sagrados.

El religioso movimiento de las Cruzadas proporcionó mejoras á la ciencia, multiplicó los artículos del comercio, robusteció las artes, dió impulso á la industria; él nos trajo las sedas de Damasco, los tapices, las armas y otros objetos, que se elaboran con primor y elegancia en nuestros talleres; á él debemos las relaciones beneficiosas, que cultivamos con los pueblos del Asia: las evoluciones de las Cruzadas agrandaron con los descubrimientos las cartas geográficas; ellas ensancharon los marcos de la Historia, delineando en su cuadro los rasgos valerosos de los héroes, las batallas memorables, los ritos, usos y costumbres de países desconocidos: ellas enriquecieron la agricultura con las plantas, arbustos, vejetales y sementéras, que nos trajeron: ellas nos dieron ocasion de contemplar el despejado cielo de Egipto y escuchar las cataratas, enriqueciendo con su estudio y observaciones la Arqueología y Astronomía. Beda, monge benedictino, se ocupó con preferencia de la Astronomía, sirviendo sus trabajos de modelo y de materia á las obras, que se publicaron con el nombre de «*Indicacion de las causas de las mareas*» la una; y con el de «*Forma esférica de la tierra*» otra. El eclesiástico Pedro de Abaco, con el auxiliar de las máquinas, representó el movimiento de los astros. El abad de San Galo hizo un globo celeste. Alberto el Grande, dió el primer paso en el descubrimiento de la brújula. Muchos individuos del Clero, como Torres el Salamanquino, Copérnico, y los autores de las «*Tablas alfonsinas*», trabajaron con aplauso y asombro

en el campo de la Astronomía. Los cartujos se ejercitaban en la agricultura, en el estudio de las ciencias y en todas las clases de industria y del arte, sin descuidar la caridad para con los pobres, la práctica de las virtudes cristianas y los deberes de su instituto.

Estos austeros religiosos, esclavos de la penitencia, trasmitieron al mundo el gérmen de la civilizacion, copiando, en las horas que les dejaban libres las ocupaciones de la *Regla*, preciosos manuscritos, de que estaban bien provistos.

La órden del Císter, fundada por San Roberto, asombró al mundo con su prodigiosa fecundidad; pues á la vuelta de algunos años de existencia, contaba con un número fabuloso de establecimientos, ocupados por personas de ámbos sexos, que hicieron portentos en las ciencias, artes, comercio é industria. San Bernardo elevó á desmesurada altura la reputacion de este instituto religioso, profesando sus votos; la fama de este esclarecido padre de la Iglesia atrajo á los cláustros cistercienses tan inmenso gentío, que, no siendo capaz el primer monasterio de contener en su recinto á todos los aspirantes, se levantó el del Claraval, cuya nombradía hizo olvidar la abadía del Císter; nombradía adquirida por el órden y armonía, que brillaban en la regularidad de los trabajos y ocupaciones, en que se empleaban los monges, dirigidos por el mencionado Santo. En todos los establecimientos abaciales de la Orden Cisterciense, se experimentaba un movimiento artístico é industrial admirable; de modo que, más bien que una soledad, parecia una ciudad floreciente y culta, decorada de establecimientos literarios y embellecida con los primores del arte.

Luis VI, construyó una abadía en honor de San

Víctor de Marsella, con una congregacion de canónigos regulares, para que se ejercitasen en la enseñanza.

Los premonstratenses, creados por el obispo de Lyon, se distinguian por su aplicacion á las letras, sus cuidados al comercio y sus afanes por la industria.

Miremos por donde se quiera á los benedictinos, sólo descubriremos prodigios de ciencia y virtud, portentos del buen gusto, maravillas artísticas: aquí proclaman el movimiento de la tierra, allí descubren la pólvora; acá dan á conocer el reloj, acullá inventan los molinos de viento; ya nos enseñan los métodos de mejorar los vinos, ya nos revelan la utilidad de los gusanos de seda y el modo de aclimatarlos en todos los países de Europa. Los benedictinos de Mántua empleaban en la labranza más de *tres mil* pares de bueyes. Las monjas de San Miguel en Florencia, recibian anualmente de esta Orden grandes cantidades de lana, lino y otros artículos de industria. Estos hombres extraordinarios llenaban el mundo con la inmensidad de profesiones y la fecundidad de sus ingénios; pues no habia trabajo ni ocupacion conocida en el mundo, que no se practicára en los cláustros de San Benito. Y ¿cómo no habia de ser, cuando fueron los padres de las ciencias y artes, copiando manuscritos, y convirtiendo los desiertos en focos de agricultura, comercio é industria?

El franciscano Raimundo Lulio hizo los primeros ensayos químicos; Bacon es el fundador de la escuela experimental: en punto á óptica, señaló fenómenos incógnitos de la extructura del ojo; explicó las propiedades y el uso del *lente* y del *telescópio*: él dió idea de los buques, que pueden navegar sin el concurso de

brazos; hé aquí los vapores: él explicó cómo los carros pueden caminar sin el auxilio de los animales; hé aquí los ferro-carriles: habla del viaje aéreo; hé aquí los globos aereostáticos: trata de los puentes para cruzar los rios más caudalosos sin necesidad de pilares, ni apoyo alguno intermedio.

Un monge inventó la pólvora; otro indicó vários procedimientos, para obtener el *bismuto*, la flor de azufre, el azúcar de Saturno, el ácido nítrico, el sulfúrico, el agua real y el tártaro vitriolado. El sacerdote BRANDT descubrió el fósforo; RODULFO GLAMBER, el sulfato de sosa. El monge ESPINA inventó los anteojos.

Inventada por GUTHEMBERG la imprenta, el Clero la propagó, luchando denodadamente con los enemigos de este prodigioso elemento de las letras. La *Biblia*, llamada *Mazarina*, parece ser el primer manuscrito, que se dió á la estampa. Con la toma de Maguncia se dispersaron los impresores, colocando máquinas en las ciudades, con lo que se difundió la imprenta por toda Europa. Los amanuenses vieron en la imprenta agotados los recursos de su manutencion; y en su consecuencia, le declararon una guerra á muerte. El Clero salió á su defensa, y predicando á su favor, persuadió á las masas del pueblo sus incalculables ventajas, descubriendo á la vez el espíritu de egoismo, que animaba á sus adversarios.

Mucho trabajó el Clero por perfeccionar el arte de MARTE. El padre SAN BERNARDO decia á los templarios: «*Si se prepara un combate, ármese el caballero templario de fé por dentro y de acero por fuera.*» SAN RAIMUNDO DE FITERO amaestraba á los soldados en la defensa de Calatrava; D. RODRIGO, arzobispo de Toledo, ganó, con su pericia y estrategia militar, la

memorable batalla de las Navas de Tolosa; el Cardenal Cisneros no demostró ménos conocimientos en la conquista de Oran, y Jimenez se distinguió, entre los *generales* cristianos, en la conquista de Granada. En nuestros tiempos, hemos visto á los padres jesuitas y dominicos organizar tropas, presidir batallas, obtener señaladas victorias entre los salvajes, y fabricar cañones, con todos los instrumentos y aparatos guerreros, en la China, el Japon, la India y la Persia.

Queda, pues, demostrado en general, que, el Clero, despues de salvar las ciencias de los disturbios de la guerra y fomentarlas con sus desvelos, tendió una mano protectora á las artes, cobijándolas en los templos, monasterios y hospicios sagrados, adornándolas con la magnificencia, pompa y magestad del culto, y sosteniéndolas ya con la proteccion que dispensaba á los artífices, ya pensionando sus obras, ya ejerciéndolas él mismo con asombro y admiracion del público.

CAPITULO II

Clasificacion de las pruebas.—Esfuerzos del Pontificado en general para salvar la causa de las Letras

Las nociones generales, que hemos expuesto, podrían servir de pruebas al aserto, que encierra el epígrafe de este tratado; pero, conformándonos con la costumbre de apoyarnos en hechos particulares, procederemos á la ampliacion de las demostraciones generales, que hemos presentado, estudiando los puntos siguientes:

1.° Los Soberanos Pontífices, por cuyas biografías, trazadas rápidamente, se echará de ver, que, con sus escritos, con sus descubrimientos, con su proteccion á los sábios y literatos del mundo, convirtieron á Roma Cristiana en centro de las luces.

2.° Algunos Obispados de Alemania, cuyos príncipes, revestidos de la doble autoridad temporal y espiritual, hicieron florecer en sus Diócesis las Letras, al paso que se afanaban por la propagacion y brillo

de la Moral Evangélica; empleando al efecto cuantos medios les facilitaban los recursos de Pastores espirituales y Príncipes temporales:

3.° La influencia que algunos indivíduos del Clero han ejercido en las Córtes Europeas, para inclinar los ánimos de los Soberanos á proteger y cultivar las Letras en sus respectivos Estados:

4.° Las Cruzadas de Oriente, en cuyo estudio descubriremos cómo el Clero influyó en los beneficios literarios y artísticos, que aquellas reportaron á la sociedad:

5.° Las órdenes monásticas, que presentaremos como gabinetes laboratorios de todas las artes y fuentes inagotables de todos los ramos del saber humano:

6.° Los escritores eclesiásticos que enaltecieron la clase sacerdotal, á que pertenecian, con las inmensas riquezas literarias, que legaron á los siglos, en que vivieron.

Todas estas regiones del mundo histórico hemos de visitar aceleradamente: todos estos horizontes de las letras hemos de investigar con las escrutadoras miradas de la lógica á través del microscopio de la crítica: todos estos hechos hemos de analizar con recto é imparcial criterio, para que á nadie engendre sospechas la defensa que en el terreno científico acometemos á favor del Clero, apoyándonos en las pruebas incontrastables, que los mismos arrojan á su natural y narratoria exposicion.

Los Papas han correspondido á la supremacía de honor y jurisdiccion, que ejercen sobre toda la Iglesia, con los inmensos servicios que han venido prestando á las ciencias; pues, habiendo sabido nivelar perfectamente la excelencia de su excelsa categoría á la elevacion incomparable de su doctrina, y armo-

nizando el magisterio de la fé con el de las Letras, han formado el corazon de los fieles con las lecciones de piedad y moral cristiana, y cultivado el campo de las inteligencias con el auxilio de las ciencias humanas, que han desarrollado é impulsado sin tregua, desde la cátedra infalible del Vaticano.

En tanto que las órdenes religiosas difundian por todos los ángulos de Europa los rayos de la ilustracion, educando á la juventud, y exhumando del panteon del olvido los manuscritos antiguos, los romanos pontífices coadyuvaban á la noble empresa de los solícitos religiosos, atrayéndose de mil modos á los sábios de todas las sectas y de todos los paises del globo: á unos colman de distinciones y privilegios honoríficos; á otros prodigan recursos pecuniarios; á estos invisten de la dignidad sacerdotal; á aquellos elevan á los primeros puestos de la Iglesia; y á todos recompensan superabundantemente sus talentos y servicios literarios; viniendo á ser el alma del gran movimiento intelectual del universo.

Los anales del Pontificado católico registran innumerables papas, que impulsaron con inaudito celo la radiante propaganda de las luces; pero, prescindiendo á la sazon de todos, nos limitaremos á citar á LEON X, prodigio de sabiduría y santidad, padre de la civilizacion moderna, oráculo de su siglo, á quien alumbró con el sol de las ciencias antiguas; sol que, amortiguado y eclipsado bajo las ruinas de la Grecia, hizo revivir en Roma, y reflejar sobre toda la Europa.

El siglo de LEON X, se distinguió en tantas bellezas literarias, que el célebre abad Barthelemy, dice á este propósito:

«En Roma, un viajero tiene ocasion de ver á Mi-

GUEL-ANGEL levantando la cúpula de SAN PEDRO; á RAFAEL pintando las galerías del Vaticano; á SADOLET y BEMBO, que luego fueron cardenales, desempeñando entónces el puesto de secretarios cerca de LEON X; al TRISINO representando por primera vez en la *Sofonisbe*, con la que un moderno se abria la carrera inmortalizada por EURÍPIDES; á BEROALD, bibliotecario del Vaticano, ocupándose en publicar los *Anales* de TÁCITO, que acababan de ser descubiertos en Westfalia, y que LEON X habia adquirido mediante una suma de 500 ducados de oro; al mismo papa proponiendo puestos ventajosos á los sábios de todas las naciones que quisiesen fijar la residencia en sus Estados, y recompensas brillantes á todos los que le presentáran manuscritos desconocidos... Por todas partes se organizaban universidades, colegios, imprentas para toda clase de lenguas y ciencias, y bibliotecas contínuamente enriquecidas con las obras que se publicaban, y con los manuscritos recientemente traidos de países en que la ignorancia habia conservado su imperio. Multiplicábanse de tal modo las academias, que en Ferrara habia 10 ó 12, en Bolonia cerca de 14, y en Siena 16, ocupándose todas en las ciencias, la literatura, los idiomas, la historia y las artes. En dos de estas academias, de las que una estaba simplemente dedicada á PLATON, y la otra á su discípulo ARISTÓTELES, se discutian las opiniones de la filosofía antigua, y se presentian las de la moderna. En Bolonia, así como en Venecia, una de estas sociedades cuidaba de la imprenta, de la hermosura del papel, fundicion de caractéres, correccion de pruebas, y sobre todo cuanto podia contribuir á la perfeccion de las ediciones nuevas... Las capitales y hasta las ciudades ménos considerables de

cada Estado, se mostraban sumamente ambiciosas de instruccion y de gloria, y casi todas ofrecian observatorios á los astrónomos, anfiteatros á los anatómicos, jardines á los naturalistas, á todos los literatos, colecciones de libros, medallas y monumentos antiguos, y finalmente distinguidas señales de consideracion, de reconocimiento y respeto á todos los géneros de ilustracion... Los adelantos de las artes favorecian el gusto de los espectáculos y de la magnificencia. El estudio de la historia y de los monumentos de los griegos y romanos inspiraba ideas de decoro, de unidad y perfeccion que hasta entónces no habian sido conocidas. Habiendo sido JULIAN DE MÉDICIS, hermano de LEON X, proclamado ciudadano romano, fué acompañada esta proclamacion de diversiones públicas, y sobre un vasto teatro construido cerca de la plaza del Capitolio, se representó por dos dias seguidos una comedia de PLAUTO, cuya música y extraordinario aparato excitaron una admiracion general.»

Los sucesores del inmortal LEON, hicieron desesperados esfuerzos, para conservar las luces, encendidas por el ilustrado Pontífice; y á su ejemplo, retribuyeron expléndidamente los adelantos del génio y del arte, acumulando en sus casas de campo y palacios los preciosos restos de todas las edades. Los palacios encantadores de los BÓRGIAS y FARNESIOS, atraian á los viajeros á sus radiantes umbrales con la mágica fuerza de las obras de PRAXITELES y FIDIAS. Las estátuas de HÉRCULES y de APOLO fueron conquistadas á expensas de los papas; papas fueron tambien los que conservaron las ruinas de la antigüedad, poniéndolas al abrigo de la Religion. ¿Quién no recuerda con emocion la industriosa ilustra-

cion de aquel pontífice, que embelleció con imágenes cristianas los preciosos restos de las Termas de Diocleciano? ¿A quién deben su conservacion el panteon y la estátua de Trajano, sino á las reliquias apostólicas, con que los marcaron los Vicarios de Jesucristo, para sustraerlas á la rapacidad de los invasores? La corona de los Apóstoles, que ostentaba el segundo monumento, y la dedicacion al culto divino del primero, fueron una garantía inviolable de su salvacion, porque, al aspecto religioso de estas sacras divisas, contuvo el golpe destructor de la piqueta formidable de los feroces invasores.

Las instituciones góticas habian tendido un velo oscuro sobre el horizonte de las letras; y sin embargo, la córte romana poseia vastas nociones de legislacion y de Derecho público; estaba perfectamente orientada en las bellas artes, en las ciencias y la política. Como no abrigaba miras bastardas de ambicion y gloria, sino que aspiraba á promover la felicidad del género humano, se apresuraba á dar publicidad á sus secretos científicos, y á generalizarlos por todos los medios. Dirigia todos sus esfuerzos á sacudir el yugo de la ignorancia, á dulcificar nuestras costumbres, á despojarnos de nuestros hábitos groseros, y á infiltrar en nuestros corazones el espíritu del Evangelio y de la instruccion.

Los bárbaros del Norte eran unas hordas salvajes, que carecian de las nociones necesarias á la vida; no podian formar sociedad, sin destrozarse recíprocamente: las ideas ingénitas de derecho natural, bastardeadas por la vida errante y vagabunda de los bosques, habian degenerado en un instinto animal. ¿Quién, sino los papas habilitaron á los salvajes conquistadores de la Edad Media, para

vivir en sociedad y bajo el imperio de la ley? Sí; los papas, despues de haberlos incorporado á la Religion, los instruyeron en las artes necesarias á la vida, les dieron nociones de derecho civil y político, y los colocaron bajo las dependencias mútuas del dominio y de la obediencia.

Con las ideas generales, que hemos vertido, quedaria probado, que la Europa debe á la Santa Sede lo más excelente y sólido de sus leyes, lo más precioso de sus artes, lo más distinguido de sus ciencias; y en general, su civilizacion en todos conceptos: pero faltaríamos al compromiso, que hemos contraido, si no descendiéramos á particularidades, analizando brevemente las biografías de algunos pontífices, fijándonos con preferencia en aquellos puntos, que atañen á los progresos científicos. Desde la más remota antigüedad, los Romanos pontífices se consagraron al ejercicio de la caridad y del magisterio: de ámbas verdades nos persuadiremos, recorriendo la escala histórica de los soberanos de la Iglesia; pero como nos hemos de ocupar de la caridad por separado, aplazamos el turno de éste servicio prestado á la humanidad por el Clero, y á la sazon describiremos la influencia de éste en todos los asuntos científicos.

CAPÍTULO III

Algunos Papas que defendieron la santa causa de las Letras

San Jerónimo afirma, que el papa Víctor fué el primero, que escribió en latín; lo cual prueba, que Roma cristiana no degeneró de Roma pagana en la apreciacion de la sábia lengua de Ciceron; al contrario, que la conservó, y la perfeccionó con el uso y la enseñanza á través de los disturbios políticos y religiosos, que repetidas veces la conmovieron y agitaron, para generalizarla más tarde en los escritos y en las escuelas. Penetrada de la influencia que ejercia sobre todas las ciencias, se enseñoreó de ella, aplicándola á todas las acepciones del culto y dogma católico, y erigiéndose en su depositaria y única maestra é intérprete. Horroriza el sólo meditar unos instantes sobre el trágico destino, que hubieran sufrido las preciosidades todas, que encerraba Roma, si el memorable papa Leon Magno, no hubiera interpuesto

su majestuosa influencia entre el pueblo y el bárbaro ATILA, logrando aplacar la cólera del indómito guerrero, y decidirle á desistir del inhumano y feroz propósito de arrasar la Ciudad Eterna, y persuadirle á retroceder, poseido de religioso temor, de sus puertas. Es verdad que no halló tan propicio á sus planes de conciliacion al bárbaro GENSERICO; pero alcanzó que su invasora irrupcion fuera moderada; esto es, que no se perpetráran asesinatos, que se respetára la ancianidad, que se salvára la pureza virginal de las doncellas, que no se realizáran incendios, que se preserváran del aluvion exterminador los templos cristianos; y finalmente, que se pusieran á salvo los tesoros de las ciencias y artes.

¿Qué sacrificios más penosos no ofreció tambien en aras de las ciencias y vidas de los ciudadanos el papa PELAGIO, cuando TOTILA pasó á saco la ciudad?

Merced á las profusas liberalidades que agotaron las arcas del Tesoro, alcanzó este humanitario pontífice del fiero conquistador las gracias mencionadas. Condescendiendo el rey de los lombardos con los pacíficos deseos del papa SAN GREGORIO, levantó el sitio, que tenia puesto á Roma. Este inolvidable Pontífice, tan célebre por el ardor y constancia con que administró justicia, sostuvo los derechos de la Iglesia, y defendió los sagrados intereses de la Religion: á su iniciativa, resucitó en Roma el génio de la música, sepultado entre las ruinas de la Grecia y Aténas; y las melodías antiguas, de cuya mágica influencia se valieron los guerreros para hacer triunfar sus armas del enemigo, resonaron de nuevo en el Vaticano. El *canto llano*, base del armónico edificio, cuna de los conciertos musicales, manantial de los melífluos arroyuelos, que recrean y deleitan el oido con sus re-

sonantes gemidos, fué invencion suya. Las bellas propiedades de la música gregoriana parecen inspiradas por un génio celeste: sus gratas armonías y melíflua cadencia la elevan al nivel de las piezas más escogidas del paganismo. Cuatrocientos años habian rodado ya por la resbaladiza pendiente del tiempo, y todavia resonaban, en los recintos de Roma, las melodías del canto gregoriano.

Bonifacio selló su pontificado con una gloria, con la conquista del arte. Este papa, bien quisto con el emperador Focas, á más de las gracias que le obtuvo esta amistad, consiguió la devolucion del famoso templo, llamado Panteon, construido por Agripa veinticinco años ántes de la Era Cristiana; y despues de purificarlo de las inmundicias del paganismo, lo erigió en una Iglesia, que puso bajo la advocacion de la Santísima Vírgen y de todos los mártires; arrancando de este hecho el orígen de todos los Santos, con cuyo nombre celebra anualmente la Iglesia una fiesta el *primer* dia del mes de Noviembre.

La música iba de dia en dia alcanzando progresos importantes, gracias à la delicadeza y buen gusto por las artes de los gerarcas supremos de la Iglesia, que dirigian incesantemente todos sus conatos á engrandecerla y perfeccionarla. Los pontificales testifican, que el papa Vitoriano, revistió de majestad y pompa sonora el canto musical con el armonioso aparato de los instrumentos. No están de acuerdo los críticos en la determinacion ó precision de estos instrumentos musicales, de que se hace mérito en el lugar citado.

San Agustín, prescindiendo de todo nombre específico, designa cualquier instrumento, propio de la música. Sea lo que fuere, no es inverosímil que fueran

órganos, en atencion á que la Iglesia, desde inmemorial, ha hecho uso de los órganos en el ceremonial religioso de su culto; y no consta, que haya introducido otro género de música instrumental en el ejercicio de sus funciones sagradas. Por otra parte, la respetuosa y meditabunda voz del órgano cristiano interpreta fielmente el sentimiento grave de la Religion, haciendo resonar sus armonías de un modo acompasado y sério; y hubiera sido una inconveniencia indecorosa al culto católico, representar sus ceremoniosas solemnidades con instrumentos profanos que tanto desdicen de la gravedad del canto, que entona la Iglesia en el ejercicio de sus funciones. Por todas estas consideraciones, que nos sugiere el espíritu de nuestra Religion y la invariable costumbre de la Iglesia, asentimos á la opinion de los que denominan órganos á los instrumentos en cuestion.

El autor de la vida de PASCUAL I, encomia sobre manera la erudicion de este pontífice y la proteccion é impulso que dió á las artes, enumerandolas suntuosas iglesias que construyó y reparó, y describiendo minuciosamente las mejoras urbanas y artísticas, conque embelleció la Ciudad. En efecto, todos los edificios ruinosos fueron demolidos y alzados de nuevo; proveyó las calles y plazas públicas de acueductos; abrió carreteras, desplegando en todas estas obras el lujo y gusto del arte y la costumbre.

SILVESTRE II, ántes GELBERTO, era universal en los conocimientos, mereciendo, por su nombradia científica, que los principales soberanos de Europa se acercáran con frecuencia á su lado, para escuchar el consejo y la solucion de los muchos y complicados asuntos, que sometian á su elevada penetracion. Uno de los descubrimientos más útiles, que fueron el fruto

de los estudios de Gelerbto, fué la importante invencion del *reloj* volante, que estuvo en boga hasta el año de 1650, en que fué descubierta la péndola. El pontificado de Benedicto VIII fué tambien notable por la invencion de las líneas de la gama, y el descubrimiento de las notas *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol* y *la*. El célebre músico Guido, monge de Arezo, á quien el arte debe estos progresos, prestó, con la revelacion de ámbos secretos, ventajosos servicios á la sociedad; pues, es escusado ponderar la utilidad del reloj para los negocios de la vida y las ventajas de la escala musical; por cuyo medio, se facilita y abrevia la enseñanza de la música, aprendiendo hoy los niños en poco tiempo, con este método, más que aprender pudieran antiguamente los adultos en largos años con los puntos y letras, que servian de notas.

Algunos autores sostienen, que la invencion de estas notas se remonta á los egipcios, de cuyo país Pytágoras las trasladó á la Grecia. Será lo que se quiera; pero habiendo los romanos recogido las preciosidades de los pueblos vencidos, hubieran éstas perecido en las ruinas de Occidente, á no haber hallado un albergue inviolable en los papas; los cuales alcanzaron de los bárbaros su indulto y conservacion: luego es forzoso concluir, que los descubrimientos referidos se deben á la Iglesia. Informado el papa de la invencion de las notas consabidas, hizo comparecer á Guido á su presencia; y habiendo hecho el ensayo del nuevo método, demostró quedar altamente satisfecho y complacido, y le despidió, no sin haberle colmado de honores y alabanzas.

Eugenio III, fué otro de los pontífices, que más celo desplegaron por la conservacion y fomento de los intereses artísticos y literarios. Entre los rasgos

más brillantes, que encomian su pontificado, merece ser arrancado al olvido uno, del que los historiadores hacen caso omiso: es el sumo cuidado, que consagró á la traduccion en latin de diferentes obras de los padres griegos; siendo BURGONDION, juez de Pisa, el famoso literato, á quien encargó estos trabajos: así mismo vertió al latin el mismo autor, por órden expresa del papa, el libro de SAN GREGORIO DE NISA, que trata sobre la naturaleza del hombre.

CELESTINO III, sin dar al olvido las ciencias sagradas, y sin faltar á los espinosos deberes, que gravitan sobre los pontífices, se dedicó con empeño al estudio de la jurisprudencia, en cuya científica facultad hizo tan colosales progresos, que era reputado por uno de los más hábiles jurisconsultos de su tiempo. Los negocios, por muy complicados é improvisados que se presentáran, nunca le sorprendian: su consumada prudencia, que jamás le abandonaba, daba á todos fácil y pronta solucion: la marcha regular que llevaba en todos los procedimientos, la equidad que brillaba en sus sentencias, la sagacidad que desplegaba, y la suma atencion que ponia en la tramitacion de las causas, descargaban sobre su gabinete una lluvia de importantes y trascendentales litigios. Los más sábios jurisconsultos asistian á sus consistorios, para satisfacer el placer de escucharle, y aprender el modo de conducirse en su profesion; pues, le creian el restaurador de la Jurisprudencia.

Con este papa tiene mucha analogía INOCENCIO III, por la identidad de ciencia é igualdad de talento; pues, no de otro modo, que CELESTINO, descolló en la ciencia del Derecho Civil y Canónico. Todos los decretos, expedidos por INOCENCIO, revelan sus profundas nociones en la ciencia del foro, en los cánones

de los concilios y en la Historia; y aún son más notables por el espíritu reformista y conciliador, que entrañan; pues tienden á robustecer la disciplina, á morigerar las costumbres, á afianzar los derechos de la Iglesia, y reanudar las relaciones de amistad entre los príncipes cristianos.

MARTIN IV, desde el dia de su exaltacion al pontificado, descubrió una complacencia suma en las letras, por las activas gestiones que practicó, para propagar la instruccion. Vários proyectos habia ensayado, para hacer florecer las ciencias; pero la brevedad de su pontificado y las críticas circunstancias, en que vivió, neutralizaron su ejecucion. Mucho deben tambien las ciencias y artes á los pontífices NICOLÁS IV, y CLEMENTE V: el primero erigió en universidad la escuela de Montpeller, cuna de los hombres más ilustres, que han brillado en el ameno campo de la literatura; el segundo consumió cuasi todo el tiempo de su pontificado en Aviñon; y sin embargo, abrió cátedras á las lenguas griega, hebrea, árabe y siríaca. JUAN XXII, fundó la universidad de Cahors; POLIODORO VIRGILIO le atribuye la institucion del Tribunal de la Rota, cuyos auditores conocen definitivamente en todas las apelaciones de la cristiandad. Los conocimientos de este papa eran tan profundos como generales; pues se hicieron extensivos á aquellas ciencias extrañas al estado sacerdotal, como la medicina, sobre la cual escribió vários tratados, que fueron la admiracion de los acreditados físicos de su época; especialmente, la obra titulada «*Tesoro de los pobres*», que fué aplaudida y acogida con grande entusiasmo.

URBANO V, cursó la carrera de las letras en la universidad de Montpeller, la que enalteció con su

constante aplicacion y lucido aprovechamiento. Agradecido á la madre, que cultivó su inteligencia, ocurrió numerosas veces á los gastos que ocasionaron las reformas útiles, que introdujo en este establecimiento literario; compensando, así, las pensiones recibidas en otro tiempo por el cargo de profesor, que habia en la misma ejercido con grande aplauso de todos. Sus dispendios, invertidos á favor de la pobreza que se dedicaba á los estudios de todos géneros, demuestran el ardor y entusiasmo, que sentia por las letras; pues, penetrado de que los más privilegiados talentos se inutilizan en los áridos desiertos de la indigencia, obvió este inconveniente, que tanto perjudicaba el desarrollo y progreso científico, facilitando recursos á los pobres, para que se abrieran paso á las carreras literarias, que estuvieran en armonía con su vocacion y talento. Por ello, levantó un colegio á sus expensas, y lo dotó espléndidamente, á fin de abrir las puertas al talento y mérito de la pobreza; y á la mira de completar todos los estudios, instituyó 12 plazas de medicina para los pobres, que se dedicasen á esta clase de estudios. En todos los colegios, academias, institutos y centros de instruccion, se dejó sentir la influencia de su generosa caridad para con los pobres, y de su ardiente amor hácia las letras; pues en todos ellos costeaba diferentes carreras, ascendiendo al fabuloso número de 1.000 los escolares, que seguian la carreras á sus expensas.

Gregorio XI, se hizo recomendable por la excelencia de sus virtudes y santidad de vida; pero no lo fué ménos por las brillantes dotes de ingénio y por los tesoros y riquezas científicas. Era un consumado jurisconsulto y un famoso canonista, á cuyas ciencias

profesaba una aficion tan ciega, que se complacia en hacerse acompañar de todos los varones, instruidos en derecho civil.

Nicolás V, era tan entusiasta por las letras, que se le veia constantemente ocupado en trabajos mentales, y en atesorar, por todos los medios, las riquezas científicas. Este pontífice dió una prueba evidente de los deseos, que le animaban á generalizar la instruccion, abriendo un asilo en Roma á los sábios de Grecia, á quienes el furor de los musulmanes habia dispersado, cual diminuto polvo, por todo el Occidente, arrancándolos á las delicias de la pátria.

Los ilustres desterrados importaron al Vaticano inmensas riquezas de literatura, que agrandaron el horizonte de las luces, y alumbraron al mundo moderno. Infinitos manuscritos, griegos y hebreos, que encerraban todas las bellezas literarias de la antigüedad, fueron depositados á las augustas plantas del padre comun de los fieles en recompensa de la generosa hospitalidad, que les franqueaba; quien, incorporando estas adquisiciones importantes de sabiduría á las conquistas de la Judea, instaló una lujosa biblioteca, en donde se almacenaron todas las preciosidades del mundo antiguo. Empezó á descentralizar aquellos cúmulos de ideas amontonadas y hacinadas en el santuario científico del Vaticano, haciendo todos los esfuerzos imaginables, para que cundieran, á la brevedad posible, en toda Europa; ya nombrando comisiones, que se encargaban de la version de várias obras, ya pensionando á los literatos, compeliéndolos á ordenar aquel bibliográfico almacen por turno de materias y antigüedad; en suma, no omitiendo diligencia y gasto alguno, para

generalizar toda la sabiduría, reconcentrada en Roma.

El número infinito de obras, que publicó Pio II, demuestra que fué uno de los pontifices más sábios de su siglo; pues sus eruditos escritos abarcan todas las ramas del saber: medicina, jurisprudencia, filosofía, teología, lenguas; en fin, todas las ciencias sagradas y profanas son las bellas producciones de su pluma.

CAPÍTULO IV

Continuacion de la materia precedente

Clemente VII, empleó todo el tiempo de su pontificado en investigaciones científicas: su impaciencia por adquirir una obra de importancia no tenía límites, y no se tranquilizaba hasta conseguirla, recurriendo al efecto á todos los sacrificios y esfuerzos posibles: ora escribia directamente al autor, ó le hacia conducir á Roma; ora le citaba á un punto determinado, y se personaba con él. Merced á estos desvelos infatigables, logró adquirir volúmenes de extraordinario mérito, con los que enriqueció la biblioteca del Vaticano. Incurriríamos en la censura de ingratos, si hiciéramos caso omiso de los extraordinarios servicios, que Pio IV, prestó á la causa noble de las letras; pues, instaló en Roma una imprenta, destinada exclusivamente á la impresion de las obras redactadas en lengua oriental; encargando la direccion de esta empresa á un tal Pablo Manucio,

uno de los más célebres literatos de aquella época, á quien hizo venir á Roma con este objeto, y á quien recompensó largamente por sus trabajos. ¿Qué diremos, que elogie bastante el colosal interés, que inspiraron á GREGORIO XIII, las letras? Vagando al azar los maronitas del monte Líbano, se refugiaron en Roma, y hallaron, en la caridad é ilustracion del pontífice, pátria, hogar y recursos abundantes de subsistencia; recursos que cedieron en pro de la Iglesia y de las ciencias, por los colosales beneficios que reportaron á una y otra, en compensacion de la grata acogida que se les dispensára. Fundó para ellos un colegio, que lleva su nombre; escuela de proverbial nombradia por los célebres hombres, que ha producido. Si GREGORIO explotaba la riqueza literaria en las minas extrañas, ¡con cuánto empeño no procuraria cultivar el campo científico de su propio suelo! En efecto, suspirando sin cesar por la pureza del dogma, propagacion de la Religion, de las luces y del restablecimiento de la disciplina, invirtió sumas cuantiosas en la creacion de escuelas y seminarios; pues abrigaba la conviccion de que de la sabiduría del Clero y del pueblo emanan la canónica aptitud de los pastores espirituales, la bondad de los ciudadanos y la propagacion de la fé: levantó vários colegios en Roma á sus expensas, á fin de que las ciencias profanas marcháran acordes con las sagradas, y éstas se adornáran á la vez, y ampliáran con los conocimientos auxiliares de aquellas.

SIXTO V, se mostró digno sucesor de los pontífices mencionados, trabajando de contínuo, para que no decayeran las glorias literarias, adquiridas á costa de tantas fatigas por sus inolvidables predecesores. Habiendo los alemanes saqueado á Roma, des-

truyéronla con sus rudos sacudimientos, sacrificando en esta devastacion la famosa biblioteca del Vaticano. y este pontífice amante, como el que más, de los tesoros científicos, acometió la restauracion del edificio bibliográfico. y no cejó en la empresa, hasta resarcir todos los daños, causados por el rayo exterminador de las batallas; inquirió afanosamente todos los volúmenes extraviados, reimprimió las obras deterioradas. recompuso los espaciosos estantes; en fin, coronó la soberbia biblioteca con una famosa imprenta, que estableció contígua al edificio de la sabiduría, y la destinó exclusivamente á las correctas ediciones de la Sagrada Escritura, de los concilios, de las decretales y acuerdos pontificios.

Nos complacemos en recordar los progresos, que la ciencia debe á PAULO V, dando á conocer aquella memorable Bula, expedida por este papa, que tantas ventajas proporcionó á la Religion y á las letras; pues, en ella se prevenia. que en todos los seminarios, colegios y monasterios, se establecieran cátedras de griego, hebreo y latin; pensamiento digno de un pontífice amante de la instruccion de su pueblo, para cuyo cumplimiento se dirigió repetidas veces á los profesores de los idiomas referidos, encargándoles encarecidamente el celo y el interés de sus respectivas asignaturas. En 23 de Setiembre de 1611, dió otra garantía á la educacion é instruccion del sexo femenil. aprobando con una Bula especial el instituto, establecido en París bajo la advocacion de SANTA ÚRSULA y la Regla de SAN AGUSTIN, y destinado á la educacion de las doncellas. A la sombra de su pontificado, brillaron en Roma los más acreditados maestros de *pintura* y *escultura*, cuyas obras incor-

poró á la tantas veces nombrada biblioteca del Vaticano. No se distinguió ménos Gregorio XV, en protejer las letras, pues imaginando, que no podria influir bastante en su desarrollo desde el pontificado, prescindió de las Bulas y Decretos, que la mayoría de las veces suelen frustrar su fin por imprevistos incidentes; y avistándose con los literatos, les daba instrucciones, y visitando los establecimientos públicos, estimulaba la enseñanza con enérgicas reconvenciones y honoríficas recompensas. En tanto que se ocupaba en estos trabajos, descargaba el peso del pontificado sobre su sobrino Luis, primer ministro de la córte romana.

Antes de subir á la cúspide del pontificado, dió muestras de su celo por las letras, Benedicto XIV. Los importantes cargos, que con satisfaccion y aplauso del público habia ejercido ántes, hicieron concebir la esperanza de que seria un pontífice de los más ilustrados, que registra la historia del papado. La profunda atencion con que examinaba todos los negocios, la exquisita prudencia que desplegaba en la solucion de los asuntos más embrollados, anunciaban la claridad y agudeza de su ingénio: las sábias y maravillosas producciones de su pluma garantizaban la vasta erudicion que le adornaba, erudicion que habia hecho brillar públicamente en su diócesis con el carácter de obispo. Su mayor complacencia la cifraba en las frecuentes audiencias, que daba á la indigencia y á la desgracia, en las que los afligidos y desvalidos eran dulcemente consolados y remediados en todas sus urgentes necesidades. Los peregrinos de la más humilde condicion se dirigian á este inofensivo y solícito pontífice con la misma confianza y regocijo, que ostenta un hijo

atribulado, cuando, desengañado por los reveses, vuelve á ver á sus padres; y anublados sus ojos en lágrimas de dolor y gozo, le hacian el triste relato de sus amargas aventuras, á cuyos tiernos y conmovedores discursos contestaba siempre con afectuosas pláticas, llenas de sabiduría y uncion evangélica. Pero sobre todo, es preciso no dar al olvido, que las conversaciones entabladas con los sábios, le embriagaban de placer. Los literatos más renombrados de su época le rodeaban con frecuencia, y celebraban con él sus conferencias científicas, de las que se despedian, asombrados por la facilidad y lucidez, con que soltaba las dificultades, y resolvia las intrincadas cuestiones, que se debatian. Siempre hallaron en él recursos de todos géneros los distinguidos talentos de su tiempo, cuyos sabrosos y abundantes frutos de sabiduría se debieron á sus consejos, á su proteccion, estímulo y cuantiosas liberalidades. Habia abierto en Roma á la historia eclesiástica una academia, donde se cultivaron las memorias más fenomenales, y se ejercitaron los ingénios más brillantes; viniendo á degenerar con el tiempo en una caudalosa fuente de historia universal: acrecentó la riqueza bibliotecaria del Vaticano, adquiriendo, á costa de fatigas y dispendiosas gestiones, algunas obras del mérito más brillante. Restauró tambien las bellas artes, practicando en Roma y sus inmediaciones escavaciones, de las que fueron exhumadas muchas preciosidades artísticas y monumentales de la antigüedad, que hizo trasladar al Capitolio en un edificio construido al efecto, denominado el *Museo;* abriendo así las puertas del estudio y adelantos en las artes al ilustrado pueblo y á todos los extranjeros, amantes del saber.

Parecía estar reservado á Pio VI, el dar la última mano á las ciencias y artes. Su glorioso pontificado fué un soplo de sabiduría, que comunicó un movimiento contínuo al mundo literario: el museo, las escuelas, los templos, las bibliotecas, los paseos, las vías públicas y todos los servicios ornamentales de la ciudad, llevan sus mejoras y perfeccionamientos, grabados con indelebles caractéres; recuerdos gigantescos de la ilustrada é industriosa conducta de este papa. Mandó recoger, en todos los Estados de la Iglesia, los vasos, estátuas, medallas, etc., y adornó el *museo*, establecido por sus gloriosos predecesores; restauró el puerto de Ancona, proveyéndolo de un brillante faro, que hoy posee; cruzó todos sus Estados de elegantes carreteras, no economizando gasto, que pudiera contribuir al pronto, lujoso y cómodo servicio público; erigió una grandiosa sacristía en San Pedro de Roma; dotó la abadía de Subiaco de un magnífico templo, y á Cesena de una lujosa biblioteca; dió impulso al comercio, protegió la industria, y reanimó la agricultura hasta el punto, que le fué posible. ¿Quién no recuerda con grato entusiasmo á un pontífice ilustre, que, á ejemplo de los emperadores, Augusto y Marco Aurelio, desecó pantanos infectos, consagró de nuevo al servicio del público la vía de los cónsules, y restauró los acueductos de los primeros monarcas de Roma? Pio VI, dejó un sucesor digno en el pontificado, un sucesor, que no desmintió el interés y celo por las letras, tan propio de los jefes de la Iglesia; pues, apesar de las circunstancias de penuria y turbulencia, que sellaron su pontificado, hizo florecer la paz y la literatura en los Estados de la Iglesia, y halló en su penuria y agitacion recursos para reponer nuevas estátuas, obras maestras que

Roma, protectora de las bellas artes, ha heredado de la sábia Aténas.

Todos los sucesores de LEON X, se afanaron, pues, por mantener viva la antorcha de las luces: LEON XII, por ejemplo, fué un reflejo vivo de aquel pontifice, pues vió su pontificado el mismo movimiento literario, las mismas evoluciones científicas: por todas partes se ofrecian premios á los que presentáran descubrimientos y manuscritos desconocidos; por todas partes se fundaban colegios, se instituian universidades, se celebraban conferencias, se levantaban estátuas, se establecian ateneos: por todas partes, se hacian nuevas publicaciones, se reimprimian obras, se organizaban sociedades literarias, se alzaban bibliotecas.

Tanto empeño puso LEON XII en hacer florecer las letras, que, á no haberle sorprendido la muerte, que hizo tan breve su pontificado, hubiera dado nombre á su siglo. Su ardiente celo le empujaba á girar visitas á las universidades y colegios, que él mismo habia fundado, y se informaba de los adelantos, de las circunstancias, favorables ó perjudiciales á la enseñanza, que concurrian en los maestros, y de las necesidades, que sentian los establecimientos de instruccion pública; haciendo todas las innovaciones, que aconsejaban las circunstancias.

PIO VIII, unió á las cualidades apreciables de bondad y mansedumbre, las brillantes dotes de ingenio y los ornamentos de la ciencia. Él devolvió, á fuerza de constantes y heróicos esfuerzos, el antiguo brillo al museo del Vaticano; pues, habiendo sido por dos veces saqueado por los franceses, perdió muchas preciosidades, de las que supo indemnizarlo con mucha usura; merced á sus cuidados exquisitos

por las artes, no yacen tambien ocultas bajo la piedra sepulcral del olvido, várias estátuas, que se dejan ver hoy en el Vaticano con otros monumentos públicos en Roma; tambien se deben á él la conservacion y restauracion del antiguo Foro Romano y de la Vía-Apia. A consecuencia de los penosos trabajos, hechos bajo su pontificado en la Vía-Apia, se han podido investigar las antigüedades que se conocen, y sobre las cuales se ha publicado en Roma una magnífica obra, que trata de la aplicacion de las bellezas y preciosidades de la Vía-Apia; obra maestra de Arqueología, superior á cuantas se conocen de este género. Una de las cosas, que tomó á pecho Gregorio XVI, fué el arreglo y organizacion de los estudios públicos, cuyo ramo estaba enteramente abandonado. Como estaba convencido de que la felicidad de los pueblos depende en parte de la instruccion, que reciben de los hombres, procuró que la juventud se instruyera sólidamente en las ciencias humanas; pero sin sacrificar en esta parte las soberanas máximas de la Religion, sin la que no es posible la verdadera sabiduría. Pero no fueron sólo las letras y la piedad las que ocuparon su atencion; tambien las artes comenzaron desde entónces á recibir fermentacion de su protectora mano; pues, si los seminarios y colegios vieron en él un observador y vigilante contínuo, los museos y talleres le reconocieron por su director y generoso protector. El antiquísimo museo del Vaticano fué dotado de inmensas riquezas por los sucesores de Gregorio XVI; los cuales trabajaron por adquirir, y conservar todos los despojos del arte antiguo; pero Gregorio no adquirió ménos gloria, agrandando el museo de los papas con espaciosos salones, y adornándolos con monumentos de la mayor

veneracion, compendio de las antiguas glorias de los etruscos, cuya riqueza, colocada en el museo Gregoriano, eleva el nombre de este pontífice á la gloria de los protectores más decididos del arte. No es ménos acreedor este pontífice á nuestras alabanzas, por haber provisto el sacro-colegio y las sillas que iban vacando en el orbe católico, de sugetos eminentemente sábios y virtuosos; los cuales, con su conciencia y piedad, han conducido la nave de la Iglesia por el tempestuoso mar de la heregia, evadiendo sus escollos, y poniendo á salvo del naufragio los tesoros preciosos de la fé, hasta llegar al puerto seguro y honroso de la victoria. Poseía perfectamente las lenguas orientales, con cuyo auxilio penetraba el sentido genuino de las Santas Escrituras, y se empapaba del espíritu de los Padres, derivando de aquí los fervores de su piedad, siempre sólida y edificante.

Hemos extractado la historia del pontificado católico, mencionando alguno que otro papa, para no ser molestos al lector; asimismo, al hacer la apología de su erudicion, nos hemos limitado á aquellos conocimientos de carácter profano, en que más sobresalieron. Nada hemos dicho, verbi gracia, respecto á las inmensas nociones, que poseía SILVESTRE II, en matemáticas; tambien hemos hecho caso omiso de los relojes de campana, inventados en Roma bajo el pontificado de SABINIANO.

CAPÍTULO V

Patriarcas de Oriente que más se distinguieron por su sabiduría

Consagramos una seccion á los patriarcas de Oriente, en la que incluiremos sólo aquellos, que más se dieron á conocer en el mundo científico por su notoria ilustracion. NICÉFORO, patriarca de una erudicion nada comun, abre la puerta á las glorias literarias del alto Clero oriental. Sus conocimientos en todo género de literatura eran profundos; pero, sobre todo, brilló en historia, sobre la que escribió varias obras, descubriendo muchos datos y monumentos antiguos, que han contribuido al progreso y perfeccionamiento de este ramo del saber. FOCIO era indigno de figurar en nuestros escritos por su refinada hipocresía y carácter malvado é intrigante, á que debió su encumbramiento al patriarcado de Constantieopla. Sin embargo, fué un eslabon, aunque carcomido, de la cadena de prelados, que dirigieron la iglesia de la capital de Oriente, y en este concepto,

no vacilamos en presentarle como el primer talento de su siglo y una notabilidad científica, probándolo por su biblioteca y su Nomocanon.

Sisinio II, hizo brillar sus conocimientos en Historia, Filosofía y Teología, cuyas materias poseyó en un grado tan eminente, que el pueblo le veneraba como un oráculo de sabiduría; pues, además de ver en él un pastor solícito y celoso por sus almas, hallaba en su consumada ciencia un médico hábil en sus dolencias físicas y morales, un abogado y asesor en sus pleitos, y un maestro completo en su ignorancia. Cosme II, enalteció su patriarcado con la sabiduría que presidió todos los actos de su gobierno con las admirables producciones de su pluma y con los adelantos científicos que se notaron en Constantinopla, durante su gobierno patriarcal. Sus conocimientos, ensanchando el círculo de las ciencias sagradas, agrandaron la órbita de su sabiduría con los estudios profanos, á que se dedicó, á ejemplo de su antecesor, con tanto éxito, que el pueblo no le honraba ménos por sus luces, que por su caridad y celo pastoral.

La Iglesia de Alejandría no cedió en ilustracion á la silla patriarcal de Constantinopla; pues tuvo al frente de su gobierno esclarecidos prelados, que inundaron de luz las inteligencias de los fieles con los rayos de su sabiduría, engrosaron los almacenes bibliotecarios con los trabajos mentales de su ilustrada pluma; honraron con sus luminosas opiniones los círculos literarios; en fin, alumbraron las escuelas y establecimientos de instruccion con sus descubrimientos y adelantos en las ciencias y artes. Sofronio inaugura las alabanzas de los ínclitos pastores, que empuñaron el timon de esta iglesia: se distinguió en todos los conomientos, propios de su ministerio; pero

no brilló ménos en las ciencias naturales, habiendo merecido á todos los críticos é historiadores los honrosos calificativos de sábio filósofo, y hombre científico. Eutiquio fué otro de los célebres patriarcas, que honraron la silla de Alejandría con su claro talento y notable sabiduría. Su excesivo amor al estudio hizo de él un hombre antiguo, que trasmitió, á los tiempos en que vivió, los secretos y arcanos de las remotas generaciones, en una obra que compuso, titulada: «*Anales arábigos*». De la antiguedad histórica pasó á la region de las ciencias sagradas y profanas, en las que salió tan aventajado, que de todas partes afluian á Alejandría literatos y sábios, á recibir sus lecciones de Medicina y Teología. Cirilo II, presenta mucha analogía con el patriarca antecedente por la conformidad de ciencia é identidad de talento. Sin dar al olvido la Teología y demás ramos de su carrera eclesiástica, hizo, á imitacion de Eutiquio, inauditos progresos en la facultad de Medicina, á la que se habia dedicado con especial empeño, ántes de ser elevado al patriarcado. Graciano fué uno de los patriarcas más completos y universales en ciencia, que ennoblecieron la silla de Alejandría: no hubo ningun secreto científico, que le fuera desconocido; díganlo sinó la muchedumbre numerosa de obras, que escribió.

Prelados excelentes brillaron tambien en la Iglesia de Antioquía, que hicieron rivalizar su virtud con su saber; que supieron conciliarse el aprecio y el respeto de su pueblo no ménos por la santidad de su vida, que por la superioridad de sus luces; que lucharon con todos los inconvenientes del vicio y de la ignorancia; que trabajaron con el mismo celo por difundir la instruccion, que por propagar la virtud.

Uno de los más antiguos, á quienes cuadran perfectamente las circunstancias generales é indeterminadas, bajo las que hemos dado á conocer los patriarcas de esta iglesia, fué SAN IGNACIO, venerando prelado, que iluminó la antigüedad con la antorcha de la virtud y la centella de la sabiduría; que defendia la pureza de la fé, á la par que sostenia la causa de las letras; que, en su trayecto á Roma, ilustró las iglesias y los pueblos de su tránsito con las obras que escribia; legándoles inmortales recuerdos del martirio que sufrió en obsequio de la fé, bajo el emperador TRAJANO. TEÓFILO fué una lumbrera de la iglesia de Antioquía: á su ejemplar piedad unia una ciencia proverbial. Como se habia consagrado al servicio de la humanidad, procuró ser útil á sus semejantes, instruyéndolos en la fé y en las letras. Aspirando á que su influencia en la instruccion no terminase con su vida, redactó várias obras, entre las que llaman màs la atencion los tratados lógicos y eruditos, que opuso al paganismo, defendiendo la causa de la fé ortodoxa. FLAVIANO fué otro de los patriarcas que hicieron brillar en Antioquía la riqueza de su ciencia y la profundidad de su talento: su mágica elocuencia, hermanada con una irresistible lógica, daba realce á su patrimonio científico: por ella consiguió aplausos; por ella mitigó la cólera de TEODOSIO, cuando se disponia á vengar la rebelion de Antioquía, suscitada por los impuestos. Los revoltosos se habian permitido, en el furibundo calor del alzamiento, ultrajar las estátuas de este príncipe y de su real familia: circunstancia depresiva que irritó sobre manera su ánimo, y le incitó á devastar la ciudad, que habia presenciado el espectáculo de la sedicion; pero el Prelado, mediando entre el pueblo y el Emperador, dejó

oir un discurso tan elocuente y conmovedor, que llevó á entrámbas partes la paz y la conciliacion más satisfactoria.

Jerusalen, otra de las iglesias de Oriente, que fué gobernada por sábios prelados, distinguidos con el carácter de patriarcas, sufrió muchas vicisitudes y trastornos: invadida de contínuo por los musulmanes, perdió no pocas veces sus propios pastores y su culto católico; siendo gobernada por los fanáticos y supersticiosos sacerdotes de MAHOMA, cuyo grosero y bastardo culto habian logrado introducir. Sin embargo, la prudencia y sabiduría de los prelados cristianos arbitró medios, para revindicar el culto ortodoxo, y ser repuestos en sus dignidades; escribiendo unas veces á los príncipes de Europa, interesándolos con vivos relatos á exterminar al comun y fiero enemigo, y persuadiendo otras, con la fuerza de la palabra y de la razon, á los invasores, á que evacuáran las posesiones y la iglesia de Jerusalen, y los dejáran en libertad, para ejercer desembarazadamente su culto. El abatimiento y postracion de esta iglesia fueron harto lamentables en las sangrientas circunstancias de las persecuciones, suscitadas por los enemigos de la Cruz; pero en la época de su reaccion, fué grande su gloria y la de los pastores, que la dirigieron; pues, aunque no ofreciera la historia ningun título, que justificára su engrandecimiento, sólo el haber reconocido por su fundador y primer obispo á un prelado tan insigne y memorable como SANTIAGO EL MENOR, sería el timbre más alto, á que podria aspirar: SANTIAGO, sí, que legó á los sucesores el ejemplo de virtud y ciencia, que debian seguir en su conducta ministerial de patriarcas; que les trazó la carrera, esmaltada de sabiduría y santidad, que debian recorrer

en el terreno de la sucesion episcopal; ora escribiendo algunas cartas de general instruccion, que sirven de regla para vivir santamente á todo género de personas; ora sellando la verdad de la fé con el martirio. San Cirilo, digno sucesor de Santiago por su heróica constancia en sostener las verdades católicas de palabra y por escrito, fué uno de los patriarcas de Jerusalen, que se hizo admirar por sus talentos y vasta erudicion. Armado con la pluma y la paciencia, reprimió con inaudita intrepidez el fanatismo de los arrianos, á quienes confundió y abatió en todas las luchas literarias, empeñadas con ellos. San Modesto se hizo acreedor, por sus virtudes morales é intelectuales, á regentar la iglesia de Jerusalen en las ausencias y enfermedades de su propio pastor Zacarías, á quien reemplazó en propiedad, atendidas las relevantes prendas de sabiduría y celo que habia manifestado, durante su regencia. Sofronio, á ejemplo de sus antecesores, fué un patriarca, que compitió en ciencia con todos los sábios de su siglo; dando de ello una prueba irrecusable en los escritos, que redactó sobre Religion é Historia.

Habiendo los latinos recuperado á Jerusalen, ocupada por los Turcos, colocáronse príncipes cristianos al frente de su gobierno político, teniendo por directores á los patriarcas latinos, que se encargaron nuevamente de aquella iglesia. De los conocimientos científicos de estos nuevos prelados, no podemos dudar, puesto que todos ellos se ocuparon en escribir la historia de las guerras santas. Entre los prelados, que ocuparon de nuevo la silla patriarcal de Jerusalen, se distinguieron por sus conocimientos históricos y científicos, Guillermo de Tiro, célebre historiador, cuyas obras gozan de tan alta reputacion, de

tanta celebridad y autoridad, que son citadas con harta frecuencia, en corroboracion de sus opiniones, por cuasi todos los historiadores modernos: HERACLIO y ALBERTO, lumbreras de la historia, soles de ciencia; cuyos rayos, reflejando sobre los ámbitos de toda la Palestina, recordaban los siglos floridos é ilustrados de la antigüedad judáica; focos de riqueza literaria, á donde fueron las ciencias á buscar su alimentacion y defensa.

CAPÍTULO VI

Esfuerzos de los prelados de Lieja, Utrech y Maguncia en favor de las Letras

Extractaremos, en una seccion aparte, la historia de algunos prelados, en quienes concurren algunas circunstancias particulares, que no son comunes al resto del Clero; pues, además del gobierno de sus respectivas iglesias, ejercieron el poder temporal en sus Diócesis; pero ni en uno ni en otro concepto, desmintieron el carácter científico, que distingue al Clero católico. Lieja es una de las iglesias, que fué dirigida por prelados de esta clase. HERACLIO, por donde comenzamos á describir las glorias literarias de esta Diócesis, fué un arzobispo notable por múltiples conceptos; un arzobispo que, á través de los negocios espirituales y temporales que le abrumaban, consagró su atencion al cultivo y desarrollo de las letras, cuyos progresos fueron admirados por los sábios de su siglo. Es innegable que la virtud, condicion inherente á la dignidad prelacial y al sacerdocio

en general, influyó en el encumbramiento arzobispal de HERACLIO; pero la ventajosa reputacion de sábio, que la opinion pública pregonaba, le arrancó al olvido de la vida privada, para investirle de los honores episcopales y del régio cargo de príncipe, anejo á la dignidad arzobispal. Inauguró la carrera de sus estudios en la ciudad de Colonia, dando las más lisongeras esperanzas de los ópimos frutos, que su aplicacion y talento rindieron á la República literaria. El arzobispo BRUNON, queriendo utilizar la brillante disposicion de HERACLIO, le tomó bajo su proteccion, procurándole á sus expensas toda clase de maestros, que hicieron de él un pozo de ciencia, á la que, como hemos dicho, debió todos los honores y dignidades, que disfrutó en el curso de su vida. El principio de su doble gobierno lo marcó con una providencia á favor de las letras, mandando restablecer los estudios en su Diócesis, y al efecto, fundó, cerca de la iglesia de Lamberto, una escuela, á cuya sombra se acogieron los talentos más sublimes de su época: de otros muchos establecimientos literarios, que fueron planteles de excelentes sábios, sembró el país *liejés*. Basó la nueva organizacion, que dió á la instruccion pública, en planes y reglamentos sábios, que hicieron la clasificacion del profesorado y de la ciencia por asignaturas, encerrándolas en cursos académicos, y dando á todo el cuerpo de las Letras las formas y métodos de enseñanza, con que hoy se dejan ver en nuestras universidades. Finalmente, persuadido de que el buen éxito de la enseñanza depende de las dotes morales é intelectuales de los maestros, fijó en este punto su consideracion, haciendo venir de Francia, Germania y otros puntos, profesores hábiles, morigerados y encanecidos en el magisterio, á

quienes interesó en sus laudables miras de instruccion, retribuyendo cuantiosamente sus cátedras, proponiendo ascensos y honores al mérito del trabajo y de los adelantos en sus respectivos ramos literarios. En su rápida marcha, por el sendero de las Letras, nunca perdió de vista los monasterios, á los cuales hizo entrar en sus planes de estudios, bajo los que mandó montar la enseñanza, que se conferia en aquellos centros de moralidad y ciencia. HERACLIO dejó traslucir en este movimiento, que imprimió á la instruccion, un ardiente entusiasmo por las letras, y un testimonio evidente de sus dotes intelectuales; por lo que, era consultado por los más distinguidos literatos, y por los príncipes, que habian depositado ciegamente en él su confianza y su direccion en los negocios más intrincados de sus gobiernos.

Los sucesores de HERACLIO en la dignidad arzobispal de Lieja, secundaron noblemente los esfuerzos de este ilustre prelado, no dejando apagar las luces, que alumbraban al país, ni permitiendo se eclipsára la gloriosa época, que habia abierto á las Letras. Grandes fueron los desvelos consagrados á la instruccion por NOTGER, arzobispo de Lieja: jamás olvidarán las Letras los ventajosos servicios, que este sábio prelado les prestára: á ejemplo de su predecesor, levantó edificios literarios, y los proveyó de famosos y distinguidos profesores: proponia honores y recompensas á los que descubrian secretos científicos, ó se habian distinguido por su celo y aplicacion en la enseñanza del ramo, que se les habia confiado; se hacia siempre acompañar de los talentos más distinguidos, con quienes discutia las mejoras y adelantos de los estudios; siendo por lo regular las conversaciones científicas, en las que cifraba toda su com-

placencia. Las prendas de sabiduría, que adornaban á NOTGER, le atrajeron el aprecio y confianza de los príncipes de Alemania, que, agradecidos á la educacion que le debian, y seguros de su capacidad para el manejo de todo género de asuntos, le colmaron de honores, privilegios y dignidades. En fin, este prelado habia dado tantas pruebas de suficiencia é idoneidad para todo, que en 1007, fué nombrado en comision para ajustar la paz entre ENRIQUE y el rey ROBERTO; empresa que llevó á cabo con feliz éxito.

ARNOLDO es otro de los prelados de Lieja, que se interesó vivamente en hacer florecer las letras en su Diócesis, haciendo los más penosos sacrificios, para poner en ejecucion sus miras. Se afanó mucho por hacer reinar el órden, el método y los adelantos en todos los establecimientos públicos y privados de enseñanza; por lo cual, ejercia una vigilancia rigurosa, por sí ó por interpuesta persona, para mantener vigorosa la disciplina escolar, cuya infraccion costaba cara siempre al autor, al paso que premiaba con galantería al escolar ó profesor, que la observaba extrictamente. Las numerosas y elegantes producciones de su pluma suministran otro testimonio irrecusable del amor que este ilustre prelado profesaba á las letras, y de los deseos que abrigaba de perpetuar, y generalizar la instruccion de su pueblo. Faltaríamos á la brevedad, que damos á nuestras materias, si nos ocupáramos en enumerar todos los monumentos científicos y artísticos, hijos del ingénio y celo de este notable escritor; por ello, nos limitaremos á mencionar aquella memorable obra de cánones, que hace inolvidable la memoria de este esclarecido príncipe de la Iglesia; obra en la que compiló todas las decisiones y acuerdos de los concilios, acla-

rando su sentido, y facilitando su interpretacion con notas expositivas; obra escrita para el uso é instruccion de su Diócesis, y cuya memoria se conserva, y vive en un ejemplar, que obra en la abadía de San Lorenzo de Lieja.

Wolvod luchó desesperadamente con todos los obstáculos, que las azarosas circunstancias de las guerras, el hambre y la peste, suscitaron, para que no se apagáran las luces, que habian alumbrado profusamente los reinados de sus memorables antecesores. La pujanza y brillo, que habian adquirido las letras y el estado floreciente de la disciplina escolar, monástica y clerical, amenazaron hundirse en la decadencia y el olvido; pero el esforzado prelado se apresuraba á eludir tan ruinosos efectos, velando sin cesar por las escuelas, monasterios, colegios y demás dependencias literarias de su autoridad, procurando los progresos y adelantos de la juventud, que se dedicaba á los estudios. Favorecido singularmente con el inapreciable don de la elocuencia, se valia de ella, en todas las ocasiones, para inculcar á sus fieles ideas de educacion y humanidad, haciéndoles comprender las ventajas de la ilustracion, comparando un pueblo salvaje con otro culto; por cuyos medios, si nó robusteció la literatura, que tanto habia fomentado en su Diócesis, durante los gobiernos de sus predecesores, impidió el estado de languidez y muerte, en que la hubieran precipitado irremediablemente las críticas circunstancias de actualidad, porque atravesaba.

Wazon, prelado de arraigo y capacidad de la iglesia de Lieja, no demostró ménos entusiasmo por las letras, que sus gloriosos antecesores: pues, por todos los medios imaginables, procuró su cultivo y

desarrollo en su Diócesis. Cuando GODOFREDO, duque de Lorena, devastó á Verdum, la caridad y la ciencia de este prelado lucharon frente á frente, disputándose la gloria de ser las primeras en reparar los desastres y desolaciones, introducidas en la ciudad por el mónstruo de la guerra: aquella, llevando á los atribulados auxilios de consuelo y de pan, y ésta, enviando sugetos inteligentes y versados en las letras, para salvar de los escombros y ruinas las bibliotecas, reparar los monumentos del arte y edificios consagrados al saber, reorganizar la instruccion y comunicar movimiento al empuje de nuevos profesores, que á sus espensas envió: en fin, á hacer todos los reparos necesarios al curso de la literatura, interrumpido por el voraz incendio de la guerra. Su sabiduría influia en todas las esferas, en todas las categorías, en todos los órdenes del imperio: los obispos hacian circular pastorales, expedian decretos, gobernaban sus iglesias al calor de sus inspiraciones; los nobles sostenian sus pretensiones, pugnaban por la conservacion de sus derechos, educaban y daban estado á sus hijos, guiados por sus consejos; los príncipes de Alemania le reputaban y veneraban como á su único asesor, director y consejero, en cuyo parecer afianzaban la nave de sus gobiernos.

La iglesia de Utrech gozó de los mismos privilegios de mando civil, que la de Lieja: sus obispos, investidos con la doble autoridad del CÉSAR y de DIOS, eran unos reyezuelos en todos los Estados de su Diócesis. RADOBON fué uno de los prelados de la iglesia de Utrech, que más se distinguió por sus notables conocimientos en Humanidades y Filosofía; sobre cuyos puntos hizo algunas composiciones en verso y prosa. ANFRIDO, uno de los sucesores del prelado an-

tecedente, fué un varon eminentemente sábio, empapado en todas las ideas de la ciencia universal, á juzgar por la variedad de materias, que trató su pluma; pero sobresalió en Geografía é Historia, sobre las que escribió algunas obras, que merecieron una aceptacion sin igual; tales, como la vida del emperador Enrique IV, distribuida en dos tomos, y el erudito tratado sobre la Esfera, dedicado al papa Silvestre II. Juan de Arkol, prelado de la iglesia de Utrech, se vió precisado á sostener algunas guerras con los príncipes limítrofes, para mantener incólumes los privilegios de su mitra; motivo por el que se vió la literatura un tanto postergada al principio de su reinado; pero restituida la calma, se dedicó con heróico empeño á dar vida á las letras y artes; abrió nuevas vías al comercio, restableció la industria, protegió la agricultura, reparó los templos y todos los edificios artísticos y literarios. Las importantes mejoras, que siguieron á la paz de su Diócesis en todos los ramos de administracion, prueban los propósitos laudables, que abrigaba de promover la felicidad é ilustracion de su pueblo. Proveyó las escuelas y colegios, de que sembró sus Estados, de maestros aventajados en moralidad y sabiduría, no escatimando nada, que pudiera influir próxima ó remotamente en la difusion y propaganda de las luces.

Nos ocuparemos ahora de Maguncia, cuya iglesia participó de las mismas prerogativas con respecto á la magistratura civil, que las anteriores; y en su consecuencia, los obispos estuvieron revestidos del doble poder civil y eclesiástico. Hablaremos, en primer lugar, de Roban, por ser uno de los obispos de esta Iglesia, que más lustre dieron á sus pueblos con los vivos resplandores de la sabiduría, con que

los adornó, á través de muchos y graves obstáculos. Conste, sobre todo, que este prelado nunca hubiera trocado las dulzuras del claustro por las espinas de la mitra; pero cediendo á las reiteradas instancias del Clero y el pueblo, abandonó con profunda tristeza la vida privada, para sentarse en la silla arzobispal de Maguncia, de la que se encargó con la salud quebrantada por el estudio y duros ejercicios de penitencia. Esta circunstancia no debe darse al olvido, pues descubre *a priori* la idoneidad científica y moral de ROBAN para el alto cargo, que desempeñó; de la que informado el Clero y el pueblo, se apresuraron á proclamarle su jefe y pastor. Cuando vivia en la oscuridad, anunciáronse ya de antemano las brillantes dotes de su ingénio, las nobles prendas de su alma y las inmensas riquezas de su ciencia, por la coleccion magnífica de obras que su elegante pluma habia compuesto, y la fama literaria habia por doquier divulgado. Entre los escritos del erudito ROBAN, llaman justamente la atencion, en primer lugar, un tratado compuesto á instancias de los sacerdotes de su monasterio, destinado á la instruccion de los clérigos; una obra que escribió, para instruir á los padres de familia sobre el modo, cómo debian consagrar á sus hijos á la vida religiosa; un libro compuesto con motivo de la sublevacion de los hijos de LUDOVICO PIO, contra su padre, en el que consigna los deberes recíprocos entre superiores y súbditos, entre padres é hijos, amos y criados; y últimamente, una carta que dirigió al emperador de Francia ya referido, para consolarle de las desgracias, en que le habian precipitado sus ingratos y rebeldes hijos. Fuera de esto, hacia ya mucho tiempo, que trabajaba unos comentarios sobre la Santa Escritura,

á los cuales dió la última mano en su episcopado.

Luitberto era un famoso diplomático, un hábil político, un experto militar, un consumado teólogo, y un acabado jurisconsulto. Como hombre universal, figuraba en todos los destinos, representaba todos los círculos, llenaba todas las reuniones; raras eran las veces, que no concurria á las asambleas nacionales, convocadas por los príncipes; siendo por lo regular su dictámen el que prevalecia en todos los trascendentales asuntos, que se debatian; con la misma facilidad, que abordaba las árduas cuestiones diplomaticas y de carácter privado, daba cima á las empresas mi: litaresde improviso, reclutaba y ordenaba las tropas, hacia los aprestos de guerra, ponia en marcha los escuadrones de Marte, y presentaba la batalla al enemigo. El emperador, Cárlos el Gordo, halló en Luitberto medios de rehacerse de los rudos golpes, que la adversidad le habia descargado; pues, destronado y abandonado de los suyos, fué á ponerse al abrigo de la proteccion y amparo de este esclarecido padre, quien le facilitó recursos, para subsistir con decencia y decoro; abriéndole con el tiempo las puertas á la restauracion del trono.

Oton debió á sus virtudes y prendas de ingénio la exaltacion á la silla arzobispal de Maguncia, lá que honró con los cargos brillantes, que los emperadores de Alemania le confirieron. El emperador Arnulfo, asombrado de la sabiduría de este prelado, depositó en él toda su confianza, haciéndole dueño del imperio; y conociendo por experiencia propia los grandes resultados, que sus talentos habian producido al Estado, todo el tiempo que se valiera de sus consejos, al morir, le nombró regente, durante la minoría de su hijo, cuya providencia tes-

tamentaria fué confirmada más tarde por los Magnates y Próceres del imperio, despues de la muerte del emperador, en una dieta celebrada (900) en *Forcheim*: allí, despues de haber proclamado sucesor de ARNULFO á su hijo, que á la sazon frisaba en los siete años de edad, le sometieron á la tutela del arzobispo de Maguncia, su padrino. OTON manejó con mucha pausa y cordura las riendas del imperio, durante su regencia. La excelente reputacion, que OTON se conquistó, cundió tanto, que los príncipes de Europa se disputaban la gloria de tenerle á su lado. Despues de la muerte de LUIS, á quien este aventajado prelado habia conducido con tan feliz éxito por la escabrosa vereda del Poder, CONRADO, su sucesor, le abandonó el timon del gobierno imperial cuya conducta siguieron otros vários soberanos, que se hicieron un deber el consultarle sobre los asuntos más complicados de su gobierno.

ARBON ilustró tambien la Diócesis de Maguncia con una sábia y equitativa administracion, que descubre sus talentos y erudicion. Todos los escritores de aquella época encontraron á ARBON siempre dispuesto á secundar sus nobles empresas de literatura, debiendo á la proteccion y recompensa de este prelado la publicacion de sus obras y la ejecucion de muchos de sus planes, que reportaron á las letras muchas mejoras, y abrieron á los mismos una época de gloria y de honor. THIERRI marcó su pontificado con un hecho muy culminante, que por sí sólo prueba lo mucho que le deben las letras: la introduccion de la imprenta. No puede disputarse á la célebre Maguncia la gloria de haber inaugurado el uso de la imprenta, merced á los célebres prelados que la gobernaron; los cuales, incansables siempre en la propaga-

cion de las luces, adquirieron este ingenioso medio de cultivar y generalizar las letras.

Bertoldo, obispo, dá un testimonio irrefragable de que la imprenta tuvo su origen Maguncia. Este distinguido prelado dispuso, que se suspendiesen las versiones de la Sagrada Biblia en ciertos y determinados idiomas, para evitar su adulteracion; y con esta ocasion, habla del uso de la imprenta, como inaugurado en la áurea Maguncia, encargando á la par su conservacion y correccion. Bertoldo reveló el ingénio y sabiduría, que le adornaban, en la redaccion del famoso tratado, que publicó á instancias del emperador Maximiliano, con ocasion de la union celebrada con los turcos. Debió dicho tratado encerrar sólidas instrucciones de derecho civil y político, atendida la entusiasta acogida que mereció; se conservó perpétuamente, como uno de los más famosos códigos de Alemania, formando aún hoy parte de las leyes fundamentales del imperio.

Aunque todos los prelados, que rigieron los destinos civiles y eclesiásticos de la ciudad de Maguncia, se consideran padres de la ilustracion; sin embargo, cada uno de éstos demostró tendencias particulares á un género de literatura, en el que hizo progresos extraordinarios, sin desatender por ello los demás ramos del saber comun, de los que tuvieron igualmente inteligencia, ni descuidar las altas atenciones de la administracion civil y eclesiástica, que sobre ellos pesaba. Entre estos prelados, se distingue Urriel, quien, á imitacion de sus predecesores, sobresalió en las ciencias, y particularmente, en Jurisprudencia. Toda la administracion de su iglesia se hal a basada en decretos y leyes canónicas; lo que demuestra que, á más de los conocimientos extraordinarios que

poesía en Jurisprudencia, estaba impregnado de la ciencia canónica y teológica. Le eran tan conocidos los derechos del Foro, y los sostenía con tan varonil elocuencia, que se atrajo una multitud de causas sobre varios y complicados asuntos, coronándolas siempre con un éxito tan lisonjero, que fué reputado por uno de los más hábiles abogados de su época. La resonante fama de la proverbial celebridad, que se conquistó URRIEL por sus conocimientos especiales en Derecho, llegó á noticia del mismo emperador; quien se valió de él, nombrándole Juez de la Cámara imperial, establecida en Spira.

FELIPE-CÁRLOS, último de los exclarecidos prelados de Maguncia, de quien nos estamos ocupando, demostró su inclinacion y decidido amor á las letras en todo el curso de su vida; pero se traslució más visiblemenre su propension y tendencia á la instruccion en su vida pontifical. La iglesia de Alemania le es deudora de una traduccion de la Biblia en su lengua nativa, que él hizo imprimir en 1733: tambien dejó consignadas otras demostraciones de científico y literato, en las plazas que creó, para estudiantes pobres de todas las carreras, en los establecimientos públicos de instruccion; en la proteccion y recursos que dispensó á los sábios, y en las numerosas cátedras, que fundó de lenguas sábias.

CAPITULO VII

Celo e interés de los prelados de Colonia y Tréveris, á favor de las Letras.

La Diócesis de Colonia ostenta enorgullecida la gloria de haber sido gobernada civil y espiritualmente por los obispos, que residieron en su iglesia. Los fastos literarios de esta ilustre Ciudad nunca recordarán con bastante entusiasmo y gratitud los gloriosos y pomposos nombres de algunos de sus prelados, que la ennoblecieron con prodigiosos rasgos de sabiduría; prelados, como HERMAN, por quien comenzamos á bosquejar el cuadro literario del alto Clero coloniense; y otros, de quienes nos iremos ocupando, á medida que vayamos agrandando las dimensiones del referido cuadro. Ocupado siempre en planes de instruccion, no sabia HERMAN cómo dar impulso á la ciencia, y hacerla florecer en sus dominios. Su consejo, compuesto de sábios, tenia por único y especial objeto, discutir empresas y planes de

estudio, recurriendo para su efecto á pródigas liberalidades y sacrificios de todas clases. Los colegios, las academias, los ateneos y demás centros de instruccion, fueron montados bajo sólidas bases: los estudios públicos fueron clasificados por órden de materias, y sujetos á reglamentos inflexibles, redactados por varones los más peritos y acreditados en esta clase de asuntos: brillaban en el florido campo de la enseñanza los profesores más hábiles de *Alemania* y *Francia*, á quienes compelia á la observancia rigurosa de la disciplina escolástica, con una estrecha vigilancia, ejercida por los agentes de su autoridad, y con las cuantiosas recompensas, que les asignaba. Todos estos afanes y cuidados, prodigados por HERMAN á los estudios, que se hacian en estos establecimientos subalternos de enseñanza, eran un pálido reflejo del ardoroso y radiante sol, que alumbraba la memorable universidad de Colonia, foco de sabiduría, centro de la instruccion general del imperio aleman, florido plantel de eminencias científicas, entre las que se enumera un tal NICASIO, ilustre doctor, oriundo de Malines; el cual, aunque ciego, desde la edad de tres años, vino á ser cual otro DÍDIMO en Alejandría.

ADOLFO, arzobispo de Colonia, se atrajo las simpatías de todas las entidades científicas del imperio y de los príncipes de Alemania, por sus brillantes atributos de sabiduría. Hermanó las condiciones de un pastor ejemplar con las cualidades de un famoso literato: celoso por el decoro y pureza del dogma, trabajaba á la vez por el brillo y esplendor de las letras: si se empeñaba, en que al frente de las iglesias brillaran pastores bondadosos é instruidos, no vigilaba ménos el magisterio de las ciencias y artes humanas,

que procuró, con el mayor esmero, fuese desempeñado por sujetos de reconocida ilustracion y remarcada piedad: con la misma actividad y celo, que se dedicaba á formar el corazon de los fieles instruyéndolos en el Evangelio, se empeñaba en ilustrar la juventud con el cultivo y propagacion del humano saber. Sus más gratas y lisongeras audiencias las dispensaba á los sábios de todas clases, que acudian con proyectos y planes científicos, sobre los que discutia, aconsejaba y dictaba sábias medidas, acogidas con grande ovacion, y observadas con escrupuloso cuidado.

Fué ARNOLFO uno de los prelados, que inundaron de luz las concurridas y venerables sesiones del Santo Concilio de Trento con el sol de su sabiduria. Los padres y prelados que habian asistido á esta augusta asamblea, contemplaban, absortos de admiracion, la elocuencia y erudicion, que desarrollaba este prelado en el turno de su palabra, en cuyo fallo venian á refundirse las opiniones de los demás. Para eludir la inculpacion gratuita é injusta, que se nos pudiera dirigir en la apreciacion que hemos emitido sobre la ciencia de ARNOLFO, remitimos las calificaciones, que le hemos adjudicado al considerarlo miembro del mencionado Concilio, á la pluma imparcial del arzobispo UPSAL; el cual, en su obra de historia dedicada al prelado en cuestion, al hablar del brillante papel que representó en la augusta asamblea, se expresó en estos términos: «Todos á una elogiaban su celo, su prudencia y su humanidad: en los círculos de los prelados y hombres sábios, que se reunieron en gran número para oirle, disertaba con tanta elocuencia y gravedad en todas las materias importantes, que se le miraba como á un oráculo de sabiduría.»

Maximiliano Federico, fué otro de los aventajados prelados, que hicieron brillar la virtud y la ciencia en la silla arzobispal de Colonia. Del prolijo cuidado que desde luego consagró á la instruccion religiosa de sus súbditos, nos cerciora aquella providencia, que adoptó, al posesionarse de su elevado cargo, mandando, que todos sus colaboradores en la salvacion de las almas no suspendieran por pretexto alguno la explicacion de la doctrina cristiana; encargando que se procurase en lo posible la uniformidad de enseñanza, á cuyo efecto recomendó, en toda su Diócesis á todos los individuos de su Clero, el uso del Catecismo Romano. La reforma que hizo sufrir al calendario eclesiástico, arroja de nuevo otra prueba irrebatible de las vastas nociones, que poseia en *historia:* cercenó todas las inconveniencias, inexactitudes y anacronismos históricos, purgándolo de las falsas leyendas y supuestos escritos de los Padres.

El gusto, la aficion y el interés, que este erudito prelado demostró á las letras, pusieron en movimiento todos los resortes de la sabiduría, á cuyos progresos y adelantos abrió las puertas, á costa de largos desembolsos y penosos sacrificios; convirtiendo la ciudad de Colonia en la Aténas de la Europa moderna. El deseo que le animaba de generalizar la instruccion, le obligó á levantar una famosa biblioteca y un hermoso gabinete científico en su palacio de Boum, en donde se admiraban todas las preciosidades y bellezas artísticas y literarias de la antigüedad, aparte de la célebre academia que estableció en Colonia, un año ántes de morir, en la que, á más del latin, griego y filosofía, se enseñaban las lenguas orientales. Gravó los conventos con una cuota pecuniaria, para el sosten y retribucion de los profesores

oficiales: si éstos carecian de recursos, para cubrir el impuesto, quedaban obligados á contribuir á las cargas públicas de instruccion con un contingente de maestros, que debian enseñar gratuitamente en compensacion de la suma exigida.

La enseñanza literaria de los pueblos de menor cuantía, fué encomendada á los *frailes* ó *curas;* los cuales eran recompensados, en este concepto, si cabe, con mayor prodigalidad, que en las dotaciones, que recibian de sus prebendas eclesiásticas; recibiendo señaladas distinciones y honoríficas gracias, no ménos por sus extraordinarios trabajos, empleados en la enseñanza de las letras, que en la explicacion del Santo Evangelio.

Pasamos á describir, con la brevedad acostumbrada que preside nuestros trabajos, los importantes servicios, que otra de las iglesias de carácter tambien mixto, esto es, civil y eclesiástico, prestó á la brillante causa de las letras. BRUNON, arzobispo de Tréveris, así llamada la ciudad aludida, rivalizó, con los prelados de las iglesias mencionadas, en el empeño de hacer florecer las ciencias en su Diócesis. Los historiadores contemporáneos nos dibujan á grandes rasgos las dotes científicas, que embellecian y recomendaban á este prelado. LUGER, autor de la vida de LUIS EL GORDO, nos muestra, como á hombres duros é intratables, á todos los que componian la embajada del papa PASCUAL; pero hace una excepcion honrosa en BRUNON, de quien se ocupa accidentalmente, presentándole de un carácter afable, noble, cortés, dotado de elocuencia y doctrina; el cual arengó al papa, dice, y á su córte, de una manera que agradó mucho. Como otra muestra de los desvelos, que le mereció la literatura, podemos citar la in-

cansable solicitud y afanosos trabajos, que ponia en adquirir las obras más importantes, que públicamente se conocian en todas partes.

JACOBO, arzobispo de Tréveris, merece tambien la atencion de darle al público; pues, si de esta gracia son dignos todos los que trabajaron en el campo de las letras, ¿cómo olvidar un prelado, que selló el gobierno de su Diócesis con una época distinguida de ilustracion, la que, por sus sólidas bases y buenas condiciones, no decayó en manos de sus sucesores? Introdujo sábias y útiles reformas en la disciplina clerical y monástica; pero fueron de mayor utilidad y mérito las que sufrieron los establecimientos y planes de estudios. Todos los sábios apasionados por las letras, obviaron las dificultades de ciencia, dinero y libros, con que tropezaron, para dar cima á sus nobles empresas: los compositores ó escritores eran estimulados por las liberalidades, consejos y sabiduría de este prelado. Los grandes talentos, llamados á brillar por la naturaleza en el horizonte de las letras, se hubieran estrellado impotentes en una profesion oscura y extraña á su vocacion, sin la munificencia y galantería de JACOBO. No pararon aquí los favores de JACOBO por las letras; pues, en virtud de un decreto obtenido por NICOLAS V, fundó la Universidad de Tréveris.

Todos los sucesores de JACOBO, en la silla arzobispal de Tréveris, demostraron igual celo por el explendor, decoro y propagacion de las letras, en cuyo favor movieron todos los resortes, á que recurrieron sus antecesores. Por consecuencia, nos parece escusado enumerarlos; pues en todos ellos concurrieron iguales circunstancias, y á todos ellos animaron iguales deseos. Sin embargo, no podemos prescindir de enumerar, ó mencionar á un tal JUAN, que aven-

tajó á todos en estos trabajos científicos. Sus talentos nada comunes, su extraordinaria erudicion, su larga experiencia en el magisterio, le elevaron á la categoria de Rector de la Universidad, cargo brillante y honroso, que desempeñó por muchos años con general aplauso y satisfaccion de todos, ántes de ser sublimado á la categoría de Arzobispo. Este prelado estaba tan versado en las lenguas y en la filosofía, que dejó famosos escritos sobre ámbos puntos científicos. Se anunciaron los raros conocimientos, que poseía en Cánones y Teología, en las sábias pastorales que hizo circular, para instruir á sus ovejas; en los decretos y providencias que expidió, para robustecer la disciplina; y en las cátedras, que fundó durante su vida pastoral.

CAPITULO VIII

Influencia del Clero en las ciencias bajo los reinados de algunos emperadores antiguos y de los reyes de Francia, Clodoveo y Carlo-Magno

Quizá se trate de sacar algun partido, contra nosotros, de los reyes, que, á ejemplo de los miembros del Clero, cultivaron las letras; aspirando por este medio, á desvirtuar nuestros asertos; pero fuerza es confesar, que hubo reyes, que marcaron sus reinados con una proteccion constante á las ciencias. Y ¿á quién fué debida esta proteccion? A los sagrados ministros, que los rodearon; á los cardenales y obispos, que desempeñaron los primeros puestos de sus gobiernos, ó se constituyeron sus consejeros ó directores de sus conciencias: á éstos debieron las ciencias el apogeo del brillo y explendor, que alcanzaron en los reinados de los tales soberanos; los cuales, convencidos de la sabiduría y talentos de estos, los obligaron á colocarse á su lado,

descargando sobre ellos el peso de los negocios ó de la administracion de sus pueblos. Estos aprovecharon su exaltacion, haciéndola servir al cultivo de las letras, empujando á sus soberanos á fundar universidades, colegios y todo género de establecimientos científicos; á estimular con premios y recompensas el génio y el talento, para que escribiesen y enseñasen; á prestar recursos á los desvalidos, que prometian á la República de las letras un lisongero porvenir, abriéndoles así las puertas del saber, que, de lo contrario, hubieran encontrado eternamente cerradas. Prevalidos de estos auxiliares, abrieron algunos príncipes una época de gloria á las ciencias y artes.

Los Constantinos, Teodosios y Justinianos, ¿en dónde bebieron aquellos raudales de sabiduría, que por escrito y de palabra comunicaron á sus pueblos? En las cristalinas fuentes del Clero, de quien se hicieron acompañar, dirigir é instruir; en quien se inspiraron, para redactar aquellas leyes tan famosas, para expedir aquellos decretos tan sábios. Desde que el Cristianismo consiguió la proteccion del Poder Supremo, las verdades del Evangelio comenzaron á difundirse, llevando en pós de sí la instruccion. Despues de tres siglos de persecucion, la Religion surge del abatimiento en que yacía, y empieza á reinar floreciente y pujante á la sombra del Gran Constantino; el que, rodeado de las dos entidades más célebres del Clero, Osio y Eusebio, obispos de proverbial nombradía, abrió una época de prosperidad y brillo á las letras. Inspirados en las lecciones luminosas de estos sábios maestros y esclarecidos prelados, lució aquella administracion sábia en el imperio, basada en leyes y decretos, que posteriormente fueron el modelo, á que se ajustaron sus sucesores. Graciano y Teodo-

sio se hicieron admirar, más por sus servicios prestados á la literatura, que por sus talentos militares y diplomáticos. Pero ¿cuál fué la causa de sus glorias literarias? San Ambrosio y los obispos contemporáneos, de cuyas lecciones y consejos brotaron aquellas luces, que alumbraron sus reinados; aquellas disposiciones gubernativas, que tanto se encomiaron; y aquel brillo y esplendor, que comunicaron á la Religion.

Teodosio el Jóven, siguiendo las huellas de sus gloriosos predecesores, se asoció al mando á los obispos, de cuyo consejo y sabiduría se aprovechó para el cultivo de las ciencias, la paz del imperio y pujanza de la Religion. Nada prueba mejor la suficiencia científica y amor, que este inolvidable príncipe tuvo á la instruccion, que aquel famoso Código, que lleva su nombre, redactado por los jurisconsultos más hábiles de su época y los obispos más célebres del Clero; Código cuyas leyes, dictadas en su mayor parte para exterminar definitivamente la idolatría, y elevar el Cristianismo á su verdadera grandeza, son una fuente de Jurisprudencia. Marciano aprendió á dar impulso á las letras en las escuelas del Clero y en los concilios, á los que asistia, despues de convocarlos á sus expensas, siguiendo sus debates, confundido con los padres, cuyas lecciones recibia con orgullo, y cuya conducta sábia y virtuosa imitaba, sirviéndole de norma en la administracion pública.

Un abad dirigia las riendas del imperio, siendo emperador Heraclio; y miéntras el virtuoso Máximo influyó en los destinos del imperio, el emperador se dedicaba con fruto á promover la instruccion y felicidad de su pueblo; pero tan luego como el religioso huyó de la córte, para no ser cómplice en la conduc-

ta herética del emperador, éste cayó en los últimos excesos de la ignorancia y del vicio, de que participaron en proporcion sus súbditos; pues se adhirió abiertamento al monotelismo.

LEON I, es muy celebrado en la historia por los talentos y sabiduría, con que marcó su reinado; pero recibió su ilustracion y la de su pueblo del patriarca ANATOLIO, cuya escuela frecuentó con fruto. El emperador MIGUEL y BASILIO MACEDO, envolvieron el Oriente en un abismo de males á calamidades, gracias al intrigante y ambicioso FOCIO, que los emponzoñó con sus funestas doctrinas y virulentas ideas; pero es incontrovertible, que las ciencias recibieron fermentacion y robustez bajo sus reinados, porque el intruso patriarca de Constantinopla, de cuyos tenebrosos planes eran ciegos instrumentos, fué un hombre, que supo conciliar en su persona las maquinaciones impías, los artificios de una falsa politica, las intrigas y malversaciones de la córte, con la inclinacion y gusto, que sintió hácia las letras: patriarca que deshonró la silla de Constantinopla con los excesos y arbitrariedades, á que se abandonaba con desenfreno y libertinaje infame; patriarca indigno, por sus heterodoxas opiniones, de alternar con los individuos ilustres del Clero, que estamos encomiando; pero ocupó un lugar, aunque indignamente, en la série de los prelados, que dirigieron aquella iglesia; y en este concepto sólo, nos merece alguna atencion, por haber sido un literato consumado, un escritor erudito, cuyas obras han sido celebradas y encomiadas por todos los historiadores. Pues bien: así, como manchó el gobierno de su Diócesis, y la conducta de los emperadores con los pestíferos consejos y subversivas doctrinas, que les in-

culcó; así tambien, aleccionados por tan hábil maestro, consagraron sus preferentes cuidados á las letras.

El reinado de Teodora no fué ménos célebre, que los hasta aquí relatados, por lo atendido y obsequiado que se vió el ramo de la instruccion pública; pero ¿decayeron las glorias literarias, que brillaron bajo el reinado de esta princesa? Nó: gracias á la sabiduría de San Ignacio, que le imbuyó ideas laudables de piedad y sabiduría; que le hizo comprender la utilidad y ventajas, que reporta á los pueblos la instruccion. Desde el momento que la emperatriz Irene se declaró en favor del culto de las imágenes, pensó instruirse en la elocuente escuela del Clero, de la que salió tan celosa y solícita por las letras, que dedicó sus principales cuidados á montar los establecimientos bajo las sólidas bases del Catolicismo, á cuyo luminoso faro caminó rápidamente la instruccion; y persuadida de que el error é ignorancia, en materias religiosas, eran una barrera contra las luces, se apresuró á cortar la heregía, reuniendo el Concilio VIII general y II ecuménico, de acuerdo con el emperador Adriano II.

La conversion de Clodoveo, rey de los francos, inauguró la civilizacion de la Francia. Estos bárbaros, dominados de sentimientos feroces y guerreros, cifraban toda su felicidad en la guerra, en las luchas de destreza y en los ejercicios de fuerza bruta; sirviendo de educacion estos juegos, no tenian las inteligencias otros pastos en qué cebarse, y se conservaban en una especie de parálisis. Pero apénas el monarca referido abrió sus ojos á la luz del Evangelio, se puso bajo la direccion de los obispos, de quienes se hizo instruir en las verdades de la Religion, que ha-

bía abrazado, y en todas las ciencias humanas, cuyos conocimientos iba adquiriendo, estudiando y difundiendo. Los sucesores de CLODOVEO, imitando su elocuente ejemplo, hicieron florecer en los Estados de la Francia, las ciencias, artes, industria y comercio, bajo la influencia del Clero en general, con cuyos auxilios dirigian el timon del gobierno.

CARLO-MAGNO, en quien se asociaron prodigiosamente todas las excelentes dotes, que deben buscarse en los príncipes, fué un redentor de la civilizacion europea, el restaurador de la literatura y la admiracion de los príncipes todos por su sabiduría y alta política. Teniendo por asesores y maestros al monge ALCUINO, al diácono PAULO y á PEDRO DE PISA hizo mudar muy pronto la faz á todo el Oriente; pero fué asombroso, hasta la inverosimilitud, el cambio rápido y radical, que se notó en la esfera luminosa de las letras; pudiéndose llamar el padre de la moderna literatura; pues, con su asídua aplicacion al estudio, con su constancia invicta en frecuentar las conferencias célebres del Clero, abrió una época de gloria al saber: movilizó todos los resortes imaginarios, ensayó todos los medios posibles, apeló á todos los recursos subsistentes, para hacer renacer las letras, y comunicar á sus pueblos la ilustracion: salpicó los Estados todos de Occidente de escuelas, á cuyo frente puso sujetos de reconocida probidad á competente capacidad; y, para animar á los maestros con su ejemplo, estableció una academia en su propio palacio, de cuya direccion se encargó él mismo.

Los jurisconsultos más consumados y los más sábios políticos de nuestros tiempos, admiran la sabiduría y erudicion, con que están redactadas

sus capitulares. En efecto, CARLO-MAGNO, oráculo de sabiduría en la Edad media, hablaba el latin con la misma facilidad y perfeccion, que la lengua nativa, sin desconocer las demás lenguas sábias. Aunque á su inteligencia no se escapára el conocimiento de las lenguas y ciencias, se dedicó con especial cuidado al estudio de la Sagrada Escritura, por la que sentia una pasion indisimulable; pasion que le incitó, en el último tercio de su vida, á confrontar la version latina de los Santos Evangelios con la siriaca y el original griego, corrigiendo en estos trabajos muchas inexactitudes. Como CARLO-MAGNO paseó sus triunfadoras armas por toda la Europa, ensanchó tanto los dominios de su corona, que se le tomó por un guerrero invencible, suscitado por DIOS, para restaurar el imperio romano; siendo estas conquistas la causa de haber generalizado la instruccion; pues, á medida que agrandaba el círculo de su real dominio, ensanchaba la órbita de la literatura.

Los sajones, cuyo pueblo habia sido incorporado repetidas veces á los dilatados dominios de CARLO-MAGNO, sobrellevaban con impaciencia el yugo del vencedor; y no cesaban de hacer tentativas, para revindicar su independencia; de suerte que, en el año 780, se sublevaron por cuarta vez. CARLO-MAGNO los sometió de nuevo á su obediencia; y llamando á los sacerdotes y abades, repartió entre ellos el país, ó el fruto de sus victorias, dándoles el encargo de bautizarlos é instruirlos. Al organizar el cuerpo de catedráticos, que habian de ejercer el magisterio público, no se fijó en la córte ó en una nacion cualquiera: buscólos en todos los pueblos, entresacando los más distinguidos, á quienes puso al frente de las cátedras. Era muy natural, que el emperador basára la instruccion

pública en los principios inconcusos de la Religion, á la que debia sus luces y triunfos; en su consecuencia, suplicó á los obispos se dignáran formular los reglamentos de estudios, y compeler al Clero de su respectiva dependencia, á formar parte en el profesorado.

CAPÍTULO IX

Influencia del Clero en las ciencias bajo los reinados de los soberanos de Alemania y de los reyes de Francia, Ludovico Pio, Enrique II, Francisco I y Francisco II

La Alemania llegó, bajo el reinado de Federico III, á un estado de esplendor y brillo; pues vió florecer, cual nunca en su suelo, numerosas entidades científicas y virtuosas, que la ilustraron y la moralizaron; vió nacer en su seno génios extraordinarios de todas clases, que civilizaron á sus moradores, y enaltecieron su pátria con sus exclarecidos talentos y sus prodigiosos trabajos literarios. Pero el brillante período que atravesaron las letras, durante el reinado de Federico, háse de atribuir al Clero, que sembró, en el resto de las naciones y en todas las edades, la preciosa semilla de las luces; al Clero, sí; porque el emperador, pertrechado con los consejos y lecciones del papa Nicolás V, gobernó felizmente la Alemania. La colosal erudicion que adornaba á este

papa, las pruebas que de ella consignó en las muchas obras que escribió, fueron los móviles, que determinaron á FEDERICO á depositar la confianza en su persona. El pontífice utilizó las simpatías, que al emperador habia merecido, convirtiendo el gusto y pasion, que por las letras sentia, en agente poderoso de la instruccion del imperio. NICOLÁS mantenia ya estrechas relaciones de amistad con FEDERICO, ántes de ser encumbrado á la cúspide del pontificado, y le habia distinguido con los primeros puestos del Estado; habiendo demostrado tanta cordura, templanza y sabiduría, en el ejercicio de sus dignidades y uso de sus gracias, que el emperador influyó, cuanto de su parte dependia, en su entronizamiento pontifical: luego, reconocido á los planes de enseñanza, que le formuló para su instruccion y la del imperio, le honró con la corona poética; distincion muy privilegiada y elevada, que sólo reservaba á los más famosos literatos é importantes hombres del Estado.

Adquirió la Alemania mucha preponderancia literaria en el reinado de OTON II, merced á los auspicios de su asesor y pedagogo NOTGER, obispo de Lieja; el que, á peticion y ruegos del emperador, organizó los estudios, bajo unas bases tan sólidamente sábias, que se suscitó un incendio literario en su Diócesis, propagándose por todo el imperio. El emperador, asombrado de su renombrada fama, le envió á llamar á la córte, y se valió de sus consejos, para nutrir el fuego de la ciencia, que habia estallado en Lieja y circulado por toda la Alemania: confiándole, como última muestra de cariño y respeto, la educacion del príncipe. Brilló en Alemania un sacerdote, de pátria italiano, que dió al mundo literario mucha gloria con sus famosos escri-

tos y con la proverbial erudicion, que ostentaba en los destinos públicos, que desempeñó: se llamaba GOTEFRIDO: él se granjeó el aprecio y voluntad de algunos príncipes de Alemania, que, atraidos por su admirable elocuencia y demás dotes científicas, le confirieron poderes absolutos sobre el ramo de los estudios públicos, obligándole á tomar parte en la instruccion, ó á incorporarse en el profesorado. FEDERICO I, CONRADO III y ENRIQUE VI, sacaron un partido brillante de las luces de este ilustrado sacerdote, honra del Clero; pues, dejándose llevar de sus inspiraciones, enaltecieron sus respectivos reinados con los inusitados progresos, que dieron á la literatura; gracias á las bases, condiciones y formas, á que sujetó la enseñanza pública con los sábios reglamentos, que redactó el consabido GOTEFRIDO, á quien nombraron árbitro y juez en todas las dependencias de este ramo.

Al ocuparnos de LEON X, demostrámos, que éste pontífice abrió muchas fuentes de sabiduría en Roma, cuyas cristalinas aguas, derramándose por toda la Europa, regaron los floridos campos de la ciencia, haciéndolos producir pingües y sazonados frutos. Pero es preciso confesar, que los límpidos arroyuelos de literatura, que brotaron en Italia, atravesando los Alpes, fueron á depositar sus diáfanas aguas á Francia y á Alemania. Uno de los reyes, que más se aprovechó de la sabiduría oriunda de Italia, fué LUDOVICO PIO; el cual, educado en las escuelas católicas, salió tan aventajado discípulo y un príncipe tan eminente en piedad y sabiduría, que señaló su reinado con unos recuerdos gratos é inolvidables de felicidad y de ventura para su pátria. Sin embargo, hemos de confesar, que la ilustracion

literaria de este príncipe derivó de la confianza, que le inspiró el Clero, causa comun de la instruccion universal, único manantial de donde brotaron los rios de la ciencia, que fertilizaron con sus aguas el campo de las letras. Todos los decretos y providencias, expedidas para promover la instruccion, dimanaban de las sábias inspiraciones y luminosos consejos de MITARDO, sacerdote ilustrado, iniciado en todos los secretos de la ciencia; sacerdote tan amante y tan amado de este monarca, que trabajó mucho, de palabra y por escrito, para evitar las discordias de familia, de la que el rey fué pérfidamente correspondido.

Empeñado LUDOVICO en hacer marchar la piedad acorde con la instruccion, buscaba, con incansable celo, *profesores* instruidos y virtuosos, que surcáran el mar de las letras con la nave de su inteligencia, alumbrada por los refulgentes destellos de la piedad cristiána, que les sirviera de faro, para eludir los escollos del orgullo, de la herejía y de la impiedad. Por ello, acudia siempre á elementos adecuados á sus nobles miras; recurria á los agentes más conformes con los generosos y elevados sentimientos de su alma, valiéndose de aquellos miembros del Clero, que más se distinguian en su época por su virtud y ciencia.

HILDUINO fué otro de los sacerdotes ilustrados, que se apoderaron de la voluntad y corazon de este religioso soberano. Se valió de la piedad proverbial de este ilustrado consejero, para endulzar su corazon con la melíflua sávia, que destila el árbol de la devocion, y tranquilizar su escrupulosa conciencia con una acertada y sábia direccion; para multiplicar las riquezas literarias con los poderosos recursos de

su fecundo ingénio. Algunas de las obras que, por el régio mandato de Ludovico, compuso Hilduino, se redactaron por duplicado; entre las que se puede citar la historia de San Dionisio Areopagita, documento literario de reconocido mérito, que se redactó en dos ediciones: en verso una, y en prosa otra; tambien escribió, con motivo de las disensiones que se levantaron cual deshecha borrasca entre Luis y su familia, un tratado sobre las mútuas obligaciones de los reyes y súbditos, padres é hijos, amos y criados.

Francisco I, fué otro de los monarcas franceses, que se inspiró en las cátedras brillantes de la Iglesia Católica; que bebió en las trasparentes fuentes del Clero tanta sabiduría y tanta instruccion, que fué llamado padre de las letras. Todas las aspiraciones de este ínclito monarca convergian á convertir la Francia en un paraíso de delicias científicas; y lo consiguió, porque atrayéndose la eficaz cooperacion del Clero, suscitó un movimiento intelectual, muy parecido al que contemplaba el mundo ilustrado en Roma cristiana; haciéndose traer á su lado los más distinguidos artistas y literatos de Italia, adictos al Catolicismo. El que más influyó en las glorias literarias, de que se cubrió el reinado de Francisco I, fué Juan de Ganes, su asesor y director particular; obispo muy versado en lenguas, de grande reputacion científica, de profundos conocimientos en política, y uno de los más distinguidos escritores de su tiempo. Apesar de los obstáculos, que le suscitó la Sorbona, creó el rey en aquella universidad dos cátedras de lenguas sábias, orígen y cuna del Colegio Real, que brilló tanto por el tiempo. Juan Vatable y Pedro Manes, clérigos de brillante reputacion, ocuparon estas dos plazas. Bien se dejó sentir el afecto y

cariño, que FRANCISCO I profesaba al saber y á los que lo cultivaban, cuando visitó de tránsito á Tolosa, con cuya ocasion concedió á la Universidad el privilegio de crear *caballeros* á los profesores, más acreditados por su celo y aplicacion. A consecuencia de este privilegio, PEDRO ARRIOL, catedrático de derecho canónico y sacerdote muy instruido, fué creado caballero con ostentacion y pompa.

ENRIQUE II no fué, entre los príncipes de Francia, el que brilló ménos en la literatura, gracias á la extraordinaria disposicion del cardenal LORENA, que le dirigió, y le convenció de las ventajas de la civilizacion de los pueblos. Siguiendo, pues, ENRIQUE los consejos de este eminente sacerdote, á quien habia tomado por consejero y director, abrió muchas academias, institutos y universidades; entre las que descollaba, por su mérito artístico y lujo literario, la de Riesenz.

FRANCISCO II, no consintió jamás eclipsar el sol brillante de sabiduría, que habia alumbrado los reinados precedentes: alentado con la proteccion del Clero, y envalentonado con sus consejos, puso la literatura francesa en un estado muy floreciente. Sus deferencias con el Clero, cuando se trataba de alguna mejora, ó punto que afectaba á las letras, no se limitaban á invitarlo á llenar las vacantes, que ocurrían en el profesorado, ni á consultar á los cardenales ú obispos, más reputados de su época, los medios de promover la instruccion; se excedía en este punto, hasta el extremo de confiarles la direccion de los estudios públicos, de descargar sobre ellos el peso todo de este importante ramo de la Corona; los ponía al frente de los establecimientos científicos, para que veláran por los progresos de la instruccion. El Go-

bierno aprobó con aplauso y fruicion el proyecto de una nueva organizacion, dada á la instruccion pública por el abad LORENZO ex-jesuita, á encargo del célebre monarca.

Se prevenía en el nuevo plan, que todos los sacerdotes de suficiencia y capacidad para el magisterio, fuesen con preferencia invitados al profesorado; y que en defecto de éstos, pudieran entrar en el magisterio seglares, que reuniesen todas las circunstancias, que requiere y exige el noble ejercicio de la enseñanza pública. FRANCISCO II, hubiera visto fracasar todos sus proyectos y cálculos, consagrados á las letras, sin la intervencion del Clero, y particularmente, del sábio ANGOT, abad de Bellozana, y más tarde obispo de Augerre, á cuya notoria ilustracion habia abandonado su educacion, y ora fiaba su conciencia y las riendas de su gobierno. Nadie disputará á FRANCISCO II el rico patrimonio de su ciencia, heredada del célebre maestro religioso, que hemos mencionado; maestro celoso y erudito, cuya enseñanza habia aprovechado en tan gran manera, que, habiendo MIGUEL DE HOPITAL presentado un poema en latin sobre su consagracion y coronacion, señaló los trozos más brillantes, y los aprendió de memoria. Habia ya contraido un hábito en ocuparse en trabajos y asuntos científicos; de modo que el dia en que, por algun inesperado incidente, no podia dar audiencia á los sábios y literatos, con cuyas conversaciones se embriagaba de placer y contento, demostraba hallarse fuera del elemento, propio de su vida.

CAPITULO X

Influencia del Clero en las ciencias bajo los reinados de Enrique el Santo y sus sucesores en la corona de Francia

Enrique, llamado el santo y el Cojo, demostró la pasion, que le dominaba por las letras, en la benévola acogida que le merecian los sábios de todas las naciones, que le visitaban, y trataban; á los cuales animaba á trabajar sin descanso en el campo de la ciencia, indicando á cada uno de ellos el papel que, con arreglo á su talento y natural inclinacion, debia necesariamente representar, á ménos que no quisiera inutilizar las gracias ó dones intelectnales, que habia recibido. Pero la instruccion que Enrique difundió en la Francia, protegiendo los talentos, premiando el mérito, y llevando importantes y útiles reformas á los elementos del saber, ¿de dónde surgió? ¿De dónde derivó? Es innegable que del Clero, propietario único y legítimo de la ciencia; del Clero pro-

pagador nato y eterno de las luces; del Clero, sí; pues, ENRIQUE, á ejemplo de sus antecesores, habia bebido las aguas puras de la sabiduría en la inagotable fuente de la Iglesia; habia nutrido su inteligencia con las inspiraciones de los obispos católicos. En efecto, el obispo de Ratisbona, VOLF-GANGO, habia dirigido intelectual y moralmente á ENRIQUE, prodigándole una educacion sólida y completa, en la que, á más de las virtudes propias de un príncipe, recibió el medio de instruir á su pueblo. En el reinado de ENRIQUE III, se hizo un descubrimiento, cuya utilidad é importancia merecen infinitos elogios, á causa de haber llevado al arte de MARTE una mejora inapreciable; descubrimiento cuyo valor y mérito habian en un principio pasado desapercibidos; pero luego adquirió una preponderancia suma en muchos pueblos, en donde estuvo en boga, y con especialidad en Lombardía; descubrimiento, en fin, que, prescindiendo del mérito que entraña, no debemos olvidar, atendido su autor, que fué un miembro esclarecido del Clero, el arzobispo ERIBERTO; aunque por otra parte, se refleja la gloria del monumento artístico, del que nos vamos á ocupar, en la persona del rey referido, que lo protegió, y costeó los gastos. Este era un *carro*, llamado *Carrocio*, que, tirado por bueyes, llevaba un mastil levantado verticalmente, en cuyo extremo se dejaba ver un pomo dorado, adornado con dos estandartes blancos, separados por una cruz, que ocupaba el medio.

El reinado de LUIS XIII, fué muy turbulento, á causa de las anormales circuntancias, en que vivió; pues, lanzado al tempestuoso mar de la guerra por las intrigas de la córte, la insaciable ambicion de algunos aventureros sediciosos, y por los enconos mal

reprimidos de los extranjeros, conservó su gloria soberana á duras penas, á través del iracundo oleaje de las revueltas intestinas, y de las tormentas belicosas del comun enemigo: las primeras, suscitadas en su pátrio suelo por la intransigencia, rgullo y ambicion; las segundas, provocadas por el soplo vengador de supuestos agravios, que minaron, con el fuego espantoso de una guerra desoladora, la Francia, España, Austria y otros pueblos europeos. Estas marciales excitaciones, ¿quién duda, que son desfavorabl s al progreso y desarrollo intelectual, moral y material de los pueblos? Sin embargo, Luis XIII, inauguró á la literatura un período de brillo y progreso, y una época de engrandecimiento á la Religion: el primero se estableció con los desvelos y afanes incansables, que prodigó á la educacion de la juventud, y á la instruccion en todos sus conceptos, y se prolongó hasta el término de su vida, y fin de su reinado; la segunda se inició con su notable devocion y con su ejemplo, móviles poderosos que empujaron la Religion y la ciencia á una veloz carrera por la senda del progreso y desarrollo. No se pueden negar al reinado de Luis XIII, estas ventajas literarias y morales, sin contradecir abiertamente la historia; pero tambien es igualmente cierto, que estas glorias, como tantas otras, nacieron en una cuna católica, en un principio eclesiástico; pues él no fué ciertamente el autor de las grandezas literarias, que señala la historia de su reinado, no: el verdadero autor y promovedor fué el Clero, cuya iniciativa en la parte literaria, aquel apoyó y secundó.

En efecto, la Francia fué deudora del lustre y ornato, que se imprimieron á la literatura del siglo de Luis, al cardenal Richelieu, que dirigió la nave

del Gobierno desde la poltrona presidencial del Ministerio. Las benéficas consecuencias de la entrada de este grande hombre en el Gobierno, se dejaron sentir bien pronto en todos los ramos de la real administracion: las guerras alcanzaron el feliz término de conciliacion, que se podia esperar; pues, mediando entre las partes beligerantes, ajustó y concluyó tratados de paz ventajosos para todos: las ciencias, artes, comercio é industria, desplegaron su rápido vuelo al veloz empuje del sábio Ministro, que, durante el curso de su vida ministerial, se desveló por levantar inviolables asilos al saber, sacrificando generoso su reposo, su fortuna y su salud, en aras de la instruccion y felicidad del pueblo francés. Nos resistiríamos á creer, si no lo consignára la historia, que un hombre, como el Cardenal, tan engolfado en el agitado mar de la política, tan complicado en asuntos de tanta cuantía, tan falto de sosiego, y aturdido por el estruendo de la córte, haya dejado tan evidentes muestras de los brillantes servicios, que prestára á la santa causa de las letras: pues, no sólo dictó oportunas y sábias providencias á favor de la instruccion, sino que influyó personalmente en este ramo, escribiendo muchas obras de suma importancia, fundando colegios, estableciendo academias, y animando con largas recompensas á todos los sábios, para que cada uno en su línea trabajára sin cesar en el campo de las letras.

Es innegable, que la literatura se elevó en Francia al más alto grado de progreso y cultura, á que pudo llegar jamás, á la protectora sombra del inmortal Luis XIV; quien comunicó al siglo, en que reinó, tanto brillo y prosperidad, que se llama universalmente el siglo de Luis XIV. Todos los varones que se

adherian á su real persona, todas las circunstancias que rodeaban su trono, conspiraban á un mismo fin, propendian á satisfacer sus nobles aspiraciones.

Este monarca, eminentemente católico, llevaba ya, dentro de sí mismo envuelto en los pliegues de su corazon, el gérmen de la ilustracion general, con que enalteciera su bello reinado. La Francia, vasto teatro de su real dominio, regada en todos sus ángulos por las fecundas lluvias del Catolicismo, produjo los héroes más célebres del Clero, los atletas más intrépidos de la Religion, los políticos más hábiles de los Estados, las entidades más brillantes en las letras.

Los personajes, que rodeaban á Luis XIV, eran los más distinguidos individuos del Clero; tales como el cardenal Mazarino; los ínclitos obispos, Bossuet, Fenelon; La Bruyére, Racine, y otros que, bajo los auspicios de los primeros, hicieron brillar su erudicion y sus talentos en el mundo literario. Luis, pues, acompañado de esta esplendorosa comitiva, escoltado con esta noble falange, inspirado en estos focos refulgentes de sabiduría y virtud, alimentado con los consejos, dirigido por las inspiraciones, alumbrado con las luces de estas nobles entidades, hizo florecer las ciencias y artes, dió impulso al comercio, vuelo á la industria, comunicó esplendor y vigor á las virtudes cristianas; en suma, promovió, por todas partes y en todos conceptos, la felicidad de su pueblo.

El cardenal Mazarino, su principal Ministro, propuso á Luis, su rey y señor, vários proyectos y reformas, relativas á la instruccion pública; proyectos que realizó con íntimo placer aquel ilustre monarca; pues acostumbraba complacer al célebre Mi-

nistro en todas las medidas, que ensayaba y proponía, con respeto al desarrollo y cultivo de las luces. A sus instancias, fueron llamados á la córte los hombres más notables de su época, como Bossuet, Fenelon, Racine, la Bruyére y otros, que gozaban de igual reputacion y celebridad. Bossuet, á quien la literatura del siglo de Luis debe parte de la grandeza y del apogeo, á que se elevára, fué honrado con una distincion noble, con la educacion del Delfin, cargo honroso que desempeñó con el acierto y lisongero éxito, que era de esperar de un hombre tan célebre; á cuyo efecto, compuso un discurso de historia universal, la política extractada de las Santas Escrituras, el tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo y un gran número de obras de Filosofía é Historia. Fenelon fué uno de los insignes literatos, de quien se valió Luis XIV, por consejo del cardenal Mazarino, para propagar las letras: uno de los más grandes honores, que le tributó, fué confiarle la educacion de su hijo, el Duque de Borgoña: terminada la cual, le recompensó, nombrándole arzobispo de Cambray. Indescriptibles son los servicios, que estos Mecenas de la Francia prestaron á la literatura. Sobre poseer con perfeccion las ciencias, las enseñaron con fruto, las propagaron por todos los medios, que estaban á sus alcances: ya levantan cátedras, á las que concurren los personajes más influyentes de Francia, confundidos con el pueblo, é instruyéndose todos en los deberes religiosos, y en todas las ramas de la ciencia y el arte: ya abandonan las escuelas, enristran las plumas por recreo y grato pasatiempo: en fin, ya explanan ámpliamente por escrito los asuntos, que no pueden dilucidar bastante de palabra; por ello, completan la enseñanza, que

prodigan á los pueblos, dando á luz esas obras, que inmortalizarán sus nombres.

La Bruyére, el moralista más consumado del siglo de Luis XIV, fué llamado por el rey á la córte, á ruegos de los obispos, Bossuet y Fenelon, á cuya sombra lució públicamente en Francia sus talentos y erudicion; habiéndose hecho acreedor á las recompensas brillantes y nobles distinciones, con que fué favorecido por el Gobierno. Racine habia adquirido en Francia mucha preponderancia por sus escritos; pero su oda, intitulada «*La Ninfa del Sena*» divulgó tanto la fama de este célebre escritor, qué su eco resonó en la misma córte; en su consecuencia, fué llamado por el rey, con cuyo favor dió á luz otras obras de mérito.

Andrés Hércules de Fleury, obispo, fué la grande figura literaria, que hizo sombra en el reinado de Luis XV. Agradecido el rey á los singulares beneficios de la educacion, recibida de este eminente prelado, jamás le retiró la proteccion, la confianza y cariño, que nos merecen los maestros, que se han desvelado por abrir nuestros ojos á la luz de la ciencia; y por consecuencia, le llamó á la córte, y le distinguió con las dignidades y empleos mas honoríficos de la Francia. En 1726, sucedió al Duque de Borbon en el brillante cargo de primer Ministro, que lo desempeñó á satisfaccion del pueblo, cuyo alivio procuró con la reduccion de impuestos y aminoramiento de las cargas públicas. Su sábia administracion tambien influyó en las letras, cuyo impulso y desarrollo procuró, tomándose un cuidado exquisito en todo lo concerniente á la instruccion y riqueza literaria, la que aumentó con las muchas y aventajadas obras que produjo su elegante pluma, y mandó re-

colectar, é imprimir á expensas del Tesoro. A la popularidad célebre, que le atrajo su brillante ingénio en la radiante esfera de la ciencia, añadió FLEURY los quilates de la excelente reputacion, que sus talentos políticos le obtuvieron en todas las regiones gubernativas de la monarquía. No hubo puesto oficial ó asunto del Estado, en el que no interviniera de algun modo: ocupaba la presidencia en la esfera gubernativa del ministerio; formaba la cabeza del cuerpo profesoral, ya ejerciendo el magisterio en pro de los infantes y de la nobleza, ya presidiendo las corporaciones científicas. Como individuo del Clero, no se conquistó ménos gloria, desempeñando elevados cargos, propios de su carácter sacerdotal; tales como el de confesor y director espiritual de la familia real, limosnero de palacio, obispo y cardenal.

LUIS XVIII, no es ménos celebrado, en los fastos literarios, que los precedentes monarcas; pues luchó esforzadamente con todos los obstáculos, á ejemplo de sus gloriosos predecesores, para difundir los rayos de la ciencia por todos los Estados de la Francia. Los principales actos de su gobierno los ordenó á la organizacion de los estudios, á cuyo fin convergian todas sus providencias, se encaminaban todos sus proyectos. Instigado por el Clero, á quien consultaba todos los negocios más graves, y con especialidad, los que se relacionaban con las letras, llevó á cabo los más cuantiosos y penosos sacrificios, para consagrar asilos de proteccion y progreso á la literatura. Por un decreto, expedido á mediados de su reinado, la instruccion pública sufrió inmejorables reformas: todas las academias del Reino fueron incorporadas en tres distritos; París formaba uno sólo, bajo la direccion de un Rector, nombrado por el rey.

Los obispos recibieron el noble encargo de velar por la enseñanza en sus respectivas Diócesis, y de proponer las medidas, que estimáran convenientes á los adelantos de la instruccion; de corregir todos los defectos ó faltas personales y ministeriales de los profesores, cuyo aumento, reduccion ó suspension temporal en sus destinos, quedaba asimismo á su arbitrio y discrecion: en suma, eran los árbitros y jueces de la enseñanza con arreglo al nuevo plan de estudios, con sola la responsabilidad de avisar oficialmente al Gobierno de todos sus actos. A la mira de evitar complicacion y confusion en los negocios, el rey emancipó los asuntos eclesiásticos y de instruccion pública de los departamentos gubernamentales, y refundiéndolos en un sólo ramo, contituyó de todos ellos un ministerio por separado, cuya direccion confió á su limosnero y confesor, el obispo de Hermópolis.

CÁRLOS V, llamado el PRUDENTE, esmaltó su reinado de gloria con la proteccion que dió a las letras, y las cuantiosas sumas que adjudicó á los sábios, que las cultivaban. Inspirado por NICOLÁS ORESME, director del colegio de Navarra, y obispo de Lisieux, planteó la biblioteca real, enriqueciéndola con 900 volúmenes. NICOLÁS, versado en las lenguas orientales, filósofo profundo, historiador universal, escritor de mucha nombradía, incitaba sin cesar á CÁRLOS, á que apadrinára sus miras y planes científicos, no reparando en dispendios, trabajos y sacrificios; esforzándose él por otra parte, con el ejemplo, en la realizacion de sus dorados sueños; pues, de acuerdo con otros literatos que llamó en su auxilio, tradujo la Biblia al francés, los 22 libros de la Ciudad de Dios, compuestos por SAN AGUSTIN, y otras obras

de reconocido mérito, que realzaron con su riqueza la biblioteca real; recibiendo, en recompensa de estos trabajos accesorios, una crecida suma, pension anual de la que participaron en proporcion todos los colaboradores de la redaccion referida; lo que prueba que el rey gustaba mucho del esplendor y brillo de la literatura.

CAPÍTULO XI

Influencia del Clero en las ciencias bajo la dominacion de los reyes de España

La España ha competido, con las naciones civilizadas de Europa, en brillo y riqueza literaria: han brotado de su fecundo suelo génios inmortales de sabiduría, que, con su elocuente magisterio y las asombrosas producciones de su pluma, se han abierto una época de inmarcesible gloria en el mundo de la ciencia: han dirigido las riendas de su gobierno monarcas de renombrada erudicion y remarcable piedad, que, penetrando el secreto de combinar la ciencia con la virtud, de hermanar el estandarte de la guerra con el pendon de la Cruz, hallaron siempre propicio á sus planes laudables de instruccion al Clero católico, orígen comun de la civilizacion universal; al Clero que en retribucion y recompensa de la proteccion que recibia, explotó en España, como en los demás pueblos europeos, las ricas minas de la literatura. La conversion milagrosa de RECAREDO elevó al Clero español á una preponderancia colosal, que vino á redundar en beneficio y obsequio de las luces; pues, dejándose llevar este príncipe religioso, y todos sus ilustres sucesores, de la autoridad y as-

cendiente de los obispos y sacerdotes, que habian abierto sus ojos á la luz del Santo Evangelio, se introdujeron éstos en la direccion de los destinos públicos, haciendo marchar, por la vereda de una legislacion comun á la Iglesia y al Estado, que venian á confundirse en los concilios, únicas asambleas nacionales; no en la línea de jurisdiccion, porque cada potestad retuvo la suya propia, sino en la conformidad de aspiraciones y homogeneidad de miras.

Siendo,pues, los concilios las únicas asambleas, en donde se abordaban las cuestiones, que se suscitaban en la Iglesia y el Estado, eran presididas por obispos. Ahora bien: ¿cómo creer, que el importante ramo de la instruccion habia de sustraerse al principio comun de la legislacion española? Estando, pues, á cargo del Clero las leyes, que se confeccionaban en los concilios, y siendo uno de los puntos más principales, á que se encaminaban aquellas, la instruccion, se echa de ver, que ésta debió hallarse muy pujante y floreciente en España, desde el momento mismo, en que penetró en ella la radiante luz del Evangelio.

El Clero español no sólo se dejaba oir autoritativamente en los concilios; su voz resonaba tambien con idéntico resultado en las altas regiones del Poder supremo; pues los reyes, aleccionados por la sabiduría de sus consejos, atraidos por el ascendiente de sus virtudes, excitados por la dulzura de su doctrina, le fiaban la direccion de sus conciencias, le hacian partícipe en los asuntos de su gobierno; viniendo á ser los obispos los principales magnates y los supremos magistrados de la nacion de RECAREDO.

El cataclismo musulman desquició todas las instituciones político-religiosas, establecidas en Espa-

ña; y por consiguiente, se interrumpió el curso de las letras: la Religion pátria, si bien no se extinguió en los nobles pechos de los hidalgos españoles, sufrió algunos eclipses ocasionados por el nubarron mahometano, que extendió el negruzco manto de su despótico dominio sobre el horizonte español; en su consecuencia, se alteró radicalmente el órden de cosas humanamente constituido, al espantoso aluvion de la bárbara irrupcion del feroz *agareno*. Los naturales sólo abrigaban una aspiracion comun, sentian una tendencia uniforme, sacudir mancomunadamente el yugo extranjero; sólo soñaban concordemente el exterminio de sus opresores enemigos; sólo los preocupaba la idea de revindicar su independencia nacional; este fué el blanco de todos sus tiros, el punto, á donde convergian sus tendencias; y no cejaron en la empresa, hasta llevarla á efecto, trasmitiéndose esta idea de padres á hijos, de generacion en generacion, hasta que un rey magnánimo tuvo la dicha de llenar las exigencias comunes de sus ilustres antepasados, expulsando de la España á los invasores con la conquista de Granada, y haciendo renacer en su pátria, sacudida y abatida por tantos siglos, el sol hermoso de la libertad y la independencia total de la soberanía española. Entónces las instituciones antiguas se repusieron de nuevo, adquiriendo una consistencia más firme bajo las sólidas bases religiosas, que le sirvieron de apoyo.

La Religion no fué, en el nuevo órden de cosas creado, legislada en los concilios civilmente por los obispos; pero fué reglamentada eclesiásticamente por los príncipes de la Iglesia, reunidos en los concilios de carácter puramente religioso. Aunque los reyes sucesores de FERNANDO, el libertador y restau-

rador de las glorias españolas, á su ejemplo, emanciparon la administracion civil de los concilios, tratando por separado los asuntos del Estado en asambleas nacionales; sin embargo, el Clero gozó en lo sucesivo de los derechos comunes á todos los ciudadanos en la esfera civil; y en la eclesiástica, disfrutó en su totalidad de todas las prerogativas y distinciones canónicas, sin cortapisa de ningun género. La Religion corrió igualmente á la sombra de las leyes civiles, las que, además de cobijar bajo su manto las verdades católicas, y protejer las inmunidades eclesiásticas, introducian al Clero en el círculo de las funciones civiles, especialmente de aquellas, que se relacionaban con la instruccion pública. Asimismo no obstó este cambio, para que los obispos, y el resto de los ministros subalternos, continuasen de nuevo, dirigiendo espiritualmente las conciencias de los reyes, educando á los príncipes, presidiendo los ministerios, regentando algunas veces la Corona de España, y poniéndose al frente de la instruccion.

Molestaríamos al lector, lo que no es decible, si nos empeñáramos en demostrar aquí, que la literatura de estas dos épocas, en que hemos dividido la España, fué sostenida y cultivada por el Clero, alegando al efecto muchos hechos, y presentando muchos datos de variada índole; pero en obsequio del lector, nos limitaremos á sostener esta verdad con alguna que otra prueba en general. Los Ramiros, los Froilas, los Sanchos, los Alfonsos y cuasi todos los reyes españoles, que reinaron en las críticas circunstancias de las turbulencias moriscas, ¿en qué fuentes bebieron la sabiduría de sus gobiernos, la lógica de las leyes y los principios de la ciencia, que

desenvolvieron en beneficio de la instruccion y felicidad de sus pueblos? Es innegable, que en la sabiduría del Clero; y no es necesario esforzarse, para probar la evidencia de esta asercion, puesto que hemos ya consignado, que el carácter civil y religioso, que RECAREDO dió á los concilios, era muy adecuado á la propagacion de las letras, por las entidades episcopales que los prefidian, á lo ménos científicamente; y de este carácter no se despojaron definitivamente los concilios, hasta la restauracion de la dominacion española, llevada á cabo por FERNANDO en Granada.

Por otra parte, ¿quiénes eran los directores y maestros de los príncipes españoles de esta época turbulenta de la guerra, sino los individuos del Clero secular y regular? Luego toda la sabiduría, toda la civilizacion, todos los progresos literarios, que hicieron brillar en sus reinados, se reflejan en la clase sacerdotal, á quien se habian abandonado. Esta afirmacion adquiere un grado más de certeza, si se toma en consideracion, que el Clero de esta época era consultado en todas las legislaturas, obligándole á tomar parte en la redaccion del cuerpo de las leyes, que se confeccionaban, y á ocupar la presidencia de la esfera gubernamental; ya en atencion y respeto de su carácter sagrado, ya por la intervencion personal ó consultiva que tenía en todos los asuntos, que se revolvian en la alta esfera del Poder supremo: luego, de cualquier modo que la cuestion se plantee, queda demostrado, que el Clero engendró la literatura, que floreció en los borrascosos tiempos de la invasion musulmana.

Nos ocuparemos brevemente de algunos documentos de legislacion puramente civil, y por consi-

guiente, de un carácter ajeno á la mision clericlal; documentos que probarán la influencia, que el Clero ejerció en esta época de la dominacion morisca, á que nos hemos referido, si consta que él fué su autor, ó intervino en su redaccion. El Fuero-juzgo, Código superior á las conocidos entre los bárbaros, fué redactado totalmente, ó en su mayor parte, por el Clero; obra maestra de legislacion, que abraza el derecho político, civil y criminal de aquel tiempo; y que, por lo mismo, es calificada por los jurisconsultos de Código universal. El Fuero-juzgo rigió, conocido con los nombres de *Libro de las leyes*, *Libro de los godos*, hasta el siglo XIII, en que empezó á llevar el nombre, que hoy tiene. En un concilio, celebrado en 1020, se promulgó el Fuero de Leon, que consta de 49 cánone ; contiene disposiciones eclesiásticas, leyes generales y reglamentos de municipalidad. Figura tambien un obispo, como colaborador, en la comision de los literatos, que redactaron el libro de las *Siete partidas*.

Chindasvinto, á juzgar por la empresa literaria que acometió, y llevó á cabo con la iniciativa y cooperacion del Clero, fué uno de los reyes, que más deseos tuvo de cultivar las letras. A él se atribuye el pensamiento de la redaccion del Fuero-juzgo, de que hemos hecho merito: á él debe la España la importante adquisicion de los Morales de San Gregorio. El rey, haciéndose eco de las tendencias de los obispos, y con especialidad, de Tajon, obispo de Zaragoza, varon de aventajado ingénio, y de raros conocimientos en las ciencias, comisionó á este prelado, para que fuese á Roma, á importar á España los libros mencionados. Mucho tiempo habia invertido en Roma el celoso y solícito Tajon, haciendo indagacio-

nes inútiles, para descubrir el tesoro: desengañado por fin de la inverosimilitud y contradicion de los datos, que humanamente se procuraba, indignado de la mala fé que animaba á las personas, que consultaba, recurrió á la oracion, por cuyo medio, si hemos de dar crédito á los historiadores, consiguió milagrosamente el plausible objeto de su viaje; pues fué sorprendido, en la éxtasis de su fervor, por una gloriosa legion de Santos, á cuyo frente marchaban los Apóstoles San Pedro y San Pablo y el mismo San Gregorio, de quienes se informó sobre el paradero de los libros conocidos.

Hemos evocado algunos recuerdos históricos de la nacion española, contemporáneos de la dominacion de los *moros*; logrando probar uno de los dos puntos cronológicos, que separan la historia de nuestra pátria, referente á las letras, que cultivaba el Clero: ahora nos ocuparemos del segundo, robusteciendo la misma verdad con ulteriores demostraciones. Inaugura el curso de nuestras investigaciones, en la época posterior á la expulsion morisca, un personaje eclesiástico, muy notable por todos conceptos: en el ramo militar, se conquistó una gloria igual á la de un general espartano; en el terreno político, se confunde con Julio César; en la esfera gubernamental, compite con Octaviano Augusto; en la region pacífica de la Iglesia, disputa á Gregorio VII el premio del valor y entereza en sostener sus derechos; en la órbita de las leyes, es el *Licurgo* de España; en el campo de las letras, es el Mecenas de Roma; este génio universal, en quien se condensan todos los comprobantes, que arroja á nuestro favor la época histórica, que empezamos á registrar, fué Fray Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo.

JIMENEZ se dió á conocer al público por la popularidad ruidosa de sus obras en el feliz reinado de los reyes católicos; los que entusiasmados con el brillante mérito, que publicaba la fama de este ilustre religioso, le arrancaron al olvido y oscuridad del cláustro, y le sublimaron á los cargos más encumbrados del Estado y de la Iglesia: nombrado confesor de la reina Isabel, se fué abriendo paulatina y sucesivamente paso á las dignidades de arzobispo, de cardenal, de inquisidor y de Ministro: muerta la reina, su augusta protectora, FERNANDO se hizo un deber el conservarle en todos estos puestos, en cuyo desempeño confirmó la ventajosa opinion que de él se tenia formada: desplegó tan extraordinario patriotismo, tan inquebrantable lealtad, y tanta capacidad para los negocios, que, á la muerte del rey, regentó la corona de España, durante la minoría de CÁRLOS, por disposicion testamentaria de aquel. JIMENEZ nos merece iguales consideraciones y respetos en el concepto literario; pues á través de las graves y urgentes ocupaciones que le abrumaban, dirigia sus esfuerzos á promover las luces, por cuyo brillo y progreso hizo sacrificios de todos géneros Podemos compendiar en dos culminante hechos todas las glorias literarias, que atribuimos á JIMENEZ: 1.° En la universidad de Alcalá de Henares dotada con 42 cátedras, cuya fundacion se le debe: 2.° En la Biblia Políglota, que se publicó en Alcalá bajo sus auspicios y á sus expensas; filológico documento, á cuya redaccion dedicó una cuantiosa suma.

CÁRLOS V, bajo cua quier concepto que se estudie, ya sea como emperador de Occidente, ya como rey de España, es acreedor á nuestra gratitud y alabanzas, por haber contribuido con sus talentos y au-

toridad á sostener el estado floreciente de las letras, en que halló á España, al ceñirse la corona, gracias al colosal interés, ímprobos trabajos y sumos cuidados, que se tomára el inmortal CISNEROS: sólo resta inquirir, si la literatura española de los tiempos ó reinados de CÁRLOS, brotó de la fuente comun del Clero. El emperador CÁRLOS V, tuvo por preceptor á ADRIANO VI, á quien, en justo reconocimiento, no ménos que por su idoneidad, llevó á la excelsa categoría de pontífice: luego la aficion que sentia á las letras, y el celo que demostró por su cultivo y propagacion, fueron heredados del Clero.

La literatura de España cuenta entre sus ilustres bienhechores á FELIPE II, monarca de un entusiasmo sin igual por las ciencias, las que protegió y perfeccionó á instancias é inspiraciones de ARIAS MONTANO, doctor en Teología, muy versado en todas las ciencias y en todas las lenguas orientales; protegido por el rey, en cuyo palacio vivia, se consagró todo á la literatura, por cuya prosperidad consumió los sacrificios más penosos: ora trazaba planes de estudios, proponía reformas, y ensayaba nuevos sistemas de enseñanza, esforzándose por su realizacion; ora se afanaba por adquirir todas aquellas obras de mérito recientemente publicadas, y aumentar la riqueza literaria con estas conquistas, hijas de sus desvelos, y los infinitos y brillantes trabajos de su pluma. Así sucesivamente, todos los reyes de España hicieron florecer la literatura en sus dominios, valiéndose de los consejos y auxilios científicos del Clero, con especialidad de los arzobispos de Sevilla, Toledo, Zaragoza, Búrgos, etc., etc., que más ostensible y eficazmente influyeron en este ramo.

CAPÍTULO XII

Influencia del Clero en las ciencias bajo la soberanía temporal de Inglaterra y de otros pueblos

El reinado de EDUARDO II, rey de Inglaterra, fué señalado con un descubrimiento, parto tambien del Clero católico, que no dejó de realzar la gloria de este monarca, por la parte que le cupo en la proteccion y régio apoyo, que le dispensára. El abate de San Albans, RICARDO DE WALINGFORD, construyó, bajo los principios de la mecánica, el primer relój con ruedas, de que la historia de Inglaterra hace mencion.

GUILLERMO II, apellidado el ROJO, fué proclamado rey de Inglaterra por la influencia y mediacion de LANFBANC arzobispo de Cantorbery, que habia sido su maestro. ¿A quién, pues, fué deudora la Inglaterra de la literatura, que brilló en el reinado de este príncipe, sino al Clero? En efecto, instruido en un principio por el arzobispo, y más tarde, por el presbítero RANULFO, GUILLEBMO manifestó siempre ten-

dencias á las letras, en cuyo beneficio trabajó mucho, ensayando planes, y expidiendo decretos referentes á la instruccion de sus pueblos, á quienes estimuló al estudio y aplicacion, concediendo la gracia de indultar de la pena capital á todo criminal, que supiera leer y escribir. Eduardo III dió á conocer el interés vivo, que le inspiraban las letras, en las afectuosas y singulares deferencias, que demostraba á los sábios de su tiempo; en los honores y recompensas de que colmaba el talento y aplicacion; y en los sacrificios que llevó á cabo en aras del saber.

Entre los sábios, que participaron en mayor escala de las larguezas y munificencias de este príncipe, descuella el célebre historiador Froissard, á quien nombró capellan de honor, y á quien se reputa por autor de las glorias literarias de su época. Asimismo brilló, en el reinado de Eduardo III, un monge de Oxford, que introdujo en Inglaterra el uso de la brújula. Con los auspicios é instrucciones de estos eruditos clérigos, montó el rey las universidades de Oxford bajo un pié tan firme, que adquirió una renombrada celebridad; de suerte que en su tiempo ascendia á 30.000 el número de estudiantes, que concurrian á este establecimiento literario. Wolssey y Tomás Morus, cardenales muy instruidos, célebres ministros y consejeros de Estado, escritores famosos y consumados literatos, aprovecharon la preponderancia que les daban sus dignidades, para ilustrar la Inglaterra con todo género de bellezas literarias. El primero, previsor y experto político, presagió la tempestad de males y desgracias, que sobrevinieron á Enrique VIII por su malhadado enlace con Ana Bolena: pero el rey, ciego de orgullo y fascinado por su torpe pasion, menospreció los consejos

de e te importante hombre de Estado. A pesar de los complicados negocios y perentorias ocupaciones que le rodeaban, se dedicó WOLSSEY á impulsar el engrandecimiento de las ciencias y las artes. Los sábios de todas partes encontraron en este insigne y hábil Ministro todos los recursos necesarios á la realizacion y ejecucion de sus empresas literarias: á la universidad de Oxford agregó una cátedra de griego, comenzando desde entónces á enseñarse públicamente esta lengua en Inglaterra. TOMÁS MORUS mereció una reputacion igual en el ramo literario; pues, aprovechándose, como WOLSSEY, de las favorables circunstancias de su elevada posicion, hizo servir toda su influencia moral al progreso de las letras: esforzábase en reimprimir obras, en adquirir manuscritos, en estimular á los literatos, en premiar el mérito y talentos distinguidos; contribuyendo él no poco con su ejemplo, á enriquecer las letras con las eruditas obras de su ingénio, que legó á la posteridad, en eterno testimonio de su grande patrimonio científico.

Al frente del reinado de MARÍA, se colocó un personaje de tanta importancia moral y literaria, que debió á su esclarecido talento, acrisolada virtud y completa suficiencia mental, los honores y distinciones, de que fué colmado en Italia y otros puntos del globo, á donde le condujera la Providencia: era éste el cardenal RENATO POLO, que á pesar de las turbulencias político-religiosas que habian suscitado en Inglaterra los Hugonotes, no malogró los escasos intervalos de calma, que las agitadas circunstancias de su gobierno le concedían, para dedicarse, de acuerdo con la reina, á restaurar el Catolicismo, y entronizar de nuevo en su pátria el génio inmortal de la sabidu-

ría. Consecuentes siempre con nuestro sistema de florear las naciones de Europa más civilizadas, hemos demostrado la grande influencia que el Clero tuvo en las glorias literarias, con que doráron sus reinados los reyes de España, Francia é Inglaterra y los emperadores de Alemania; habiendo mencionado aisladamente alguno que otro, que más se distinguiera en este punto; pues, hubiéramos podido ensanchar el círculo de la demostracion, tejiendo, en particular, la historia de todos los reyes de las potencias referidas; pero no lo creemos útil á nuestro objeto, al paso que lo calculamos enojoso para el lector.

Así mismo nos hubiera sido fácil coronar este punto importante de nuestra obra con la reseña y el estudio del resto de las naciones europeas, que han sido cultivadas científica y moralmente por los robustos brazos del Clero; pues no perdiendo de vista el principio, en que hemos basado este tratado, esto es, la Religion, se verá que dó quiera ha establecido ésta su trono, háse asociado á su mando el imperio de la ciencia, y ámbas han reinado á la par, guardando un perfecto equilibrio y una completa armonía. En efecto, la Religion y la ciencia son tan correlativas, que allí, do ha penetrado el arado del Evangelio, se ha sembrado y ha germinado la preciosa semilla de las letras.

Como una prueba comun al mundo cristiano de esta verdad, evocaremos algunos hechos generales. Frumencio, Edesio y Tiro, indivíduos tambien del Clero, introdujeron, envuelto en los pliegues del Evangelio, el gérmen de la ilustracion y civilizacion en la Etiopia, cuyo rey retribuyó tamaños servicios, correspondiendo á las altas miras de los misioneros apostólicos, que proyectaron y realizaron la funda-

cion de establecimientos literarios y religiosos, dó se esclareció la inteligencia con la antorcha de las letras, y se suavizaron las costumbres con la celestial doctrina del Evangelio. Habiendo fallecido el rey, dirigieron ellos la nave del gobierno, durante la minoría de su hijo, de cuya educacion se encargaron, á ruegos del difunto padre. Los misioneros extranjeros aprovecharon el favor de la córte, para colocar un obispo al frente de los intereses sagrados de aquella Iglesia; el cual reanudó el ejercicio de enseñanza civil y eclesiástica, de acuerdo con el rey; gozando de iguales prerogativas los sucesores.

BEDA refiere, que el papa ELEUTERIO, recibió una embajada de LUCIO, rey de Inglaterra, pidiendo misioneros, para que, á más de las verdades de la fé, sembrasen en la Isla la simiente preciosa de las ciencias; derivando quizá de este hecho antiguo todas las glorias literarias, de que hemos hecho mérito, al estudiar esta potencia europea. El pontificado de NICOLÁS I, es notable por la conversion de BOGORIS, rey de los búlgaros. Al año siguiente de este memorable acontecimiento, envió el rey á su hijo, acompañado de los Próceres, á Roma, haciéndolos portadores de cuantiosos regalos, y con el encargo de que contestára el papa á várias cuestiones de múltiples asuntos, en número de 106; el papa dió solucion á las dudas propuestas con otros tantos artículos; siendo esta contestacion, dada á la comision búlgara, una de las más célebres, que han surgido de Roma; contestacion que puede reputarse como la regeneracion espiritual, social, política y literaria de este pueblo.

Aunque hemos prescindido, por sola esta vez, de la historia de Portugal, no podemos, sin embargo, dejar de fijarnos en dos puntos cardinales, que nos

ofrece la monarquía de este pueblo: en el reinado de MANUEL uno; y en el de ENRIQUE, cardenal y regente del reino, otro.

MANUEL, rey de Portugal, quizá no habrá dorado las páginas de su historia con las proezas y timbres militares, que tanto realzan á los soberanos de la tierra; quizá tampoco merezca aplausos por las ventajas rentísticas de su régia administracion; pero, si en los conceptos expresados, es una medianía ó, si se quiere, una nulidad completa, en el terreno científico, es una notabilidad; no porque figurára entre los hombres célebres por su claro talento y prodigiosa ciencia, no: nosotros le damos importancia en la esfera luminosa de la sabiduría, por haber llevado el gérmen de la literatura portuguesa, y haber colocado, por consiguiente, los cimientos del edificio científico de este pueblo. Envió una comision á Roma, que tuvo por objeto escoger algunos padres jesuitas, para establecer en el reino esta sociedad ilustre de sábios y virtuosos religiosos. Acto contínuo llegaron á la córte, los distribuyó con vários objetos: á unos los destinó á las misiones, á otros puso al frente de los colegios y estableció cimientos científicos, que, á propuesta suya, erigió en vários puntos del reino; pudiéndose asegurar, que data desde esta fecha la era de las letras, que se cultivan en el vecino reino.

Pudiéramos extendernos en consideraciones análogas con respecto al cardenal ENRIQUE; mas, para no ser prolijos, nos contentaremos con decir, que fué el CISNEROS de Portugal, porque se le parece en el vivo interés, que le merecieron las letras, y en los esfuerzos que hizo, para difundirlas; aunque por otra parte, sea preciso confesar, que careció de los

talentos militares y políticos, que distinguian al regente de España.

Parece increible, que OTON I, no extinguiera en Alemania la literatura, pues era tan ignorante y rudo, cuando ocupó el trono, que ni siquiera leer y escribir sabía. Sin embargo, esta falta de instruccion, tan perjudicial á los príncipes y á los pueblos que gobiernan, fué suplida plenamente por su hermano BRUNON, arzobispo de Colonia; quien, habiéndose puesto á su lado, le comunicó las luces necesarias, para marchar seguro por la escabrosa senda del mando. Aspirando el mismo BRUNON á disipar las nieblas de la ignorancia, que envolvian á los cortesanos, estableció una academia en la misma córte, á la que concurrian los Magnates y Próceres del ímperio, incluso el mismo rey, que llegó á imponerse perfectamente en el latin. La educacion de OTON III, fué encomendada á SAN BERNARDO, obispo de Mildesheim. Bien se dejó sentir la benéfica impresion, que las saludables lecciones de este gran Padre de la Iglesia hicieron en el ánimo de su real discípulo, en la Religion y en las letras, las que florecieron cual nunca en Alemania. Más tarde, fué adquiriendo fomento la literatura, á las sábias inspiraciones del obispo GERBERTO, de quien se valió; prelado tan instruido en matemáticas, historia y geografía, que se le tomó por un mago en aquellos tiempos de ignorancia.

CAPITULO XIII

Ventajas que reportaron á las ciencias y artes las Cruzadas, impulsadas por el Clero

Entre otras ventajas, que nos ocasionaron las Cruzadas de Oriente, sobresalen las que reportaron las ciencias, artes, industria y comercio; ventajas que, imparcialmente hablando, la sociedad debe al Clero; y hé aquí la razon, que nos asiste, para insertarlas en el cuadro, que á la sazon estamos dibujando. Aunque es verdad, que las expediciones santas de Oriente, no fueron promovidas exclusivamente por la Iglesia, tambien es cierto, que ésta las impulsó con la predicacion, con las gracias espirituales, con los consejos y con otros medios, que estaban á su disposicion, sin cuyos recursos quizá no hubieran tenido lugar. Y dado caso que la Iglesia hubiera organizado las tropas, que se batieron en Oriente, en cuyo sentido, los enemigos la atacan bruscamente, ¿Ya era por ello responsable ésta de los excesos y desmanes, que cometieron los cruzados? ¿Sería acaso

responsable un rey de los atropellos y demasías, perpetrados, á la sombra de la guerra, por los ejércitos, que mandaba á revindicar el honor, ó á sostener las glorias de la nacion, á cuyo frente está? Pues de la misma manera, no sería cómplice la Iglesia en los males y abusos, cometidos en las expediciones santas de Oriente, áun en la hipótesis de los adversarios.

Es incuestionable, que el movimiento de las Cruzadas influyó poderosamente en el desarrollo de los ramoe científicos, artísticos, industriales y mercantiles, que hemos mencionado. Transcendiendo al mundo intelectual las evoluciones físicas de las guerras santas, despertaron el espíritu humano del profundo letargo, en que yacía; las naciones, trasladándose de Occidente á Oriente, se instruyeron en las costumbres, en los ritos religiosos y legislacion de un nuevo mundo; y cómo, con ocasion de las guerras, viajaron por remotos clímas los expedicionarios. ¿Quién duda, que debieron forzosamente adquirir muchos y generales conocimientos, alguna experiencia, algunos recuerdos, nuevas impresiones, en estas largas peregrinaciones, practicadas á la sombra de la Cruz?

La época de las Cruzadas era muy adecuada á la instruccion, porque todo lo nuevo, todo lo grande y extraordinario, hallaba una entusiasta acogida en aquellos tiempos; los pueblos de Occidente dirigian todos sus afanes y esfuerzos á empresas de gloria, de honor y nombradía; y por consiguiente, estaban siempre dispuestos á lanzarse á los peligros, azares y aventuras; se mostraban impacientes en el ócio y vida sedentaria; sus aspiraciones, su bello ideal, sus sueños dorados, eran hazañas nuevas, que llamáran la atencion, descubrimientos

nuevos, que los distinguieran unos de otros; aguzaban el ingénio, fatigaban la memoria, arbitraban recursos de todas clases, para satisfacer su ambicion de gloria, para aplacar su sed y hambre de honores; en su consecuencia, acto contínuo resonó en Europa la órden de partir á Jerusalen, se lanzaron en masa al Oriente, como á un campo de laureles, como á un teatro de honor y gloria. El contacto de unos pueblos con otros, las mútuas relaciones, que las Cruzadas establecieron entre Oriente y Occidente, hicieron renacer las letras, las desarrollaron, las perfeccionaron con el ejemplo, la emulacion, el estímulo y la experiencia.

Los pueblos orientales cultivaban con ventajas las matemáticas, la astronomía, la medicina; y siempre que ocasionalmente se han rozado con las naciones de Occidente, les han hecho importantes comunicaciones: así, ántes de las Cruzadas, ya poseia España los guarismos, importados de la Arabia por el sábio GERBERT; y ¿cómo negar, que las Cruzadas no tomaron del Oriente, con quien estuvieron en consorcio por tanto tiempo, algunas nociones siquiera de las ciencias, en que éste descollaba? La astronomía tuvo su cuna en Oriente, y por consiguiente, se hizo un deber de conservarla, enseñándola con perfeccion, para que irradiára su luz en todo el mundo. FEDERICO II, y el Sultan del Cairo, proponíanse mútuamente problemas de astronomía y geometría; lo que prueba, que esta rama del saber se propagó al Occidente.

La historia y la geografía tambien sacaron su partido de las Cruzadas, por cuanto encontraron, en GUILLERMO de Tiro, en JACOBO VYTRE, en Villeshardouin y en Foiavelle, historiadores, cuyas narracio-

nes, á más de orientarnos en todos los detalles más minuciosos sobre las guerras y comportamiento de los cruzados, nos proporcionan infinitos datos sobre los usos y costumbres orientales. Otros literatos han nacido de las Cruzadas, que nos han hecho relatos de Oriente novelescos; y por consecuencia, inexactos; pero, aunque este modo de historiar no está basado en la verdad, favorece la literatura y auxilia la poesía, en que vinieron á degenerar todos los relatos exajerados, qne imaginaciones fantásticas y exaltadas hicieron de las expediciones santas. Se habia creido, que Jerusalen ocupaba el centro de la tierra, y sobre esta base movediza, se trazaron mapas: más tarde, se deshizo este error con los viajes y descubrimientos, que, con ocasion de las Cruzadas, hicieron algunos peregrinos eruditos.

El comercio remontó su vuelo desmesuradamente, al empuje de las Cruzadas. Antes de acometer las guerras con los infieles, las mercancías de la India y Asia arribaban á Europa con notable y perjudicial retraso; pues se hacian por tierra, atravesando el imperio griego, la Hungría y la Bulgaria. Si se practicaban por mar, era preciso cruzar todo el Mediterráneo, exponiéndose á las inconveniencias y contrariedades de los puertos inseguros y desconocidos. Ahora bien; las Cruzadas, amaestradas por una larga experiencia, acortaron las distancias de mar y tierra. El tráfico, que algunos pueblos de Occidente ejercieron en el discurso de las guerras, dió incremento al comercio; unos se enriquecieron cuantiosamente, abasteciendo la Europa de los productos de Oriente; otros se agenciaban lucrativamente, conduciendo peregrinos, víveres y municiones, á los campos de batalla. Los resultados lucrativos del comercio

dieron impulso á la marina de Europa, cuyas naves bien pronto surcaron los mares de Egipto, Siria y Grecia, de cuyas riquezas mercantiles se habian apoderado los comerciantes de Occidente; dando orígen á la Jurisprudencia comercial y marítima y á aquellos reglamentos de Derecho, que, recopilados bajo el título de *Consulado de Mar*, sirvieron de código á las naciones.

La navegacion adquirió tambien notables mejoras con las Cruzadas, las que establecieron á su favor un nuevo camino entre el Báltico y el Mediterráneo: así, se estrecharon las distancias de los pueblos, se multiplicaron las relaciones entre sí, y se hicieron descubrimientos importantes sobre los buques, cabos, costas, bahías, islas, vientos y mareas.

La necesidad de trasportar ejércitos, peregrinos, municiones y víveres, contribuyó mucho á la perfeccion de la arquitectura naval: las naves, firme y sólidamente construidas, prolongaban los viajes; la brújula, guiando con más seguridad á los tripulantes, hizo la navegacion más cómoda y breve. Algunas producciones de la naturaleza y del arte, acrecentaron la riqueza industrial y mercantil; tales como la caña dulce, los tintes, diversas manufacturas, metales esmaltados y cincelados, piedras preciosas y ricas telas, objetos todos comerciales, que nos dieron á conocer las Cruzadas, sin las que serían tambien desconocidos los tegidos de pelo de camello, los molinos de viento, el papel de seda y la pólvora, que los sarracenos usaban en los fuegos artificiales.

La arquitectura salió, gracias á las cruzadas, de la postracion y abatimiento, en que yacía. Constantinopla ofrecía, á la vista de los expedicionarios cristianos, los preciosos monumentos de la Grecia y los

edificios árabes, que influyeron tanto en el gusto y carácter gótico: entónces, reinaron la pintura y escultura, aunque no se dieron á conocer los progresos de las bellas artes, que las cruzadas prometían; pues, la barbarie é ingratitud de los latinos, ahogaron con sus atropellos y demasías su esplendor y brillo. Al hundirse Constantinopla al soplo rudo de la guerra, sepultáronse en sus ruinas innumerables bellezas artísticas: así, se extraviaron las obras maestras de FIDIAS y PRAXITELES, y las estátuas de bronce de LÍSIPO fueron fundidas, y destinadas á moneda: otros monumentos de mérito y gusto artístico, otras bellezas y preciosidades fueron tambien demolidas, ocultadas, ó robadas. Sin embargo, no se perdió todo: la pintura, sobre el vidrio y el mosáico, llegó al apogeo de perfeccion, y prestó su adorno y sus encantos á las iglesias, que se restauraron, ó erigieron en la época de las Cruzadas.

Veamos, por último, si el arte de la guerra debe alguna mejora á las Cruzadas. Las prolongadas marchas por países remotos é incógnitos, los peligros inminentes que corrian los *peregrinos*, las fatigas y penalidades, arrostradas por los viajeros, descubrieron medios de procurarse recursos seguros de subsistencia; la policía de los campamentos, y la disciplina militar, iban de dia en dia perfeccionándose con la estrategia, astucia, y dolo, á que era indispensable recurrir, para triunfar de unos enemigos, contra quienes se estrellaban impotentes el valor, arrojo y pericia. Las órdenes religiosas que, con ocasion de las Cruzadas, se crearon, vinieron á ser unos refuerzos y auxiliares poderosos de guerra; sirviendo á los nuestros de unos baluartes inexpugnables: milicias permanentes, que daban ventajas á los cruzados sobre

el enemigo. La experiencia enseñó á trabajar con más perfeccion la armadura: las murallas ya no ofrecieron en adelante garantía alguna; fué preciso multiplicar las máquinas de guerra; así mismo se aumentaron los medios de ataque: se abrieron minas subterráneas. Por último, los sarracenos dieron lecciones, para colocar en las fortificaciones, rejas de hierro, que vinieron á reemplazar ventajosamente las puertas.

CAPÍTULO XIV

Ilustracion del Clero regular en general

Es una preocupacion, demostrativamente perjudicial á la verdad histórica, y altamente depresiva de los estatutos monásticos, el creer, que los *regulares* de los tiempos antiguos, eran unos estúpidos, unos idiotas, unos indolentes; que, á la sombra de la piedad y con la máscara del ascetismo, nadaban en la abundancia y el regalo, abandonándose á una vida licenciosa, cómoda y placentera; por cuanto, abriéndose unos angostos tugurios en las áridas crestas de las montañas, vivían con sóbria estrechez y parsimonia ejemplar, procurándose la frugal alimentacion de su cuerpo con el copioso sudor, que surcaba su frente, en las rudas faenas del campo, en los talleres de las artes, en las fatigosas operaciones de la industria y del comercio, en los duros ejercicios de penitencia, en el cultivo de las letras: ocupaciones todas, á que se entregaban, despues de dar cima al

cumplimiento de los deberes claustrales: ocupaciones con que exacerbaban las asperezas, maceraciones y rigores de sus votos. Véase como se expresa sobre este asunto el sábio y entendido señor Canga Arguelles:

«Que por espacio de tres siglos vagaron en las regiones de Occidente los godos, los vándalos, los francos, los sármatas y otras bárbaras hordas, que dejaban por todas partes en pos de sí, tinieblas y horrores: sólo de los cláustros partian por intervalos algunos rayos de viva luz, algunos consuelos para la civilizacion moribunda. En los cláustros se estudiaba: el pueblo recibia en ellos educacion de virtud y de ciencia: allí se refugió la sabiduría. En ellos conservaron las artes sus secretos, y hasta la agricultura sus reglas y esperiencias. Allí se recibieron en depósito los manuscritos de Herodoto y de Aristóteles, de Horacio y de Tácito. El monacato cumplia su mision. Su establecimiento, consecuencia precisa del triunfo del cristianismo, debia, con sus hechos, mostrar que estaba llamado á regenerar la sociedad, y así es que desde el siglo VI al XI, la historia de los monasterios es la historia de Europa. Todo lo dominaban los monges: todos los grandes hechos eran suyos, y fuera inútil, porque esta verdad es evidente, el detenerse á probar que la Europa les debe su salvacion. El monacato celoso propagador de las doctrinas de la Iglesia, presentándose como ejemplo vivo de santidad, y practicando las divinas máximas del Evangelio, venció á los vencedores de todas las naciones, y al ceñirse los laureles de la victoria pudo proclamar con su triunfo el de la religion, el de la moral y el de las letras.»

Las Ordenes monásticas, cualquiera que haya

sido el espíritu de su institucion, y bajo cualquier pié que hayan sido montadas, y cualquiera que haya sido su fundador, deben reputarse por los asilos más inviolables de las letras, por los puertos más seguros de las artes, por los manantiales más fecundos del comercio, por los veneros más abundantes de la industria: por consiguiente, ocioso es demostrar, que las ciencias, artes, comercio é industria, deben sus progresos, su impulso, desarrollo y propaganda á las corporaciones religiosas, á las sociedades monásticas; sin embargo, nos hemos empeñado en apoyar, sobre las inamovibles bases de la lógica y de la historia, el curso de nuestras aseveraciones, y es forzoso cumplir el compromiso, comprobando la verdad sentada por los medios sobredichos.

Los monges suplieron con ímprobo trabajo la falta de la imprenta, copiando en las horas de ócio los preciosos manuscritos, que se habian procurado á costa de penosos sacrificios, y promoviendo el desarrollo literario, que impulsó más tarde este elemento prodigioso de la ciencia. Sus copias, arrancadas con maravillosa exactitud de los originales antiguos, sirvieron de textos á todas las escuelas, abiertas á la instruccion pública, en todos los ramos del saber, á que se extendia el magisterio oficial, que en las mismas se ejercia: trabajos de colosal importancia, puesto que sin ellos no hubieran llegado á nosotros los clásicos latinos, ni las preciosidades literarias de Grecia y Roma.

El monge ALCUINO, fué el restaurador de las letras en la Edad Media: éste célebre religioso alumbró, con los resplandores de su ciencia, el imperio de Occidente, disipando las densas tinieblas de ignorancia, que envolvian las obtusas inteligencias de

los bárbaros, al suave soplo del magisterio luminoso, que empezó á ejercer; habiendo alcanzado la dicha de honrar sus cátedras de Latin y Humanidades con la asistencia de CARLO-MAGNO, el primer emperador de Europa. La brillante escuela de SAN AGUSTIN en Pavía, estaba á cargo del monge MAVILLON: en el convento de Tudela, los monges enseñaban humanidades y filosofía: los conventos de Reicheran, Hircanges, Osma y Bruch, tenian escuelas abiertas á la pública instruccion. GREGORIO, discípulo de SAN BONIFACIO, explicaba en Utrech: el monge HERICO, dirigia la escuela de Auxerre. Las escuelas del Monte Casino y Salerno, gozaron de tan alta reputacion, que sus nombres solos comprueban las abundantes luces de los claustrales. ENRIQUE II, y FELIPE AUGUSTO, fueron á proveerse de médicos á estos emporios de ciencia, á estos focos de medicina, en cuyo ramo sobresalieron tanto, que ningun facultativo podia ejercer la profesion de GALENO, sin el *exequatur* de estos hábiles profesores. El monge CONSTANTINO, atrajo á su cátedra de medicina tan grande concurrencia de alumnos, que convirtió la brillante escuela de Salerno en la célebre universidad de este nombre.

En España los monasterios fueron los únicos asilos de las letras, y los monges los profesores natos de todas las ciencias; habiéndolas cultivado con tantas ventajas, que los extranjeros tomaron nuestra pátria por la Aténas de Europa. Los profesores de los votos monásticos, á fin de proveer con mejor éxito á la enseñanza, se derramaron por todos los ámbitos de la Península ibérica, abriendo, á distancias convenientes, escuelas á la instruccion de la juventud, y proporcionando, con esta precaucion hija de su

celo por la propaganda científica, medios de seguir carrera literaria á muchos hijos de familias pobres, que de otro modo hubieran inutilizado sus talentos en las faenas del campo.

Convertidos los bárbaros á la Religion, se dejaron llevar de los consejos y enseñanza de los monges; los cuales habian sabido inspirar, en sus encallecidos corazones, respeto, temor y amor religioso, cuyos sentimientos motivaron su conversion al Catolicismo; mostrándose en lo sucesivo agradecidos, sumisos, obedientes y dóciles á la voz de los bienhechores, que habian obrado en sus almas aquella regeneracion inesperada. Deponiendo las armas y las ideas de sangre y fuego, que habian germinado en sus feroces corazones, los indómitos guerreros del bosque sólo aspiraban á fecundizar sus almas con los conocimientos útiles y humanitarios de aquella Religion dulce, que habian abrazado; asistiendo, al efecto, á las cátedras de moralidad y ciencia, que por donde quiera creaban, y ocupaban los agentes de su conversion. Los solitarios de esta época se desparramaron individualmente por todos los dominios de los nuevos conquistadores, estableciéndose definitivamente en los almenados castillos, que marcaban la propiedad territorial y jurisdiccional, adjudicada á cada uno de los vencedores bárbaros: allí se ocupaban en dirigir las conciencias, las inteligencias y corazones de los caciques y de los individuos de aquellas agrupaciones humanas: allí, revestidos con la autoridad de párrocos, instruian en todos sus deberes á los señores y siervos; allí, erigiéndose en maestros, directores, asesores, jueces y pedagogos de señores y vasallos, velaban por los intereses materiales y morales de todos.

Los propietarios, adoctrinados por los monges, abandonaron ese aire de tiranía y opresion propias del gentilismo, y se revistieron del carácter benigno y humanitario, que inspira la Religion, que habian abrazado; trocando, en su consecuencia, el trato duro y cruel, que hasta entónces venian dispensando á los colonos, en mansedumbre y caridad para con todos sus semejantes: así es, que en lo sucesivo, los señores apellidaron á los subordinados *vasallos*, nombre que sustituyó al de esclavos, con que se distinguian, en oprobio y mengua de la humanidad, los desgraciados, que se ocupaban en el cultivo de las tierras: los colonos, inspirados tambien en la misma escuela, tributaban á la vez á sus señores el respeto y la obediencia debidos; naciendo de este equilibrio moral, que la Religion habia establecido entre ellos, el progreso de las luces, la instruccion, la civilizacion en todos sus conceptos. En efecto, satisfechos unos y otros de su recíproco trato, exentos de temores y sospechas, libres de zozobras é inquietudes, alejados del campo de las discordias, venganzas y guerras intestinas, dispensados de los cuidados domésticos, sólo escuchaban con calma, sosiego y confianza, la dulce voz de sus pastores; sólo obedecian ciegamente las órdenes de sus maestros; los cuales, adoptando tambien el carácter de padres temporales, se afanaban por proporcionar á sus hijos adoptivos el bien material y espiritual, procurándoles al efecto una profesion útil á la sociedad, en que vivían, y conforme con su naturalidad y su talento; procediendo de la diversidad de oficios, destinos y profesiones, que bajo su presidencia paternal ejercían, el movimiento activo y simultáneo de las ciencias, artes, comercio é industria; movimiento que se desenvolvió en esta época, merced

á los desvelos, erudicion y celo de los monges; quienes, aprovechando el ascendiente que habian merecido á las hordas nómadas del Norte, no sólo sustrajeron á la comun catástrofe y ruina total, las preciosidades antiguas, sí que tambien las perfeccionaron, y acrecentaron notablemente.

La mayor parte de las donaciones, legadas en los primeros siglos á los monasterios, estribaban en incultos eriales, páramos intransitables, desiertos arenales, áridas planicies erizadas de malezas, en praderas pantanosas, en poblados bosques, sitios esponjosos, vastas soledades y terrenos montuosos. Los monacale sexplotaron estas fuentes ciegas de riqueza agrícola, luchando rudamente con los obstáculos de la naturaleza y del tiempo, que las tenian cerradas al cultivo y produccion, procurándose la subsistencia de los frutos, que les rendian las tierras, despues de haberlas desmontado, beneficiado, cultivado y fertilizado con el sudor de su frente, y de haberlas convertido, con el duro y áspero trabajo de sus brazos, en campos cubiertos de viñedo, dorados de miés, poblados de árboles. Las colonias se multiplicaban considerablemente con la aglomeracion de riqueza agrícola y aumento de personal: por manera que innumerables habitantes se vieron precisados á emigrar á otros paises, estableciendo allí nuevas colonias y nuevos centros de riqueza.

Generalmente hablando, se reunía un centro de poblacion, en donde se alzaba un monasterio; los barrios de Santa Genoveva y de San German en París, fueron construidos por los monacales: la ciudad de San Salvador, situada al pié del monte Casino, y todas las abadías inmediatas fueron construidas á expensas y fatigas de los frailes: en Fulde, Magun-

cia, y en todos los distritos eclesiásticos de Alemania, Prusia, Polonia, Suiza y España, se destacan numerosas poblaciones, que son obra de las Ordenes monásticas. Las inmensas riquezas, que se habian acumulado en las Ordenes monásticas, se invertian en templos, ermitas, colegios, casas de labranza, carreteras, posadas, acueductos, dando impulso á la arquitectura y á todas las artes. Las numerosas colonias, que por doquier se establecian, se convertian en otros tantos centros de poblacion; y como quiera que este movimiento artístico habia sido producido por la agricultura, practicada en los bosques y áridos desiertos, resultaba que la incansable laboriosidad de los monges poblaba de habitantes los terrenos montuosos, que habian servido de guarida á las fieras, y de madrigueras á los foragidos, salteadores de caminos y gente de vida airada; originándose de aquí el beneficio importante de garantía personal, con que contaban en lo sucesivo los viajeros, quienes podian hacer las travesías solitarias, sin arriesgar sus intereses y sus vidas.

San Bernardo y sus discípulos fertilizaron y poblaron de habitantes los valles, que les donára Chibant, cond. Champagne: Fontibrault fué una colonia, establecida por Roberto de Arbisel en un país desierto, colindante con el Anjou y la Bretaña.

En las dilatadas familias monásticas, no habia un sólo individuo, que no contribuyera con sus brazos al aumento de la riqueza comun: mujeres, niños, clérigos, legos, todos trabajaban, esmerándose por progresar y adelantar cada uno en el ramo, que se le habia confiado: éste tejia, aquél hilaba, quién sacudía el polvo á la lana, quién desencañonaba y rizaba el cáñamo. Los cultivos más esmerados, los la-

bradores más bien acomodados, más bien tratados y ménos vejados, los atalages campestres más completos, los rebaños más gordos y las propiedades rentísticas más bien administradas, eran las de las abadías.

Cada poblacion monástica contenía un ramo especial de comercio é industria: ésta se ocupaba en tejer paños y galones; aquella se componía de gremios de sastres, zapateros, herreros, etc.; unas estaban dedicadas á las manufacturas, otras se ocupaban de la arquitectura, y no pocas en el comercio; muchos mercados y férias de los regulares animaban el comercio, no tanto por la abundancia y variedad de los objetos mercantiles, que ofrecian á la especta-cion del público, cuanto por la bondad, primor y buenas cualidades, que en ellos brillaban: las cervezas de Flandes, y la mayor parte de los vinos generosos del Archipiélago, Hungría, Italia, Francia y de algunos puntos de España, eran elaborados por los religiosos: la importacion y exportacion de cereales corría por cuenta de los monacales: de modo que del desmonte de las selvas, del desmoche de los árboles silvestres, de los terraplenes, del desagüe de las lagunas, del destanco de las aguas pantanosas, brotó robusta la agricultura, y de sus productos surgieron todas las demás artes, la industria y el comércio. El movimiento artístico, literario, comercial é industrial, impulsado por los regulares, no estaba limitado á una sola provincia ó nacion: se dejaba sentir, concorde y armónicamente, en toda la Europa: España, Francia, Inglaterra, Alemania y otras poblaciones cultas, deben á las Ordenes monásticas el gérmen de todos los progresos y adelantos de la época.

Por si las nociones generales, que hemos vertido sobre la ilustracion de los regulares, no demuestra bastante la verdad sentada, relativa á que la Europa moderna es deudora de su decantada ilustracion á las instituciones monásticas, corroboraremos el aserto con ulteriores comprobantes, tomados de algunos hechos particulares.

El franciscano, RAIMUNDO LULIO, fué un sacerdote ilustrado y virtuoso, á quien se deben los primeros ensayos químicos; BACON fundó la escuela experimental; en punto á óptica, señaló fenómenos químicos en la estructura del ojo; explicó las propiedades y el uso del *lente* y del *telescopio;* él dió idea de los buques, que pueden navegar sin el concurso de brazos; hé aquí los vapores; él explicó cómo los carros pueden caminar sin el auxilio de los animales; hé aquí los ferro-carriles; habla del viaje aéreo; hé aquí los globos aereostáticos: trata de los puentes para cruzar los rios más caudalosos, sin necesidad de pilares, ni apoyo alguno intermedio: él inventó la pólvora. Un monge descubrió los procedimientos para conseguir el bismuto, la flor de azufre, el azúcar de SATURNO, el ácido nítrico, el sulfúrico, el agua real y el tártaro vitriolado. El monge ESPINA inventó los anteojos. Aquí el monge ALCUINO se esfuerza por hacer conocer á CARLO-MAGNO las ventajas de la lengua latina: allí un fraile, sufrido y laborioso, enseña á desarrollar los manuscritos de HERCULANO; allá GREGORIO DE TAURO, describe las antigüedades de los Galias: acullá otro religioso descubre el valor de las tablas legislativas de HERÁCLEA.

Si los descubrimientos, en su mayor parte, fueron parto de los monacales, no fueron de ménos importancia los servicios, que prestaron á las ciencias y artes,

que hoy florecen en las poblaciones cultas de Europa. El ya repetido franciscano, RAIMUNDO LULIO, fué el primero que hizo aplicacion de la dialéctica en su obra de Jurisprudencia civil, titulada «*Ars Magna.*» El Derecho canónico occidental reconoce por autor á un tal REGINON, abad de Phrum, el cual lo coleccionó, á instancias de RATHOLDO, arzobispo de Tréveris. El que desee fecundar su mente con vastos conocimientos de Geografía, acuda á los conventos de los misionistas: allí se dá razon exacta de las maravillas, que comprende el globo. BEDA, monge benedictino, se ocupó con preferencia de la Astronomía, sirviendo sus trabajos de modelo y de materia á las obras, que se publicaron con el nombre de «*Indicacion de las causas de las mareas*», una, y con el de «*Forma esférica de la tierra*», otra. El abad de San Galo, hizo un globo celeste.

El Monte Casino fué un plantel de excelentes médicos, de donde salieron todos los profesores, que cultivaron este ramo de la ciencia: el monge GOJON, escribió una terapéutica general, ajustada al sistema de los más consumados facultativos. En punto á química, ya hemos mencionado los progresos efectuados por RAIMUNDO LULIO y por BACON. Estos, con PEDRO LOMBARDO y otros muchos, sondearon el inmenso piélago de las Matemáticas, descubriendo los escolios, formularios del problema. SANTO TOMÁS dió inequívocas pruebas de los profundos conocimientos, que poseia en las ciencias exactas, en los tratados, que compuso sobre acueductos y máquinas hidráulicas. El fraile HILDETBERTO, hizo tantos prodigios en este ramo, que el vulgo le apellidaba el MAGO, el HECHICERO.

Por lo que respeta á historia, basta decir, que

ha sido esta asignatura la ciencia más favorita del Clero: de modo que apénas se encuentra una crónica, una memoria, una obra de este ramo, que no haya sido escrita por algun individuo del Clero *secular ó regular*. Como indicamos en otra parte, tres hijos de SANTO DOMINGO, fueron los arquitectos de Santa María la Nueva; la media naranja de San Francisco el Grande, en Madrid, es obra de un fraile; un hijo de SANTO DOMINGO dirigió el magnífico puente de Almaraz sobre el Tajo. Excusado es citar nombres de ilustres arquitectos, hijos del cláustro, toda vez que ellos mismos dirigian las obras de los poblados, que levantaban en los terrenos quebrados, que iban colonizando.

Se distinguieron en la pintura, los hermanos VICENTE DE SANTO DOMINGO y PEDRO DE MONTOYA: D. MARTIN GALINDEZ, cartujo: Fray JULIAN, autor de las pinturas iluminadas, que se conservan en el Escorial.

No fueron escasos tampoco los servicios, que el Clero regular prestó á la escultura: el abad DIDIERO, hizo venir de Lombardía, de Amalfi, de Constantinopla y de otros puntos, artistas para trabajar el mármol, el oro, la plata y el hierro, la madera, el yeso y el marfil; Fray JUAN DE SEGOVIA, jerónimo, enseñó á labrar la plata á los artífices de su época. Fray EUGENIO DE LA CRUZ, se distinguió en el dibujo; á él se deben el dorado y la fundicion de la mayor parte de los bronces, que hay en el panteon del Escorial: es obra suya la urna de plata que contiene uno de los niños inocentes, que hay en el camarin de la VÍRGEN DEL PATROCINIO.

Inmortalizaron sus nombres en el grabado, relojería y música, los siguientes: Fray MANUEL ILLESCAS,

Felipe Diego y Francisco Colonio. Los monges del Monte Casino perfeccionaron la escritura: tambien se esforzaron los claustrales por perfeccionar el arte de Marte: San Raimundo de Fitero amaestraba los soldados en la defensa de Calatrava; los Padres jesuitas y dominicos hicieron prodigios en este ramo en el extranjero; Gimenez brilló por sus conocimientos militares en la conquista de Granada. Igual pericia demostró en la conquista de Orán el cardenal Cisneros.

CAPITULO XV

Cartujos.—Cistercienses.—Dominicos.—Basilios.—Benedictinos.—Escolapios.—Jesuitas.

¿Cómo relegar al olvido aquellos hombres ilustres, que subieron al sacerdocio católico, para entregarse al servicio literario de sus semejantes? ¿Cómo no tributar un homenaje público de gratitud á esas asociaciones venerandas de eminentes literatos, que renunciaron voluntariamente á los goces del mundo, sacrificando sus intereses, sus pasiones, su juventud, y afecciones de familia, para dar lustre á la sociedad? ¿Cómo no evocar con júbilo los ilustres nombres de tantos individuos del cláustro, que, en su temprana edad, se sepultaron en el polvo de las escuelas, para curar nuestra ignorancia, y alumbrar todos los pasos de nuestra vida con el sol de la ilustracion, cuyos vivos resplandores se reflejaron en todos los ángulos del globo?

Los cartujos se ejercitaban en la agricultura y n todos los géneros de industria y del arte, sin des-

cuidar las ciencias, la caridad para con los pobres, la práctica de las virtudes cristianas y los deberes de su instituto. Estos ascéticos religiosos, á través de las asperezas y austeridades de sus estatutos, transmitieron á la posteridad el gérmen de la civilizacion y de la cultura, copiando los preciosos manuscritos de la antigüedad; tesoros científicos que, á costa de fatigas y desvelos incansables, habian adquirido, disputándoselos unas veces á las devastaciones de las guerras, y otras al tiempo, que los tenía sepultados en el polvo. Sacrificando, pues, los escasos momentos de ócio y reposo, que les consentía la Regla, éstos seráficos hijos del cláustro se erigian en infatigables pendolistas, supliendo el prodigioso elemento de la imprenta con sus fatigas y sudores, y transfiriendo á las generaciones futuras las producciones maravillosas del arte y de la ciencia, que fueron un dia los encantos de la civilizacion de los pueblos más cultos y florecientes del mundo: trabajos admirables, que abrieron paso a los adelantos y progresos de las luces, que hoy alumbran á los pueblos modernos.

La órden del Cister, fundada por San Roberto, asombró al mundo con su prodigiosa fecundidad; pues, á la vuelta de algunos años de existencia, registraban sus crónicas un número fabuloso de establecimientos, poblados de habitantes, que hicieron portentos en las letras, artes, comercio é industria. San Bernardo realzó la reputacion de este instituto religioso, profesando sus votos: la fama de este ilustre padre de la Iglesia acumuló en los cláustros del Cister tan inmenso gentío, que, siendo el primer monasterio ó abadía incapaz de contener en su recinto á todos los aspirantes, se levantó la de Claraval, cuya nombradía hizo olvidar bien pronto el estable-

cimiento del Cister: nombradía debida, sin duda alguna, á la armonía, órden, regularidad y método, que reinaban en todos los trabajos, á que se entregaban los monges, dirigidos por el consabido padre. En todos los establecimientos abaciales del Cister, se dejaba sentir un movimiento asombroso en las ciencias, artes é industria: de modo que, más bien que vastas soledades, parecian centros de poblacion cultos y florecientes; centros de poblacion embellecidos con los jardines de las letras, decorados con los primores del arte, animados con los productos de la agricultura, y enriquecidos con los tesoros de la industria.

San Bernardo y sus monges fertilizaron los estériles valles, que les donára Chibant, conde de Champagne. Cuando San Bernardo se posesi nó del Monte Casino, ¿nó era éste una vasta y árida soledad, que no tardó á mudar de aspecto por las abultadas proporciones de riqueza, que le procuraron los brazos robustos é incansables de sus laboriosos monges? ¿No llegó con el tiempo á formarse una abadía tan populosa y opulenta, que rechazó de sus fronteras á los normandos, que se disponian á cercarla?

Los dominicos sobresalieron, entre las restantes asociaciones monásticas, por sus deseos de civilizar, y humanizar, con el carácter de misioneros, á los pueblos nómadas y salvajes. Despues de renunciar á todos los atractivos y alicientes, que ofrece el mundo á sus ciegos adoradores, profesaban los votos de la Orden, á que los llamaba su vocacion, para consagrarse, á riesgo de su vida, á regenerar los pueblos, envueltos en la barbarie y la ignorancia; y eran tan vivos los deseos, que abrigaban de sacrificarse en aras de sus semejantes, desparramados por los países idó-

latras, que se disputaban el honor y la gloria de ser incluidos por sus superiores en el censo de aquellos hermanos de Religion, á quienes cupiera la dicha de morir por Cristo en los apartados climas de la infidelidad, á donde eran enviados á llevar la semilla preciosa del Evangelio y el gérmen de la verdadera ilustracion.

La mayor parte de los descubrimientos del Nuevo Mundo, han sido fruto de los importantes servicios, que prestaron á la sociedad los célebres hijos de Santo Domingo. Sus misiones no se contraían á regenerar espiritualmente á los infieles: extendíanse á todos los beneficios, de que es capaz el hombre, que ha abierto sus ojos á la radiante luz del Evangelio: á todos los beneficios de cultura y civilizacion, que produce la Religion, que proclamaban: y como ésta, á medida que reforma el corazon con los humanitarios sentimientos que entraña, ilustra el entendimiento con la luz de la verdad que inspira, fecundiza la mente con las ideas de las ciencias humanas, en proporcion á las máximas dulces, que inculca; en una palabra, no puede hacer prosélitos, sin que los instruya en todos los conceptos.

Los sábios y virtuosos religiosos, cual fieles y veraces intérpretes de la mision que se les encomendaba, preparaban á sus adeptos, no bien recibian las aguas regeneradoras del Santo Bautismo, al cultivo de las ciencias, artes, industria y comercio, enseñándolos á cubrir sus necesidades naturales y sociales con las santas ocupaciones, que brotaban de la ley de gracia, que habian abrazado. Procedian naturalmente de este sistema de enseñanza, que ensayaban los misioneros, el desarrollo y movimiento de las letras, ciencias, industria, artes, comer-

cio, etc.; puesto que sus conquistas evangélicas trasformaban los espesos bosques, los extensos retamales, los e tériles valles, los páramos intransitables, en centros fecundos de poblacion, en agrupaciones de habitantes, útiles á la sociedad: por consiguiente, para consumar la obra, que habian empezado, preciso era levantar casas, para guarecerse de la intemperie; templos, para rendir adoracion al Dios, que habian reconocido; escuelas y cátedras, para que recíprocamente se instruyesen: preciso era establecer talleres, para cubrir sus carnes y para los demás usos naturales y sociales; preciso era cultivar las tierras, y dedicarse á todos los ramos de la agricultura, venero de su subsistencia y orígen de todos los oficios, artes, comercio, industria, etc.

Véase, pues, cómo los misioneros, que acometian la empresa de evangelizar los pueblos infieles, habian de ser indispensablemente instruidos en todos conceptos, á ménos que no quisieran inutilizar sus expediciones apostólicas y frustrar los esfuerzos heróicos que empleaban, para llevarlas á cabo: véase tambien el por qué los dominicos, á la par que se ocupaban en las misiones, descollaban en todo género de conocimientos; en términos que, en todos los descubrimientos, mejoras, reformas y progresos de las ciencias y artes, figuran ellos en primera línea, como se desprende de las nociones generales, que dejamos apuntadas acerca de la ilustracion en general del Clero regular, y se confirmará en el tratado de las misiones, en el que daremos á conocer uno á uno, los grandes rasgos de sabiduría, que brillaron en todos los hijos de Santo Domingo, que se expatriaron voluntariamente, por llevar las luces del Evangelio y de las ciencias humanas á los climas ul-

tramarinos, apestados de infidelidad y de barbarie.

Los religiosos basilios, establecidos en España, fueron unas corporaciones ilustradas, cuya institucion tendía á instruir la juventud. Los eruditos indivíduos de esta ínclita Orden, estaban repartidos por provincias, para proveer con mejor éxito al cultivo y desarrollo de las letras, en los vários colegios que al efecto poseian en España, Francia y en otras potencias de Europa; llenando, así, completamente los nobles fines de su institucion. Era grato contemplar las célebres escuelas del Monte Casino, de Tours y Fontanelle; escuelas que embelesaban al erudito viajero con sus brillantes sistemas de enseñanza, con la invicta paciencia, celo y erudicion de sus profesores y con sus rápidos y sólidos progresos: era grato visitar estos establecimientos literarios y otros de igual índole, que, desde el siglo IX, figuraban en primera línea, en el florido campo de las ciencias.

El nombre de benedictino es sinónimo de sábio: al pronunciarlo, se siente uno conmovido de respeto, admiracion y gratitud; sí, porque trae á la memoria al rey de la Literatura, al padre de la Ciencia. Las colectividades religiosas de los benedictinos poseian el doble secreto de instruirse y de comunicar con fruto y facilidad, por el órgano del magisterio, el benéfico calor de sus ideas: de lo primero, nos ofrecen una prueba incontestable los varones eminentes en ciencia, que honraron sus cláustros; demuestran lo segundo los antiguos manuscritos, que exhumaron del panteon del olvido, y las asombrosas colecciones de obras que ostentaban sus monasterios y las principales bibliotecas de Europa. Sería una temeridad querer ahora recordar los infinitos trabajos, que los

benedictinos han consagrado á las letras y á las artes. Sin embargo, es digna de mencionarse la edicion completa de todos los Padres de la Iglesia, confeccionada por estos sábios y laboriosos religiosos, por ser ésta una de las empresas literarias, que más gloria han acumulado sobre esta ínclita Orden. Efectivamente, una edicion tan voluminosa, impresa en lengua extraña, no deja de ser una produccion maravillosa; una obra tan estupenda de los Padres griegos y latinos, que se compone nada ménos que de 150 tomos in fólio, es una obra harto difícil y sumamente árdua: y ¿cómo no serlo, cuando la impresion de un sólo tomo en el idioma nativo, es una empresa fatigosa, una tarea asaz espinosa?

No han sido de menor cuantía los portentos, que los benedictinos han obrado en las artes: la ciudad de San Salvador, situada al pié del Monte Casino, y todas las abadías inmediatas fueron levantadas por los individuos de esta ilustre Orden: en Fulde, Maguncia, y en todos los distritos eclesiásticos de Prusia, Polonia, Suiza, Alemania y España, se alzan numerosas poblaciones, que en su mayor parte deben su fundacion á la famosa órden, de que nos estamos ocupando. Familias errantes solicitaban, y obtenian un asilo en los establecimientos de los benedictinos: allí se cobijaban, bajo los techos hospitalarios de estos compasivos y humanitarios religiosos, los pobres, los inválidos, los huérfanos; siendo destinados á los trabajos, á que se sentía cada uno más inclinado; viudas, huérfanas, jóvenes, ancianos, legos, soldados, todos se ocupaban en los trabajos del campo, en las artes y en la industria, con arreglo á sus talentos, fuerza y salud; esmerándose por imitar el ejemplo de los superiores, y haciendo prodigiosos ade-

lantos cada uno, en el ramo que se le habia confiado: éstos se mecian afanosos en los telares; aquellos cercaban los tornos para hilar; aquí empuñaba uno la esteva del arado; allí sacudia otro el polvo de la lana; allá resonaban festivos los cantos de las laboriosas bordadoras: acullá se dedicaban agrupaciones de huérfanas á los trabajos de aguja y tapicería. Los benedictinos de Mantua elevaron la agricultura á un grado tan alto de esplendor y pujanza, que llegaron á emplear en la labranza tres mil pares de bueyes.

Es de admirar, que Voltaire forme coro con nosotros, expresándose así de los claustrales:

«...Los pocos conocimientos que poseian los bárbaros, se perpetuaron en los cláustros. Transcribieron los benedictinos algunos libros, viéndose poco á poco surgir de los cláustros no pocos inventos útiles. Por otra parte, aquellos religiosos cultivaban los campos, cantaban alabanzas á Dios, vivian libremente, eran hospitalarios, pudiendo servir su ejemplo para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbárie Poco despues hubo que lamentar, que las riquezas corrompiesen lo que la virtud y la necesidad habian instituido, siguiéndose á ésto, por precision, las reformas. Todos los siglos han producido en todos los paises, hombres animados por el ejemplo de San Benito, quienes quisieron ser fundadores de nuevas congregaciones.

La órden de los Cartujos, establecida cerca de Grenoble, á fines del siglo XI, única de las órdenes antiguas que jamás ha tenido necesidad de reforma, era poco numerosa, demasiado ricos, en verdad, tratándose de hombres separados del siglo: pero no obstante estas riquezas, consagrados sin descanso al ayuno, á la oracion, al silencio y á la soledad; vi-

viendo tranquilos en la tierra, en medio de tantas agitaciones, cuyo ruido apénas llegaba á sus oidos, no conociendo á los soberanos sino por las oraciones en que se hallaban inscritos sus nombres.»

Seria preciso borrar del mapa-mundi las dos asociaciones religiosas de padres escolapios y jesuitas, y negar rotundamente su brillante y pública existencia, á la faz del mundo entero, para dar crédito á los detractores del Clero: sería preciso cerrar los ojos á la luz de la evidencia y de la experiencia, para no reconocer los inmensos servicios, que los individuos de ambas corporaciones han prestado á la santa causa de las letras. ¿Quiénes han sido los jefes natos de la instruccion en todos sus ramos? ¿Quiénes han echado los cimientos de los edificios literarios, inculcando los principios de todas las ciencias á la estudiosa juventud, llamada á regir los destinos de los pueblos? Los celosos y sábios hijos de San Ignacio de Loyola y San José de Calasanz: éstos se han disputado la primacía en propagar las luces: éstos han buscado á competencia la juventud, y la han compelido con halagos y caricias, á concurrir á sus cátedras; y luchando con los obstáculos de la inaplicacion y la indigencia, la engalanaron con los adornos de la sabiduría.

El pueblo bajo viviria envuelto en las tinieblas de la más crasa ignorancia, á no ser por el celo, caridad y erudicion de los padres escolapios, que se han consagrado á su instruccion, principiando por el abecedario y terminando en las nociones de aritmética y cálculo, para saber llevar libros de *partida* en casas de comercio y oficinas. Su enseñanza se ha generalizado con el tiempo á cuasi todas las materias de filosofía y teología escolástica y moral; en todos los

colegios, que poseen en Europa, hay hoy cátedras abiertas al *Latin*, Griego, Retórica, Matemáticas, Historia, Geografía y á todas las asignaturas, que abraza la segunda enseñanza, mandadas estudiar, por los planes vigentes de instruccion pública, á los jóvenes que siguen sus carreras literarias, bajo la direccion de estos religiosos maestros. El pobre tambien participa de los estudios de Filosofía, que se hacen en los establecimientos de escolapios, frecuentando las escuelas, destinadas á los alumnos externos.

Los alumnos de las clases más distinguidas, reciben la instruccion en cátedras especiales, montadas bajo el mismo pié, que las externas, y dirigidas por los indivíduos de la misma comunidad; distinguiéndose con los nombres de colegiales internos y externos, los cuales hacen progresos admirables en las asignaturas que cursan, porque el impedimento de inaplicacion, que á veces se observa en las clases á que pertenecen, se contrabalancea con la vigilancia y celo exquisito, que sobre ellos ejerce la casa que los cobija; en donde, mancomunadamente con los padres y maestros, observan la disciplina saludable del Instituto en todo lo que no se oponga á los fines, que allí los conduce. Llevan más léjos todavía su celo por la juventud los clérigos de las escuelas Pías, toda vez que vigilan por sí, ó por sus delegados inspectores, á los colegiales en las horas llamadas de estudio, para evitar la distraccion y contiendas tan propias de la tierna edad, en que son admitidos: así mismo los presiden en sus paseos, que se verifican de tiempo en tiempo: en suma, los escolapios ejercen sobre sus educandos unos cuidados más exquisitos, unos desvelos más infatigables que los mismos padres, puesto que, sin privarlos de ninguna

de las comodidades de sus respectivas casas, los fuerzan á observar una vida ordenada y conforme al espíritu de la institucion; no perdiéndolos de vista áun en las horas del sueño.

Otro de los rasgos del celo, que brilla en los escolapios, es la precaucion que toman los padres de la enseñanza externa, para que los discípulos frecuenten sus escuelas, y escuchen con fruto sus lecciones; pues, no satisfechos con el copioso sudor, que ha surcado sus frentes en las prolongadas horas del magisterio, al terminar las explicaciones de reglamento, salen de las aulas confundidos con los niños, y van á su alcance por las calles de tránsito, cuando regresan á sus casas, evitándoles los estravíos, juegos y distracciones, para que aprendan las lecciones, que se les asignan para la tarde: ¡trabajos heróicos, capaces de fecundizar el ingénio más rudo, propios de esos hombres inolvidables, que han nacido para sacrificarse en aras de sus semejantes! La sociedad convencida de los halagüeños resultados, que dan los escolapios á la instruccion, los invita con preferencia á tomar parte en todos los proyectos y empresas literarias, que medita; de suerte que, apénas hay colegio, instituto ó academia en los pueblos ó provincias de Europa, que no sea por ellos dirigido.

Mayores, si se quiere, han sido los resultados científicos, que las ilustres asociaciones religiosas de los jesuitas han hecho producir en el terreno literario: no porque hayan aventajado á los clérigos regulares de las escuelas Pías en interés y celo por la enseñanza, sino por haber ejercido el magisterio en pró de entidades más desarrolladas, y de haber clasificado á los indivíduos de la Orden con arreglo al talento y tendencias naturales: así, han aprovechado todo el

tiempo, que los otros empleaban en preparar las inteligencias infantiles, en recolectar y saborear los dulces frutos de las letras; y encargándose cada uno de los maestros de un ramo especial de la ciencia, los han dominado todos, haciendo admirables progresos, cada uno en su línea. Incalculable es el perjuicio, que han sufrido las letras con la extincion de los jesuitas: la educacion de la juventud no ha vuelto á rehacerse de sus pérdidas: ellos poseian el secreto de hacerse agradables á la juventud, despojando con sus finos modales la ensenanza del tono pedantesco, que tanto repugna á los jóvenes.

Cuasi todos los profesores gozaban de favor en la sociedad, por la brillante reputacion de literatos que habian alcanzado; y por consiguiente, la elegante juventud frecuentaba sus cátedras como una ilustre academia. Habian tambien establecido, entre sus alumnos de diversas categorías, una especie de patronazgo, que redundaba en pró de la ciencia. Estas relaciones ya no se cortaban; al contrario, se estrechaban más en lo sucesivo, porque, como se entablaban en una edad, en que se dá sávia á los corazones nobles y sentimientos generosos, establecian entre el príncipe y el literato aquellas antiguas y nobles amistades, que reinaban entre los Escipiones y los Lilios. Toda la compañia se vanagloriaba de haber cultivado las facultades intelectuales de un hombre, que brillaba en la sociedad por la ciencia, por la posicion y fortuna, disputándose todas sus glorias y celebridad.

La mayor parte de los hombres más célebres de la sociedad, han brotado de esta ínclita Orden: ella ha dado Prelados á la Iglesia, Ministros al Estado, confesores á los reyes y sábios á todos los ramos de la literatura; naturalistas, químicos, botánicos, mate-

máticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, se han desprendido, como chispas científicas, de este foco radiante de luz. A estas ventajas sobre el resto de los hombres, é estas diferencias ó circunstancias especiales, deben los ilustres hijos de San Ignacio de Loyola el ascendiente general, que ejercieron en la sociedad; ascendiente poderoso, al que sucumbieron todos los personajes elevados, inclusos los mismos reyes; todos los destinos más importantes de los Estados, todas las dignidades más encumbradas de la Iglesia, todas las puras y nobles conciencias de la cristiandad.

Juzgamos improcedente el alegar ulteriores pruebas, registrando las crónicas de todos los institutos monásticos, puesto que los que restan, arrojan la misma verdad que los que dejamos consignados; así, los *jerónimos* tenian várias manufacturas en España, los canónigos premonstratenses introducian la reja del arado en los desiertos de la Polonia, y desmontaban los montes de Francia; los *franciscanos* construían puentes, carreteras, acueductos etc.; los clérigos de la vida comun, residentes en los *Paises Bajos*, se ocupaban en compaginar los originales de sus bibliotecas, y en restablecer el texto de los manuscritos.

Increible parece, que haya hombres tan parciales y preocupados, que contradigan abiertamente la historia, para apreciar injustamente á los regulares, zahiriéndolos y denigrándolos con los calificativos injustos de oscurantistas, descorteses, pancistas, cómodos; á los regulares, que se sacrificaron gustosos por la humanidad; esto es, por los mismos, que tan gratuita como ingratamente los vilipendian, los motejan y les deprimen de mil modos á la vez.

CAPÍTULO XVI

Escritores sagrados de los cuatro primeros siglos

En esta seccion incluiremos alguno que otro de los varones eclesiásticos, que ennoblecieron la Iglesia, y enriquecieron las bibliotecas con los eruditos escritos que redactaron, y publicaron en todos los siglos. Como el objeto, que damos á este tratado bibliográfico, es hacer resaltar la ilustracion del Clero de todas las edades, es indispensable recorrer todos los siglos, siquiera sea rápidamente, á trueque de que las pruebas, en que afianzamos este último extremo de la ciencia clerical, alcancen todas las épocas del Catolicismo.

Comenzando por el primer siglo, nos encontramos con *San Dionisio Areopagita*, gentil de religion; pero que, convertido más tarde al Catolicismo, lo iluminó con la doble antorcha de la ciencia y de la piedad. El distinguido puesto que ocupaba en la esfera judicial, ántes de incorporarse á la Iglesia, anuncia las relevantes prendas de honradez y talen-

to, que le caracterizaban; pues fué uno de los Jueces respetables, que componian aquel antiguo y famoso tribunal del Areópago, cuya institucion se remonta á los tiempos de *Codro*, último rey de Aténas. Por los conocimientos que poseía en Astronomía, conoció, que el eclipse, y demás circunstancias que ocurrieron en la muerte de *Jesús*, no fueron efecto de las leyes naturales: y por consiguiente, dedujo, que el Mártir del Gólgota era el autor de la naturaleza. Orientado tambien en la Filosofía platónica, la depuró de los absurdos antiguos, gracias á la irresistible voz de la Gracia que resonó en sus oidos, á la predicacion de *Pablo*, cuya elocuencia, sabiduría y espíritu de convencimiento, le atrajeron al seno de la Iglesia, haciéndole notar las contradicciones todas del gentilismo. A la claridad de las brillantes dotes de ingénio, y á los impulsos, sobre todo, del Espíritu Santo, penetró los arcanos de la Religion, y vadeó bien pronto todos los rios de la Sacra Ciencia; de modo que, siendo obispo de Aténas, en donde entró en calidad de misionero, á propuesta de *San Clemente*, compuso vários tratados de mística Teología.

San Marcial fué otra de las figuras literarias, que tuvo el primer siglo de la Iglesia. Las brillantes dotes de ingénio y moralidad que le adornaban, le elevaron á la categoría de obispo; pero ántes fué enviado por los Apóstoles á Francia, á llevar los consuelos de la Religion: varon muy versado en todo género de conocimientos, como se desprende de las dos notables cartas, que dirigió; á los fieles de Burdeos una, y á los de Tolosa otra: obras que respiran el génio de la Filosofía antigua, pero dulcificado con las máximas profundas de la Moral Evangélica, que forman su principal argumento. *San Policarpo*,

obispo de Esmirna, fué uno de los prelados antiguos, que derramaron raudales de sabiduría y piedad sobre los fieles de la Iglesia naciente. Es probable que, á imitacion de los varones apostólicos, escribiera algunos tratados epistolares, para la instruccion de sus fieles: pero los historiadores antiguos guardan silencio sobre estos escritos: sólo *Juan Bautista Cotelerio*, exhibe una carta del Prelado *esmirnense*, tan notable por sus formas literarias, que ha merecido el aplauso y elogios de todos los escritores antiguos.

San Ignacio, obispo de Antioquía, fué procesado por sólo el delito de haberse declarado católico, y defender en público los intereses espirituales de la Iglesia, que á su celo se le habia confiado. Habiendo sido condenado al martirio, fué devorado por las fieras en Roma; y en el trayecto de su viaje, fué destilando, de la impregnada prensa de su talento esclarecido, una lluvia de instruccion por las iglesias, que se ofrecian á su tránsito; legándoles documentos científicos de Moralidad Evangélica, para que ordenáran su vida con arreglo á ellos.

San Papías, varon apostólico, prelado de notoria reputacion, dió tambien muestras de su aventajado talento y extremada erudicion. Innumerables fueron las elegantes producciones de su pluma: *San Jerónimo* cita *cinco* de sus obras principales, recomendándolas, no tanto por los saludables documentos de instruccion general que encierran, cuanto por los datos curiosos y eruditos, que arrojan sobre las costumbres, ritos y legislacion de la antigüedad; siendo su argumento sustancial, como el de los escritores precedentes, las máximas religiosas.

En el segundo siglo de la Iglesia, florecieron fa-

mosos literatos eclesiásticos, que enaltecieron su posicion social y la dignidad sacerdotal, de que estaban revestidos, con el magisterio elocuente de la pluma y la amenidad y fluidez de su estilo: entre los que citaremos algunos más distinguidos y conocidos.

San Irenéo, griego de nacion, y discípulo de *San Policarpo*: célebre obispo, que sostuvo con energía y erudicion los derechos de la Iglesia y el depósito de la fé, que se le encomendára; varon de excelente ingénio y brillante sabiduría. De todas las obras, que produjo su fecundo y florido ingénio, los historiadores dan sólo á conocer cinco libros, que pulverizaron los errores de su época, y que hacen la apología más completa de la Religion, demostrando su institucion divina con pruebas y razones filosóficas incontestables.

San Clemente, llamado *Alejandrino*, rivalizó en ciencia y piedad con los primeros héroes del Cristianismo: era natural de Aténas: cursó los estudios de Filosofía y Letras bajo la direccion de *Pantero*, profesor de lo más aventajado de la antigüedad. Se apellidaba *Alejandrino*, ya porque ejerció las funciones de presbítero por mucho tiempo en Alejandría, ya por haber estado al frente de la escuela famosa de esta Ciudad, desempeñada siempre por las más célebres entidades, que se habian conocido en literatura. Escribió innumerables obras sobre los vários ramos de la ciencia; entre las que descuellan, por la belleza de estilo y espíritu de sabiduría que entrañan, la poética y patética alocucion, dirigida á los gentiles; los tres libros de Pedagogia y una obra sobre la doctrina oriental de *Teodoreto*.

Tertuliano, sacerdote de Cartago, hubiera sido unánimemente proclamado el sol radiante de sabidu-

ría, que hubiera alumbrado al mundo de su tiempo con los rayos luminosos que irradiáran de su foco, á no haber empañado su conducta, y eclipsado su inteligencia con los negros borrones de la heregía montanista, en cuyo jefe se erigiera. Era *Tertuliano* de talento precoz, de tenaz y vasta memoria: elocuente en la palabra, florido en el lenguaje, poderoso y eficaz en la persuasion, explícito y claro en exponer sus ideas, fácil y veloz en la aprension de los conceptos; en suma, reputado por un oráculo en asuntos científicos. Fabuloso parece el número de obras, que escribió; es imposible leerlas, y aún describirlas; pero, á fin de no dar al olvido las vastas nociones que este ilustre literato de la antigüedad alcanzó sobre todas las ramas del humano saber, manifestaremos en general, que sus obras versan: unas sobre las falsas religiones, cuyas estravagancias, absurdos y supersticiones pinta con los más negros colores: otras forman una coleccion de brillantes apologías: tambien se ocupa de las artes y lenguas, de las que fué un profesor distinguido en Cartago.

Filipo, prelado notable por su celo y dotes de ingénio, esgrimió su pluma contra *Marcion*, y los *Apolinares*, enemigos encarnizados de la pureza inmaculada de la bienaventurada Vírgen María, y de los sacrosantos misterios de nuestra Santa Religion: dirigió tambien una enérgica y famosa apología al Senado y al Emperador *Marco Antonio Veron:* escribió algunos tratados para rebatir el gentilismo, entablando una lucha pública contra sus ciegos apologistas.

Meliton fué otro de los prelados del siglo II, que sirvieron de columna á la Religion Católica: escribió, como sus predecesores, una apología brillante á fa-

vor de la Religion. *Teófilo*, patriarca de Antioquía, pasaba por el orador más elocuente, por el filósofo más reputado y por el historiador más acreditado de su tiempo: se le reconocen muchas obras, que abrazan vários géneros de literatura.

El siglo III, ofrece tambien muchos personajes eclesiásticos, que ilustraron, con su pluma y sus elocuentes lecciones, la época en que vivieron: entre todos, sobresalen: *Cayo*, presbítero de Roma, varon agraciado con los privilegios de una grande memoria y claro talento; distinguido por sus especiales conocimientos en Filosofía, artes y ciencias sagradas: sostuvo una polémica literaria en público con *Próculo* montanista, en la que defendió con tan sólidos argumentos la Causa Católica, que los principales literatos, que habian concurrido, reconocieron las ventajas del héroe católico sobre sus adversarios y la verdad de la causa que sostenía.

Orígenes, presbitero; sólo el nombre de este famoso escritor, es el más pomposo elogio de su ciencia proverbial: no hay ramo del saber, que no haya penetrado su exclarecida inteligencia: su inmensidad científica ocupaba todos los círculos literarios: su pluma surcó con igual éxito el borrascoso mar de la Filosofía, que el enmarañado campo de las lenguas: fijó el blanco de sus tiros indistintamente en los conocidos círculos de las ciencias sagradas, que en las exóticas esferas de las ciencias profanas. Deploramos que este hombre, eminentemente sábio, extremadamente celoso por la Religion, haya inutilizado los servicios prestados á la Iglesia, y eclipsado las glorias de su ciencia, y malogrado los privilegios intelectuales, con que le adornára el cielo, con los fatales eclipses de la heregía, que intercaló en los inolvida-

bles almacenes de su ciencia fenomenal. No creemos oportuno, describir determinada y nominalmente sus obras, porque, sobre no influir semejante descripcion en nuestro propósito, sería una empresa molesta é inconveniente al lector. Para concebir una idea, siquiera sea general, de los infinitos trabajos de este arco Iris que hermoseó el cielo literario, y embelesó, con sus diversos coloridos, á los hombres de su siglo; para no enterrar en el panteon del olvido y de la ingratitud los excesivos servicios, que este génio universal tributó á la santa causa de la ciencia, diremos, formando coro con *Vicente Lirinense*, que ni se puede leer, ni contar el número de sus obras. Por su inquebrantable paciencia en el estudio, se llamó *Adamantino*.

Brilló, en el siglo III, un prelado cartaginés, tan aventajado en ciencia y virtud, que fué el ornamento y esplendor de la Iglesia africana: cual otro *Orígenes*, dejó sentir la benéfica influencia de su talento y sabiduría en todas las esferas científicas: y como él, aunque con mejor éxito, legó á la posteridad un magisterio perenne y perpétuo en documentos útiles é instructivos, en donde se inspiraron los talentos más sublimes y las notabilidades más clásicas, que han brillado en el mundo literario: este prodigioso talento se llamaba *Cipriano:* africano de nacion, de pátria cartaginés, de religion gentil. Gracias al ilustrado celo y áurea elocuencia del presbítero *Cecilio*, trocó *Cipriano* su religion nativa en el Catolicismo, cuya doctrina aprendió con notorias ventajas, y defendió con tal maestría, que no tardó en ocupar la *primera silla Episcopal* de la Iglesia africana, vacante por muerte de *Donato*, su último poseedor; en cuyo elevado y espinoso destino, desplegó tanto celo y abne-

gacion, que alcanzó la gloriosa palma del martirio. Legó *San Cipriano* á la posteridad monumentos perpétuos de su ciencia en las innumerables obras que compuso, en las cuales se hallan recopilados todos los asuntos ó materias, sobre que versan las ciencias todas sagradas y profanas.

En la Iglesia oriental florecieron tambien algunos prelados ilustres, que, respondiendo al eco de la sabiduría que brillaba en la Iglesia de Occidente, se consagraron al estudio y propagacion de las letras, á la par que predicaban la fé ortodoxa en sus respectivas iglesias. Merece, en primer lugar, nuestra consideracion *San Gregorio*, llamado por la muchedumbre y magnitud de sus milagros, el *Taumaturgo;* discípulo de ORÍGENES, pero exento de sus errores. *San Dionisio*, obispo de Alejandría, ilustró las iglesias de su Diócesis, imponiéndolas en la disciplina vigente por medio de cartas, que con frecuencia dirigia para instruccion y edificacion del pueblo y Clero.

El siglo IV, abundó en entidades científicas, que enaltecieron la Iglesia y el Estado con la sabiduría de sus plumas y la autorizada voz del magisterio; pero nosotros, firmes en nuestro propósito de brevedad y laconismo, daremos á conocer las más notables.

Eusebio, obispo de Cesárea, es digno de figurar, entre los primeros escritores de su siglo, por las singulares dotes de su ingénio y raros conocimientos en historia. Sus notables escritos acogidos con aplauso y entusiasmo por todos los sábios, la elocuencia avasalladora de su palabra y la lógica de sus argumentos, le atrajeron la reputacion de sábio. Explanó con buen criterio todos los puntos más intrincados de la historia universal, sobre la que es-

cribió importantes obras: resolvió las cuestiones más complicadas de *Cronología* y *Geografía*, los dos ojos principales de la historia. Entre las muchas obras, que fueron parte de su fenomenal talento y feliz memoria, figura la biografía del grande *Constantino;* redactó otra obra sobre los mártires de la Religion. Los elogios públicos, que el mismo *Constantino* tributó á *Eusebio*, son las pruebas más elocuentes de las prendas, que adornaban á este príncipe de la Iglesia: hé aquí cómo se expresa el emperador de los cristianos, hablando de él: «*Felicem Eusebium, qui non unicus urbis, sed prope totius orbis Episcopatu dignus esset.*»

Eustaquio, obispo de Siria, contribuyó al progreso y fomento de las letras con un tratado, que escribió sobre la Pitonisa, consultada por el rey *Saul. Osio*, obispo de Córdoba, escritor de mucha nombradía, mereció por sus extraordinarias luces, ser elevado al noble cargo de consejero de *Constantino*, de cuyo honor tan distinguido participó tambien *Eusebio. Apolinario*, obispo de Laodicea, era un sacerdote muy impuesto en las lenguas sábias, sobre cuyo punto escribió tratados muy eruditos; animado tambien del génio de la poesía, compuso en verso la historia de los hebreos. *San Atanasio*, patriarca de Alejandría, fué el martillo de los arrianos, á quienes derrotó y humilló repetidas veces en los campos de la controversia. El espíritu de la mayor parte de sus obras, tiende á refutar las máximas disolventes de la secta mencionada: tambien empleó su pluma en otros terrenos científicos.

Los restos de la heregía arriana, escapados á la persecucion de *Atanasio*, fueron dispersos y deshechos en el Occidente por *San Hilario;* el cual, por

el vigor y la constancia con que defendió la causa católica, se llamó el verdugo de los herejes. En los concilios, que se celebraban para sostener el decoro, el vigor de la fé y de la disciplina, desplegaba tanta sabiduría, que su opinion fijaba definitivamente la resolucion unánime y universal de todos los obispos, que habian concurrido al Consejo ó Asamblea. *San Atanasio* desprestigió á sus adversarios en religion, descubriendo, no pocas veces y en público, los artificiosos lazos que le tendian, para perderle en la opinion pública; burló el malicioso é insidioso plan de una infame meretriz, tramado por los arrianos; plan tenebroso, que tendía á manchar el honor de su pureza: puso de manifiesto la calumnia de los herejes, demostrando en público la falsedad del asesinato, que le acumulaban. Todas sus obras van encaminadas á refutar el arrianismo, en las que dilucidó con maestría los santos misterios de la TRINIDAD y ENCARNACION.

Incluiremos en el cuadro de los escritores de este siglo, á los dos *Apolinarios*, padre é hijo: el padre era presbítero muy empapado en la literatura griega y latina, y uno de los más elocuentes oradores de su época. Entre las obras, que dió á luz su fecundo y brillante ingénio, se cuentan *treinta* volúmenes, que aplastaron con su peso la orgullosa cabeza del petulante *Porfirio*, filósofo pagano y sarcástico, que se había empeñado en vano en ridiculizar la Religion con las sutilezas de su génio irónico y satírico. El hijo heredó los conocimientos del viejo *Apolinario*, á quienes debió la dignidad de obispo, á que fué elevado: compuso algunos tratados sobre las costumbres, literatura y ritos de los griegos. Ambos son pignos de los elogios, que les tributamos en el con-

cepto de literatos; pero en el concepto de cristianos, les dispensaríamos un grande honor, si los diéramos al olvido, porque fueron traidores á la fé, que profesaban y custodiaban, sosteniendo con pertinacia y osadía, que CRISTO había tomado carne en las entrañas de la VÍRGEN, como el resto de los hombres.

En Oriente brillaron algunos astros de ciencia y piedad, que alumbraron con su diáfana luz la Iglesia y el Estado. *San Cirilo*, obispo de Jerusalen, de quien nos ocuparemos en primer lugár, fué depuesto de su *silla*, por la entereza y arrojo que demostró en la Causa Católica. Víctima muchas veces de las intrigas y maquinaciones de los herejes, que sin cesar le perseguían, arrostró con intrepidez y denuedo sus calumnias, logrando por fin desvanecerlas con el ejemplo de su edificante conducta, con la elocuencia de sus discursos y la destreza de su pluma. A más de las pruebas, que dió de su sabiduría en la tramitacion de sus defensas, exhibió otros testimonios más irrecusables y evidentes en los opúsculos y cartas, que hizo circular por las escuelas y academias católicas, para instruir á la juventud.

Sobresale, entre los Padres que realzaron el siglo IV con sus extraordinarios conocimientos y ejemplar piedad, *San Basilio el Grande*. Despues de haber consumado los estudios de Humanidades en Cesárea de Palestina, emigró á Constantinopla, para ingresar en la escuela de *Libiano*, gentil: luego se trasladó á Aténas, para proseguir los estudios; allí entabló amistad de condiscípulo con *San Gregorio Nacianceno*. A pesar de la resistencia tenaz y vigorosa que opuso á las dignidades, con que le acariciaban los príncipes de la Iglesia y del Estado, no pudo ménos de aceptar la silla episcopal de Cesárea

en Capadocia, á la que le impelian y llamaban sus virtudes y talentos, nada comunes. Sus profundos y numerosos escritos son una guerra cruda y sangrienta al vicio, y un incentivo poderoso de la virtud: su estilo correcto y florido, su consecuencia en las materias que trata, la facilidad y claridad con que expone las ideas, demuestran la ciencia universal de este importante hombre de la Iglesia. En sus sermones, campea una elocuencia tan agradable, que ameniza y sostiene la doctrina que entrañan: anuncia los conceptos con frases elocuentes y floridos, los explana con una sencillez y claridad, que en nada perjudican la gravedad y elevacion de los asuntos, que en ellos se debaten. En concepto del erudito *Focio*, testimonio nada sospechoso para los enemigos del Clero católico, *San Basilio* compite con los oradores más célebres de la antigüedad, dándole el renombre honroso de *Demóstenes* cristiano, con cuyo testimonio coincide el elogio de *Erasmo*, que aún le antepone á los oradores griegos, porque participa de las egregias dotes de su oratoria, sin contraer sus vicios.

San Gregorio, llamado el *Teólogo*, inauguró la carrera de las letras en Aténas, en donde tuvo por compañero de estudios á *San Basilio*. Despues de haber regentado la iglesia de Nacianzo con un celo y ejemplo edificantes, se trasladó á Constantinopla, en donde lució públicamente las galas de su talento y sabiduría, lidiando con los arrianos, de quienes triunfó con tan notorias ventajas, que se le obligó á encargarse de aquella iglesia patriarcal; pero como echára de ver, que su forzada exaltacion producia disgusto é indignacion á algunos descontentos y ambiciosos, abdicó la dignidad mencionada con íntimo

placer; pero ántes de evacuar á Constantinopla, dirigió un vehemente discurso de despedida al pueblo, en el que pintó con los más negros colores las intrigas y artificios, suscitados por sus émulos. Escribió sobre vários asuntos, dejándose traslucir en todas sus obras la pureza y correccion del lenguaje, la nobleza de la elocuencia, la belleza de las imágenes y la sublimidad de las sentencias.

San Gregorio, obispo de Nicea (Capadocia), fué una de las lumbreras más refulgentes de la iglesia griega, que iluminaron el siglo IV. Antes de ser elevado á la dignidad episcopal, ejerció por muchos años el noble cargo de profesor, desempeñando várias cátedras de Filosofía y lenguas: pero en la que brilló más fué en la de Retórica, cuyo ramo poseia con perfeccion. Este esclarecido pastor arrostró una persecucion cruel del emperador *Valente* y de sus correligionarios herejes, por la sola causa de haber dado la voz de alerta á sus ovejas contra los innovadores hipócritas, que, ocultos bajo la mentida forma de inofensivos corderos, se preparaban á destrozar el rebaño de JESUCRISTO, cual lobos rapaces. Fué uno de los que concurrieron al concilio I de Constantinopla y II ecuménico y general, y que mayores aplausos se atrajeron con sus discursos.

La autoridad y ascendiente de este hombre sobre los augustos y venerables miembros de la Cámara eclesiástica, harto se dejó sentir en sus acuerdos, que regulaban la marcha de las sesiones del Concilio. Fué tomando tan abultadas proporciones la influencia, que el orador sagrado tuvo en la Asamblea, que, siendo precisa una fórmula de fé que marcára con rigurosa precision el dogma católico, fué él el encargado de redactar la dicha fórmula, conocida con

el nombre de «Símbolo Constantinopolitano.» Explanó algunos puntos de Metafísica en un tratado, que escribió por separado: sobre la Filosofía en general, compuso una obra de *ocho* libros ó tomos.

San Ambrosio, uno de los *cuatro* doctores más célebres de la Iglesia latina, fué conducido á Roma por su madre; allí, bajo los más lisongeros auspicios, inauguró la carrera de la virtud y de las letras. Con el tiempo, descolló tanto en la ciencia, que se relacionó con lo más distinguido de la sociedad. El prefecto *Bravo*, le honró con muchas comisiones y cargos honoríficos; pero la comision, que más renombre le dió, fué la que le confió, al enviarle con los consulares á gobernar las provincias, Insubria, Liguria y Emilia. La Iglesia mediolanense, se hallaba mucho tiempo dividida por las facciones ó banderías heréticas, y gracias á la mediacion de *San Ambrosio*, los partidos religiosos vinieron á una reconciliacion. Asombrados los naturales de las prendas de dulzura y elocuencia del ilustre medianero, le obligaron á que permaneciera con ellos en calidad de obispo, á cuya proclamacion respondieron unánimemente todos, inclusos los disidentes herejes. Investido con los poderes de obispo, *Ambrosio* abdicó los negocios y cuidados seculares, y se consagró todo á la administracion de su iglesia.

Habiendo el tirano *Máximo* invadido las Galias, puso sus tropas en movimiento contra Italia: el emperador, *Valentiniano*, evitó la catástrofe, que le amagaba, poniendo por intercesor al prelado; quien hizo desistir al tirano, á fuerza de persuasion y dulzura, del negro propósito que lo trajo á Roma. Sería una temeridad pretender describir todas sus producciones literarias: remitimos al lector á la última edi-

cion corregida de sus obras, que publicaron los monges benedictinos de la congregacion de *San Mauro*. *Cosmas*, clérigo egipcio, llamado *Indicoplestes* por los viajes que hizo á la India y á la Etiopía, fué el primero, que describió el mundo científicamente; sirviendo sus trabajos de ilustracion á las obras, que más tarde se publicaron sobre Geografía: *Dimil*, monge irlandés, publicó una obra «*De mensura terræ.*»

CAPÍTULO XVII

Escritores sagrados de los siglos V, VI, VII, VIII, IX y X

El siglo V, tampoco careció de varones eclesiásticos, eminentes en ciencia: si bien no tan fecundo como el precedente, brillaron en él ciertas notabilidades, que ilustraron la Iglesia y el Estado con sus luces y virtudes. El presbítero, *Rufino*, fué un varon muy recomendable por su saber: sobre todo, se distinguió en Humanidades y Filosofía, cuyos puntos científicos enseñó con notable aprovechamiento de sus discípulos. Sus obras revelan los profundos conocimientos, que poseyó en *Latin*, *Griego* y *Arabe;* pues se le atribuyen muchas é importantes traducciones de las lenguas orientales al idioma latino: asimismo no nos dejan dudar de lo aventajado que era en historia, pues continuó la grande obra de *Eusebio de Cesárea*, de la que ya tienen inteligencia nuestros lectores.

Otro presbítero se dió á conocer en este siglo por sus conocimientos en Historia, sobre la que nos legó documento muy sublimes en las obras, que compuso: éste se llamaba *Severo Sulpicio*. Si nació gentil de religion, fué convertido al Cristianismo por *Teófilo*, patriarca de Alejandría. Los diferentes tratados, que compuso de Filosofía, dan una pueba de su sólida ilustracion; en los cuales supo conciliar perfectamente la piedad con la doctrina de los filósofos antiguos, de cuyos errores se sustrajo. Merced á los extraordinarios talentos que manifestó, y á las relevantes prendas que adornaban su alma, cuando se asoció al cuerpo de los fieles, fué elevado á la dignidad episcopal. Florecieron en este siglo el obispo *Teodoreto*, muy conocido en las regiones de la Historia, cuyo progreso procuró con sus escritos: *Máximo* y *Valeriano*, reputados de elocuentes, cuya circunstancia oratoria domina en todos los escritos, que redactaron estos sábios prelados.

San Juan Crisóstomo, padre de la elocuencia, foco de virtud y manantial de sabiduría, lumbrera de la Iglesia griega, cursó con aprovechamiento y lucidez la Retórica, bajo la direccion del célebre *Siváno*, y la Filosofía á la sombra de *Andrómico*, varones ámbos muy acreditados por sus notables conocimientos en estos ramos de la ciencia. Muchos años estuvo dedicado á los trabajos y ejercicios del foro, en cuya profesion nació á la vida pública: pero desengañado de los encantos y embelesos del mundo, y abrumado con la aglomeracion de los negocios que le rodeaban, y disgustado sobre manera de las intrigas é ilegalidades de la abogacía que ejercía, trocó la toga en el sayo de la Cruz, la ciencia humana en la divina, á la que se consagró con empeño. A fin de

sustraerse á las cargas del episcopado, se retiró al desierto; pero su santidad y ciencia le descubrieron á la vuelta de cuatro años, y le condujeron á Constantinopla, para que se encargára del obispado vacante por muerte de *Nectario*, á cuya dignidad asintió por la mediacion del emperador.

Crisóstomo dejó, al morir, una coleccion brillante de obras, que los filósofos admiraron, los oradores imitaron y los historiadores celebraron mucho, al darlas á conocer. Se distinguió, entre los historiadores de su época, por la correccion de estilo, por la afluencia de la palabra, por la belleza de las imágenes, por la claridad de las ideas y por el tono de persuasion y convencimiento: afianza las cuestiones que trata, en la lógica, y los hechos que cita, en la crítica: atrae con bellas descripciones, deleita, y excita la atencion con símiles y comparaciones muy oportunas y sencillas; persuade, conmueve, deleita, recrea con la dulzura, que respiran los pensamientos que vierte; instruye con el órden, claridad y consecuencia de los argumentos, que propone.

San Jerónimo, á quien por sus inmensos trabajos en las Santas Escrituras, podríamos llamar *el restaurador* de los Libros Santos, y por los cuidados y afanes que consagró á las letras, *el redentor* de las ciencias humanas, y por el esmerado é incansable cultivo que dió á las lenguas orientales, el padre de la literatura, convirtió su siglo en los antiguos tiempos de Grecia y Roma. Despues de haber recibido de su mismo padre los primeros rudimentos literarios de la infancia, partió *San Jerónimo* para Roma, en donde aprendió las lenguas griega y latina, y recibió el bautismo, gracias al celo é interés del presbítero y profesor *Donato*. Ávido de enriquecerse de

experiencia y ciencia, viajó por diversos puntos de Europa, fijando su residencia de nuevo en Roma; allí se procuró una famosa biblioteca, que encerraba todo lo más precioso y bello que se conocía en literatura, y concentró todas sus obligaciones, todos sus deseos en el estudio. Llevándose consigo toda la riqueza científica, que á costa de trabajos y fatigas había adquirido, se estableció en el *desierto*, en donde aprendió el hebreo, como él mismo atestigua en la cuarta carta *ad Rusticum*.

El santo celo, que le animaba por la pureza de la fé, le obligó á dejar la solitaria mansion del desierto, y trasladarse á Antioquía; allí recibió el presbiterado; y autorizado por el nuevo carácter de sacerdote, pulverizó las huestes heréticas del arrianismo. Este grande hombre del siglo V, se habia hecho universal por su ciencia, cuya fama, habiendo resonado en los umbrales del Vaticano, excitó al Soberano Pontífice á convidarle con el honorífico cargo de secretario, que aceptó por las solas miras de servir á la Iglesia. Durante su permanencia en el *desierto*, enriqueció la fortuna de las letras con los famosos y eruditos escritos que redactó; escritos que exclarecieron muchos puntos de la fé, ilustraron las lenguas orientales, y, sobre todo, explanaron las Santas Escrituras, adornándolas con eruditas glosas, que hacen fácil su estudio, y vertiéndolas de los textos *griego* y *hebreo*, al *latino*. Para formarnos una idea, siquiera sea aproximada, de los inmensos trabajos, que el literato del desierto consagró á la causa de las letras, bastará decir, que poseyó á la par, como nativas, las lenguas griega, latina, hebrea, siriaca, caldáica y arábiga.

San Agustin conoció por padres á *Patricio* y

Mónica, con cuyos solícitos é incansables cuidados recibió una educacion brillante en todos conceptos: siendo jóven todavía, levantó una cátedra de gramática en Sagaste, y otra de retórica en Cartago, atrayéndose con los resultados del magisterio, ejercido en el doble concepto explicado, una popularidad proverbial y un prestigio sin límites. Perseguido por sus opiniones religiosas, se fugó á Roma; y para proveer á su subsistencia, se dedicó á la enseñanza de los puntos recitados, concurriendo á sus cátedras una muchedumbre inmensa de todas las categorías sociales. *San Ambrosio*, obispo de Milan, era el astro enviado por Dios, para guiar los pasos del nuevo *Platon* en la carrera del cielo; pues, habiendo *Agustin* arribado á aquella metrópoli, se le confirió por el prefecto de la ciudad una cátedra, y con esta ocasion asistía á las pláticas morales de *San Ambrosio*, de cuya elocuencia se dejó de tal modo dominar, que asistía con jovial puntualidad á todos los sermones, que predicaba. Dulcemente embriagado por la mágica voz de un orador tan eminente, empezaron ámbos á estrecharse con los lazos de una amistad literaria, y á tratar sériamente de su conversion, que llevó á cabo un presbítero, llamado *Simpliciano*. *Agustin* fué tan entusiasta por la Religion, que había abrazado, que consumió el resto de su vida en ejercicios de piedad y luchas literarias á favor y en obsequio de su excelente doctrina.

El siglo VI, ofrece nuevos testimonios á nuestro favor en los personajes eclesiásticos, que se distinguieron por sus escritos y erudicion. *San Avito*, uno de tantos, sustituyó á su padre en el obispado de Viena, en cuyo cargo fué turbado por los arrianos, con quienes sostuvo luchas literarias, que tuvieron

por resultado: 1.°, la victoria de la Religion; 2.°, la conversion de algunos de ellos. Cultivó el campo de la oratoria, dejando á los predicadores modelos de elocuencia en sus obras de sermones; adornó los jardines de la ciencia en varios poemas y epígramas. *San Remigio*, apóstol de las Galias, y *San Gregorio*, obispo Turonense, tambien contribuyeron, con sus fecundas plumas, á engrandecer el patrimonio literario de su siglo. El primero, hizo circular algunas cartas por los puntos de su Diócesis y otros, que habian sido teatro de sus misiones y tareas evangélicas; llamando la atencion contra las heregías é impiedades de su tiempo, las que refuta con energía y erudicion inusitada: el segundo, se distingue por su inclinacion á la Historia, sobre la cual nos dejó útiles documentos en una obra, que escribió de diez libros, titulada «*Anales de los Francos*;» obra que reseña la historia desde el principio del mundo hasta el establecimiento de los reyes Francos.

A estos escritores podemos añadir *Cesáreo*, obispo arelatense; *Venancio* y *Fortunato*, prelados franceses, que se ejercitaron en el terreno literario, que á cada uno le era más propio y agradable. El primero, aguzó su ingénio en las lizas de la ciencia, combatiendo con la pluma y la palabra á los arrianos; el segundo, ejercitó su memoria en el campo de la Historia, sobre la que escribió y enseñó: el primero, demostró además ser un gran poeta en las obras de poesías, que redactó y dedicó á *San Gregorio Turonense*. *San Fulgencio*, obispo Rupense, esgrimió su pluma contra los pelagianos; *Facundo*, obispo de Esmirna, redactó muchos libros en defensa de los *tres* capítulos. *Victor*, obispo Turonense, escribió un cronicon de Historia Universal, que empieza con el

mundo, y termina en el año 565; *San Bonifacio*, apóstol de toda la Alemania, instruyó en los deberes religiosos y en los de sus respectivos cargos, á vários sujetos de elevada clase, poniéndose con ellos en comunicacion epistolar: tambien se le reconoce un libro sobre la unidad católica. Lucieron así mismo su mérito literario, estos: *Oresmo*, español, prelado muy versado en cánones y derecho civil, autor de un comonitorio, que compuso en metro heróico, para la instruccion de su Diócesis: JUSTINIANO, obispo de Valencia, compuso un libro, cuya doctrina abraza una infinidad de asuntos científicos, contestando á cinco preguntados que, en forma de cuestiones, le dirige un tal *Rústico; Aparicio* fué un prelado muy versado en lenguas y ciencias naturales; sus obras ya no existen.

Leandro, arzobispo de Sevilla, fué un varon de excelente ingénio, y de una erudicion y santidad á toda prueba: para celebrar el triunfo de la Iglesia con la conversion de los godos, compuso una homilia, en la que se deshace en elogios y alabanzas divinas: tambien compuso algunos opúsculos sobre la heregía arriana, cuyos absurdos prueba, haciendo resaltar la justicia de la causa católica. *San Basilio*, sacerdote de Antioquia, dejó á la posteridad literaria un recuerdo perpétuo de su notable instruccion, en una obra que compuso de historia general. No podemos cerrar las puertas de este siglo, sin hacer mencion de un famoso escritor, que le dió mucho lustre y esplendor; nos referimos á *San Gregorio Magno*, hijo del Senador *Gordiano*, lumbrera de la Iglesia, honra del pontificado. Su quebrantada salud no impidió que toda su vida estuviera dedicado á ejercicios y trabajos mentales: su mayor complacencia la cifra-

ba en revisar, y escribir obras, cartas, pastorales; en conservar y discutir asuntos de ciencia con los sábios; en enseñar, proponer, y redactar planes para la instruccion.

Empezamos el siglo VII, por *Juan*, patriarca de Alejandría, quien, por su constancia y perseverancia en los trabajos y empresas literarias, se llamó *Filomeno*: compuso algunos tratados de Gramática y de Filosofía; tambien fueron parto de sus talentos las obras, que compuso sobre la creacion del mundo y sobre la Páscua. *Gregorio*, patriarca de Alejandría, escribió la historia de los cónsules romanos, en cuya obra detalla curiosas é instructivas noticias sobre las costumbres antiguas de la Grecia y Roma. *Gregorio*, diácono de la iglesia de Constantinopla, escribió en verso yámbico comentarios aclaratorios sobre las Santas Escrituras y la historia profana. *Juan Helele*, patriarca de Antioquía, escribió una obra de historia universal de 18 tomos, que empieza con el mundo y concluye en el reinado del emperador, *Justiniano el Viejo*. *Tajon*, obispo de Zaragoza, escribió cinco libros de máximas teológicas, extractadas de los Santos Padres. *Crescencio*, obispo africano, dió á luz dos obras de Derecho canónico; vienen á ser una compilacion de los principales cánones de los concilios y decretos de los Romanos Pontífices.

San Máximo, abad, famoso defensor de la fé católica, secretario y consejero del emperador *Eraclio*, á quien abandonó tan luego que éste se adhirió á la secta impía de los monotelitas; escribió algunos tratados sobre asuntos vários, que se hallan todos refundidos en un tomo en fólio.

San Isidoro, obispo de Sevilla, fué uno de los insignes prelados, que regeneraron las letras en Espa-

ña. Su célebre tratado de Etimologías, que *Braulio*, obispo de Zaragoza, dividió en 20 libros, es un auxiliar poderoso de las ciencias y artes; asimismo la pluma hábil de este prelado hizo brotar de su ingénio una obra de oficios, la cual abraza los puntos más capitales de la disciplina eclesiástica, el orígen de las prebendas ó dignidades de la Iglesia y los cargos ú obligaciones, que llevan anejas. *Eugenio*, arzobispo de Toledo, escribió muchos epígramas y tratados en verso sobre asuntos vários. *San Ildefonso*, sucesor de *Eugenio* en la silla de Toledo, varon insigne en ciencia y piedad, trató con maestría la virginidad de María Santísima contra *Joviniano* y *Elvidio*. *San Eligio* y *San Desiderio*, obispos franceses, estuvieron muy impuestos en las ciencias naturales y materias eclesiásticas, sobre las que escribieron; el primero, algunas cartas á sus iglesias, y el segundo, algunos opúsculos.

Cosme fué uno de los prelados, que más brillaron en el siglo VIII: se distinguió en Filosofía y lenguas: compuso 13 himnos, acomodados á las principales festividades del año. Paulo, diácono, era el consejero de *Carlo-Magno*, quien inspiraba en él las providencias, que adoptaba á favor de las letras: á instancias y ruegos de este príncipe, redactó unos tratados sobre la educacion, escribió una obra de *seis* tomos sobre la historia de los lombardos, y una coleccion de dominicas para todas las festividades del año. Teodolfo, obispo francés, fué llamado á la córte por *Carlo-Magno*, de cuya proteccion se valió, para dar impulso á las letras por los medios del magisterio y de la pluma. *San Juan Damasceno*, abandonó el brillante puesto de ministro y consejero del príncipe de los sarracenos, las comodidades de su

casa, las riquezas, y se sepultó en el cláustro: orientado en las costumbres griegas, instruido en las Santas Escrituras, compuso muchas obras, que forman dos tomos en fólio: en ellas se ventilan algunos puntos de Metafísica, Lógica, Ética ó Filosofía moral, Astronomía y otros puntos científicos. *San Bonifacio*, apóstol de toda la Alemania, escribió algunas cartas á ciertos sujetos: compuso además una obra sobre la unidad católica.

Beda, monge benedictino, escribió una obra sobre Astronomía, indicando la causa de las mareas y la forma esférica de la tierra con la existencia de los antípodas; habiéndole copiado en el primer concepto, *Newton*, y en el segundo, *Virgilio*, obispo de Salzburgo. *Alvino Alcuino*, monge inglés y discípulo de Beda, fué la lumbrera más viva y refulgente de su siglo: él fundó la universidad de Paris: él instruyó á *Carlo-Magno*: él escribió sobre historia, humanidades y Filosofía: él, en fin, fué el que restauró las letras en el imperio de Occidente.

El siglo IX, no fué tan estéril como el precedente: vió florecer en él sugetos muy recomendables por su saber y piedad, que honraron la Iglesia y el sacerdocio: entre éstos se enumeran á *San Benedicto*, francés, monge; sus escritos versan sobre la reforma de la disciplina monástica y la organizacion de los estudios del cláustro. *San Eulogio*, sacerdote de Córdoba, encaminó sus escritos á la reforma de las costumbres. *Rábano Mauro*, arzobispo, escribió muchas obras en prosa y verso; explanó la Sagrada Escritura; fué profesor de las lenguas Hebrea, Griega y Latina, y compuso otros tratados, que declaran la universalidad de su ciencia. *Eginardo* dirigió el priorato de vários monasterios, escribió la historia de *Carlo-*

Magno, y los anales de los Francos desde el año 741 á 821. *Freculfo*, presbítero, compuso un crónicon, en el cual se traza la historia desde el principio del mundo hasta el año 660. *Anverto*, sacerdote francés, escribió dos libros sobre el sitio de París, puesto por los normandos. *Cristiano Drutmaro*, poseía todas las lenguas orientales, de las que vertió várias obras á su idioma nativo. *Anastasio*, presbítero romano, muy impuesto en las Escrituras, en todas las ciencias profanas y en las lenguas Griega y Latina: compuso la historia de los romanos pontífices; tradujo además muchas obras del griego al latin. *Hayto*, obispo aleman, escribió una capitular, que consta de 25 cánones ó reglas, que deben observar los sacerdotes en el desempeño de su ministerio. *Nicéforo*, patriarca de Constantinopla, compuso una obra de historia profana, á la cual llamó Breviario histórico: en esta obra se describen los acontecimientos, que tuvieron lugar desde el emperador *Mauricio* hasta *Constantino Coprónico;* escribió otra obra de Cronología desde *Adan* hasta *Miguel Balbo;* esta obra fué aumentada posteriormente con la historia de los patriarcas de Oriente, que gobernaron la iglesia de Constantinopla, desde *Nicéforo* hasta Focio inclusive.

Es muy sensible que *Focio*, patriarca de Constantinopla, eclipsára el sol de su sabiduría, y malográra sus talentos con las intrigas y torpes manejos de una política falsa, á la que debió su patriarcado, que no tardó en deshonrar con el cisma, en que sumió la Iglesia griega. Pero sea lo que fuere, es un miembro del Clero, aunque intruso, por haberse basado su ordenacion en la ilegalidad y quebrantamiento de los cánones; y en el concepto literario, nos merece alguna consideracion. La famosa obra que compuso, lla-

mada «*La Biblioteca de los libros leidos por él*,» nos dá una idea bien alta de los talentos superiores y universal ilustracion de este importante hombre: es una fuente de sabiduría, un arsenal de todos los géneros de literatura, á donde van á beber los poetas, historiadores, y gramáticos, y donde se proveen de materiales los jurisconsultos, médicos, teólogos y todos los literatos. Ningun hombre científico se acerca á esta biblioteca, que no califique á su autor de hombre ilustrado, de filósofo profundo, de crítico inflexible, de teólogo consumado. Los críticos realzan el mérito de la biblioteca, no tanto por la claridad y lucidez, con que se tratan allí las materias, cuanto por los datos ó instrucciones, que trasmite sobre la antigüedad. Tambien fué parto del talento de *Focio*, un volúmen de los cánones apostólicos y de los concilios, haciendo resaltar las ventajas de estos sobre las leyes de los emperadores romanos, y la historia de los concilios ecuménicos. Esta obra, que corria con el nombre de «*Nomo canon*,» y que, como llevamos dicho, compila las leyes ó cánones de los concilios, formó el primer cuerpo del derecho oriental.

Hubaldo Elnomense, monge flamenco, escribió una égloga de 156 versos latinos, sobre los *calvos*, con la particularidad de que todas las dicciones empiezan por *Cristo*. El siglo X, nos presenta á un tal *Juan*, clérigo de Tesalónica, que describió la destruccion de su pátria por los bárbaros: á *Eutiquio*, patriarca de Alejandría, tan impuesto en la Medicina, como en las ciencias sagradas; el cual escribió la historia de su pátria, tomada por los sarracenos; asimismo se le atribuye la historia de Alejandría. *Frodoardo*, canónigo francés, varon muy aventajado en letras, compuso la historia de la Iglesia Roma-

na, distribuida en cuatro tomos: escribió en verso 15 libros sobre los triunfos de los mártires y confesores; una obra sobre la historia de Palestina y otra sobre el triunfo de la Santa Cruz.

Silvestre II, francés; muy cimentado en las ciencias exactas; escribió las obras siguientes: una sobre geometría, otra sobre los números y otra sobre la esfera: *Luitprando,* obispo italiano, hombre instruido en todas ciencias, distinguiéndose, sobre todo, en la historia; compuso las biografías de los emperadores y reyes de Europa, obra repartida en seis tomos. *Burchardo,* obispo aleman, era una notabilidad en Derecho canónico, recopiló todos los antiguos cánones de la Iglesia en 22 libros. *Odon,* obispo de Cantorbery, escribió algunos tratados sobre las costumbres y disciplina del Clero. *Gerioponto* compuso una obra de Medicina, titulada: «*El Passionarius Galeni,*» que viene á ser una coleccion de remedios higiénicos.

CAPITULO XVIII

Escritores sagrados de los restantes siglos

Inauguramos el siglo XI, por *San Pedro Damiano*, obispo de Ostia: sus esplendorosas dotes de sabiduría y prudencia, le hicieron acreedor á las comisiones, que le encargaron los padres de los concilios y los príncipes seculares, para pacificar los pueblos y las Diócesis: se le reconocen algunos tratados de asuntos vários. *Brunon*, obispo francés, conocía perfectamente las lenguas latinas, griega y árabe: exclareció algunos pasajes de las Santas Escrituras con notas y comentarios muy instructivos; vertió al latin muchas obras de la Filosofía griega y de la Astronomía árabe: dió á conocer sus aventajados conocimientos en Historia, escribiendo todos los acontecimientos que tuvieron lugar en el mundo, desde el nacimiento de *Jesucristo* hasta el año 1053, cuya obra se llamó «*Cronicon*». *Aléjos*, patriarca de Constantinopla, compiló los acuerdos de todas las causas eclesiásticas, sustanciadas en su iglesia.

En este siglo brilló *Guido*, monge de Arrezo, que inventó las notas musicales: *ut*, *re*, *mi*, etc.; habiendo

sido premiado por el papa *Juan* XIX, ante quien habia hecho el ensayo, mereciendo sus plácemes y los mayores elogios de cuantos concurrieron.

En el siglo XII, florecieron *Juan Zonaras*, presbítero griego: escribió la Historia universal que empieza con el mundo, y finaliza con el emperador *Alejo Comneno*: *Florentino Brabonio*, sacerdote inglés: escribió un *Cronicon* historial desde la creacion del mundo, hasta el año 1118: tambien es autor de una obra, que describe las genealogías de los reyes de Inglaterra: *Hugo*, monge benito, prolongó el *Cronicon*, comenzado por el presbítero *Zonaras*, hasta el año 1347; redactó una obra de dos tomos, en la que marca las atribuciones y las prerogativas de la autoridad real; obra que dedicó á *Enrique* de Inglaterra. Los clérigos, que más brillaron en este siglo por sus conocimientos especiales en Historia, fueron: *Oton*, obispo, autor de una obra famosa de historia universal, y de la biografía de *Federico*, emperador de Alemania: *Gotefrido*, sacerdote italiano, compuso una obra de Historia universal, que dedicó al Papa *Urbano*; obra famosa que revela los vastos conocimientos del autor en todas las ciencias, á la que por su extension, llamó Panteon: *Roberto*, presbítero, y *Baldrico*, arzobispo, escribieron sobre las Cruzadas de Oriente, refiriendo con exquisita crítica todas las circunstancias más curiosas é interesantes de las guerras santas: *Guillermo*, monge, se ocupó de la Historia de Jerusalen, á cuyos trabajos añadió dos libros de novelas históricas. y la historia de los arzobispos de Inglaterra: *Gildarico*, sacerdote, y *Tomás*, canónigo regular de *San Victorino*; ámbos profesores de Filosofía y Gramática; sus escritos versan sobre Historia y lenguas.

Ivo, arzobispo, célebre canonista, escribió sobre este punto de la ciencia algunas obras: *Juan*, obispo, fué el asombro y admiracion de la academia parisiense, por la sabiduría que hizo brillar en las várias cátedras, que desempeñó: *Pedro Lombardo*, obispo de París, profesor muy acreditado; á él debe la Teología su método escolástico; así mismo fué él quien instituyó en la academia parisiense el grado de Doctor en Teología: atribúyese la institucion del Derecho civil á *Justiniano*; pero fué decayendo insensiblemente hasta la invasion de los bárbaros, en cuya época empezó á sustituirse con las leyes antiguas de los romanos: *Irneris*, restauró la profesion de estos estudios en el año 1136, de cuya escuela salieron sugetos muy notables en Jurisprudencia, que propagaron por todas partes la ciencia y los estudios del derecho civil. Los clérigos se agolparon en derredor de la cátedra de *Irneris*, cuyas lecciones aprovecharon, viniendo á ser los maestros natos y propagadores de la Jurisprudencia.

Era tan crecido el número de los que se dedicaban á esta clase de estudios, que se veian desiertas las cátedras y academias de las Ciencias Sagradas: en su consecuencia, *Honorio III*, puso una cortapisa á estas tendencias de los clérigos, mandándoles que se abstuvieran de frecuentar las cátedras de derecho civil todos los que disfrutáran prebendas eclesiásticas. *Graciano*, obispo, estableció los estudios canónicos, á los que indujo á los clérigos con premios y distinciones honrosas: *Graciano* instituyó los grados todos en la carrera de cánones: *Graciano*, en fin, completó el sistema de legislacion canónica en una obra ilustrada que dió á luz, recopilando con exquisita habilidad todo lo más selecto, que se habia escrito

sobre esta materia: obra cuya claridad, método y erudicion, eclipsaron el mérito de cuantos le habian precedido; mereciendo por ello los aplausos de los jurisconsultos más acreditados de su época.

Santo Tomás, arzobispo de Cantorbery, cursó la carrera de Derecho en la universidad de París, en el que hizo tantos progresos, que era muy numerosa la clientela, que se adquirió. *Enrique II*, á los tres años de su reinado, nombró á *Santo Tomás* su canciller, cuyo destino desempeñó con entereza y libertad de conciencia; granjeándose por ello la voluntad y extimacion del rey, quien le entregó su hijo para la educacion. La extraordinaria humildad y total abnegacion, que en la córte demostró nuestro santo, no impidieron que los émulos y virulentos cortesanos mancháran su reputacion con las más atroces calumnias: pero léjos *Enrique* de obedecer á las malévolas sugestiones de sus áulicos, le confirmó su aprecio y confianza, y le dió una comision, para negociar el casamiento de su hijo con *Margarita*, hija del rey *Luis*, el *Mozo*. *Santo Tomás*, confirmó la sabiduría, de que había dado pruebas en su ministerio, con los escritos profundos y eruditos, que circularon despues de su muerte.

San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, gobernó esta iglesia por espacio de 16 años, dando las más lisonjeras muestras de celo y erudicion, en todo el curso de su pontificado arzobispal. La última edicion de las obras de *San Anselmo*, la adornó con exactitud y elegancia en Paris, un tal *Gabriel Gerberonio*, monge benito de la congregacion de *San Mauro*; habiendo separado sus obras de las que falsamente se la atribuían.

Entre todos los escritores, que en el siglo XII flo-

recieron en piedad y doctrina, ninguno hay más acreedor á nuestros elogios, que *San Bernardo*. La pureza de su doctrina, la elegancia de sus escritos y la autoridad que ejerció en la Iglesia y el Estado, distinguen á *San Bernardo* de todos los escritores de su siglo. Fué incansable é invencible en sostener los derechos de la Iglesia; se mostró solícito y celoso siempre por la pureza de la fé, cuya causa defendió con maestría y valor, ya de palabra, ya por escrito. Las brillantes prendas de moralidad é ingénio, que le adornaban, hicieron resonar su nombre en toda la Europa, cuyos reyes le encargaron importantes comisiones, que desempeñó con lisongero éxito.

Son incalculables los beneficios, que acarreó á la Iglesia y al Estado con el ascendiente de sus virtudes y de su admirable elocuencia: al duque de Aquitania le alejó de la vida desarreglada y libertina, y le encerró en los límites de una conducta cristiana y moderada: arrastró, con las cadenas de su elocuencia y la fuerza de su lógica, al anti-papa *Víctor IV*, á reconocer por legítimo pontífice á *Inocencio*, en quien resignó los Pontificales y la Tiara: á la suavidad de sus discursos y fuerza de palabra, la iglesia Mediolanense revindicó la paz, turbada por las tumultuosas facciones del pueblo: con las mismas armas de su ingénio y santo celo, se conquistó á los principales soberanos de Europa, y los persuadió á tomar parte en las guerras santas. Sus obras, cuyo número es considerable, son un prodigio de piedad y sabiduría; son tipos perfectos de vida para toda clase de personas; obispos, clérigos, reyes, y todas las entidades literarias, encuentran en ellas las reglas más puras de moralidad y los modelos más acabados de

elocuencia: su estilo es melífluo, su frase florida, su tono persuasivo; instruye sin fatiga, deleita sin fastidio, reprende sin agravio, convence con naturalidad y gusto.

Empezamos el siglo XIII, por *Santo Tomás de Aquino*, lumbrera de la Iglesia católica; desde su infancia, se anunció en las escuelas, y en todos los actos de su vida, como un oráculo de sabiduría y un espejo de santidad: en el Monte Casino, que fué el teatro de su instruccion, dejó bien probada su erudicion y santidad. Cursó los estudios de Teología en Colonia, bajo la direccion del gran *Alberto*, prelado de una reputacion científica sin igual; el cual, asombrado de su ingénio y progresos en las letras, no vaciló en hacer el elogio de sus futuras glorias con estas palabras: «*Que este buey haría que sus doctos bramidos resonáran por todo el mundo.*» Por disposicion del Capítulo general, celebrado en 1245, volvió *Santo Tomás* á París, y allí desempeñó, con aplauso y satisfaccion general, la cátedra de Teología. Su ciencia era resaltada por la humildad, que se traslucía siempre, á través de todos los honores y distinciones que en la tierra poseía: con la más glacial indiferencia, recibió la borla de Doctor; se encargó de la educacion del príncipe de Alemania, subió á la privanza de *San Luis*, rey de Francia, y redactó, por disposicion del Capítulo de la Orden, el plan de estudios para los frailes. La Santa Iglesia tomó de los escritos de este santo doctor, todo género de armas, para defenderse de sus enemigos. El ejemplo de confundir á los herejes, que sus obras recomiendan, nos lo dió ya en vida, descendiendo á la arena con harta frecuencia, á sostener la Causa Católica contra todos sus enemigos herejes; pero cubrió su frente de gloria

y de laureles con los triunfos, que obtuvo de los filósofos, defensores de la doctrina de *Aristóteles*: á éstos, que parapetados con las armas de la falsa filosofía, negaban la fé, combatió, confundió y derrotó.

Además de los comentarios sobre las obras del filósofo mencionado, publicó tambien una exposicion ó declaracion del maestro de las sentencias, la Suma contra los gentiles, compuesta á ruegos de *San Ramon de Peñafort*, para proporcionar á los predicadores de España medios de trabajar con fruto en la conversion de los judíos. Entre sus obras, se distinguen los comentarios, que compuso sobre algunos libros de las Santas Escrituras. La Suma que redactó sobre toda la Teología, respira un génio divino: conspiran á demostrar la sabiduría y talento de este ángel de la tierra, otras muchas obras; tales como la refutacion del cisma de los griegos. Sus tratados sobre acueductos y máquinas hidráulicas, demuestran los grandes conocimientos, que poseía sobre Matemáticas. Insertamos á continuacion á *San Raimundo de Peñafort*, general de la Orden de predicadores, muy instruido en derecho civil y canónico, sobre cuyos puntos nos legó algunos escritos.

En el siglo XIII, brillaron entre otros: *Nicéta*, obispo de Tesalónica, famoso escritor, que tegió la historia general de veintisiete años, empezando por la muerte de *Alejo Comneno*, y terminando en el año de 1203; es además autor de una obra voluminosa, comprensiva de 27 libros, titulada «*Tesoro de la fé ortodoxa.*» *Manuel Caritopolo*, patriarca de Constantinopla, que compuso un tratado sobre la traslacion y derechos de los obispos. *Francisco Petrarca*, canónigo italiano, varon de aventajado ingénio y excelente doctrina, el príncipe de la literatura

italiana á juicio de *Erasmo*, caudillo protestante; su pluma proporcionó bálsamos á las heridas de la adversidad, dió reglas para adquirir la verdadera sabiduría, instruyó á un príncipe en sus deberes, y enseñó el modo de gobernar la República. *Rodrigo Gimenez*, arzobispo de Toledo, que se distinguió en todo género de conocimientos; escribió sobre los sucesos, ocurridos en España hasta el año 1243; compendió la historia de los Ostrogodos, Suevos, Alanos y Vándalos; compuso la historia de los Arabes y Romanos.

La España ofrece al cuadro de los escritores, que arroja este siglo, ciertos varones notables por sus escritos; tales como *Lúcas*, obispo de Tuy, gramático é historiador; muy parecido á *San Isidoro* en la frase y en la expresion de los conceptos. *Alfonso Bargas*, arzobispo de Sevilla, que había ejercido en la Universidad de París el profesorado; en beneficio de los discípulos, escribió algunos comentarios sobre los cuatro libros de las Sentencias, asunto de su magisterio; rectificó la obra de *Aristóteles* sobre el alma. *Roberto*, obispo inglés: en este prelado brillaban á porfía la caridad y la ciencia; de ámbas cualidades nos legó luminosos ejemplos; su pluma recorrió todas las regiones del mundo científico, dejándonos instrucciones generales en Filosofía, Astronomía, Matemáticas y en lenguas orientales. *Edmundo Richel*, arzobispo cantuariense, que escribió dos obras, tituladas: una, *El espejo de la Iglesia*, y la otra, *Las doce Constituciones*.

Teodoreto, obispo, recopiló y comentó los cánones de los concilios, marcando los que estaban vigentes y los que se habian abolido; habiendo establecido el derecho canónico oriental: por este tiempo

vió la luz pública el occidental; siendo el primero que lo coleccionó, *Reginon*, abad de Prhum. *Ivon de Chartres*, mejoró la legislacion canónica, condensando en una sola obra todas las que se habian publicado sobre este ramo.

El franciscano, *Raimundo Lulio*, fué un oráculo de sabiduría: él fué el primero que hizo aplicacion de la dialéctica á la jurisprudencia en su famosa obra de derecho «*Ars magna*»; él hizo los primeros ensayos químicos; él sondeó el piélago inmenso de las matemáticas, descubriendo los escolios formularios del problema, en los que se habian estrellado impotentes los ingénios más brillantes de la República literaria.

Ilustraron el siglo XIV, con sus escritos: *Teofanes*, arzobispo niceno: entre sus escritos se distingue la famosa obra, titulada: «*La concordia del Antiguo y Nuevo Testamento contra los judíos.*» *Isaac Argyro* y *Mateo Blastares*, presbíteros: compusieron; el primero, un tratado sobre cronología, y el segundo, una obra sobre los cánones más notables de los concilios. *Jacobo*, cardenal, escribió tres libros sobre la historia de Oriente, y una obra sobre las homilías de todo el año. *Nicolás Oresmo*, clérigo francés; compuso un libro sobre la comunicacion de idiomas, un tratado para la refutacion de la Astrología judiciaria y otro sobre la falsificacion de moneda. *Marislio*, canónigo aleman; fundó un colegio de instruccion pública, á cuyo frente se puso él mismo, montándolo bajo reglamentos tan sólidos, que por el tiempo vino á ser un plantel de sábios. *San Buenaventura*, derramó tambien mucha luz sobre este siglo con el sol de su pluma y el faro del magisterio; recibió con general aplauso el grado de Doctor

en la Universidad de París, de la que fué uno de sus más acreditados profesores.

Tomada Constontinopla por los turcos, los ingénios más notables, las entidades científicas más distinguidas, eludieron el golpe de la comun catástrofe, abandonando sus hogares; por este incidente, se derramaron por toda la Europa, alumbrándola con las luces, que trajeron de su país natal. Los ilustres desterrados, protegidos por los Romanos Pontífices, levantaron cátedras por donde quiera, engendrándose en ellas *sujetos* muy aventajados, que fueron otros tantos elementos de propagacion científica. Fuera de estos servicios accidentales, que la Iglesia prestó á las letras, en el siglo XV, hubo tambien, como en los precedentes, clérigos muy recomendables por su saber y virtud. *Pedro de Aliaco*, fué uno de los Doctores más célebres de la Universidad de París: su autorizada voz era el eje de los concilios á que asistía, en derredor del cual, giraban todas las opiniones de los Obispos ó Padres de la Asamblea. Movido por el empuje de su grande reputacion científica, *Cárlos* VI, le honró con el cargo de *limosnero* de palacio, é influyó para que subiera á la dignidad cardenalicia; sus infinitas obras están en la biblioteca del colegio de Navarra y de París, cuyo rector y profesor fué. El ilustrado eclesiástico, *Pedro de Abaco*, fué una notabilidad en Aritmética, Geometría y Astronomía: con el auxilio de máquinas, representó todos los movimientos de los astros. *Roberto Gaguino*, Doctor en derecho canónico, General de la Orden de Santa Teresa de la redencion de cautivos; escribió tres libros de arte poética, un tratado sobre la mísera condicion del hombre, una coleccion de discursos y vários epígramas. *Lorenzo Valla*, *Patricio*

Romano, canónigo italiano, gramático, retórico y muy versado en lenguas.

Nicolás Peroto, profesor de latin y griego, arzobispo; tradujo al latin la historia de *Polibio*, y redactó algunos comentarios sobre la lengua latina. *Angelo Policiano*, canónigo de Florencia, gramático, orador, poeta: fué profesor y escritor de lenguas en su pátria. *Eneas Sylvio*, varon universal en ciencia; orador, poeta, gramático, filósofo, matemático y teólogo. *Alfonso el Tostado*, obispo, varon de extupenda memoria, de exclarecido talento; muy versado en Matemáticas, Filosofía, Geografía, Historia; poseía conocimientos en ámbos Derechos; exclareció las Santas Escrituras con notas y comentarios muy eruditos. *Ricardo Grádalo*, arzobispo de Cantorbery, escribió varias obras de Historia, de Poesía y Filosofía. *Teodorico*, canónigo aleman, escribió el *Cronicon* de los Cronicones, ó sea la historia universal de todo lo ocurrido en el orbe desde su orígen hasta el año 1420. *Nicolás Tudesco*, fué universal en el mundo de la ciencia: merced á los profundos conocimientos, que poseía en las lenguas sábias, penetró el sentido genuino de las Santas Escrituras, sobre las que redactó comentarios aclaratorios y útiles, para facilitar su estudio; tambien nos dejó documentos muy importantes sobre la Retórica, Poética y Matemáticas. *Trithenio*, famoso jurisconsulto, obispo: escribió sobre Jurisprudencia. En este siglo se distinguieron en el concepto de insignes arquitectos: *Céspedes*, canónigo de Córdoba; Fray *Juan de Sevilla*, y Fray *Juan de Toledo*, monges Jerónimos; en el de pintores, *Céspedes* y otros.

El siglo XVI, nos muestra á *Pedro Benibo*, distinguido en la república literaria por su elocuencia ci-

ceroniana: la excelente reputacion científica, que se había adquirido, impulsó á *Paulo III*, á que le sublimára á la dignidad de cardenal: al cardenal *Adriano*, preceptor de *Cárlos V*, que escribió los comentarios sobre el libro de las Sentencias: á *Josefo Sadolet*, cardenal; muy impuesto en lenguas y en las ciencias naturales, sobre las que versan sus escritos: á *Syfilo*, obispo masiliense, que á las ciencias sagradas unió los conocimientos, que poseía en derecho civil; además de la historia de *Ludovico XII*, compuso vários tratados de Filosofía: á *Roberto*, obispo francés, y *Paulo Jovio*, obispo italiano; el primero, escribió la historia de la Francia en latin, obra que redujo á *dos* tomos; el segundo, historió sobre la Italia, Hungría, Asia, Africa y otras naciones; tambien escribió las biografías de algunos pontífices y príncipes de Italia, á cuya obra añadió los elogios de los varones ilustres, que se distinguieron por sus proezas militares y glorias literarias: al cardenal *Baronio*, llamado el padre de la historia, cuyo vasto campo surcó con su erudita é infatigable pluma; á *Margarino*, obispo de Gerona, el cual escribió la historia de España desde *Hércules* hasta *Teodosio* y sus hijos, *Arcadio* y *Honorio*; á *Francisco Taresta*, que escribió la historia de los reyes de Castilla y Aragon; al arzobispo *Genebrardo*, célebre profesor de hebreo, de cuyo idioma tradujo al latin muchas obras; tambien trasladó del griego al latin las obras de *Josefo*, historiador judío; á *Cobarrubias*, profesor de derecho, obispo español, muy ilustrado en las ciencias todas, sobre las que nos dejó excelentes escritos.

Lopez de Vega, fecundo poeta, blason español de la literatura dramática: despues de haber sido acariciado con vários empleos honrosos, entró de capellan

en la cofradía de San Francisco, sin dejar por esto de amenizar el teatro con las producciones dramáticas de su pluma. Es indescriptible el número de comedias, que dió á luz su lozana y fértil imaginacion; algunas de ellas son reputadas modelos en este género de literatura; de suerte que realzan tanto á su autor, que se le reconoce por el fundador del teatro Español. ¿En quién se refleja la historia de *Miguel Angel*, uno de los más distinguidos artistas del siglo XVI? En el Clero que, si no tiene la honra de contarle entre sus miembros, influyó eficazmente en sus glorias, dispensándole toda la proteccion necesaria, para hacerse inmortal. Efectivamente, *Miguel Angel* cuenta, entre los protectores de su carrera literaria, á los Papas *Julio II*, *Leon X*, *Paulo III* y *Julio II*.

En este siglo, florecieron varios indivíduos del Clero, célebres en arquitectura, como Fray *Martin de Santiago*, y Fray *Juan de Toledo*, monges jerónimos: en escultura, el ya nombrado *Céspedes*.

Entre los literatos eclesiásticos, que fecundizaron con sus escritos el siglo XVII, citamos á *Jacobo David*, cardenal francés; quien nos puso al corriente de la literatura antigua, en la que estaba muy versado: á *Daniel Huecio*, *Enrique Espondano*, *Francisco Bosquet*, obispos franceses, muy orientados en las lenguas Griega, Hebrea, Latina, en la Historia y en Filosofía, sobre cuyos puntos escribieron excelentes tratados: á *Juan Bautista Arnal*, sacerdote francés, célebre por el curso filosófico ó de Filosofía antigua y nueva, que compuso; obra muy acomodada á la juventud estudiosa, á quien se dirigía; tambien se le reconoce una obra, titulada «*Curso teológico*»: á *Lorenzo*, clérigo francés, bibliotecario del Vaticano, á

quien se le reconoce una obra sobre los monumentos antiguos de la Iglesia griega y latina: á *Barbosa*, doctor en ámbos derechos, sobre los que escribió una obra de *tres* tomos: al cardenal *Gerónimo*, el literato más distinguido de su época; levantó una biblioteca depositaria de lo más precioso, que se conoce en literatura; estableció un colegio, cuna de innumerables sábios; últimamente, fundó *dos* cátedras en Roma: á *Bernardo de Montfaucon*, presbítero regular, muy cimentado en las lenguas Griega, Latina, Hebrea y Arabe; escribió sobre el orígen y antigüedad de los caractéres, inscripciones, tablas, instrumentos; se le reconoce autor de la historia de los Asirios y Medos; al cardenal *Aguirre*, español; su pluma no omitió ningun punto científico; los trató todos. Presentamos á la escena de los escritores de este siglo á ciertos sugetos de tanta nombradía y celebridad en la esfera literaria, que sus pomposos nombres son los elogios más cumplidos de su mérito y concepto.

Calderon, uno de tantos, fué muy apreciado y respetado por sus talentos entre la nobleza; protegido por *Felipe II*, brilló mucho en la córte por los escritos que redactó y publicó á espensas del referido monarca; inspirado por el génio de la Religion, ennobleció el estado sacerdotal, que habia abrazado, con sus célebres autos sacramentales: á juicio de un autor francés, es reputado *Calderon* por el padre del Teatro Europeo. *Bordalue* perteneció á la compañía de Jesús; habiéndose trasladado á París, alcanzó una reputacion tan excelente de orador, que se le encargó la predicacion de la Cuaresma delante de la córte, por espacio de diez años: en 1686, fué enviado á *Langüedoc*, para convertir á los protestantes: en suma, *Bor-*

dalue, es el reformador de la cátedra del Espíritu Santo y el fundador de la elocuencia cristiana. Otro varon, no ménos célebre, ostenta en su seno el Clero de Francia, á *Masillon*, que, cual *Bordalue*, debió á sus dotes oratorias el honor de predicar la Cuaresma delante de la córte, y el de ser nombrado por el regente en 1717, obispo de *Clermont*.

Abrimos las puertas del siglo XVIII, con las llaves maestras de *Mavillon*, monge benito, cuya ilustracion y sabiduría publican los fastos de su órden y las asombrosas producciones de su pluma: de *Guidon*, modelo de priores y abades en virtud y ciencia; célebre escritor en Matemáticas é Historia: de *Natal Alejandro*, historiador universal, profundo filósofo y teólogo eminente. Hacemos alto en este punto, dando por terminada la empresa espinosa de mencionar los personajes eclesiásticos, que más se distinguieron en la region de las letras, enriqueciéndolas con sus escritos y perenne magisterio; pues aunque restan algunos de este siglo y del siguiente, que podrian añadir á nuestra descripcion bibliográfica muchas bellezas literarias, nos parece, sin embargo, enojoso el referirlos, no creyendo por ello rebajar el mérito al cuadro, que hemos bosquejado, en atencion á que sus obras son de todos conocidas.

Por lo demás, en la descripcion de los sujetos eclesiásticos, hemos procurado manifestar la sabiduría del Clero, haciendo ver que á sus trabajosos estudios, á sus famosos escritos, á sus talentos extraordinarios y sublimes, debió la literatura su brillo y esplendor. Esta es otra de las causas que nos ha empujado á prescindir de muchos varones notables, que pudiéramos haber citado con mucha oportunidad, en favor de nuestra causa, y á contraernos aisladamen-

te á tejer la historia de alguno que otro más acreditado; dando á conocer las principales obras, que escribieron. A una simple ojeada, pues, que se tienda por el cuadro científico, que en esta seccion hemos formado del Clero, se echará de ver, que él no se ha distinguido en este ú otro ramo del saber, sinó que los ha abrazado todos: de todos ha escrito; sobre todos ha enseñado; y por consiguiente, es preciso confesar á la faz del mundo entero, mal pese á sus detractores, que la ciencia y el arte fueron engendradas, perfeccionadas y propagadas por él, su única cuna, su exclusivo principio y orígen.

SEGUNDA PARTE

GLORIAS BENÉFICO-HUMANITARIAS DEL CLERO

CAPÍTULO PRIMERO

Idea general de la Caridad.—Nociones generales sobre la caridad del Clero

La caridad, reina de todas las virtudes, es propiedad exclusiva del Cristianismo; JESUCRISTO la bautizó y la practicó, haciéndola servir de lema á su admirable doctrina. El paganismo excogitó várias voces, para expresar la caridad del Evangelio; pero su decantada sabiduría jamás encontró, en los idiomas vivos de la antigüedad, el nombre propio de esta virtud: este glorioso descubrimiento estaba reservado al humilde NAZARENO, que nace en la oscuridad de un establo, ocultando al mundo, á quien venía á redimir, la radiosa luz de su divinidad, entre el heno inmundo y la paja hollada de las bestias: no era, pues, de extrañar, que se escapára á la penetracion del fastuoso gentilismo. En efecto, la propiedad del nombre, que lleva esta virtud, se aprende aisladamente en la escuela práctica de los actos benéfi-

cos, que se ejercen en pro de la doliente y desvalida humanidad: la antigüedad carecía de cátedras humanitarias, do se enseñára á practicar el bien; luego era de todo punto imposible, calificar una cosa, que se ignoraba completamente. Ni el amor, ni la amistad, ni la benevolencia, eran bastante poderosas, para expresar la caridad: eran voces equívocas y demostrativas de una virtud, que jamás poseyeron, ni practicaron.

Los esfuerzos, que todos los varones eminentes hicieron en el órden moral para ornar sus frentes con los laureles de la caridad, demuestran que es la soberana de todas las virtudes cristianas; pues, aunque cada uno de ellos haya descollado en alguna virtud más que otro, todos, sin embargo, han brillado en la caridad, gracia comun que ha servido de base al edificio de su santidad.

Bajo cualquier aspecto, que se contemple la caridad, causa admiracion y embeleso: el sujeto, que la ejerce, déjase ver en el mundo, como un sér sublime, superior á sus semejantes; semeja al ángel de amor que de vez en cuando desciende á la tierra, á derramar el consuelo en las almas, abatidas por la desgracia. En sus efectos, es poderosa: no hay fuerza humana que la resista, no hay obstáculo que la detenga en su benéfica y rápida carrera, no hay objeto que no consiga, ni empresa que no lleve á cabo; su poderosa extension alcanza á todos los sitios del dolor, llena todos los vacíos de la miseria, vadea todos los rios de sangre, visita todas las personas afligidas; en fin, está siempre al lado de la desgracia, de quien es compañera inseparable.

Son prodigiosos los resultados morales de la caridad, cuando invade el corazon del hombre: destro-

na sus pasiones, avasalla sus sentidos, domina su ánimo; en fin, ejerce, en todo su sér físico y moral, un ascendiente tan poderoso, que de lobo carnívoro le trasforma en inofensivo cordero, de fiera indómita en mansa y dócil oveja; sustituyendo á su cólera la calma, á su sevicia la mansedumbre, á su orgullo la humildad, á su ódio el amor á la humanidad; le convierte de verdugo de la sociedad en ciudadano honrado y pacífico.

En efecto, ¿á quién no halaga una frase tierna de amor, una expresion viva de cariño? ¿Quién no depone su enconado ódio, desarma su violenta cólera, y abandona su ponzoñosa malicia, al ver postrado en tierra á su enemigo, y no dobla su erguida frente á la voz del perdon, que le pide conmovido? ¿Quién no rinde vasallaje á la generosidad de un bienhechor, que ha enjugado nuestras lágrimas, ó ha sofocado el grito espantoso de nuestro infortunio? ¿Quién no imprime un beso de gratitud en la benéfica mano, que endulza nuestras amarguras, alejando la miseria que nos oprime, embalsamando las heridas, que nos angustian, y cicatrizando las llagas, que nos aquejan? ¿Quién no se siente irresistiblemente arrastrado por una fuerza extraña hácia la gratitud á esos ángeles del consuelo, que nos visitan en la adversidad, cubriendo todas nuestras miserias con el velo ingenioso de la caridad? ¿Habrá en la especie humana séres tan viles y miserables, que den al olvido á esos hombres célebres, á cuyos desvelos debemos la ciencia, la libertad y la vida?

No, no: todo se dobla ante el irresistible poder de la caridad, todo cede al influjo mágico de esta virtud encantadora; no hay en la espaciosa esfera de la creacion, no hay un ente siquiera, en las diversas fa-

milias producidas por las manos del Omnipotente, que no reconozca la causa del bien que recibe, y pague á su modo el tributo de gratitud al autor de sus beneficios: el corazon, más duro que el diamante, se ablanda al impulso de la caridad; las entrañas, más fuertes que el mármol, se suavizan al contacto de su bálsamo celestial; la voluntad más sólida que el hierro, cede al calor de su fuego: el hombre más feroz que las bestias, rinde vasallaje á sus beneficios.

La caridad obra en un círculo muy dilatado; el vasto teatro de sus consoladoras escenas, es la misericordia cristiana, cuyas tiernas hijas son todas sus obras; hijas que la obedecen ciegamente en todas las providencias, que dirige á la desgracia agena; son los órganos de su compasiva voz; son los espeditos conductos, por los que comunica su dulce hálito á los corazones, ulcerados por la desgracia; son, en fin, los brazos de quienes se vale, para ejercer el bien á favor de los pobres y desvalidos.

De la idea sucinta, que hemos dado de la caridad, se colige que los sujetos, que en ella se ejerciten, han de ser precisamente el asombro y admiracion de todos; han de captarse la benevolencia de todas las gentes, entre quienes viven. No es de extrañar, pues, que los individuos de la Religion Católica hayan alcanzado en el mundo una preponderancia colosal, puesto que el programa de su conducta fué la caridad para con el prójimo: con el invencible atractivo de esta mágica virtud, se granjearon el aprecio de los reyes y poderosos de la tierra; se ganaron la estimacion de la plebe: instruían á los primeros en todos sus deberes, aleccionándolos en el modo de gobernar los pueblos por la suavidad y dulzura: á los segundos, se los atraían con la limosna, el consejo y

la mansedumbre, imponiéndolos despues en todos sus deberes de cristianos y súbditos.

Pero ¿el Clero practicó en todas sus fases la caridad cristiana? Es incuestionable, que el sacerdote católico se distinguió, y se distingue en el mundo, no ménos por su proteccion á las dolencias y miserias humanas, que por sus brillantes servicios á las letras: armado de ciencia y caridad, resistió valerosamente los furiosos embates del fanatismo, de la impiedad y de la ambicion, poderosos obstáculos que le detuvieron muchas veces en su precipitada marcha hácia la conquista del mundo, á la que llegó por fin.

A los vivos resplandores de la sabiduría, de que estaba adornado, descubría el Clero las miserias y dolencias del pobre, el orgullo y avaricia del poderoso, la tiranía de los reyes, la opresion de los pueblos; y, aplicando á todas las enfermedades, que arrostraba la mísera y quejumbrosa humanidad, el suave bálsamo de la caridad, las curó radicalmente, conciliándose los aplausos, la voluntad y la estimacion de todos. Su mision consoladora de paz y misericordia confundía á los sacerdotes con las masas del pueblo, los conducía á presencia de los reyes, jueces y magistrados, los arrastraba á los tribunales, haciendo oir en donde quiera la voz dulce del perdon, indulto y amor á la humanidad, por cuyos medios, desconocidos hasta entónces, se hizo escuchar, respetar y amar hasta de sus mismos enemigos.

Constantes siempre en nuestra máxima de probar por la historia, todas las glorias que adjudicamos al Clero, recurrimos de nuevo á este depósito comun de nuestras pruebas, para demostrar la caridad del Clero en general.

La diferencia religiosa de los pueblos antiguos separaba á inmensas distancias á los hombres, reputándose únicamente miembros de la especie humana los de una misma religion, y considerando á los demás como séres execrables, impíos para con los dioses y baldon ignominioso de la humanidad. Imbuidos en este error, tan depresivo de la razon, los triunfadores hijos de la LOBA, daban el odioso epíteto de esclavos á los prisioneros de guerra, sacrificándolos á los dioses, vendiéndolos en los mercados de carne humana, haciéndolos víctimas de sus estravagantes caprichos, y tratándolos horrorosamente. Unos eran lanzados desapiadadamente á los anfiteatros y circos, hediondos bazares de sangre humana; obligándolos á luchar recíprocamente, ó á batirse desesperadamente con las fieras, y á prolongar unos instantes más una vida miserable, cuyo peso sostenian trabajosamente sus lánguidas fuerzas. Otros eran amarrados á las resonantes ruedas de las triunfales carrozas de los Césares romanos, y conducidos ignominiosamente á través de los insultos y tormentos injuriosos, que les prodigaban los infames aduladores de los tiranos, para celebrar su entrada triunfal en el Capitolio; paseándolos afrentosamente por las calles más céntricas de la Capital del mundo, al confuso estruendo de los vítores y aclamaciones de un pueblo, embriagado de placeres y orgullo, y reservando á los desgraciados, que sobrevivian á tantos atropellos, para solemnizar las fiestas y natalicios de los emperadores con los sangrientos espectáculos de las encarnizadas luchas, que se veian forzados á empeñar con las fieras, ó entre sí mismos.

A estos lagos de sangre aludía ATENÁGORAS, en la apología que dirigió al emperador y pueblo roma-

no, para vindicar al Cristianismo de las calumnias, que le lanzaba la maledicencia de los gentiles. «¿Cómo era posible, decía, que nosotros comiéramos hombres, cuando ni aún podemos tolerar la vista de acusaciones injustas, ni soportar, como vosotros, á los gladiadores y á las fieras en los espectáculos del pueblo, ni creemos exista diferencia entre el que asiste á la matanza y el que la comete?»

Los niños eran arrojados á los abismos del mar, asfixiados intencionadamente en el regazo maternal, sacrificados á los dioses y expuestos en los caminos y calles públicas; ocultando al mundo, por estos medios repulsivos á la razon y á la conciencia, las desnaturalizadas madres los bochornosos efectos de sus torpes pasiones. A estas costumbres antinaturales, se refería TERTULIANO, y otros apologistas cristianos de su siglo, cuando, en descargo de las gratuitas acriminaciones de los Filósofos paganos, decia «que el aborto, tan popularizado entre ellos, era un homicidio; que sacrificaban los niños á SATURNO, MERCURIO y JÚPITER.» SAN CLEMENTE ALEJANDRINO consigna en su obra «*Exortacion á los gentiles*», que ARISTÓMENES inmolaba en la Mesenia una triple hecatómbe de hombres á JÚPITER LATONA, figurando en el número de las víctimas TEOPOMPO, rey de Lacedemonia. Los habitantes del Chersoneso Táurico, sacrificaban anualmente á la diosa DIANA todos los desgraciados salvados del naufragio, que pisaban la inhospitalaria arena de sus playas. La sanguinaria costumbre de inmolar víctimas humanas á los dioses, era tan universal en el mundo antiguo, como la idolatría. Los Licios, oriundos de Creta, ofrecian á JÚPITER sacrificios humanos; los Lesbios á BACO, y los Fócidos á DIANA. ERETHEO ateniense, y el romano MA-

rio, degollaban á sus propios hijos en obsequio de los Dioses, ahogando la voz imperiosa de la naturaleza con los vapores de la sangre inocente, derramada ferozmente ante los impuros altares de los ídolos, cuyo favor no dudaban granjearse de una manera especial con las tiernas inmolaciones de sus inocentes hijos.

Estos verdugos de la humanidad se mostraban muy satisfechos de su comportamiento sangriento con los dioses, léjos de sentir los remordimientos del infanticidio de la propia prole; pues los actos de tan repugnante barbarie, estaban consignados en los códigos fundamentales de la pátria; siendo además recomendados y celebrados, en las asambleas generales de los Estados y en los teatros nacionales, por unos rasgos heróicos de valor y abnegacion, dignos de trasmitirse á la posteridad, por los canales de la historia, como proezas militares de honor y gloria.

La mujer era, en la antigüedad pagana, un sér abyecto, una esclava del hombre, un instrumento pasivo de las brutales pasiones: en las leyes no tenía garantías, no hallaba privilegios: en torno suyo sólo veia violencias, tiranía y opresion: en todas las épocas y estados de su vida era objeto constante de arbitrariedades: cuando soltera, estaba sometida á la despótica potestad de un padre duro y cruel; cuando casada, á la veleidad é inconstancia de un esposo adúltero; cuando viuda, no debia sobrevivir á su difunto marido más que breves horas, pues era impelida á darle la última y la más terrible prueba de amor y fidelidad, arrojándose á la pira, para confundir sus cenizas con los restos de su finado esposo.

El pudor estaba prohibido por las leyes, proscrito de la sociedad; era un acto, aplaudido por los más

eminentes sábios, canonizado por la costumbre y sancionado por la moral pública, lucir en público las gracias corporales, con que la naturaleza habia adornado al bello sexo. Los circos, ateneos y teatros, abrian un campo vasto á la torpe sensualidad: en estos, y otros puntos de reunion, se revolcaban por el lodazal inmundo de la abrasadora lujuria, haciendo gala de la deshonestidad, las patricias y senadores romanos, nobles caballeros y damas distinguidas, que hacian estribar la decantada categoría de su rango social en el torpe lujo de la voluptuosidad. Las clases bajas de la sociedad elegian por teatros de sus conquistas amatorias las lúbricas fiestas del bullicioso Baco y de la seductora Venus, en las que, confundidos vergonzosamente los sexos, acudian enteramente desnudas, provocando, con cinismo y desenvoltura criminal, las miradas lascivas de una juventud, perdidamente apasionada.

Impotentes se hubieran estrellado, contra esta plaga matadora del género humano, todos los remedios, que hubiera ensayado la humanidad: sólo el Evangelio podía curar, como curó radicalmente, las mortales heridas de la sociedad; el Evangelio promulgado y predicado por Jesucristo, y sostenido por los Apóstoles y sus sucesores.

Pablo hizo oir suavemente, en la sóbria Esparta y florida Aténas, la dulce voz del Evangelio; el príncipe de los Apóstoles siembra la preciosa semilla de la fé ortodoxa, en la culta Antioquía y árida Cesárea; el émulo de la muerte de Jesús, el crucificado Andrés, dirigió su apostólica palabra á los salvajes moradores de Escita; el discípulo incrédulo Tomás, alumbró con los vivos resplandores del Evangelio á los indómitos partos y supersticiosos medos; el hu-

milde MATEO, elige por teatro de su predicacion la Etiopia; JÚDAS riega, con las fértiles aguas del Cristianismo, las abrasadas regiones de la Arabia y Mesopotamia; BERNABÉ y SIMON, ejercen su salvadora mision en la rica Persia y antiguo Egipto; MATÍAS hace resonar la poderosa voz de la eterna verdad, en la Abisinia; JUAN, habiendo acompañado á la SANTÍSIMA VÍRGEN á Efeso, instaló allí la sagrada cátedra del Espíritu Santo; FELIPE planta en la Frigia el frondoso árbol del Evangelio; SANTIAGO promulga en España la ley eterna del Catolicismo.

Así, es cómo los Apóstoles, diseminándose por las cuatro playas del mundo, cumplieron con el precepto de enseñar á todas las razas humanas la saludable ciencia de la Religion cristiana, en la que estriba la felicidad temporal de los pueblos y la imperecedera dicha del cielo. Esta mision tan alta de caridad y civilizacion, impuesta por el Divino Maestro, llevaron á cabo por todas partes los primitivos pregoneros del Evangelio, reanimando la sociedad con los medicamentos, que aplicaban á las llagas de sus corrompidas costumbres.

Reanudaron la ímproba tarea de difundir por do quier la inextinguible luz de la verdad católica, los sucesores de los Apóstoles; haciendo producir á la preciosa semilla del Catolicismo, arrojada por sus ínclitos predecesores, copiosos y sazonados frutos, que sirvieron á los pueblos de alimento espiritual. TEODORETO, obispo de Ciro, convierte un número incalculable de idólatras á la fé, en la Siria; los borgoñones abrazan la Religion cristiana, merced á la predicacion del obispo de las Galias, á quien principalmente deben su conversion y civilizacion; los sacerdotes que habian caido prisioneros de los vándalos, suevos

y longobardos, aprovecharon esta ocasion, que su desgracia les deparó, para predicar á los bárbaros el Evangelio; logrando convertir á muchos de sus amos.

Habiendo PATRICIO visitado en calidad de prisionero, la Inglaterra, se orientó en las costumbres, ritos y lengua de los bárbaros, que la poblaban: revindicada la libertad, recibió los sagrados órdenes hasta el episcopado; y seguidamente fué enviado, con el carácter de misionero, á la inculta tierra de su cautiverio; habiendo logrado persuadir á sus bárbaros habitantes, á que siguieran la salvadora ley de JESUCRISTO. El obispo BARSUMA, establece una escuela en Nisive, plantel de laboriosos y eruditos misioneros, que iluminaron con el faro de la civilizacion cuasi todas las provincias del Asia, envueltas en las tinieblas de la corrupcion y la ignorancia. Marchando al frente de las pléyades sacerdotales el obispo citado, recorren la Asiria, la Pérsia, la India, la Armenia, la Mesopotamia, la Arabia y la China, dejando, en pos de sí, inagotables manantiales de sabiduría y caridad, do iban los pueblos á adormecer sus dolores, y á disipar los nubarrones de los errores, en que yacían, á la diáfana claridad de la verdadera Religion, que les habian llevado sus ilustres huéspedes.

La Media Luna extiende por todas partes las negras sombras de su pavoroso estandarte; pero á los fatídicos rumores de sus tempestuosas conquistas, el Clero católico acude á defender el sagrado depósito de la fé, que habia colocado en muchos pueblos, poniendo un dique al torrente devastador de su invasora accion, y confirmando á las gentes en la sana doctrina de JESUCRISTO, y disputándoles la conquista en unos puntos, y arrebatándoles el terreno conquistado en otros. En Bag-dad, conservaron los

sacerdotes católicos su influencia con los reyes de la Media Luna, erigiéndose en consejeros de los califas, que la gobernaron; los cuales hicieron florecer la paz, las letras y el comercio, en sus Estados, gracias á las sábias instrucciones, recibidas de los asesores religiosos. MAUM tradujo, por el ministerio de los misioneros católicos al árabe, todas las obras escritas en griego, y convocó, á la academia del Estado, médicos, astrólogos, filósofos y matemáticos.

A la muerte de GEN-GIS-CAN, llevaron la Religion Católica al Mogol, país de los tártaros. El obispo TOMÁS y sus discípulos, pasearon el glorioso estandarte del Catolicismo por la India, las costas del Malabar, las islas de Ceilan, Haramiel y el Indostan, haciendo brillar en todas estas comarcas, aridecidas de la idolatría, las buenas costumbres, las ciencias, las artes, el comercio y la verdadera civilizacion. El misionero JACOBO, sin parar mientes en los peligros, cruzó, encaramado sobre los pacientes lomos de un dromedario, los abrasados desiertos de la Arabia y las vastas llanuras de la Mesopotamia, descargando, por todos estos países de infidelidad, una lluvia copiosa de consuelos y beneficios, en tanto que los sacerdotes griegos desmontaban las selvas de Idolatría, que encubrían el Egipto, la Abisinia y la Nubia. JUAN DE HALICARNASIO y JUAN MARON, misioneros católicos, hicieron resonar los pelados riscos del Líbano y las áridas crestas de la Armenia con los dulces gritos de: «¡Viva la Religion, la Humanidad y la civilizacion!»

Enviado el obispo, MARATA, á la Persia por TEODOSIO EL JÓVEN, en calidad de embajador, persuadió, con su acreditada elocuencia y vivo celo apostólico, á YEZ-DED-GERD, á que sustituyera en sus dominios

el Catolicismo á la idolatría, cuya religiosa reforma introdujo un período de paz y bonanza en la pátria de Zoroastro; período que se prolongó hasta los reinados siguientes, pues, aunque el cambio de religion suscitó de improviso una persecucion dura contra los cristianos y sacerdotes, fué aplacada por un incidente inesperado de la Providencia. Acacio, obispo de Amide, de consuno con su clero, acudió, impulsado por la caridad, al socorro de los prisioneros persas, aprehendidos en su Diócesis por los romanos, vendiendo los utensilios y ornamentos sagrados del culto, para aligerar el peso de sus necesidades, y rescatar su libertad. Noticioso Varranes V, rey de Persia, de tan inimitables rasgos de generosidad, se hizo un deber de gratitud, el proteger á los cristianos, difundidos por su reino, concluyendo por convertirse, y dar á la Religion una tregua feliz de paz y progreso.

En el siglo V, los monges cambiaron la faz de Europa, convirtiendo á la Religion á los Bárbaros, que la poblaban y la talaban con sus marchas guerreras. Los operarios que recogieron la miés evangélica en lo sucesivo, fueron individuos del cláustro, auxiliados del Clero secular. En esta campaña, conquistaron á la Religion las hordas del Don, del Cáucaso, del Rhin y del Danubio; razas furiosas que, sin el freno de la Religion, se hubieran diseminado por la Europa, envolviendo en las ruinas la civilizacion de los pueblos. Causaba admiracion, ver á los pueblos deponer la saña y ferocidad, de que estaban revestidos, ante el ignorado religioso y humilde sacerdote. La Francia dobla su erguida frente á la presencia de San Remigio; la Italia sucumbe al mágico poder de San Gregorio; la Inglaterra se deja llevar

de la elocuente voz del monge AGUSTIN; la Germania se rinde al ascendiente de SAN BONIFACIO.

El monge, el sacerdote, el religioso, fueron tambien los que trabajaron la conversion de los escandinavos, tribus feroces que, civilizadas por la religion, se constituyeron en sociedad, formando tres reinos separados: el monge, el sacerdote y el religioso, soldados inermes de JESUCRISTO, fueron los que desarmaron la bravura y saña de los rusos, inculcándoles los deberes de religion y sociedad; ellos hicieron ondear la bandera de JESUCRISTO sobre los altos minaretes de la Alhambra, lanzando á los hijos de ALÁ al otro lado de los mares; ellos, fijando á los húngaros y eslavos en los confines de Europa, opusieron una barrera á las invasiones de los musulmanes. El Clero tiene derecho à las glorias, que alcanzó España en el discurso de los siete siglos, que peleó con los sarracenos, cuyo esterminio juró en el templo de Covadonga: ábrase la historia pátria, y se verán consignados en sus páginas de oro los ilustres nombres de ínclitos prelados, abades y priores que, capitaneando nuestras aguerridas huestes, se cubrieron de laureles en las victoriosas batallas, reñidas en las Navas, Salado, Clavijo, Córdoba, Sevilla y Granada. SAN LAMBERTO, civilizó á los habitantes de Lieja, cuya ciudad fundó; Gaaza deriva de un monge de este nombre, que llevó el gérmen de la civilizacion á las orillas del Rhin, sobre las que reposa esta ciudad; SAN AMANDO DE NANTES, convirtió el territorio de Gante, humanizando á los habitantes.

Los cristianos, amaestrados por los sacerdotes, sobrellevaban con santa resignacion la hoguera, el potro, las ruedas, las cárceles y todos los instrumentos de muerte, empleados en el martirio por el satá-

nico furor del fanatismo gentil, á fin de anonadar una Religion, en la que su imaginacion, sobrescitada por los temores y el remordimiento, veia el desquiciamiento de sus fortunas, el aniquilamiento de su religion, la turbacion de sus sueños y el fantasma vengador de sus sangrientos desmanes. Respondía al grito horrible de la persecucion, que bramaba furiosa por do quiera, rogando á Dios por los verdugos, asistiendo á los enfermos en las casas paganas, recogiendo á los niños abandonados, socorriendo á la viuda, al huérfano, al pobre, y practicando todas las obras de caridad, que se hallan consignadas en el código humanitario del Evangelio. El primer hospital, que saludó la prostituida Roma en su desapiadado recinto, se fundó á expensas de la cristiana Fabiola. San Justino, en su apología al Senado y emperador Adriano, describe sumariamente la caritativa conducta de los primitivos fieles «Los ricos, dice, socorren á los pobres, y depositan sus capitales en un fondo, para aliviar á los huérfanos, á las viudas, á los pobres, á los necesitados, á los enfermos y encarcelados.» La limosna se dividía en tres partes: una refluía en favor del Clero, otra se destinaba al culto, y otra se reservaba para los agapes, presos, viudas, pobres y huérfanos.

Los bárbaros del Norte talaban la Europa con sus vandálicas correrías: la guerra era su favorita profesion; el ejercicio de las armas, su exclusiva ocupacion: daban al traste con todas las instituciones creadas; llevaban la consternacion y el espanto á los pueblos, alteraban la calma de la sociedad, perturbaban la paz pública y privada; eran la rémora de las ciencias y artes, paralizaban la industria, interrumpían el curso del comercio ¿Quién reprimió el movi-

miento destructor de la Edad Media, amarrando la sociedad á los postes de su quicio y basamento, reduciendo á los bárbaros á la esfera del órden, de la justicia y de la ley? El Clero: el Clero que, armado de paciencia y caridad, y pertrechado en la ciencia, supo inspirar respeto y temor á las trastornadoras turbas de los vándalos, cuya consigna era arrancar de su quicio lo sociedad: con el poderío de sus virtudes y la fuerza de su predicacion, contrarestó con vigor, y enervó sus excesos de tala y ruina; inoculó en las obtusas inteligencias de estas hordas frenéticas, ideas de humanidad, sensatez y cordura, desarmando su brazo exterminador, del arco, flecha, honda, lanza y maza, y obligándolos á empuñar los arreos de labranza: arrancó, con el ejemplo y la palabra, de sus empedernidos corazones las espinas de la barbarie, de la infidelidad y de la supersticion, habilitándolos para vivir en sociedad, cultivar las ciencias, las artes, y enseñándolos á ser útiles á sus semejantes.

Organizados ya los bárbaros en sociedad, gracias al celo y laboriosidad del Clero, se hicieron opulentos con los despojos de los pueblos vencidos; y sólo veian en torno suyo, émulos de sus improvisadas fortunas y de su grande poderío: asaltáronles temores de ser inquietados y molestados en los goces de sus bienes y privilegios, en el seno de la nueva sociedad; y para afianzarse en su brillante posicion, se hicieron fabricar almenados castillos, en cuyos frontispicios se admiraban las libreas de nobleza; trofeos recordatorios de sus gloriosas hazañas de armas. Las vastas posesiones rurales eran cultivadas por los vencidos, en calidad de colonos y esclavos; los cuales explotaban la tierra con el ímprobo trabajo de sus ma-

nos, haciéndola producir á sus opulentos dueños, frutos de gigantesca riqueza.

El Clero, perseverando en su humanitaria y civilizadora empresa, proveyó á estos males, que aquejaban al pobre y desvalido esclavo, estableciendo parroquias en las aldeas y poblaciones rurales, cuyos curas fueron trazando la línea de conducta, que debian seguir en el campo religioso, vencidos y vencedores, propietarios y colonos, señores y esclavos; aconsejando á unos la templanza y caridad en el trato del pobre y administracion de las tierras, y á otros el respeto y la subordinacion á sus amos, á quienes advirtió la responsabilidad en que incurrían, ante Dios y los hombres, monopolizando la propiedad territorial, y absorbiendo los frutos, que rendía, á los incesantes y rudos golpes, con que herían el duro suelo sus desgraciados hermanos, á quienes ellos consideraban, en mengua de la Religion que profesaban, como viles esclavos, dejándolos perecer de hambre y miseria. Esta predicacion del Clero parroquial, ahogó la zozobra y alarma en los asustadizos corazones de los señores feudales, inspirándoles amor y compasion al prójimo, en quien vieron en lo sucesivo un semejante suyo, guardándole todas las consideraciones de caridad y mansedumbre, que enseña el Evangelio.

El Clero, con los donativos de los reyes y ofrendas de los fieles, adquirió inmensas riquezas, que le elevaron al nivel de los ricos propietarios de su época, proporcionándole los derechos feudales; pero se distinguió en la conducta cristiana, que observaba con los colonos, á quienes cedía parte de las tierras que trabajaban, y les daba el honroso tratamiento de hermanos. A su ejemplo, el feudal particular, renunció á las orgullosas pretensiones de su fastuosa posi-

cion, y declaró libres á los colonos, dándoles el modesto título de colonos, vasallos, y medios de subsistencia.

Los emperadores de Alemania, engreidos con la superioridad de fuerzas materiales, molestaban las naciones fronterizas con inícuas exacciones, con actos vejatorios y guerras injustas, haciendo extensiva esta conducta injuriosa á la Iglesia, á quien provocaban sin cesar con la Simonia, que cometian en el abuso de las investiduras, traficando escandalosamente con las dignidades y destinos sagrados, á los que subian sugetos intrigantes y ambiciosos por las criminales gradas del oro, favoritismo y quebrantamiento de los cánones y disciplina vigente. El Clero, que nunca transige con la altanería y despotismo de los poderosos, acudió á la defensa de los pueblos vejados y de la Iglesia oprimida, empeñando con los sacrílegos monarcas de Alemania aquellas funestas guerras, conocidas en la historia con el nombre de «Guerras entre el sacerdocio y el imperio».

No dudamos que estas luchas soplaron, como todas, los perjuicios y males consiguientes; pero es preciso confesar, que ocasionaron mayores bienes á todas las clases de la sociedad; bienes que no contrabalancea el mal, de que se hicieran responsables. Nacieron de las susodichas guerras los beneficios siguientes: 1.°, poner un valladar á la altivez, orgullo y ambicion de los emperadores de Alemania, encerrándolos en los límites de su territorio; 2.°, afianzar las coronas vacilantes de los reyes europeos sobre sus sienes; 3.°, destruir el sistema feudal, difundiendo la riqueza predial, repartiéndola entre las capas bajas del pueblo, y dándoles acceso á los derechos de nobleza; 4.°, ensanchar y garantir la régia jurisdiccion

de los soberanos; 5.°, revindicar la Iglesia sus derechos sobre los cargos y dignidades de sacro carácter; 6.°, morigerar las costumbres de su siglo, haciendo brillar las virtudes y la Religion en los pueblos.

Los señores feudales derrochaban sus caudales en los vicios y necesidades ficticias de su clase disipada; acudiendo, en su crísis monetaria, á devorar las modestas fortunas del pueblo y los escasos ahorros del pobre. El Clero combatió tambien esta sin razon de la grandeza con el mismo vigor, que habia cortado otros abusos, congregrando las clases esquilmadas, y excitándolas á defenderse mancomunadamente de los secuestros del propietario; por cuyo medio, garantizaron su exígua riqueza; la que, con sus privaciones y economías domésticas, fué aumentándose de dia en dia; y capitalizándola, la prestaban á sus señores con creces, modelados por la conciencia y moral cristiana; siguiendo en los cálculos de interés, como en todos los demás negocios de la vida, el dictámen y consejo de los sacerdotes, á quienes debian las mejoras y alivio, que disfrutaban en la sociedad, en que vivian.

Los conquistadores juzgaban á los pueblos vencidos enemigos de los dioses pátrios, porque reconocian dioses extraños, y seguian contraria religion: preocupados en esta idea supersticiosa, se creian obligados por la piedad, á exterminar los prisioneros de guerra; derivando de aquí el comportamiento sanguinario y cruel, que con ellos observaban.

El Evangelio estabiece entre todos los hombres la igualdad natural, considerándolos como hermanos é hijos de un mismo Padre. Atendido este principio de humanidad, ni la diferencia religiosa, ni la desgracia, ni la enemistad, ni otra causa alguna, son capaces de borrar de la humanidad el carácter de identi-

dad paternal, que llevan impreso en sus frentes todos los hijos de ADAN. El Clero, intérprete fiel del espíritu del Evangelio, proclamó único y universal al Dios de los cristianos; reputó por hijos suyos á todos los indivíduos de la especie humana; infiltró en la mente del guerrero estas máximas de caridad; y desde entónces, puso límites á sus conquistas, usando con parsimonia de sus derechos, respetando la vida, la libertad y la religion de los vencidos. Habiendo el Clero declarado libre al esclavo, le colocó bajo la proteccion de un señor; con lo que, se dispensaba del servicio militar, adquiría derecho á ser juzgado, en las causas criminales, por indivíduos de su clase, á subir al empleo de escudero, al rango de nobleza, y á recorrer todos los grados de honor, en la esfera política y civil de los Estados. Todas las clases bajas del pueblo componian el Estado «*Llano*,» cuyos miembros delegaban personas de capacidad y de arraigo, que los representáran en las Asambleas nacionales, defendieran sus intereses, discutieran los presupuestos públicos, y abordáran las magnas cuestiones de interés general.

El Clero, revestido del ascendiente de sus virtudes y el poderío de su predicacion, se creó una atmósfera muy levantada en las sociedades modernas, hasta tanto que, á solicitud de los pueblos cuyos intereses venía defendiendo, y á propuesta de los mismos *Soberanos*, dirigió, con los remos del consejo, la nave del Gobierno, la máquina de la enseñanza pública, la administracion de justicia y los Cuerpos Colegisladores. Enriquecido cuantiosamente por los medios piadosos, que ya conocen nuestros lectores, se hizo señor feudal, cuya circunstancia le dió acceso á las Asambleas nacionales y derecho á intervenir

en las grandes cuestiones de los Estados. Desde esta época, se dejó sentir la influencia del Clero en la legislacion, por el espíritu de caridad que respiraban los códigos civiles y penales, que se fueron redactando en las Asambleas para el régimen de los pueblos.

Testimoniamos el aserto precedente por los Asises de Jerusalen, el *Fuero-Juzgo*, las Capitulares de Carlo-Magno, los Reglamentos visigodos y otros cuerpos de Derecho civil, en cuya formacion intervino el Clero, por consejo unas veces, y de palabra otras, vaciando en ellos la copa de caridad, de que está empapada nuestra Religion. A ruegos del Clero, se nombran todos los años en las asambleas unos comisionados, llamados «*Domini missi*,» varones de inocentes costumbres y de brillantes dotes de ingénio; los cuales giraban anualmente una visita al Reino, inspeccionando la conducta de los recaudadores de tributos, de los agentes del gobierno, de los administradores de justicia y de todos los funcionarios públicos; y si nó ejercian sus funciones con arreglo á conciencia y ley, denunciaban al rey sus abusos y desafueros, y eran separados de los empleos oficiales, ó exhonerados de los títulos y dignidades, que disfrutaban; siendo sustituidos de seguida por sugetos de reconocida piedad y ejemplar vida.

La Biblia fué en lo sucesivo el único modelo, á que se atenían los Cuerpos Colegisladores para la formacion de las leyes, cuya observancia juraban todos, incluso el monarca. El hecho de haber encomendado Carlo-Magno al Clero la promulgacion de las Capitulares, revela la gran influencia de la Iglesia en el Estado; pues abrigaba una conviccion profunda: de que la ejecucion de sus leyes no hallaría resisten-

cia alguna en los pueblos, yendo recomendadas por los obispos y curas del Estado.

La Iglesia consignó en los cánones, redactados en los concilios, el recurso de apelacion, autorizando al procesado, para que acudiera en sus defensas jurídicas al juez superior, recorriendo gradualmente todas las esferas de la categoría judicial, si así lo reclamaba el derecho de la causa, que se sustanciaba. Los legisladores civiles imitaron la tramitacion de la jurisprudencia canónica en los procedimienios civiles y criminales, sancionando el derecho de apelacion, y cortapisando, así, los abusos del poder arbitrario de los jueces y autoridades gubernativas. De los tribunales permanentes, establecidos por el Clero, brotó la luz, la discusion, la verdad y la justicia; alejando de los teatros de la legalidad las espinas del soborno, de la pasion y de la inmoralidad de los jueces, que siempre venian á clavarse en el corazon del pobre y del desvalido.

La Iglesia sustituyó á la pena de muerte el sistema penitenciario, enviando á los criminales á los cláustros, para que, por un período de tiempo determinado, espiáran el delito cometido con reclusion inviolable y obras de mortificacion, dirigidas por un superior, nombrado al efecto. Proscribió de los tribunales eclesiásticos el suplicio de la cruz, y todos los tormentos físicos que desdecían de la mansedumbre cristiana, como el marcar la frente con hierro candente: así mismo abolió las pruebas afligentes de inhumanidad y barbarie, que estaban vigentes en la Edad Media en los procedimientos judiciales, como medios supersticiosos y opuestos al espíritu del Evangelio, de indagar la verdad. Y no se crea que la abolicion de las penas corporales arguye en la

Iglesia, que las anatematizó, complicidad en el crimen; puesto que mató la impunidad, al paso que consultó la caridad, sometiendo las causas criminales á un procedimiento concienzudo y filosófico, examinando maduramente los hechos, oyendo imparcialmente las declaraciones, compulsando escrupulosamente las deposiciones de los testigos, y castigando la criminalidad resultante con castigos, moderados por la santa Religion de la cruz.

Cuando el Clero intervino en la legislacion, infiltró la mansedumbre canónica en los códigos penales y civiles de los pueblos; siendo, por lo mismo, el Estado deudor á la Iglesia de la caridad y sabiduría, que se traslucen en la legislacion civil. NICOLÁS I, en una carta dirigida á los Búlgaros recientemente convertidos, reprueba los tormentos, que daban á los criminales: el obispo de Tours, censura duramente las ejecuciones, cometidas contra los Donatistas. En el concilio lateranense IV, se acordó el procedimiento judicial por escrito, ordenando que el juez procediera, en la sustanciacion de las causas, con asistencia de un notario público, que hiciera constar, en las actas del proceso, la declaracion del reo, las deposiciones de los testigos, las circunstancias del delito; instruyéndose un expediente equitativo y aclaratorio de los trámites, seguidos en la causa por la ley. En una obra, titulada «*Noticia de las dignidades civiles y eclesiásticas del imperio,*» el autor, tambien eclesiástico, demuestra, con argumentos incontestables, los beneficios, que la jurisprudencia canónica introdujo en los tribunales y gobiernos civiles, abriendo un vasto campo al estudio del *Derecho*. En el *Fuero-juzgo*, redactado en su totalidad por el Clero, se registran muchas providencias, encamina-

das á cortar los abusos, que los señores cometian contra los esclavos, prohibiéndoles castigarlos corporalmente en ningun caso, y autorizándolos, para que denuncien á los tribunales de justicia las faltas, en que incurren, á fin de que no quede impune el crímen.

La Iglesia, para dar fuerza á las providencias, adoptadas en los concilios á favor del pobre, redactó algunos cánones, mandando bajo terribles imprecaciones á los clérigos, que trataran á los esclavos con caridad; que los pusieran á cubierto de los atropellos de los señores feudales; que fuesen sus asesores en las causas, que les formaren; que les sirvieran de pedagogos en la vida privada; que atendieran á su porvenir, haciendo con ellos las veces de padres.

De mucha importancia fueron los beneficios, que las Cruzadas reportaron á la sociedad; y como quiera que éstas fueron impulsadas por el Clero, en su gloria deberán refluir aquellas. Al grito entusiasta de: «¡Viva la Religion!» todos los pueblos de Europa se agitaron, como un campo de espigas azotado por vientos encontrados, y se estrecharon íntimamente con los vínculos de la Religion, formando una familia unida y compacta, cuyas voluntades se condensaron en la soberana voz de la Iglesia, á quien tomaron, desde entónces, por madre, consejera y árbitra de sus destinos. Diéronse al olvido las injurias humanas, los perjuicios y daños, que recíprocamente se infirieron, fijándose sólo en los atropellos y vejámenes, sufridos por los peregrinos y carabanas religiosas de los santos lugares; despreciaron los intereses materiales, y se inspiraban en los bienes imperecederos de la eternidad; se establecieron las treguas de Dios, suspendiéndose las hostilidades civiles é internacio-

nales, y se dispusieron á lanzar impetuosamente contra los enemigos de la cruz la gran masa de sus fuerzas.

Los bandidos, salteadores de caminos y gente de mal vivir, abandonaron la profesion salvaje, que los hacía detestables á los pueblos cultos, y se alistaron bajo las banderas de la Cruz: declaráronse lugares de asilo las iglesias y edificios sagrados, abiertos al culto: los señores feudales enagenaron sus feudos, y comprándolos los pueblos y los reyes, se propagó la propiedad predial, centralizada en los nobles, por todas las clases, y se dió amplitud á las coronas de los soberanos, limitadas por la insolencia y audacia de los grandes.

Los señores feudales eran una especie de reyezuelos, que tenian á su disposicion extraordinarios capitales y ejércitos numerosos de esclavos, á quienes armaban en casos necesarios, y declaraban guerra á los soberanos de Europa, cuyas testas coronadas abatian las más veces, y cuyos tronos conmovian, forzándolos á entrar en arreglos humillantes y deshonrosos de paz. Si las fuerzas del enemigo eran superiores, se coaligaban, y les oponian una resistencia tan desesperada, que se veian precisados á recurrir á la fuga, dejándose, en el teatro de la sangrienta refriega, innumerables víctimas, afrentoso testigo de la derrota, que sufrian sus huestes. Otras veces se desavenian por el más fútil motivo, y el equilibrio social, en que se balanceaban las fortunas y los recursos de defensa, hacía tan sensible la susceptibilidad y el honor de los caballeros, que con dificultad venian á un acuerdo mútuo; estallando por lo regular los ódios en las guerras civiles, que empeñaban, turbando la pública tranquilidad de los pue-

blos con el desórden y la anarquía, en que envolvian la sociedad. Estas plagas terribles cesaron á la aparicion de las Cruzadas, porque los señoríos feudales se desquiciaron, pasando la propiedad territorial, que los constituia, al Estado y al individuo; con lo que, los reyes ejercieron sin trabas el dominio sobe rano de sus coronas sobre los pueblos, y éstos se libraron á la vez de las guerras civiles, que comprometian sin cesar los sagrados intereses de la paz, vida y riqueza.

Hácia el año 1020, unos comerciantes de Amalfí construyeron, á sus expensas y en derredor del Santo Sepulcro, un hospicio, llamado «Hospital de San Juan» cuyo objeto era albergar á los peregrinos: recibió la Regla redactada por el superior, y sancionada por los pontífices, PASCUAL II y CALIXTO II; con cuyo requisito se revistió del doble carácter religioso y militar. De tres clases eran los indivíduos, que componian esta órden mixta: eclesiásticos, que se ocupaban en asuntos puramente espirituales; legos que tenian á su cargo el cuidado material de los enfermos; y caballeros, cuya incumbencia era proteger, con las armas en la mano, á los indefensos cristianos y peregrinos de Jerusalen.

HUGO DE PAYENS, y GODOFREDO DE SAINTOMERZ, fundaron la ínclita órden de los *Templarios*, cuyo orígen fué tan pobre, que el patriarca de Jerusalen subvenía á sus necesidades, y el rey les cedió un albergue en una modesta casa, contígua al Templo de SALOMON. El principal objeto de su institucion, fué sustraer á los peregrinos de los peligros de los musulmanes. SAN BERNARDO escribió la Regla que, en punto á caridad, ordenaba, entre otras cosas, que, cuando falleciera algun caballero de la Orden, se adju-

dicára su racion á los pobres por espacio de cuarenta dias.

En 1128, WALPOL, aleman de nacimiento, erigió, de concierto con su esposa, un hospicio en Jerusalen bajo la advocacion de SANTA MARÍA, cuyo fin original fué cobijar á los peregrinos, procedentes de su nacion. Esta órden, conocida con el nombre de «*Orden Teutónica*» fué regida por una Regla, formulada por San Agustin, y aprobada por CLEMENTE III.

CAPITULO II

Clasificacion de las pruebas.—Regeneracion del mundo antiguo por el Clero

Reseñaremos compendiosamente la doctrina excelente de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y la compulsaremos con la monstruosa religion pagana, evidenciando, por este paralelo que entablamos entre ámbas religiones, que el Politeismo precipitó al mundo en el borde del Sepulcro, y el Cristianismo se apresuró á salvarlo; que aquel hirió de muerte á la humanidad con los puñales de sus sangrientas máximas, y éste cicatrizó sus heridas con el salutífero espíritu de sus preceptos.

Considerada la Religion cristiana en abstracto, sería, hasta cierto punto, ineficaz; y por consiguiente, inútil á la sociedad: es preciso, pues, estudiarla en concreto, ó con aplicacion á los fieles que la practican, y la enseñan: sólo en este concepto, rinde sus beneficios al mundo. Prescindimos ahora de los fieles que forman la Iglesia creyente, y nos contraemos á

los individuos de la Religion que la publican, y que componen la Iglesia docente, en cuyo número, incluimos todos los sacerdotes de la Nueva Ley, ó sea el Clero católico.

Siendo JESUCRISTO el primer sacerdote de la Iglesia Católica, en tiempo y dignidad, describirémos á rasgos generales su vida, que es un tejido de obras benéficas, y sus milagros, que llevaron el consuelo á todas las clases desvalidas.

A la claridad de la historia, luminosa antorcha que nos ha de preceder en la carrera de nuestras aseveraciones, se convencerá el lector, de que los Apóstoles, sucesores inmediatos de JESUCRISTO en el desempeño del Sacerdocio que Él incohó en la tierra, siguieron constantes sus huellas humanitarias, estampadas en el sendero de la caridad, por el que, marcharon tambien invariablemente todos los individuos del Clero, que, en el transcurso de los siglos, se fueron creando en la Iglesia Católica.

Este tratado que, al primer golpe de vista, parece extremadamente prolijo, al llevarlo al terreno práctico, lo reducirémos á estrechos límites, puesto que no intentamos citar uno á uno todos los varones eclesiásticos, que se distinguieron en los diversos ramos, que abraza la caridad: esta empresa, sobre ser enojosa é intempestiva, nos distraería notoriamente del objeto que hemos dado á esta seccion, que no es otro que confirmar históricamente la caridad clerical. Nos ceñirémos, por tanto, á los individuos del Clero superior, que se hayan dado á conocer por la misericordia cristiana, eligiendo alguno que otro en cada siglo, prescindiendo del Clero inferior, cuyos miembros marcharon indeclinablemente al compás de aquél, en el desempeño de su ministerio; abrigando

la idea de que, por este camino, llegarémos felizmente al puerto de la verdad, que enuncia el epígrafe de este tratado.

Consultando con el órden y la caridad, clasificaremos las pruebas de la materia en cuestion, en generales y particulares: reduciremos las primeras á cinco, presentándolas en el órden siguiente:

1.ª Estado lamentable del mundo, al advenimiento de JESUCRISTO.

2.ª Uso de los bienes eclesiásticos que han hecho los clérigos, desde la más remota antigüedad.

3.ª Los Concilios.

4.ª Instituciones monásticas.

5.ª Establecimientos de sociedades caritativas ó beneficiarias.

Exhibiremos las pruebas particulares en este órden:

1.ª JESUCRISTO y los Apóstoles.

2.ª Los Papas.

3.ª Prelados de carácter especial.

4.ª Prelados célebres por su abnegacion á favor del pobre.

5.ª Prelados medianeros á favor de los criminales, de los individuos y de los pueblos, vejados por los reyes y tiranos del mundo.

Nos ocuparemos ahora de las generales.

A la aparicion de JESUCRISTO en el mundo, ofrecía éste, en todas sus fases, un cuadro desgarrador: por donde quiera, reinaba la anarquía y el cáos más espantoso; las vergonzosas pasiones, desencadenándose cual deshecha tempestad, hacian retemblar la tierra con el pavoroso estruendo de sus bramidos; los infames vicios, encarnados en la sociedad, tiranizaban al hombre; el insoportable orgullo, el detes-

table despotismo y la más refinada ambicion, devoraban las clases bajas; la horrible venganza, la negra ingratitud, la exécrable perfidia, la temible desesperacion, inspiraban sérios temores y crueles sospechas á los nobles y opulentos; la desenfrenada lujuria, la hambrienta gula, la torpe embriaguez, el repugnante homicidio, el cobarde suicidio, eran enemigos comunes á todas las categorías sociales; en fin, cuanto hay de más degradable á la humanidad, cuanto hay de más detestable á la razon, cuanto hay de más opuesto al sentido comun, estaba sancionado en los códigos, por los que se regian los pueblos de la antigüedad. La fuerza bruta, el poder de las riquezas, el despotismo de los gobernantes, los títulos de nobleza, absorbian, con violento soplo, la vida azarosa de la abyecta plebe, á cuyo favor y garantía personal, ninguna ley se redactaba, ninguna providencia se dictaba.

El espíritu de todas las legislaciones antiguas, de todas las decisiones imperiales, de todos los acuerdos del Foro, de todos los fallos de los tribunales, era consignar los derechos y privilegios de las gerarquías sociales más distinguidas: todos los goces, todas las libertades, todas las garantías, cedian en beneficio de la nobleza; la esclavitud, los vejámenes, la opresion y la tiranía, eran exclusivamente para la agobiada plebe, de quien se servía aquella, como instrumento de sus culpables goces y bárbaras diversiones, ó de estribo para encumbrarse en el poder. Los tormentos, las cadenas, las mazmorras, la miseria, la muerte, eran el patrimonio comun de los pobres y desvalidos: los placeres, el lujo, la gloria, las riquezas y las diversiones, eran la divisa de los nobles y poderosos. A ningun desgraciado le era per-

mitido expresar los sentimientos del dolor y del tormento, que sufria; cualesquiera que fuesen las circunstancias de la vida, sólo se toleraban los signos expresivos de alegría y gozo: los ayes, los lamentos, las quejas, eran reputados por enormes delitos, y por consiguiente, correspondidos con los azotes, el látigo y la muerte: era forzoso que el paciente se violentase ó desnaturalizase, mostrándose insensible á los golpes del verdugo, para no caer en desgracia con los señores, y agravar más su angustiosa suerte, si manifestaba con algun signo, los dolores que sufria. Los esclavos se ocupaban, al horroroso estrépito de las opresoras cadenas que arrastraban, en cultivar las tierras y en otras faenas duras del cuerpo, que agotaban sus lánguidas fuerzas: constituian su alimento el pan, sal y agua: por la noche iban á buscar el descanso á las lóbregas mazmorras, respirando con trabajo el escaso aire, que penetraba por las grietas de aquellas mansiones del dolor. Los leones, las panteras y todas las fieras, destinadas á la diversion del populacho, eran preferidas á los hombres, puesto que la vida de aquellas estaba garantizada por una ley especial, cuyo quebrantamiento llevaba la muerte á sus autores; miéntras la humanidad era impunemente destrozada en los sangrientos circos de los gladiadores.

De la degradacion antigua, que tanto deshonraba la especie humana, participaban indistintamente todos: el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, estaban infestados de esta peste comun. ¡Qué idea más absurda debia alimentar de los derechos naturales del hombre el emperador CALÍGULA, cuando ansiaba ver á todo el linaje humano en una sola cabeza, para tener el bárbaro placer de exterminarlo con un solo golpe! Su excesiva crueldad llegó al extremo de es-

perar las sangrientas funciones del circo, con el grato pasatiempo de alimentar las fieras con carne humana. Pasamos en silencio la inaudita ferocidad de NERON, que descuartizó á su madre, para cerciorarse del lugar que ocupaba, ántes de nacer; que hizo perecer á sus más próximos parientes, á sus más confidentes amigos y á sus más leales parciales. Pero ¡qué es de extrañar, que un emperador, cuya crueldad se ha hecho proverbial en los siglos, se entregára á escenas de este jaez, cuando el bondadoso TITO, despues de haber arrasado la Judea, y de haber hecho 70.000 prisioneros, los amarró, cual si fueran furiosos mastines, á las veloces y resonantes ruedas de su carroza triunfal, y los paseó por la orgullosa Roma, arrojando tres mil de ellos á las fieras, para solemnizar el natalicio de su padre VESPASIANO!

PAULO EMILIO hizo 15.000 prisioneros de las muchas ciudades arrasadas por el furioso vendabal de la guerra, repartiendo, como rico botin entre sus huestes aguerridas, el importe obtenido de su venta en los mercados públicos. Rosas y Ampurias, ciudades de España, cayeron bajo las aceradas garras del águila imperial, siendo reducidas á pavesas por el rayo abrasador de las batallas. Habiéndose apoderado de los invencibles hijos del Tíber de la Lusitania, el emperador GALBA pasó á degüello á sus habitantes.

A cualquier sospecha del emperador, se sacrificaban las vidas de millares de ciudadanos; siendo de notar, que los parientes de las víctimas no podian expresar su sentimiento, cubriéndose de luto: quedaban obligados á celebrar con júbilo las sangrientas fiestas, haciendo todas aquellas demostraciones públicas de alegría y contento, que eran de costumbre, á imitacion del resto de los ciudadanos.

JULIO CÉSAR, ese clementísimo emperador, que es un punto de bondad en la dilatada série de los tiranos que esclavizaron el mundo, hizo asesinar bárbaramente en Abarico á 40.000 ciudadanos, despues de haber exterminado los galos y vendido en pública almoneda 63.000 habitantes.

Eran incontables las víctimas, que ensangrentaban el circo, degollándose mútuamente para divertir al populacho; viéndose obligados los combatientes, ántes de emprender la lucha, á saludar al CÉSAR con la fórmula de «*Salve, Cæsar;*» «*Los que van á morir, te saludan,* CÉSAR.» El infanticidio habia sido sancionado por una ley de RÓMULO, posteriormente confirmada en las Doce Tablas. El pudor era tenido por un crímen: la hija de SEYANO, de nueve años de edad, fué violada por el verdugo, ántes de ser ahorcada: el grave CATON, no se desdeñaba de asistir á las fiestas impùdicas de FLORA. El repudio era muy usual entre los romanos y pueblos antiguos: CATON entregó su mujer en estado de gestacion á HORTENSIO: muere éste, habiendo designado á aquella por heredera de sus bienes, y aquél la volvió á tomar: CICERON repudió á TERENCIA, y se casó con su pupila PUBLÍLIA: NERON se casó públicamente con el liberto PITÁGORAS: instituyó aquellas fiestas juvenales, en las cuales, las mujeres de mayor distincion, alternaban con los senadores y caballeros en los cantos obscenos. La muerte era una de las diversiones más célebres de aquel pueblo, hambriento de goces: del espectáculo de la prostitucion, se pasaba á contemplar las convulsiones de un hombre moribundo.

Y ¿quién contuvo el mundo en su precipitada carrera de agonía y muerte? El Clero que contrapuso la doctrina de JESUCRISTO á la licencia y desbor-

damiento moral del paganismo: el Clero que, habiendo recibido del cielo la mision de regenerar la moribundad sociedad, él sólo era poderoso, para recetar remedios á las diversas enfermedades morales, que la precipitaron al borde del sepulcro: él, anunciando, como Sacramento, el Matrimonio, afianzó el vínculo conyugal, encarnó el pudor en las doncellas, enseñó á los libertinos á respetar la virginidad, dió un golpe de muerte á la prostitucion, condenó la poligamia, impidió el infanticidio, legitimó la prole y garantizó los derechos de la mujer: publicando la igualdad moral, abolió la esclavitud, proscribió la tiranía, introdujo el derecho de gentes, reprimió las violencias, los excesos y arbitrariedades del Poder, de los nobles y opulentos, é hizo reconocer los derechos del pobre: él, anunciando el dogma de la unidad de Dios, destruyó la idolatría, suprimió las nefandas fiestas, consagradas á los dioses: él, promulgando la existencia de los premios y penas de la otra vida, resucitó las virtudes, alejó los vicios y suavizó las costumbres. ¿Qué fuerza hubiera sido capaz de contener el impetuoso torrente del mundo antiguo? ¿Qué elemento se hubiera prestado, en defecto del Clero, á reformar al hombre envilecido y degradado? Consúltese la historia, medítese con calma el deplorable estado de la antigüedad, y nos convenceremos, de que el urgente cambio, que reclamaba la degradada humanidad, sólo podía derivar de la doctrina de Jesucristo, predicada por el Clero y confirmada por su ejemplo.

¿En dónde sinó encontraríamos el remedio? ¿En los esclavos? No: éstos se hallaban envueltos en los mismos crímenes, participaban de los mismos defectos, adolecian de la misma impotencia que los seño-

res. ¿En el ejército? Tampoco: la relajacion de la disciplina había producido en el cuerpo del ejército un desenfreno é inmoralidad tal, que sólo obedecía al oro, que se ofrecía en aras de la rebelion; por manera que, cuando algun alzamiento militar daba emperador al trono de los Césares, éste se distinguía de los que le habian precedido, por los vicios con que deshonraba el Imperio. ¿En la plebe? Nada ménos: ésta agravó la postracion, en que la habian sumido las leyes, con el contagio de la peste, que había invadido á todos. ¿En la nobleza? Imposible: ésta abusaba torpemente de los pretendidos derechos de su elevada clase, ultrajando la pobreza, á quien hacía servir de instrumento pasivo á sus monstruosos planes de ambicion y gloria. ¿En el poder? De ninguna manera: éste sancionaba, con decretos y leyes imperiales, las desgarradoras escenas del sangriento circo, las nefandas fiestas populares, las representaciones obscenas del teatro y todos los actos de inhumanidad y barbarie, que degradaban al pueblo romano. ¿En la literatura? ¡Ah! Los oradores y filósofos, no estaban exentos de la corrupcion comun: se mezclaban con el pueblo en todas las diversiones culpables, asistian con él al circo, do se despedazaban mútuamente los infelices gladiadores, presenciaban las fiestas usuales de sangre y liviandad, tenian sus palcos en los teatros de corrupcion, en donde se hacía alarde de lucir el vicio y escarnecer la virtud. Luego, fuerza es convenir, en que la saludable trasformacion, que sufrieron las relajadas costumbres de la antigüedad, nació de la santa doctrina de JESUCRISTO, predicada por el Clero y confirmada con su ejemplo.

Con la elocuencia de su voz, hizo comprender al

mundo, encenagado en los vicios, las saludables ventajas del Cristianismo sobre el Politeismo; y con el ejemplo práctico de su caridad y mansedumbre, indujo á todos á profesarlo: la plebe sucumbió á su doctrina, al peso de sus beneficios y al sol de la ilustracion que le prodigaba; las clases elevadas por la nobleza, poderío y letras, se rindieron á la fuerza de su manso y sufrido carácter, y al ascendiente de su profunda sabiduría; pero los individuos del pueblo bajo, siguieron expontáneamente las banderas gloriosas de la Religion, á la primera impresion que hicieron en sus ánimos la predicacion y la conducta ejemplar. Los filósofos y literatos se resistian, pero habiendo entrado con él en el palenque de la controversia, se convencieron, á la superioridad de sus luces, de las verdades que inculcaban, y abjuraron la idolatría públicamente, para abrazar el Catolicismo. A imitacion del imperio romano, sucumbió en la Edad-Media, al influjo poderoso del Clero, el poder de los bárbaros, cuyos reyes dejándose dominar de los obispos, introdujeron en sus leyes, códigos y providencias gubernativas, el espíritu dulce de caridad, que entraña el Cristianismo. Todas las monarquías, en que se desmembró el imperio de los Césares, basaron su legislacion en los cánones de los concilios, de cuya sabiduría, caridad y prudencia, van impregnadas sus leyes.

¿En qué fuentes bebió su humanidad y sabiduría el Código Visigodo? ¿En las asambleas populares? No; en las juntas conciliares, puesto que sus autores fueron, en su mayor parte, prelados católicos.

Los monges abandonando los cláustros, respetados por los bárbaros, se derramaron por los pueblos en calidad de misioneros; y armados de ciencia y ca-

ridad, conquistaron los corazones de los reyes, á quienes enseñaron á gobernar los pueblos con prudencia y caridad. Como los misioneros católicos tenian por consigna de su conducta apostólica, defender la causa de los pobres y desvalidos, y proveer á todas sus necesidades temporales y espirituales, intercedian por ellos con los reyes, magistrados y poderosos de la tierra; velaban por la salud de los enfermos; asistian á los hospitales y tribunales con harta frecuencia; intervenian en las asambleas legislativas, inoculando el espíritu de caridad en los códigos y constituciones, que redactaban; formaban parte en las juntas, encargadas de conocer en delitos secretos; y en suma, el respeto, que inspiró á los reyes su vasta ilustracion, y la gratitud que mereció á los pueblos su noble generosidad, les dieron un ascendiente tan elevado sobre ellos, que en breve ocuparon todas las esferas judiciales del Poder supremo; siendo por lo regular los concilios los únicos puntos, donde se discutian los graves asuntos del Estado y las cuestiones de la Iglesia.

Con las mismas armas, que conquistó el Clero católico á los emperadores romanos y reyes bárbaros, dominó al resto de los soberanos del globo, á cuyo ejemplo, fueron sucumbiendo, á su dulce y suave yugo, los pueblos respectivos. Pertrechado con el báculo y el Evangelio, contuvo las invasiones, haciendo retroceder de los pueblos las huestes enemigas de los feroces conquistadores; sofocó los movimientos, y apagó las guerras civiles; extendió su dominacion espiritual sobre los pueblos salvajes, cuyos feroces instintos reprimió, cuya saña mitigó, cuyas guerreras costumbres dulcificó, infiltrando en sus corazones el saludable temor de las penas del infier-

no y de la cólera celeste: en fin, arrostrando insultos, ultrajes, nieves, escarchas, hielos y persecuciones de todas clases, penetró en todos los pueblos del mundo, civilizando á sus salvajes moradores con sus luces, y humanizándolos con preceptos caritativos de una Religion santa; la que, á pesar de su oposicion con la carne y gustos del mundo, abrazan por fin, con inaudita decision, merced á su predicacion, consejos y ejemplo. Despues de haberlos conquistado, celebra concilios, en donde delibera sobre el bienestar de sus hijos espirituales, cuya felicidad promueve, estableciendo leyes humanitarias, por las que se gobiernan reyes y súbditos.

CAPITULO III

Pía inversion de los bienes eclesiásticos por los clérigos antiguos

Los fieles que vivieron en la infancia de la Iglesia, al abrazar el Catolicismo, se desprendian voluntariamente de todas las consideraciones y respetos humanos, de las delicias de la pátria, afecciones de familia y de todas las trabas, que pudieron servir de rémora al servicio del Dios verdadero, que habian reconocido por plena conviccion; y como las riquezas son por lo regular los óbices más invencibles, en que tropieza el cumplimiento de los deberes cristianos, enagenaban su patrimonio, y el importe era destinado á los fondos comunes, que estaban bajo la vigilancia de los Apóstoles; quienes proveian, con estos recursos pecunarios, á las necesidades de los primitivos cristianos, que vivian en una especie de comunidad. Como la patente de cristiano era la única credencial que se exigía, para ingresar en aquel cuerpo de creyentes; y como el cristianismo abría

sus puertas á todos en general, se colige que la corporacion apostólica cobijaba en su seno á infinitos pobres, que no contribuian con un óbolo siquiera al sostenimiento del comun depósito; sin embargo, sus necesidades eran cubiertas por las manos próbidas de los Apóstoles, que administraban aquellos bienes de los fieles con tan justa y ordenada caridad, que no hacian distincion entre el pobre y el rico, el noble y el plebeyo, el idiota y el literato.

En prueba de la equitativa igualdad, con que los Apóstoles querian atender, y atendian á las necesidades de sus congregados hijos espirituales, traeremos á la memoria la sábia é imparcial conducta, que desplegaron en zanjar una insignificante desavenencia, que se suscitó entre los fieles, con motivo de intereses. Abrigando sospechas las viudas romanas, de que las viudas de los hebreos eran atendidas con preferencia y ventajas en la participacion de los alimentos ó disfrute de los bienes, que la consabida comunidad de los primitivos cristianos cedía á los pobres, elevaron sus quejas á los Apósteles, los que, para cerrar la puerta á todas las cuestiones, que en lo sucesivo pudieran ocurrir por sospechas justas ó infundadas sobre parcialidad en la administracion de los intereses ó haberes, que se distribuian entre los fieles, celebraron un concilio, cuya presidencia ejerció el príncipe de los Apóstoles, y en el que, prévia la invocacion del Espíritu Santo y la competente informacion, eligieron, al eco desapasionado de la opinion pública, siete diáconos de la más alta reputacion entre el pueblo; los que, á más de ocuparse en la predicacion de la divina palabra y otros actos del ministerio eclesiástico, se encargaron de repartir en adelante, equitativa y proporcionalmente á la

pobreza cristiana, los bienes de la comunidad.

El espíritu de caridad que animaba ya á los sacerdotes de los primeros siglos cristianos, se traslucía en todos los actos de su vida, hasta en las funciones de su sagrado ministerio. En efecto, los fieles eran libres por necesidad, pero no por coaccion, para ejercer las venerandas prácticas de la Religion, que habian profesado; por cuyo motivo, huyendo del público, buscaban las catacumbas, las casas privadas y sitios más excusados; todos los cuales servian de iglesias en la antigüedad, para cumplir, como en los tiempos presentes, los deberes cristianos: allí congregados oraban, bajo la presidencia sacerdotal, al Dios del Evangelio por las necesidades comunes y propias de cada uno de ellos en particular: allí asistian, con fervorosa actitud y ejemplar recogimiento, al Santo Sacrificio de la Misa: allí escuchaban, con atencion profunda y recta intencion, los sublimes discursos de eterna verdad, que se pronunciaban por aquellos varones apostólicos, inflamados en el santo fuego de la caridad, y decorados con el ornato de las ciencias; allí saciaban su alma contemplativa con el *angélico pan* de la Augusta Eucaristía, que recibian diariamente con lágrimas de gratitud y el corazon destrozado de arrepentimiento; allí, en fin, se consagraban á todos los santos ejercicios de la Religion, que profesaban.

Celebrados los sacrosantos misterios, los sagrados ministros practicaban obras de caridad; tales, como los consejos y reglas, que suministraban á los fieles, para reglamentar su vida; tales, como las limosnas, que repartian entre los pobres asistentes; tales, como los pleitos, que pacífica y gratuitamente fallaban, reconciliando los ánimos de los contrincantes, leve-

mente ofendidos; tales, como los agapes ó convites de caridad, con que coronaban las funciones, y de los cuales participaban indistintamente pobres y ricos.

Como la Iglesia, en los tres primeros siglos, era forzosamente independiente del Estado, puesto que los emperadores, fascinados con la mágica idolatría, se negaron con fanática pertinacia á reconocerla, el Clero no participaba del Tesoro público, en cuya mesa saciaban su apetito los falsos sacerdotes; y en su consecuencia, se veia precisado á sostenerse á expensas de la caridad pública de los fieles, que, profundamente agradecidos á los trabajos y sudores de la predicacion y demás actos del ministerio, que desempeñaban en beneficio de sus almas, y á las molestias é impertinencias, que gratuitamente se tomaban en su provecho y utilidad, le dispensaban graciosos donativos, que denominaban ofertas, con los cuales proveian á su subsistencia y la de los pobres. En el siglo IV, la Iglesia se levantó de la postracion en que yacía, y empezó á brillar públicamente en las regiones civiles y en la encumbrada esfera del Poder, gracias al magnánimo CONSTANTINO, que habiendo abrazado el Catolicismo, le dió toda aquella fuerza y predominio, que reclamaban su orígen y carácter divino.

El apogeo de grandeza, á que en esta época de gloria se elevó el Cristianismo, abrió al Clero un período floreciente de riqueza y opulencia, en atencion á que procedió inmediatamente al goce de las pingües rentas, al disfrute de los honrosos cargos del imperio, y á la posesion de los privilegios y condecoraciones de los sacerdotes idólatras, que, al esterminio de los dioses ilusorios, se hundieron en la sima del olvido. El círculo de los fieles se agrandó á medi-

da que la Religion, empujada por el móvil del Poder, avanzó en la ilustre carrera de su exaltacion y engrandecimiento; y por consiguiente, las ofertas de los fieles de dia en dia eran más numerosas y de mayor cuantía: y como quiera que el Clero no podia rehusarlas sin menoscabo de la Religion que preconizaba, puesto que eran hijas de la devocion, vió impensadamente acrecentarse el patrimonio de la Iglesia con las improvisadas fuentes de riqueza, que habian abierto los repentinos cambios de la Religion y de la política.

Pero los ministros de la Religion retuvieron en la prosperidad la moderacion y la templanza acostumbradas, conduciéndose, en la mesa, en el vestido y en el ajuar doméstico, con una modestia y sobriedad edificantes, cuyo humilde y comedido porte contrastaba ridículamente con las fastuosas costumbres de los sacerdotes gentiles; los cuales hacian marchar el suntuoso tren de sus necesidades ficticias, al compás de su brillante posicion y elevada fortuna; miéntras aquellos reducian el económico presupuesto de los módicos gastos de su persona y casa, á la frugalidad de sus alimentos, á la modestia de sus vestidos, al humilde equipo de sus viviendas, á cuyos escasos y modestos extremos se reducía el círculo estrecho de todas sus necesidades, consagrando el resto de los bienes al sostenimiento de los pobres y de los hospitales.

El cambio de fortuna y posicion social, que esperimentaron los indivíduos de la Religion Católica, pasando del olvido, en que yacían sepultados en el discurso de los tres primeros siglos, al más elevado grado de pujanza, no alteró aquel comportamiento de humanidad, que desarrollaron, al iniciar su mision;

comportamiento del que se ocuparon SAN JUSTINO, CUADRATO y TERTULIANO, en cuasi todas las apologías, que en defensa de la Religion dirigían al Senado y al emperador unas veces, y al pueblo romano otras. Los mencionados defensores de la primitiva Iglesia, aspiraban á demostrar á los sugetos y corporaciones romanas, á quienes dirigian sus apologéticos escritos, la superioridad del Cristianismo sobre el Politeismo, oponiendo las obras de caridad de aquél, á los repugnantes actos de barbarie y crueldad de éste, deduciendo del paralelo antitético, que establecian entre ámbas regiones, la falsedad de la idolatria y la veracidad del Cristianismo.

Pusieron de manifiesto, que los gentiles empleaban todo el dia en presenciar los sangrientos espectáculos del circo, en la prostitucion, en las obscenas fiestas, en las torpes orgías, en las saturnales y bacanales, en goces culpables y en diversiones criminales; y al contrario, los cristianos empleaban el tiempo en reprimir la carne con austeros ejercicios de penitencia y mortificacion, en encomendar sus almas y las de sus prójimos á Dios, en prodigar limosnas á los indigentes, y en dispensar proteccion y consuelo á toda clase de afligidos y desgraciados; que los gentiles practicaban el infanticidio, para entregarse á bandera desplegada á los placeres carnales, ó para evitarse el disgusto de ver desarrollarse en torno suyo la pobreza; y al contrario, los cristianos acogían con un gozo indescriptible á los niños abandonados, y los albergaban en casas de caridad, á cuya benéfica sombra, se desarrollaban, se educaban, y rendían con el tiempo á la sociedad sabrosos frutos de utilidad y provecho: que los gentiles agravaban la condicion amarga del pobre, reduciéndole á la es-

clavitud, y haciéndole servir de instrumento á sus nefandas pasiones, ó arrojándole á las fieras, para divertir al populacho; al contrario, invertían sus rentas los cristianos en proveer de alimento á las viudas desvalidas, en dotar á las pobres huérfanas doncellas, para habilitarlas al santo estado del matrimonio, levantando una valla inaccesible á las horrorosas invasiones de la carne y de la miseria; y así, progresivamente, recorrieron los intrépidos y sábios adalides del Evangelio la escala de los beneficios, que los primitivos fieles, de concierto con los obispos y sacerdotes, imprimían en la senda gloriosa de su vida, al paso que descubrieron la série espantable de inhumanidades, que marcaban en la carrera de la vida las sangrientas huellas del gentilismo.

La Religion sufrió las alternativas de pujanza y abatimiento, bajo la influencia de los emperadores que sucedieron en el trono de los Césares á Constantino; puesto que unos se declaraban católicos, é imprimian á la Iglesia militante un carácter oficial, ingiriéndola en el Estado, en cuyo caso, los sacerdotes cristianos disfrutaban de las rentas públicas y de todas las consideraciones, debidas á su condicion: otros se mostraban parciales de la idolatría, colmando de beneficios á los funcionarios públicos de la religion que prohijaban, y vejando con incesantes persecuciones al Cristianismo y á sus sagrados ministros: sin embargo, el Clero se fué abriendo paso á la conquista de todo el mundo, á través de los reveses que de tiempo en tiempo le suscitaban sus fanáticos y encarnizados enemigos, hasta el advenimiento de los bárbaros al Poder, desde cuya época empezaron á cesar por completo los peligros, que venía corriendo á la sombra inconstante de los volubles emperadores,

y á seguir una marcha regular é invariable por la gloriosa senda de los triunfos morales.

En efecto, los indómitos conquistadores del Norte, desquiciaron el colosal imperio de Occidente, y sobre sus escombros y ruinas, erigieron várias monarquías, introduciendo, en la vasta region del Poder, una transformacion radical, igual á la que experimentó el mundo espiritual, al poderoso influjo del Catolicismo, predicado y enunciado por los sagrados ministros. Los bárbaros, pues, dieron en traste con las instituciones de los romanos; pero la Religion cristiana impresionó tan enérgicamente los ánimos de los feroces invasores, que, á medida que avanzaban en las conquistas, caian bajo su dulce yugo; siendo á la vez vencedores y vencidos: vencedores por la fuerza, y vencidos por la moral del Evangelio: vencedores en la guerra, y vencidos en el campo pacífico del Cristianismo: vencedores de la espada enemiga, y vencidos por las armas espirituales de los sacerdotes católicos, única clase que respetaron, en el sangriento curso de sus belicosas y desoladoras campañas. Los bárbaros se dejaron dominar de tal modo del Clero, que le tomaron por consejero y árbitro de su conducta y gobierno; de modo que éste subió, en la Edad Media, á la más elevada cumbre de gloria y engrandecimiento.

En todas las épocas que atravesó, tuvo el Clero á su disposicion bienes, para ejercer la caridad á favor de los pobres, á cuyas necesidades atendía, con incansable afan, despues de cubrir con estrechez las propias; pues, cuando dejaba de percibir renta del Estado, por soplarle adverso el viento de su fortuna, se ceñia á los recursos caritativos de los fieles, de los que aún cercenaba una parte, para subvenir á las

miserias, que había de remediar. Desde los primeros siglos de la Iglesia, reglamentó sus escasos bienes la disciplina, poniendo una cortapisa á los gastos de los sacerdotes en beneficio de los pobres, á cuyas necesidades consultaban todas las reformas, que introducía en sus intereses y en su policía externa. Los obispos, y demás individuos del Clero, se obligaron á mantener los pobres de sus respectivos distritos, por la nueva clasificacion que se hizo de los bienes eclesiásticos; pues de las cuatro partes, en que éstos quedaron definitivamente divididos, dos cedian en beneficio del Clero, una se destinaba al reparo y construccion de los templos, y otra se sacrificaba en aras del prójimo necesitado; así es, que la clase sacerdotal debía ser forzosamente parca en el uso de las riquezas, puesto que no podía disponer á su arbitrio de las rentas de sus prebendas: pues, además de su carácter, eminentemente compasivo y del espíritu de caridad que caracterizaba la Religion, la disciplina vigente, como hemos consignado, había puesto un coto, en el terreno de sus intereses, para cuidar de los pobres, á quienes se había adoptado por hijos.

Si lanzamos una mirada retrospectiva y desapasionada á la vida del Clero antiguo, nos convenceremos de la glacial indiferencia, con que miraba éste los intereses terrenos, y del sumo cuidado que le inspiraban las miserias y dolencias ajenas. En efecto, la estrechez á que se reducía, la ingeniosa economía en que vivía, el modesto aspecto de sus personas, el humilde menaje de sus casas, la frugalidad y abstinencia en las comidas, su moderacion en el vestir, todo respiraba caridad hácia el prójimo abatido, aspereza y rigor para sí; puesto que, como se ha di-

cho, los modestos ahorros de esta vida continente y austera, cedian en beneficio de la ajena desgracia. Aunque con el tiempo, cayó en desuso el reglamento disciplinario de los bienes eclesiásticos, que hemos mencionado, dejando al Clero libre en el uso de sus bienes; con todo, no cejó éste en la piadosa costumbre de reservar parte de sus rentas, para satisfacer las necesidades de los fieles, llevando algunos de sus individuos su generosidad al extremo de enajenar el patrimonio paterno, para destinarlo á obras de misericordia. La disciplina antigua reglamentó tambien el uso de las rentas, dimanantes de las prebendas y beneficios eclesiásticos, declarando al Clero libre, para disfrutar de sus haberes, en proporcion á sus necesidades; pero imponiéndole el deber de consagrar los sobrantes á los fieles necesitados y empadronados en el rádio de las iglesias, cuyos eran los beneficios, que gozaban.

En ningun caso, le era permitido á clérigo alguno, por elevada que fuese su gerarquía, poseer á la vez dos, ó múltiples prebendas; en la inteligencia, que esta ley se cumplía con tanto rigor, que no se dispensaba, á no mediar alguna causa grave, que redundára en utilidad del pobre. La historia nos cita dos casos de excepcion en las personas del obispo HUGO y del monge ALCUINO; los cuales disfrutaron á la par múltiples prioratos y obispados por una condescendencia compasiva de caridad, por cuanto CÁRLOS MARTEL, pretendía poner en posesion de ellos á los nobles del Reino, á fin de invertir sus rentas en los gastos de guerras imprevistas con perjuicio irreparable de los pobres; los que, disfrutando las prebendas sujetos eclesiásticos, tenian derecho á las rentas de los excedentes, puesto que éstos no podian

usar en estos casos más emolumentos que los que rendía un solo beneficio de los dos ó más, que poseían; siendo de los restantes unos meros procuradores. En fin, nunca podía el Clero enriquecerse con los bienes procedentes de la Iglesia, porque se consideraba como mero administrador de los pobres, á quienes se creía obligado á rendir cuentas de las rentas eclesiásticas, cuya propiedad tenía por una usurpacion.

Los sacerdotes católicos no podian ménos de captarse los aplausos del público, y granjearse el aprecio de todos, con una conducta que tendía á perjudicarse á sí propios, y labrar la felicidad de sus semejantes. Ellos se despojaban de la túnica, exponiendo su cuerpo á los rigores del frio, para cubrir al desnudo; ellos se abstenian del alimento, y se privaban de manjares exquisitos, para dar de comer al hambriento; ellos se enterraban en el polvo de las escuelas y sacrificaban su amor propio, descendiendo á veces al nivel de los jóvenes groseros, para curar su ignorancia; ellos cortaban los pleitos, apagaban el fuego de las discordias, que se levantaban entre los fieles, y lograban reconciliar los ánimos de los enemistados, arrostrando las más veces, en recompensa de tan importante beneficio, la befa de los mundanos y la cólera de los vengativos; ellos sacrificaban el reposo del sueño, la libertad, la vida, los intereses, en aras de sus hermanos, á quienes abandonaban á la alegría y consuelos, cargándose con sus dolores y pesares: su consoladora presencia confortaba los ánimos abatidos de los desgraciados, comprimia las violencias de los poderosos, sacudía la melancolía de los afligidos, asistía á los enfermos, remediaba la desgracia, aliviaba la necesidad; en

suma, prodigaba los bienes, y conjuraba todos los males. Sus consejos eran de paz, paciencia y caridad: exhortaban á los fieles, á que imitáran sus ejemplos de humanidad y mansedumbre; á que reconocieran á los hombres, sin distincion de amigos y enemigos, por hermanos; á que se condolieran de las desgracias ajenas; á que cooperáran, con sus limosnas, consejos, oraciones y visitas, á combatir las miserias, que agobiaban á los pobres; á llevar consuelo á los hombres, abatidos por la desesperacion y el infortunio; á proporcionar algun alivio corporal y espiritual á los enfermos.

Una doctrina, repetimos, pregonada por unos hombres de tan proverbial humanidad, de tan ejemplar caridad, que inoculan, en los corazones de los demás, ideas nobles de perdon, de igualdad moral, de fraternidad, invitando á sus semejantes, á ejercitar las virtudes, á seguir los ejemplos, que ellos practican: una doctrina recomendada por su orígen divino, confirmada con milagros, sancionada por las prodigiosas circunstancias que adornan á sus virtuosos mensajeros, no podía ménos de hallar eco en todas partes, colmando de elogios á los sacerdotes, que la divulgaban. En efecto, no tardó á invadir el Imperio Romano, y á ocupar todos los órdenes, todos los lugares hasta los más recónditos, todas las aldeas, todos los pueblos hasta los más ignorados; por manera que TERTULIANO, uno de los escritores más ilustres, uno de los apologistas más famosos de la Iglesia Católica, llama la atencion de los gentiles hácia la prodigiosa propagacion de la Religion cristiana, haciéndoles observar que, apénas nace, se apodera de todas las clases sociales, se enseñorea de todos los puntos del Imperio, respetando

sólo los templos, residencia de los dioses infernales.

Los gentiles, desorientados acaso del móvil primordial, que impelía á la Religion de la Cruz, y atónitos á la par de su rápida difusion, proyectaron en vano esterminarla, so pretexto de que subvertía todas las instituciones creadas, perturbaba la tranquilidad pública, se mofaba de los dioses del imperio, y derruia el edificio religioso, levantado á costa de infinitos sacrificios, conservado con tan escrupuloso esmero, y trasmitido á la generacion actual, como uno de los legados más gloriosos, por sus ilustres ascendientes. Estas calumniosas inculpaciones, hijas del fanatismo gentílico, dirigidas al Catolicismo, abrieron paso á las sangrientas persecuciones de los sagrados ministros y de los fieles; persecuciones crueles, con que correspondieron á los inmensos beneficios, que habian derramado á manos llenas sobre sus enemigos, y siguieron derramando en los críticos momentos del peligro, de la persecucion, de los insultos y de la muerte.

Todos los medios que la fanática obcecacion, sostenida por SATÁN, pudo inspirar al génio protervo del mal, se emplearon ingeniosamente para esterminar, con tormentos los más horribles, á los incansables bienhechores del género humano. Las ruedas de metal, las hogueras, las mazmorras, el aceite hirviendo, el hierro candente, las parrillas: en fin, cuanto pudo inventarse, y se habia ya inventado, para torturar la humanidad, se puso en juego, con el objeto de desgarrar el cuerpo de la Iglesia existente. El ódio implacable de los enemigos de Cristo no se calmó, con ver correr á sus piés innumerables rios de sangre sacerdotal y cristiana: su insaciable crueldad ensayó por diez veces la prueba mortal de la perse-

cucion, declarándose al fin vencida é impotente, cuando echó de ver, que se cebaba en vano en la humana carnicería de los mártires, puesto que se rindió de conducir víctimas inocentes al matadero, y se hastió de beber su ardiente sangre, y de comer su humeante carne, ántes que éstas cesáran de confesar en público el glorioso nombre de Cristo.

Los fieles, á quienes se habia propagado el incendio de la persecucion, animados con el robusto ejemplo del Clero, se ofrecían, como éste, voluntariamente al sacrificio, sin prorumpir en una sola queja; abriendo sólo sus bocas, para colmar de bendiciones á los verdugos, y rogar á Dios, en recompensa de su glorioso martirio, por la salud, vida y bienestar temporal y eterno de sus encarnizados enemigos.

¡Oh Religion santa! ¡Tú sola pudiste inspirar unos prodigios tales de fortaleza heróica á los impávidos atletas, que descendieron con efusion á la sangrienta arena, á defender tu causa, tambien santa, con su inquebrantable paciencia y preciosa vida, inmortalizando sus gloriosos nombres con los triunfos, que arrancaron á sus verdugos! ¡Tú sola pudiste así mismo engendrar aquel esclarecido y generoso Clero, que sirvió de conducto á tu dominacion; aquel paciente y caritativo Clero que, despues de haber purgado el mundo de sus inmundicias, y de haber curado las dolencias físicas y morales, que le angustiaban, con el suave antídoto de la consoladora doctrina, recibe, á imitacion de su Divino fundador, en recompensa de tamaño beneficio, una muerte tan cruel y afrentosa, como injusta!

CAPÍTULO IV

Asambleas religiosas, ó concilios de la Iglesia

La influencia del Clero en la legislacion y los gobiernos, comprimió la fuerza abusiva del Poder, moderando las providencias de los reyes, que se encaminaban á sostener los súbditos en la senda del deber; aligeró los impuestos públicos, conciliando los conflictos del Tesoro con las necesidades de los pueblos; humanizó los Códigos civiles y penales; enfrenó los abusos y arbitrariedades de los tribunales; moderó las sentencias de los magistrados, concediendo á los delincuentes derechos á la defensa de su causa.

Pasando ligeramente revista á los concilios de la Iglesia, nos convenceremos, de que la moderacion y dulzura, que respiran las leyes civiles, la accion soberana del Poder y la administracion de justicia penal, han emanado del Clero. En efecto, habiendo éste observado, que no podia individualmente extirpar de raiz los funestos males, que gravitaban sobre los desvalidos pobres, se congregó en los parlamentos, de-

nominados concilios; y, deliberando madura y mancomunadamente sobre el modo de cortar los abusos, vejatorios á la débil y paciente humanidad, redactó cánones sábios, y empapados en las dulces aguas de la caridad, contra la licencia y relajacion de las costumbres, los vejámenes del pobre, los atropellos de los magistrados, las violencias de los reyes y los desórdenes todos de la sociedad: cánones de cuya observancia el mismo Clero dió ejemplo, ajustando á ellos su conducta privada y ministerial, y haciendo presidir su espíritu de caridad y mansedumbre en los procesos jurídicos, que entablaba en la esfera jurisdiccional de su propio Foro.

No tardaron los procedimientos judiciales de la Iglesia, reglamentados en los concilios, á merecer los aplausos y alabanzas de los pueblos; los que, cerciorados por la experiencia de sus ventajosos resultados, prefirieron someter las querellas al fallo transigente de los obispos, á llevar los pleitos á los tribunales, cuya parcialidad temian. El Estado, impulsado por la voz pública, empezó á meditar sériamente la conducta legislativa de la Iglesia; y, convencido de sus progresos y adelantos humanitarios en materias civiles y criminales, fué á beber á las fuentes de los concilios los preciosos raudales de sabiduría y caridad, que destilan sus códigos y constituciones. En resúmen: el Clero completó colectivamente la obra de sus reformas humanitarias en las Asambleas religiosas, obra que habia incoado; pero que, individualmente, nunca hubiera consumado quizá con tan feliz éxito, en la esfera privada de su ministerio.

El ascendiente del Clero sobre los soberanos de la tierra, le ingirió en las propiedades del Poder, dándole acceso á los negocios y cargos públicos del Estado,

aprovechándose de estas influencias para persuadir á los príncipes, cuya direccion tenía á su cargo, á que introdujeran en sus respectivos Estados los eruditos y filantrópicos reglamentos de gobierno, economía política, legislacion y administracion, que los concilios habian confeccionado. El mismo Clero hizo resonar su potente y autorizada voz en el sagrado recinto del santuario legislativo, para demostrar á las Asambleas civiles de las naciones, en las cuales se le había designado un asiento preferente, los ventajosos resultados de la legislacion eclesiástica, en la que, convencidos á la fuerza de su irresistible elocuencia y de su incontestable lógica, basaron aquellas la jurisprudencia penal y civil de los pueblos.

Los concilios, pues, nos ofrecen infinitos cánones, cuyo admirable espíritu de dulzura y sabiduría, se refleja en los códigos y constituciones de las naciones, cuya armonía y consonancia patentizan, que los legisladores civiles se han impregnado de la humanidad y caridad, que brotan de aquellas fuentes saludables de la Iglesia católica.

El concilio Agatense, ordena en uno de sus cánones: «Que la Iglesia patrocine la causa de los libertos, y que expulse de su seno humanitario á los génios inquietos y maléficos, que se complacen en conducir á las audiencias y tribunales á los prójimos indefensos y desvalidos». El de Lérida consagra un cánon de clemencia á los siervos y personas todas, que dependan, en algun concepto, de los clérigos, prohibiendo á éstos, que se abstengan de castigar con azotes á ninguno de sus dependientes. El primer concilio de Toledo, lanza excomunion contra los avaros y ambiciosos, que oprimen al pobre con usuras, y le despojan de sus bienes, bajo cualquier pretexto.

El concilio II, Maticonense, excomulga al juez, que osára juzgar á las viudas y huérfanas, no hallándose presente el obispo ó presbítero, á quienes encarga defender su causa. El Toledano, IV, acordó que se celebráran anualmente concilios provinciales, y que se convocáran los jueces, magistrados y recaudadores de contribuciones, para que dieran cuenta de su conducta á los obispos; los que, si nó la hallaban conforme al espíritu de nuestra Religion, debian aconsejar al rey, que los depusiera de sus destinos, si se mostraban incorregibles. El cánon XXV del citado concilio, decreta que ningun obispo sustancie causas de pena capital ó causas criminales, que envuelvan algun peligro de efusion de sangre; pero, si la necesidad los forzase á conocer en delitos de muerte, no ejerzan las funciones de estos cargos odiosos, á ménos que prometan, bajo la garantía de juramento, que serán indulgentes con los reos.

Como los Reyes habian conferido á los obispos el cargo de fallar en todas las causas de gravedad, los Padres del concilio expidieron esta providencia, para recordar á los jueces eclesiásticos el deber, que sobre ellos pesaba, de interceder por la humanidad. El cánon XXII, reproduciendo, en la memoria de los obispos y sacerdotes, el cuidado, que deben tomarse de defender á los pueblos, les encarga que vigilen estrechamente la conducta de los jueces y autoridades seculares, y pongan en conocimiento del Rey los abusos y arbitrariedades, que notaren: el cánon XXVIII, protesta que entra en los deberes del sacerdote, aliviar las necesidades de los pobres; y por consiguiente, les encarga que socorran á las familias necesitadas con los donativos, que hubieren recibido las iglesias de algunos de sus individuos. Finalmen-

te, manda el mismo concilio á los reyes, que sean condescendientes con los súbditos, hermanando la justicia con la clemencia, cuando hayan de juzgar á los enemigos internos ó externos de la pátria. El concilio de Lérida ordena que, cuando los siervos cometan alguna falta, digna de castigo, sean entregados por el obispo al juez secular, con quien intercederá á la vez, para que la pena, á que haya lugar, se modere lo posible. El segundo concilio de Toledo, encarga á los jueces, magistrados y autoridades, que, al sentenciar, castigar y reprender, se rijan en un todo por la Regla, que para estos casos dió el Papa, San Leon; el cual previene, que la dulzura se ha de anteponer á la crueldad. El concilio toledano XII, establece el derecho de asilo para los que se refugien en las iglesias y á treinta pasos de distancia; previniendo á los perseguidores, que prometan con juramento, no dañar á los que hubieran alcanzado este salvo conducto de la vida, que la Religion les concedía; asimismo condena á cárcel perpétua á los obispos, que pronunciáran pena de muerte ó de mutilacion membral contra los delincuentes.

El concilio de Winchester, decidió que hiciera tantos años de penitencia el que matára ó hiriese en la guerra, cuantos fueran los indivíduos muertos ó heridos. El concilio Renense, prohibió aquellas fiestas detestables, en las que los nobles se reunían, para hacer gala de su fuerza, batiéndose unos contra otros, resultando muchos muertos y heridos. El Turonense, consagró un cánon de defensa á los judíos, prohibiendo, bajo penas graves, á los cruzados cristianos, perseguirlos, asesinarlos, despojarlos de los bienes, ó inferirles cualquier otro agravio; advirtiéndoles, que la Iglesia los tolera, en atencion á que

no quiere la muerte del pecador, sino el arrepentimiento y la vida. El Colonense, publicó un decreto, comprensivo de quince artículos, en el que anatematiza las injurias y violencias que se cometian en Alemania, durante la vacancia del trono imperial. El Saltzburgense, decreta, entre otras cosas, que los diezmos sean divididos en cuatro partes, y que una de ellas ceda en beneficio de los pobres. El Atinianense, reconcilió á Luis el Pío, con sus tres hermanos menores, á quienes confesó haber mandado cortar el cabello: así mismo, protestó, á instancias de los obispos, que había maltratado á su sobrino Recaredo, rey de Italia; y finalmente, prometió en el concilio, reformar todos los abusos que había cometido, reparar todos los daños que había causado, y restituir todos los bienes, que había usurpado. El Triburense, confeccionó algunos cánones, para reprimir las violencias, y combatir la impunidad de los crímenes.

El concilio Lugdunense, obvió los inconvenientes, que suelen ofrecer la asistencia y cuidado de las enfermedades contagiosas, mandando que en cada provincia hubiera un hospital, dedicado exclusivamente á los *leprosos*, cuyos gastos debían cubrirse con las rentas de las iglesias. El Ancirano I, previene, en uno de sus cánones, que no sea entregado al brazo de la justicia secular ningun reo, que se refugie al pié de los altares: que por el contrario, las iglesias deben darles un salvo conducto, probando, que ningun desgraciado ha pedido en vano su clemencia: lanza excomunion contra los que osáran violar el lugar santo, capturando á los que en él se hubieran refugiado: fulmina rayos de excomunion contra los que ejerzan el tráfico inhumano de la detestable esclavi-

tud; encarga, por último, á las iglesias, que velen, sin cesar, por todos aquellos infelices, que les hayan sido confiados testamentariamente; no consintiendo que, bajo ningun pretexto, se les cause daño alguno, ó se les infiera algun agravio. El Arelatense III, descarga tambien otro golpe de muerte sobre la esclavitud, prohibiendo á los jueces, autoridades, nobles y poderosos, castigar los delitos, de cualquiera índole que sean, con esta pena, tan degradante de la raza humana. Excusado es molestarnos, en recorrer la historia de otros concilios particulares, como generales; pues, todos ellos tienden á favorecer la humanidad abatida, en cuya defensa y alivio han redactado innumerables cánones, llamando la atencion de los tribunales, de los reyes, de los opulentos y poderosos de la tierra, hácia las miserias, las desgracias y las dolencias agenas.

CAPÍTULO V

Benéficos resultados de los concilios

La doctrina, extractada sumariamente de los concilios, evidencia el espíritu de caridad y mansedumbre, que animó al Clero desde su divina institucion; espíritu del que no se despojó en ninguna época, en ninguna circunstancia, en ningun estado de su vida. Él se valió del infortunio, para defender la causa del pobre, aprovechó el apogeo de su grandeza, para arrancar las víctimas á los brazos del verdugo, para neutralizar la inaccion injusta de los tribunales, para aliviar los impuestos de los pueblos, para abolir la esclavitud, para refrenar los excesos del Poder, para combatir los atropellos y arbitrariedades de los funcionarios públicos: en suma, hizo prevalecer los derechos de la abatida y vilipendiada humanidad, proclamando la igualdad moral.

Las providencias más humanas, los artículos más benignos, que encierran los códigos y constituciones

de los pueblos, son una compilacion de las leyes de la Iglesia, confeccionadas en los concilios; un plagio de las bulas y rescriptos de los papas; un extracto del derecho canónico.

Los prelados repugnaban presenciar los procesos criminales, que envolvian el confinamiento, confiscacion de bienes y pena capital, ó que tendian á inferir algun daño injusto á la indefensa y débil humanidad, cuyo defensor se habian declarado; y no se crea que el Clero, al abogar con tan decidido empeño por los reos, débiles ó indefensos, lastimaba la justicia, ó autorizaba el crímen, no; interponía su influencia y mediacion, en los trances apurados de los desgraciados, porque el rayo de las sentencias sanguinarias, ó los golpes violentos del Poder, herian su compasivo corazon tan gravemente, que parecía él la víctima designada al sacrificio. Sin embargo, los sacerdotes presenciaban la tramitacion, y se informaban concienzudamente de los expedientes de las causas; pero asistian á los procesos, interceciendo con los jueces y magistrados por los reos, para evadir los tiros de una sentencia injusta, y eludir la aplicacion de la última pena.

San Ambrosio hace observar, que los obispos estaban obligados, por su carácter paternal, á implorar la clemencia de los magistrados en materias criminales; pero que no podian ejercer su mediacion en las causas civiles, en atencion á que se exponian á perjudicar á una parte, miéntras abogaban por la otra; y por consiguiente, se hacian responsables de una injusticia personal, inavenible con el inofensivo carácter de la Religion, cuyos intérpretes eran. San Juan Crisóstomo nos ofrece un ejemplo de la tolerancia, que presidía la conducta clerical; el cual en-

seña, que Dios permitió el divorcio de la mujer por causa de adulterio; pero que no lo aprueba, cuando es motivado por causa de idolatría. El derecho romano excluía de la carrera judicial á los infames. San Ambrosio y San Jerónimo, llevaron la perfeccion á esta providencia de la antigua legislacion, contribuyendo á que alejáran de los tribunales á los jueces y magistrados, convictos de algun delito, porque opinaban, que corría riesgo de que, al sentenciar á los demás, se condenáran á sí propios, haciéndose responsables de alguna grave injusticia.

Los niños expósitos eran lanzados desapiadadamente á las calles y plazas de las poblaciones, con el fin avieso de que la caridad pública supliera los naturales deberes, ó cubriera, con su manto protector, el nefando crímen de sus desnaturalizados padres; pero en vano la mísera prole abandonada, exhalaba lastimeros vagidos, pues los inhumanos y crueles transeuntes se tapaban los oidos con cera, para no oir sus tiernas y conmovedoras quejas, capaces de enternecer las mismas piedras. ¿Quién alarga su próbida mano á estos vástagos miserables de la especie humana, arrancándolos al sombrío porvenir, que les espera en las puertas de la sociedad, ó sustrayéndolos á los nervudos brazos de la muerte, que de cerca los amenaza? El Clero, que puso coto á todos los desórdenes morales y físicos, que abrumaban al mundo, fué el que elevó sus sentidas quejas á los sumos imperantes, para que mejoráran el triste destino de los hijos del crimen. Constantino, Valente y Graciano, haciéndose eco de las justas reclamaciones del humanitario sacerdote, conjuraron estos males, expidiendo decretos imperiales, que proveyeron de recursos á los padres, que, por causa de indi-

gencia ó necesidad, abandonaban la prole; ó contuvieron en el círculo de los deberes, con grandes multas ó penas pecuniarias, á los que, por deleite carnal, avaricia ó afrenta, prostituian los hijos.

Los padres, extralimitando los derechos naturales, que les confería la pátria potestad, ejercian inauditas crueldades contra sus hijos: ora los asesinaban, para eludir las molestias de la educacion; ora los enajenaban, como efectos inútiles de casa, movidos por el sórdido interés; ora los condenaban, concitados por el ódio, á los insoportables rigores de faenas corporales extremadamente pesadas, que excedian sus fuerzas. ¿Quién combatió las violencias, el despotismo y la tiranía doméstica, que impedian el desarrollo de la familia conyugal? El sacerdote católico, que, acudiendo al Poder supremo, declamó contra los abusos ilimitados de los brutales padres, con tan caloroso interés, que obtuvo un fuerte correctivo á los males graves, al trato vejatorio de los indefensos hijos. Los emperadores citados, instigados por las representaciones del Clero, aliviaron la prole con los derechos sagrados de familia, reduciendo la pátria potestad á los estrechos límites de la naturaleza y de la caridad evangélica.

El poder temporal, aleccionado por la experiencia, llegó á conocer á fondo los servicios importantes, que el Clero iba prestando á la humanidad: se penetró del espíritu de sabiduría y humildad, que presidía su conducta, que respiraban sus consejos, que sellaba sus providencias, que animaba su legislacion, redactada en los concilios; y creyó que, para promover la felicidad de los pueblos, cuyos intereses le estaban confiados, era preciso seguir su ejemplo, y adoptar sus máximas de gobierno, de administra-

cion y de todos los ramos de su incumbencia soberana; por lo que, le ingirió en los negocios y cargos públicos del Estado. El Clero, desembarazado de las trabas del poder, triunfante de los obstáculos, que le oponian los Gobiernos, investido ora de poderes para marchar, libre de sospechas y exento de temores, por la benéfica vereda de su ministerio santo de paz y de justicia, ejerció á rienda suelta los piadosos oficios de caridad para con los pueblos, que tenía de costumbre; aceptando el encumbramiento civil, á que le brindaron los Soberanos, para emplearlo en beneficio de la humanidad abatida, en cuyo favor estuvo siempre dispuesto á ofrecer todo género de sacrificios, por gravosos y costosos que le fueran.

Los fieles contribuyeron al engrandecimiento del Clero, depositando en él la confianza en todos sus asuntos; pues, huyendo de la parcialidad de los jueces, sometian al fallo de los obispos sus causas y querellas, de donde dimanó una jurisdiccion secular ó temporal, que apoyaron los emperadores, y confirmaron más tarde los reyes bárbaros de la Edad Media. En el código justiniano, hay leyes, que introducen al obispo en todos los negocios públicos del Estado, y le conceden la presidencia en las juntas de gobierno. El Clero, por un edicto de JUSTINIANO, ejerció jurisdiccion correccional sobre delitos secretos: era de su competencia, el derecho de juzgar el sortilegio, el maleficio y todas las causas eclesiásticas; era de su inspeccion la promulgacion de las órdenes imperiales, que propendian á sostener la tranquilidad pública; á su cargo estaba el fallar sobre muchos asuntos civiles; en fin, se había erigido en juez y árbitro de cuasi todas las causas, procurando siempre reconciliar las partes, sin agravarlas con

gastos ó con alguna injusticia, de que solian ser víctimas en los tribunales civiles. Aunque los sacerdotes tenian el carácter de jueces seculares, eran, sin embargo, en el terreno práctico, unos medianeros, que la Religion había establecido en los pueblos, para mantener siempre en equilibrio las pacíficas relaciones de amistad.

Los bárbaros confirmaron la influencia y la jurisdiccion clerical, que los emperadores romanos habían introducido en el Estado; pues aquellos, sea de intento ó por gracia, respetaron, como un caso excepcional, á los eclesiásticos, á cuya sabiduría, consejos y mansedumbre, debieron su salvacion muchas de las instituciones antiguas, las ciencias, las artes y todas las preciosidades, que contenía el vasto imperio de Roma. Aleccionados por el Clero, los reyes bárbaros conservaron el órden, la moderacion y la templanza en el curso de sus conquistas; respetaron el derecho de gentes, tratando con generosidad á los vencidos; se organizaron bajo la influencia de los principios sociales, de los sistemas de gobierno y legislacion, que aquel les proporcionó; en fin, se abandonaron de tal modo á su experta y sábia direccion, que todos los asuntos, más graves del Estado, se resolvían en las curias episcopales.

Los detractores del Clero, abandonándose á la corriente del imperito vulgo, que habla maquinalmente sobre todas las materias, truenan contra la influencia jurisdiccional, que ejerció éste en el Estado, traduciéndola á despotismo y tiranía, y apellidándole á él invasor ó usurpador de la potestad civil del Poder supremo.

Si fuera cierto, como es completamente falso, que la influencia del Clero, en los gobiernos y en la legis-

lacion, era perjudicial á la sociedad, nunca sería éste responsable, porque léjos de abrogarse atribuciones de jurisdiccion civil, agenas á su carácter sagrado, las rehuía constantemente; y, al aceptarlas, cedió á la fuerza de los soberanos de la tierra, que le invitaban con insistencia, á que influyera autoritativamente en los negocios públicos de sus respectivos dominios; cedió á las exigencias de los pueblos, que, no pudiendo soportar la altivez de los magistrados, ni arrostrar sus injusticias y escandalosas parcialidades, huían de los tribunales, y sometían sus diferencias al fallo de los obispos ó sacerdotes, cuyos arreglos, siempre de paz y transaccion, alcanzaron tanta popularidad, que el Estado se vió obligado á seguir la opinion pública, introduciendo en sus dependencias jurisdiccionales á los indivíduos de la Religion, no sin informarse préviamente de su idoneidad y competencia, para los negocios, hasta los más intrincados, y de las ventajas y utilidad, que reportaban los súbditos.

Pero esta influencia sacerdotal, de que nos estamos ocupando, ¿fué perjudicial, ó favorable á la sociedad? Fué favorable, por cuanto introdujo el espíritu de suavidad y dulzura en todos los terrenos, en que obraba la jurisdiccion, que ejerció el Clero. ¡Cómo habian de ser perjudiciales á los pueblos los sacerdotes, cuando se dejaron ver al público como funcionarios del Estado, si sirvieron de estribo á su encumbramiento los beneficios que habian derramado, la sabiduría y la prudencia que habian desarrollado, en la vida privada de su sagrado ministerio!

Siendo la moral la base de aquella Iglesia, que engendró al Clero, la conducta de éste, públicamente

jurisdiccional, debía ser, por fuerza, justa, recta é imparcial: siendo el perdon de las ofensas la consigna de la Religion que el Clero sostiene y enseña, debían sus providencias oficiales, sus actos de autoridad, ir empapados de este espíritu de caridad y mansedumbre. En efecto, al Clero se deben las reformas é instituciones de humanidad, que tuvo, y tiene la sociedad.

El Clero, declaró inviolables los lugares sagrados del santuario, á que se acogían los criminales, condenados á muerte; y no consentía profanar la reverencia, debida á los santos asilos de las iglesias, entregando los prófugos á los brazos de la justicia, ó abriendo sus puertas, para que los prendiesen, á los agentes de la autoridad, ó á otros cualesquiera perseguidores, á ménos que prometieran, bajo la garantía sagrada de juramento, salvar la vida á sus clientes, á los que no abandonaba, hasta ver cumplidas sus promesas; siguiéndolos en los tribunales, y abogando por ellos ante los jueces y magistrados. Tambien hizo servir el Clero al desarrollo del comercio, los santos lugares de las iglesias; pues viendo que los bárbaros se mostraban indiferentes á cuanto no afectaba á la guerra, á las luchas de destreza y fuerza bruta, al valor militar y pericia en las armas; y que, por consecuencia, combatían la industria y el comercio, prohibiendo el tráfico público de venta y compra en las plazas, estableció los mercados en derredor de los templos, á fin de que los traficantes no fuesen turbados ó molestados en el ejercicio de su profesion, y pudieran libremente expender, ó comprar los géneros industriales y comerciales, á cubierto del inviolable santuario.

La institucion del feudalismo será todo lo vejato-

ria que se quiera; pero es preciso confesar, que, considerada bajo la moderada accion del Clero, debió ser soportable, y hasta útil á los pueblos, pues no se nos podrán citar ejemplos de que los varones eclesiásticos hayan atropellado, abusando de su jurisdicion señorial, á los feudatarios: al contrario, ejerciendo aquellas virtudes, que su sagrado carácter les habia recomendado, ó les recomendaba, se presentaban siempre como ministros, dignos de un Dios de paz.

Los condes feudales no se creian obligados á guardar ninguna de las consideraciones de caridad, que distinguen al sacerdote católico; y por consiguiente, agravaban á los feudatarios con exigencias las más onerosas, con tratamientos los más duros, conceptuándolos unos meros esclavos, más bien que unos propietarios, dependientes de su mayorazgo ó patrimonio feudal.

En la Edad Media, los pueblos se regian por unos códigos duros de surpersticion y barbarie; códigos sanguinarios é inhumanos, que los tribunales de justicia civil y criminal, habian heredado, por el derecho de conquista, de los griegos y romanos. Los procedimientos judiciales, entablados en esta época con arreglo á la bárbara legislacion que hemos mencionado, indagaban la veracidad del crimen perseguido, por medio del hierro candente, del fuego, del agua, del combate judiciario y de la cruz. El presunto reo aplicaba las manos á una plancha de hierro candente ó al fuego; si resistia la operacion incólume, se le declaraba libre de toda responsablilidad; pero se le suponía culpable, si recibía algun daño; hé aquí la prueba del fuego y del hierro candente: el sospechoso de crímen, amarrado de piés y manos, era arrojado á una caldera de agua fria; si el cuerpo se

sumergía en el fondo, se le creía culpable; pero si flotaba en la superficie, se le reputaba inocente; consistiendo en esta operacion la prueda del agua: el presunto reo trababa un combate parcial en el campo del honor con su rival, sobre quien caian iguales sospechas de injusticia en la causa que defendian, ó de complicidad en el crímen, que se procesaba; de los dos contrincantes, el que triunfaba en el combate de armas, triunfaba en el pleito; en cuyo bárbaro ejercicio, se cifraba la prueba del duelo judiciario: los dos litigantes acudian al tribunal, y durante un acto de carácter sagrado, cuando se ejercia en la iglesia, ó de carácter civil, cuando se practicaba en lugar profano, permanecian ámbos en cruz; y aquel, que guardaba por más tiempo esta postura, era absuelto, y el otro condenado: en cuyo judáico ejercicio, consistía la prueba dolorosa de la cruz.

El Clero abolió paulatinamente estas formas bruscas de procesos judiciarios, que, léjos de proteger la inocencia, desagraviar la justicia é indagar la verdad, añadian crímenes consumados y ciertos á los sospechosos, agravando el angustioso estado de los litigantes con la negra incertidumbre, en que sepultaban sus asuntos los arbitrarios y despóticos fallos de los tribunales, y con los horrorosos castigos, á que á la vez eran condenados. Además de las consideraciones de caridad, que introdujeron al Clero de la Edad Media á suprimir los consabidos expedientes de las causas civiles y criminales, tambien tronaron contra ellos, por descubrir en su tramitacion un fondo de supersticion, que ofendía la pureza y explendor de la Religion católica. En efecto, echó de ver, que era una especie de idolatría, abandonar á la fuerza bruta, á la pericia y destreza en el manejo de las ar-

mas, á la robustez y vigor de la complexion, á un milagro, en fin, de la Providencia, el triunfo de la verdad; que estos procesos no redundaban en alivio de la humanidad, á cuyo propósito debe encaminarse el espíritu de las leyes; que estas pruebas judiciales oscurecian la verdad, cegando los conductos, por los que debía respirar; y por consiguiente, movido por todas estas razones de tanto peso, las abolió, las condenó, las proscribió. Pero aspirando al propio tiempo al triunfo de la justicia, no podía transigir en manera alguna con la impunidad del crímen, y sustituyó las mencionadas pruebas con el juramento, con la deposicion de testigos y el exámen razonado de los hechos; por cuyos medios de prudencia y rectitud moral, se abrió paso á la verdad del crímen, castigando á sus autores y cómplices, y absolviendo la inocencia: suavizó la ley, revistiéndola del carácter de protectora; mató la impunidad; y sin exterminar la humanidad, hizo triunfar la justicia.

CAPITULO VI

Orígen de la vida monástica.—Nociones generales sobre sus resultados humanitarios

Desde la más remota antigüedad, tuvo la Iglesia servidores tan fieles y tan constantes, que, no transigiendo con las exigencias indiscretas de las familias, cuyos miembros eran, ni conformándose con la relajacion y los vicios del siglo, en que vivian, se congregaron en sitios, distantes del bullicio y algazara de las gentes, respirando el aire libre de su vocacion santa con la profesion del celibato y de los consejos evangélicos, que voluntariamente habian abrazado, por el solo placer de servir al Dios de su Religion, reintegrándole de los infinitos agravios, que incesantemente recibe del mundo, con los duros ejercicios de una vida austera y penitente. Sin embargo, estos fieles eran libres para renunciar á la vida de perfeccion, en que habian entrado, sin contraer ningun género de compromiso religioso; para

divorciarse de la comunidad que formaban, restituirse á sus casas, y reanudar el curso de los trabajos, á que su estado y profesion primitiva, los llamaba; pues hasta el siglo IV, las comunidades religiosas no se organizaron bajo Reglas ó Constituciones canónicas, y por consiguiente, sus individuos no se sometieron á los votos monásticos, que imprimian un carácter personal é inextinguible.

La última de las persecuciones, se ensañó con tan espantoso encarnizamiento, que parecía que los fieles degeneraban de su proverbial valentía; de modo que muchos de ellos, no sintiéndose animados á resistir el fuego del incendio, que se había desarrollado en el campo cristiano, se refugieron en los desiertos de la Tebaida y del Egipto, en los montes de Armenia y Mesopotamia, fundando vários monasterios que sirvieron de base y cuna á todas las corporaciones religiosas, que poblaron el orbe católico. San Antonio, San Pacomio y San Hilarion, fueron los principales caudillos de las agrupaciones cristianas, que se dirigieron por los puntos mencionados, y los que abrieron los cimientos á las instituciones religiosas. San Agustin, San Cesáreo y San Columbiano, obispos, siguieron su ejemplo, erigiendo en el siglo V, vários monasterios de ámbos sexos, basándolos en sábios reglamentos, que ellos mismos redactaron. San Cesáreo invirtió todos sus bienes en la construccion de un convento de monjas, á cuyo frente colocó á su hermana, rigiéndose por las Reglas, que él mismo escribió; Reglas cuyo espíritu tendía al ejercicio de todas las virtudes cristianas, especialmente de la caridad y de la obediencia. A ejemplo de San Cesáreo, San Columbiano se desprendió de los bienes, en beneficio de los pobres; viéndose obligado á trabajar

corporalmente, para sostenerse: bajo las mismas Reglas de su maestro, fundó monasterios de ámbos sexos, en los que se instalaron escuelas, donde, además de las ciencias sagradas, se enseñaban gratuitamente á los pobres las Humanidades y Artes Liberales. DONATO, obispo besonciense, y discípulo de COLUMBIANO, erigió un convento para la educacion de las jóvenes pobres y huérfanas, á cuyo frente puso á su madre, dándole las mismas Reglas, que regían los monasterios consabidos. En España, propagaron la vida monástica de ámbos sexos, SAN ISIDORO, SAN LEANDRO y SAN FRUCTUOSO, obispos; basando los monasterios, que fueron fundando, en los sábios y piadosos reglamentos, que ellos mismos redactaron. El espíritu de las Reglas, que gobernaban cuasi todos los monasterios, propendía á infiltrar en los ejercicios del cláustro la caridad, por cuyas puertas habían entrado los individuos religiosos, vendiendo sus bienes, y repartiéndolos á los pobres, al despedirse del mundo, á imitacion de sus generosos é inolvidables fundadores.

La institucion monástica arroja otra prueba general á la tranquila discusion de los hechos, que arrancamos á las páginas de la historia, para demostrar la caridad del Clero, de que nos vamos ocupando en esta seccion de nuestra obra. En efecto. ¿De cuántos beneficios no es deudora la sociedad al cláustro? ¿Qué obra benéfica, qué monumento de caridad reconocerá la gratitud pública á una institucion humana, á un personage cualquiera, que no venga obligada á reconocer al solitario? ¿Qué favor ó qué gracia habrá recibido el hombre de sus conciudadanos, que no haya impetrado en el mundo monacal? ¿La hospitalidad? ¿La limosna? ¿La sabiduría y los

consejos? ¿La paz y la libertad? ¡Ah! Todas estas obras de misericordia han sido practicadas, con celo y abnegacion ejemplar, por el humilde y caritativo religioso.

En el siglo V, los monges cambiaron la faz de Europa, convirtiendo á la Religion los bárbaros, que la poblaban, y la talaban con sus belicosas espediciones. Los operarios, que recogieron la miés evangélica en lo sucesivo, fueron indivíduos del cláustro. En esta campaña, conquistaron á la Religion las hordas del Don, del Cáucaso, del Rhin y del Danubio; en esta campaña, la Francia dobló su erguida frente á la presencia de SAN REMIGIO; la Italia sucumbió al mágico poder de SAN PATRICIO; la Inglaterra se dejó llevar de la elocuente voz del monge AGUSTIN; la Germania se rindió al ascendiente de SAN BONIFACIO. Monges fueron tambien los que convirtieron, y civilizaron las feroces tríbus de los escandinavos; los que desarmaron la bravura y saña de los rusos, los que hicieron ondear la bandera de JESUCRISTO sobre los altos minaretes del Alhambra; los que pusieron un dique fuerte á las invasiones de los musulmanes, fijando á los húngaros y eslavos en los confines de Europa; los que civilizaron á los habitantes de Lieja y de Gante; en fin, los que civilizaron y humanizaron toda la Europa.

A los monges del siglo V, reemplazaron más tarde, en la árdua empresa de regenerar la sociedad, los frailes ó regulares de todas las órdenes religiosas, que vivieron en los siglos posteriores: así como aquellos convirtieron á los bárbaros de la Edad Media, civilizando la Europa, así tambien éstos predicando á los salvajes é idólatras del Asia, América, Africa y Oceanía, completaron la obra de la civiliza-

cion en todo el mundo. Como quiera que este asunto se ventila tan difusamente en la grande seccion, que consagramos á las misiones, nos dispensamos de entrar á la sazon en detalles sobre este punto, remitiendo al lector á la mencionada seccion de nuestra obra.

El monge maronita, suspendía á la copa de un pino dos planchas de metal, á cuyo extraño sonido acudian los viajeros á gozar de la hospitalidad, que les ofrecía en las grietas de los peñascos aquel religioso solitario: los viajeros, sí, extraviados, en la escabrosidad del monte Líbano, á la sombra pavorosa de la noche, envuelta en las más densas tinieblas por la borrascosa tempestad.

El monge abisinio, sirve de guía al viandante, á quien hacen suspender el curso de sus largos y penosos viajes, los terrores de muerte, que le causan los tigres, cuyos espantosos rugidos resuenan en la vasta soledad; condúcele de la mano á su agreste albergue; y despues de haberle repuesto del estupor, del cansancio y fatigas, y de haber refocilado sus lánguidas fuerzas, compartiendo con él su frugal alimento, le marca un nuevo camino, que le pone á cubierto de los feroces enemigos, que osaron interrumpir su marcha.

El monge americano, hospeda á los caminantes, y vigila su sueño y su vida en las selvas.

Al traspasar los Alpes, el viajero es detenido por las moles de nieve, que blanquean sus cimas: sorpréndele la noche, y se extravía, caminando al azar algunos pasos, que le conducen al borde de los precipicios: plántase al fin de pié, sin atreverse á retroceder ó avanzar: un frio intenso penetra su cuerpo, entorpece sus miembros, ocasionándole un temblor mortal, que turba su sueño; sólo tiene aliento, para

consagrar á su esposa é hijos un débil recuerdo, que santifica con una lágrima de conyugal y paternal cariño: de improviso, resuena en los aires el mágico metal de una campana: duda unos momentos: el sonido se reproduce, y empieza á convencerse, de que es una realidad el objeto sonoro que hirió sus oidos, cuando descubre, á escasa distancia, un amoroso *mastin* que se le acerca, y se encabrita de alegría en su derredor: alza la vista, y descubre á un solitario, provisto de linterna y báculo: carga éste sobre sus lomos al moribundo pasajero, y le prodiga mil caricias en su hospitalaria choza.

Así sucesivamente, han servido á la paciente humanidad los hijos del cláustro, proporcionándole consuelos y alegrías, y cargando ellos sobre sus hombros, el peso de todos sus dolores y de sus lágrimas. Unos se encierran en los hospitales, á combatir las enfermedades contagiosas á través de los insultos, que les prodigan los apestados, á cuya defensa han acudido al campo del dolor, á batirse con la muerte: otros se lanzan á los mares, arrostrando las tempestades, las epidemias, la muerte; y, sin más recursos que la caridad, impresa en sus nobles corazones, el báculo en una mano y el *breviario* en la otra, se personan con el turco feroz: y en nombre del Rey celestial, cuyos embajadores se anuncian, declaran la esclavitud atentatoria á los derechos naturales del hombre, y reclaman, con la autorizacion de la igualdad moral, los esclavos: el emperador, sorprendido de la franqueza y energía con que le habla el religioso conquistador, reconoce una superioridad de fuerza moral, á la que se rinde, sin darse cuenta de ello; entregándole los cautivos, que reclama: él, satisfecho de haber salido airoso en la empresa que,

con tanto acierto se le confiára, regresa á su convento, poseido de una santa alegría. Aquella banda de religiosos se ha establecido por algun tiempo en la China, para luchar encarnizadamente con la ignorancia, la barbarie, las costumbres y la idolatría de sus supersticiosos habitantes; y despues de haberse enriquecido en su profesion humanitaria de insultos y denuestos, y de haber recibido, en premio de sus ímprobos trabajos y caritativos servicios, una pension vitalicia de graves heridas, regresa á los puntos de su originaria residencia á la voz imperiosa de sus superiores, que los llaman á ocupar otros puestos de necesidad más apremiante.

Por donde quiera, representan los religiosos de todas las órdenes, el mismo aspecto de caridad: aquí, preparan la mesa en el desierto, dando á comer, á imitacion de JESUCRISTO, á millares de pobres y viajeros; allí, asisten al moribundo, prodigándole los cuidados de la caridad más ardiente, los consuelos y auxilios de la Religion; allá, cargan sobre sus hombros el cadáver del pobre que ha fallecido en tierras extrañas, ó en lugares despoblados, á largas distancias de los parientes; acullá, corren, como una exhalacion, al teatro de los incendios, y exponen su vida para cortar el fuego, que se ha prendido á la casa del pobre. ¿Quién comunicará á los parientes más próximos el amargo contratiempo de la familia, ó el súbito fallecimiento de alguno de sus individuos? Los sugetos que hayan interpretado fielmente la desgracia en la ilustre cátedra de la caridad, y carezcan á la vez de aspiraciones mundanas; los que lamentan el infortunio ageno, sin exteriorizar las intrínsecas afecciones del dolor, que parte sus entrañas; los que se han sustraido á los efímeros goces del mundo,

para unirse eternamente, con los gratos vínculos de una tierna amistad, á las miserias humanas; los que sirven á la doliente humanidad con tanto heroismo y con tan imperturbable lealtad, que saltan por encima de las consideraciones y respetos humanos, cuando así lo exige el angustioso estado de sus semejantes: ahora bien; este conjunto de bellas circunstancias, concurre aisladamente en los ilustres religiosos; por ello, se prestaban gustosos á desempeñar las tristes comisiones de dolor y desgracia, que los hijos del mundo repugnaban, participando á los interesados en los reveses ocurridos, las infaustas y desastrosas noticias.

Acometían con gusto los individuos del cláustro estas árduas empresas de caridad, que los hijos del mundo rehusaban, con gusto, sí; pero no sin hacerse violencia: repugnaban por naturaleza; pero el ardiente amor al prójimo, endulzaba las amarguras del sentimiento natural; y empujados por el aliciente de aquél, corrían gozosos á llenar el doloroso cometido, que se les había confiado. Y en efecto, ¡Qué gracia más especial no debía poseer un religioso, para herir, y sanar: para contristar, y alegrar los ánimos á la par! Este era, pues, el papel difícil, que se comprometía á representar en los teatros lúgubres del infortunio. Decidme, por vuestra vida, memorables capuchinos: ¿qué placer experimentábais, cuando os introducíais en las cárceles, á participar al criminal la sentencia de muerte? ¡Qué impresion más amarga os debían causar las lágrimas, los suspiros, las quejas y la desesperacion de los reos! ¿Podía vuestro corazon permanecer impasible ante escenas tan desgarradoras? Y con todo, os esforzábais, para no hacer ostensible el vivo sentimiento, que destrozaba vuestras

almas: pues estábais llamados á utilizar todos los recursos de la Religion, para llevar á los delincuentes la resignacion cristiana; y á la consecucion de este laudable fin, habíais de llegar, no por la vía amarga de las lágrimas, de los sollozos, de la melancolía y del abatimiento del ánimo, no; sinó por la dulce vereda del consuelo, del arrepentimiento formal de sus culpas, de la conformidad cristiana, de la esperanza de la vida eterna.

¡Ah! ¡Durante tres dias, permanecian los religiosos encerrados en aquellos inmundos lugares, preparando á los reos para el sacrificio, á quienes causaban tan viva impresion sus consejos y pláticas morales, que de verdugos de la humanidad se trasformaban en víctimas pacíficas y resignadas, subiendo con gusto, cual nuevos mártires de la Religion, las fatales gradas del cadalso, y entregándose conformados á la implacable cuchilla de la ley! ¿Y qué beneficios reportaban á los leales servidores de la caridad los penosos sacrificios, que ofrecian en aras de la humanidad afligida? La befa del público, los insultos de los mismos presos, á quienes iban á consolar, dulcificándoles la muerte con la esperanza de la vida eterna. Sin embargo, haciéndose superiores á la ingrata correspondencia del mundo, y escuchando solamente la infalible y potente voz de Dios, que les prometía un glorioso porvenir en la beatífica mansion de la eternidad, acompañaban al cadalso á los criminales; y no los abandonaban, hasta que la muerte les arrebataba la existencia.

Verdad es, que los hombres no sabian apreciar los heróicos esfuerzos de caridad, que los oscuros religiosos hacian, para salvar y aliviar la humanidad; pero á lo ménos habian ya confesado en público su

impotencia, para dar cima á las empresas del dolor, confiándolas á los humildes hijos del cláustro. En fin, ofrecía el cláustro remedios á todas las enfermedades físicas y morales, que aquejaban á la sociedad: era un arsenal de ciencia para el ignorante; un manantial de riqueza para el pobre; una fuente de educacion y moralidad, cuyas saludables aguas, difundiéndose por todo el mundo, limpiaban al pecador de la lepra hedionda de la culpa: era un depósito de alegría para el triste, de fortaleza para el débil: allí, encontró la pobre doncella el dote, el huérfano á su padre, la viuda á su esposo, el enfermo al médico, asilo el desterrado de su pátria, el ignorante al maestro, el desnudo vestido, el hambriento el pan necesario.

CAPÍTULO VII

Beneficios resultados de las Ordenes monásticas en particular.—Hermanas de la caridad

La Orden del Valle Umbroso, instituida por el abad JUAN GUALBERTO, á una distancia de media jornada de Florencia, recibió este nombre de la posicion topográfica, que ocupaba; posicion lóbrega y caliginosa, circundada de enhiestas montañas, que obstruyen la entrada á los rayos del sol, dándole un aspecto sombrío y triste. Los santos fines de su fundacion, eran defender al viajero de los bandoleros y salteadores de caminos, dispensarle hospitalidad, si es pobre, cuando la noche le ha sorprendido, ó la necesidad le obliga á llamar á sus puertas.

La Cartuja, instituida por SAN HUGO, obispo de Grenoble, merece tambien un espacio distinguido en el mapa monástico-religioso, que estamos dibujando: todo es admirable en esta Orden: las asperezas y austeridades penitenciales, llevadas á un exceso de rigor insoportable: las largas y habituales abstinen-

cias de carnes y sustanciosos alimentos: las perpétuas vigilias, los rigurosos ayunos, las comidas frugales de yerbas, la conducta taciturna de su silencio inviolable; la mútua caridad en el recíproco y familiar trato; la hospitalidad prolongada y exquisitamente cuidadosa, que halla en sus cláustros el desgraciado prófugo ó el pobre viajero, extraviado en los bosques, ó sorprendido por la noche y las tempestades.

La Orden de Cluní, desbordaba, de cuando en cuando, las fecundas aguas de su inagotable caridad sobre los estériles campos de las necesidades ajenas, en cuyo alivio y eficaz remedio, ponía un cuidado tan esmerado, que le distinguió, en el piadoso ejercicio del bien á sus indigentes prójimos, del resto de las comunidades religiosas; pues se daba todos los años limosna, en tiempo de Cuaresma, á 17.000 pobres.

Los religiosos del Císter, ejercian tambien las obras de misericordia á favor del pobre de un modo heróico: tenian escuelas de instruccion y moralidad, que abrian sus puertas gratuitamente á los jóvenes, faltos de recursos, que mostraban aficion á las letras: ejercian la hospitalidad con los viajeros, á quienes trataban, durante su permanencia en aquellos misericordiosos techos, con unas atenciones y consideraciones tan delicadas, que no echaban de ménos las comodidades y regalos domésticos: finalmente, repartian, en todas las estaciones del año, cuantiosas limosnas á los pobres de todas clases y de todos los países que se refugiaban en su humanitario seno, implorando su clemencia, su proteccion y caridad.

La Orden del Fuego-Sacro, ó de San Anton, fué en su orígen, una sociedad, compuesta de piadosos

caballeros y sacerdotes que, agradecidos á SAN ANTONIO abad, por haber sido curados con su intercesion del fuego-sacro, enfermedad epidémica, de que habian sido invadidos, se asociaron, con las santas miras de asistir á los apestados, y proporcionarles cuantos recursos necesitáran. Nació en las Galias, y se propagó rápidamente por la Francia, Alemania, Italia y España, con el carácter de *Orden-Sacra*, revestida de todos los votos y Reglas monásticas, á que la elevaron los Papas, HONORIO III y BONIFACIO VIII.

La Orden de Santa María de los Teutónicos ó Germanos, instituida por algunos caballeros en Alemania, tuvo por principal objeto, velar por los pobres enfermos, asistiéndoles en todas sus necesidades; recibir á los peregrinos, y acoger á los niños huérfanos, para darles una educacion cristiana, y proporcionarles un estado, análogo á su vocacion y talento.

La Orden de los Hermanos Predicadores, fué instituida por SANTO DOMINGO, canónigo de Osma: los individuos de esta corporacion religiosa, venian obligados á profesar los consejos evangélicos, y abrazar la pobreza; por consiguiente, vendian sus bienes, al renunciar el mundo, y daban su importe á los hospitales, ó lo distribuian entre los pobres: su objeto era defender los bienes de la Iglesia de los sacrílegos usurpadores que en su época abundaban mucho, y cuya odiosa y criminal profesion la ejercian los nobles y altos funcionarios del Estado, en desquite de la libertad y natural franqueza, con que el Clero reprendía sus excesos y demasías contra el pobre.

La Orden de la Santísima Trinidad, ó sea de la Redencion de cautivos, fué instituida por SAN JUAN DE MATA, doctor parisiense: su objeto único y exclu-

sivo, consistía en rescatar los cautivos, que gemian bajo el ominoso yugo de los príncipes infieles: engendro de esta fué la de Nuestra Señora de la Merced, cuya institucion se debe á San Pedro Nolasco: la redencion de cautivos era su principal y exclusivo fin; pero esta obra de misericordia se limitaba á los desgraciados, que caían bajo la tiranía, poder y dominio bárbaro de los moros ó sarracenos, que habian invadido la España.

La Orden de Santa María la Gloriosa, fué instituida por un hijo de Santo Domingo, con el piadoso fin de defender las viudas, proteger las huérfanas, patrocinar los párvulos, mediar en las discordias domésticas, intervenir pacíficamente en las guerras civiles é internacionales, y hacer reinar la concordia, la unidad y la armonía, reconciliando los ánimos, separados por el ódio, la venganza y la ira. Los padres de la instruccion religiosa, fueron establecidos por una constitucion de Pio V, para instruir, en la Doctrina Cristiana y en los deberes de la Moral Evangélica, á todos los fieles: los padres de San Juan de Dios, se ocupaban en el servicio y asistencia de los enfermos, á quienes imponian en todas las obligaciones cristianas, y consolaban en los póstumos momentos de la vida.

La Orden de las Arrepentidas, fué instituida por el padre Juan Tifero, franciscano; esta religion fué propagándose por España, Alemania y Francia: su principal cuidado lo ponia en alejar del vicio á las desventuradas prostitutas, que perecen de miseria, despues de haber vivido en el desórden: llámaseles hijas del Buen Pastor, manifestando que Dios tiene abiertos los brazos á todas horas, para estrechar tiernamente al pecador, formalmente arrepentido, y con-

ducirle á la gracia, de quien le separara un momento tenebroso de estravío; tal el solícito pastor carga sobre sus hombros, la oveja descarriada, despues de haberla buscado con incansable afan, y la conduce al aprisco, lleno de alegría: tambien se denominan hijas de la Magdalena, para expresar su sério arrepentimiento y el glorioso porvenir, que les espera en la mansion de la felicidad eterna.

¿Qué alabanzas hemos de tributar á los Jesuitas, que expresen debidamente el mérito de sus importantes servicios, prestados á todas las clases sociales? ¿Qué elocuencia tan superior y tan imparcial no se necesita, para apreciar en su justo valor la justicia, que se merece la célebre Orden, fundada por San Ignacio de Loyola? ¿Hay algun ramo científico, en la república literaria, que no haya sido cultivado, ilustrado y perfeccionado por los sábios individuos de esta ínclita Orden? ¿Se reconoce algun progreso en las artes, alguna mejora en la esfera beneficiaria, alguna reforma útil, algun descubrimiento ventajoso, que no se deba á los ilustres hijos de San Ignacio? Su difusion por todo el orbe católico, su poderoso ascendiente sobre los reyes y nobles del mundo, su intervencion en todos los negocios importantes de la Iglesia y el Estado, las prodigiosas y numerosas producciones de su erudita y elocuente pluma, que han enriquecido de sabiduría las bibliotecas y otras glorias históricas, que, en beneficio de la brevedad, suprimimos, son hechos tan célebres y públicos, que inmortalizarán la fama de la sociedad ilustre que nos ocupa, sin la cooperacion de apologistas, que pregonen su interesante historia. Sí; los jesuitas practicaban todas las obras de misericordia á favor de sus desgraciados semejantes; abrian escuelas públicas á la

instruccion de la juventud, llamando á los pobres á sus cátedras, dándoles una direccion científica, que estaba en armonía con su talento y vocacion; talento y vocacion, que de otro modo se hubieran estrellado en una profesion, ajena á las letras: enviaban á los remotos países de idólatras é infieles, ejércitos de misioneros, para evangelizarlos, y educarlos científica y moralmente: fundaban hospitales y casas de beneficencia, para los enfermos, faltos de recursos humanos, cuyo cuidado y asistencia, tomaban ellos á cargo: en fin, á imitacion de JESUCRISTO, marcaban la carrera de su vida con las huellas indelebles de la caridad.

Las Hijas de la caridad, á los votos comunes á todas las religiosas, añadieron el de cuidar los enfermos pobres. La congregacion de clérigos regulares, era una sociedad, compuesta de sábios y virtuosos sacerdotes, que tomaron á su cargo el cuidado de la horfandad; ésto es, el cuidado de instruir á los niños de ámbos sexos, en piedad, artes y ciencias.

La Orden de los Escolapios, reconoce por autor á SAN JOSÉ CALASANZ. Hallándose el santo en Roma transitoriamente, fijó con vivo interés su compasiva consideracion en las desordenadas turbas de niños vagos, que discurrían en tropel por las calles; y, calculando los amargos frutos, que podían producir á la sociedad estas plantas exóticas, las ingertó de engendros útiles, instituyendo escuelas públicas, en donde los jóvenes, hijos de familias pobres, fueran instruidos en la piedad y letras, bajo la direccion de celosos é inteligentes clérigos, que por vocacion quisieran profesar esta vida molesta y fatigosa, pero muy honrosa para sí y para Dios. Tuvo su cuna en Italia, y se propagó á España, Sicilia, Cerdeña, Ale-

mania y Polonia. Estas piadosas escuelas, de las que nos hemos ocupado en otras ocasiones, generalizaron su instruccion á todas las materias de Filosofía, consignadas en los nuevos planes de estudios públicos.

La Orden de las monjas de la Visitacion, debe su orígen á San Flancisco de Sales, obispo de Génova; componíase de señoras piadosas, que se obligaron, con la formalidad del voto, á visitar á los enfermos pobres, y asistirlos en todas sus necesidades espirituales y temporales, en honor y gloria del gozoso misterio de la Visitacion de Nuestra Señora á su prima Santa Isabel.

Las monjas de la Vírgen, establecidas por el venerable siervo de Dios, Pedro Ferrara, párroco, tenía la elevada mision de velar por las doncellas huérfanas y pobres, dispensándoles el apoyo y recursos necesarios á su delicado estado, instruyéndolas en los deberes cristianos.

Armando Rancéo, de noble prosapia, habiendo abrazado el Sacerdocio, y vendido todos los bienes, legó al hospital de Paris *trescientas mil libras*, y cedió lo restante á los pobres: reformó radicalmente la Orden del Císter, que vino á degenerar en la de la Trapa, cuya Regla era mucho más rígida y estrecha, que la que regía ordinariamente: entre las prácticas, que sus individuos ejercían, descollaba la caridad para con los pobres.

Los Bethlemitas, establecidos por el venerable Pedro de San José, tenían á su cargo, hospedar á los pobres, que se acogían á sus cláustros; y si enfermaban, durante su estancia en la casa hospitalaria, venían obligados á prodigarles los desvelos, cuidados y asistencia, que reclamaba su estado excepcional de

salud; y no los abandonaban, hasta que convalecieran completamente de su enfermedad: tambien entraba en sus deberes, enseñar á los párvulos abandonados, á leer, escribir y contar: esta Orden nació en Guatemala: cuenta ya en las dos Américas, 25 conventos, y fué aprobada por el papa, CLEMENTE XI.

El monge que se encierra en los montes de San Bernardo, sabe á ciencia cierta, que su vida será breve; pues, el aire que en aquel hospicio se respira, es de tal naturaleza, que perjudica en gran manera la salud: de modo que, por un cálculo aproximado de experiencia, sabe que, á la vuelta de algunos años de haber ingresado allí, muere irremisiblemente. Sin embargo, acepta con gusto la breve tregua que le concede su instituto, sacrificando los dias que le restan de vida, en aras de los desventurados prójimos, á quienes busca ansiosamente por los escarpados montes y solitarios vericuetos, á donde los condujera extraviados alguno de esos contratiempos, que con frecuencia ocurren en la vida humana: no parando mientes en las demás tinieblas que envuelven el mundo, ni en la estrepitosa lluvia que azota la tierra, ni en las blancas sábanas de nieve, que cubren las selvas; sinó que, precedido de sus experimentados perros, y armado del báculo y la linterna, recorre solícito los dilatados desiertos, trepa veloz, como el corzo, las quebradas rocas, penetra, en fin, impávido en los cabelludos bosques: y al benéfico olfato de sus incansables servidores y fieles intérpretes de su consoladora mision, tropieza con alguno de estos desgraciados, que con tanto afan anda buscando, prodigándole sin dilacion todo género de recursos y de consuelos, sustrayéndole á la inminencia de los peligros que corre, y en fin, salvándole de una

muerte cierta y segura, en el mismo instante precisamente, en que se resignaba á perecer por falta de humanos recursos, ocultando á los parientes y extraños sus desgraciados restos en el fondo de los bosques.

Hácia el año 1020, unos comerciantes de Amalfi construyeron á sus expensas, y en derredor del Santo Sepulcro, un hospicio, llamado «*Hospital de San Juan,*» cuyo objeto era albergar á los peregrinos: recibió la Regla redactada por el superior, y sancionada por los pontífices, PASCUAL II y CALIXTO II; con cuyo requisito, se revistió del doble carácter religioso y militar. De tres clases eran los individuos, que componian esta Orden mixta: eclesiásticos, que se ocupaban en asuntos puramente espirituales; legos, que tenian á su cargo el cuidado material de los enfermos; y caballeros, cuya incumbencia era proteger, con las armas en la mano, á los indefensos cristianos y peregrinos de Jerusalen.

HUGO DE PAYENS y GODOFREDO DE SAINTOMERZ, fundaron la ínclita Orden de los Templarios, cuyo orígen fué tan pobre, que el patriarca de Jerusalen subvenia á sus necesidades, y el rey les cedió un albergue en una modesta casa, contigua al templo de Salomon. El principal objeto de su institucion, fué sustraer á los peregrinos de los peligros de los musulmanes. SAN BERNARDO escribió la Regla que, en punto á caridad, ordenaba, entre otras cosas, que, cuando falleciera algun caballero de la Orden, se adjudicára su racion á los pobres por espacio de cuarenta dias.

Las hermanas de la caridad fueron instituidas por San Vicente Paul; auxiliándole poderosamente, en tan laudable empresa, la señorita Legras. Superiores

son á todo encomio los brillantes servicios, que éstas piadosas señoras prestan á la doliente humanidad: ellas, sepultándose en los hospitales, dan cima á las obras más penosas de caridad: pues, no se limitan á proporcionar recursos materiales á los desgraciados enfermos, que allí se acogen; sino que muchas veces se ven precisadas á transigir con las injurias, que les infieren los mismos, por quienes se están sacrificando: tienen que habituarse además, ó sucumbir, á la pesada atmósfera, en que viven, luchando de contínuo con las enfermedades contagiosas, que se refugian en estos asilos de piedad, buscando, en nombre de la Religion, los consuelos y remedios, que les negara el mundo.

Temiendo rebajar el mérito de estas heroinas mujeres con el tosco pincel de nuestra pluma, nos interrumpimos con gusto, cediendo la palabra al elocuente y sábio CHATEAUBRIAND, para que complete el cuadro, que hemos empezado á dibujar, con esos maravillosos y sorprendentes rasgos, que le son tan característicos, cuando se ocupa de la caridad del cristianismo:

«Llegamos ya á la época en que la Religion, por medio de un sólo rasgo y bajo un solo punto de vista, quiso patentizar que no habia humano sufrimiento que no se atreviera á remediar, ni miseria que sobrepujára su amor.

»La fundacion del hospital llamado *Hôtel-Dieu*, se remonta al tiempo de San Landry, octavo obispo de Paris. El edificio se fué ensanchando progresivamente por el cabildo de *Notre-Dame*, que era propietario del hospital; por SAN LUIS, por el canciller DUPRAT y por ENRIQUE IV; de manera que puede decirse que aquel asilo de todos los males fué creciendo, al par

que éstos se multiplicaban, y que la caridad crecía al compás de los dolores.

»El hospital fué, en un principio, servido por religiosos agustinos de ámbos sexos; más, há ya mucho que quedó exclusivamente á cargo de las religiosas. «El cardenal de Vitry, dice HELYOT, quiso sin duda hablar de las hermanas del hospital Hôtel-Dieu, cuando dijo que había algunas, que haciéndose violencia, sufrían con alegría y sin repugnancia el asqueroso aspecto de todas las miserias humanas, y que le parecía que ningun género de penitencia era comparable con ésta especie de martirio.»

«Al ver á las religiosas del Hôtel-Dieu, prosigue diciendo el citado autor, no sólo vendar y limpiar á los enfermos y arreglar sus lechos, sino romper el hielo del arroyo que pasa por el centro del edificio, metiéndose hasta la mitad del cuerpo en su corriente, para lavar los lienzos llenos de asquerosidad y de inmundicia, no puede ménos de considerárselas como unas santas víctimas, que por un exceso de amor y caridad al prójimo, se ofrecen expontáneamente á la muerte, arrostrándola en medio de los hediondos miasmas producidos por el gran número de enfermos.»

«No dudamos de las virtudes que inspira la Filosofía; pero resaltarían mucho más á los ojos del público, si la Filosofía pudiera ostentar tales modelos de abnegacion. A pesar de ésto, dista mucho la sencilla pintura de HELYOT, de dar una idea completa de los sacrificios de aquellas mujeres cristianas; no habla aquel historiador ni del abandono de los placeres de la vida, ni de la pérdida de la juventud y belleza, ni de haber renunciado á una familia, y á la esperanza de un esposo y de posteridad; tampoco habla de todos

los sacrificios del corazon, ni de haber sofocado los más dulces sentimientos del alma, ménos la piedad, que en medio de tantos dolores, se convierte en un tormento más.

»¡Pues bien! Hemos visto enfermos, tocando ya en la hora postrera, incorporarse en el lecho, y haciendo un último esfuerzo, insultar á aquellas mujeres angelicales, que les asistían. ¿Y por qué? ¡Porque eran cristianas! ¡Ah! ¡Desgraciados! ¿quién os podría servir, no siendo unas cristianas? Otras hermanas, semejantes á éstas, y que merecían altares, han sido públicamente *azotadas*, no disfrazarémos la palabra. Despues de tal recompensa por tamaños beneficios, ¿quién es el que aún hubiera querido volver á cuidar de los miserables? ¿Quién? ¡Ellas! sí, ¡ellas! Ellas, que han venido desaladas á la primera señal, ó hablando con más propiedad, ellas, que siempre se han mantenido firmes en sus puestos. Hé aquí reunidas la naturaleza humana religiosa, y la naturaleza humana impía: juzgad acerca de ellas.....»

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

PÁGS.

PRIMERA PARTE

DEDICATORIA V
PRÓLOGO. VII
CAPÍTULO PRIMERO.—Nociones generales sobre la ilustracion del Clero. 1
CAPÍTULO II.—Clasificacion de las pruebas.—Esfuerzos del Pontificado en general para salvar la causa de las Letras. 23
CAPÍTULO III.—Algunos Papas que defendieron la santa causa de las Letras. 30
CAPÍTULO IV.—Continuacion de la materia precedente 40
CAPÍTULO V.—Patriarcas de Oriente que más se distinguieron por su sabiduría 49
CAPÍTULO VI.—Esfuerzos de los prelados de Lieja, Utrech y Maguncia en favor de las Letras. 56
CAPÍTULO VII.—Celo e interes de los prelados de Colonia y Tréveris, á favor de las Letras. . . 68
CAPÍTULO VIII.—Influencia del Clero en las ciencias bajo los reinadas de algunos emperadores antiguos y de los reyes de Francia, Clodoveo y Carlo-Magno 74
CAPÍTULO IX.—Influencia del Clero en las ciencias bajo los reinados de los soberanos de Alemania y de los reyes de Francia, Ludovico, Enrique II, Francisco I y Francisco II . . . 83
CAPÍTULO X.—Influencia del Clero en las ciencias bajo los reinados de Enrique el Santo y sus su-

PÁGS.

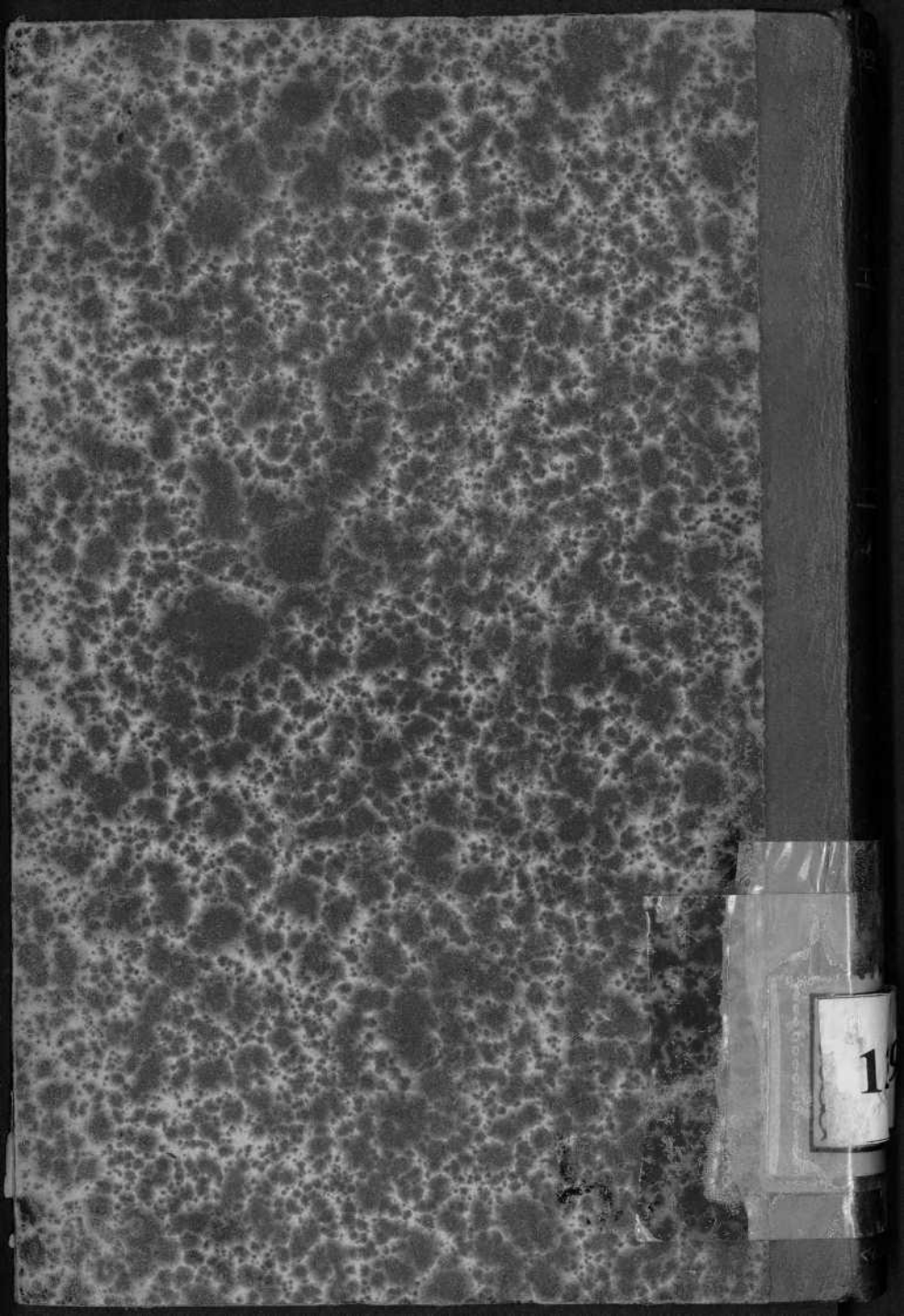
cesores en la corona de Francia 90
CAPÍTULO XI.—Influencia del Clero en las ciencias bajo la dominacion de los reyes de España. 100
CAPÍTULO XII.—Influencia del Clero en las ciencias bajo la soberanía temporal de Inglaterra y de otros pueblos 109
CAPÍTULO XIII.—Ventajas que reportaron á las ciencias y artes las Cruzadas, impulsadas por el Clero 116
CAPÍTULO XIV. — Ilustracion del Clero regular. 123
CAPÍTULO XV.—Cartujos. — Cisterclenses. — Dominicos. — Basilios. — Benedictinos. — Escolapios. — Jesuitas. 136
CAPÍTULO XVI.—Escritores sagrados de los cuatro primeros siglos 149
CAPÍTULO XVII.—Escritores sagrados de los siglos V, VI, VII, VIII, IX y X 164
CAPÍTULO XVIII.—Escritores sagrados de los restantes siglos 175

SEGUNDA PARTE.

GLORIAS BENÉFICO-HUMANITARIAS DEL CLERO

CAPÍTULO PRIMERO.—Idea general de la caridad. —Nociones generales sobre la caridad del Clero. 195
CAPÍTULO II.— Clasificacion de las pruebas.—Regeneracion del mundo antiguo por el Clero. . 222
CAPÍTULO III.—Pia inversion de los bienes eclesiásticos por los clérigos antiguos 234
CAPÍTULO IV.—Asambleas religiosas, ó concilios de la Iglesia. 248
CAPÍTULO V.—Benéficos resultados de los concilos 253
CAPÍTULO VI.— Orígen de la vida monástica.— Nociones generales sobre sus resultados humanitarios 266
CAPÍTULO VII.—Benéficos resultados de las Órdenes monásticas en particular. — Hermanas de la caridad 276

14



CAUSERA

GLORIAS
DEL
CIELO

13.916